¿TIENE FUTURO EL CAPITALISMO?

por

IMMANUEL WALLERSTEIN

RANDALL COLLINS

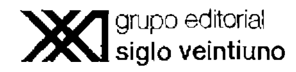
MICHAEL MANN

GEORGI DERLUGUIAN

CRAIG CALHOUN



traducción de
BERTHA RUIZ DE LA CONCHA



siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial
LEPANT 241-243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

HB501
W4518
2015 Wallerstein, Immanuel
¿Tiene futuro el capitalismo ? / Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian, Craig Calhoun ; traducción de Bertha Ruiz de la Concha. — México : Siglo XXI Editores, 2015.
247 p. — (Sociología y política)
Traducción de: *Does capitalism have a future?*

ISBN-13: 978-607-03-0652-5

1. Capitalismo. 2. Capitalismo – Filosofía. I. Collins, Randall, autor. II. Mann, Michael, autor. III. Derluguian, Georgi, autor. IV. Calhoun, Craig, autor. V. Ruiz de la Concha, Bertha, traductor VI. t. VII. ser

primera edición en español, 2015

isbn 978-607-03-0652-5
título original: *does capitalism have a future?*

impreso en litográfica ingramex, s.a. de c.v.
centeno 162-1
col. granjas esmeralda
09810 méxico, d.f.

EL PRÓXIMO GRAN VIRAJE
Introducción colectiva

IMMANUEL WALLERSTEIN, RANDALL COLLINS,
MICHAEL MANN, GEORGI DERLUGUIAN y CRAIG CALHOUN

Los próximos decenios nos depararán sorpresas y retos enormes; algunos parecerán nuevos, otros muy antiguos. Muchos presentarán dilemas políticos y elecciones difíciles sin precedentes. Aunque esto podría comenzar a ocurrir pronto y ciertamente definirá la vida adulta de los jóvenes actuales, afirmamos que no será necesaria ni únicamente negativo. Las oportunidades que tuvieron las generaciones pasadas de hacer las cosas de manera diferente volverán a surgir en los siguientes decenios. En el presente libro exploramos y argumentamos, sobre la base de nuestro conocimiento sociológico de la historia mundial, lo que probablemente serán estos retos y estas oportunidades. En el fondo, lo más preocupante es que con el fin de la guerra fría, hace casi tres décadas, dejó de estar de moda —en realidad se ha vuelto motivo de vergüenza— discutir los posibles futuros del mundo y, sobre todo, las perspectivas del capitalismo.

Los cinco autores nos reunimos para escribir este insólito libro porque algo importante se cierne en el horizonte: una crisis estructural mucho mayor que la reciente Gran Recesión que, en retrospectiva, podría parecer tan sólo el prólogo a un periodo de problemas y transformaciones más profundos. Immanuel Wallerstein explica las razones para predecir el colapso del sistema capitalista. Durante los próximos tres o cuatro decenios, los capitalistas del mundo, después de saturar los mercados globales y presionados por los costos sociales y ecológicos de hacer negocios, podrían verse imposibilitados para tomar sus decisiones de inversión como de costumbre. Desde hace cinco siglos, el capitalismo ha sido la economía de mercado cosmopolita y explícitamente jerárquica, dentro de la cual todos los operadores de élite favorablemente ubicados en su centro geográfico han logrado

obtener ganancias enormes y razonablemente seguras. No obstante, argumenta Wallerstein, esta situación histórica, por dinámica que sea, llegará a sus límites sistémicos, como ha ocurrido con todos los sistemas a lo largo de la historia. Conforme a su hipótesis, el capitalismo podría terminar con la frustración de los propios capitalistas.

Randall Collins se enfoca en un mecanismo más específico que pone en peligro el futuro del capitalismo: las repercusiones políticas y sociales de que dos tercios de las clases medias educadas, tanto en Occidente como en el mundo entero, padezcan de desempleo estructural porque sus trabajos queden desplazados por la nueva tecnología de la información. Los estudiosos de la economía han observado la reciente reducción de la clase media, aunque tienden a dejar el asunto en un clamor vago de soluciones políticas. Collins considera de manera sistemática los cinco escapes que en el pasado han salvado al capitalismo de los costos sociales de impulsar la innovación tecnológica. Ninguno de los escapes conocidos parece lo bastante fuerte para compensar el desplazamiento tecnológico de los trabajos administrativos y del sector servicios. El capitalismo de los siglos XIX y XX mecanizó el trabajo manual pero lo compensó con el aumento de trabajos de clase media que exigían grados académicos. En el siglo XXI, la trayectoria de la tecnología de punta es empujar a la clase media hacia la redundancia, y esto nos lleva a otra hipótesis. ¿Acaso el fin del capitalismo podría deberse a que ha perdido su amortiguador político y social en las clases medias?

Craig Calhoun afirma lo contrario, que un capitalismo reformado podría salvarse. Calhoun elabora sobre el punto, que los cinco reconocemos, que el capitalismo no es únicamente una economía de mercado, sino una economía *política*. Su marco institucional depende de elecciones políticas. Las contradicciones estructurales tal vez sean inherentes a la operación de mercados complejos, pero es en el ámbito político que podrán remediarse, o bien dejarse libres hasta su destrucción. En otras palabras, o bien una facción lo bastante ilustrada de capitalistas hace frente a sus costos sistémicos y responsabilidades, o deberán enfrentar las consecuencias de continuar comportándose como oportunistas irresponsables, lo cual ha sido posible desde que los retos

liberales y de izquierda se debilitaron hace una generación. Qué tan radical será el viraje del capitalismo contemporáneo para renovar el sistema futuro es una pregunta abierta. Una posibilidad es una economía socialista centralizada, aunque sería más probable un capitalismo al estilo chino. Los mercados podrán seguir existiendo aun cuando las formas de propiedad y finanzas específicamente capitalistas hayan desaparecido. El capitalismo podría sobrevivir, aunque perdiendo parte de su capacidad de impulsar la integración económica global.

Michael Mann está en favor de una solución socialdemócrata para los problemas del capitalismo, aunque también subraya problemas más profundos que surgen de las múltiples causas que originan el poder y que incluyen, además del capitalismo, la política, la geopolítica militar, la ideología y la multiplicidad de regiones mundiales. Tal complejidad, a ojos de Mann, hace impredecible el futuro del capitalismo. La amenaza permanente, que *es* totalmente predecible, es la crisis ecológica que aumentará en el siglo XXI, y que probablemente tomará la forma de guerras por agua y comida, por contaminación y migración masiva de poblaciones enteras, lo que abre la posibilidad a reacciones totalitarias e incluso a guerras con armas nucleares. Mann vincula lo anterior con la preocupación central del libro: el futuro del capitalismo. De acuerdo con su análisis, la crisis del cambio climático es sumamente difícil de detener porque proviene de todas las instituciones dominantes que se han vuelto globales —el capitalismo como una búsqueda irrestricta de ganancias, estados-nación autónomos que insisten en su soberanía y consumidores con derechos que legitiman tanto a los estados modernos como a los mercados. Por ende, la solución a la crisis ecológica exige un cambio drástico de las condiciones institucionales de la vida actual.

Todas éstas son proyecciones estructurales parecidas a las "pruebas de resistencia" de la ingeniería civil o, como todos hemos escuchado, de la banca. Ninguno de los cinco autores elaboramos nuestro pronóstico del capitalismo en términos condenatorios ni de alabanza. Ciertamente tenemos nuestras convicciones morales y políticas pero, en tanto sociólogos históricos, reconocemos que la suerte de las sociedades humanas,

por lo menos en los pasados diez mil años —más allá del nivel elemental de grupos de cazadores-recolectores— no ha dependido del bien o el mal que hayan generado. Nuestro debate no se refiere a si el capitalismo es mejor o peor que cualquier sociedad que haya existido hasta hoy. La pregunta es, ¿tiene futuro?

Esta pregunta hace eco de una antigua predicción. La expectativa del colapso capitalista era parte medular de la ideología oficial de la Unión Soviética, que se derrumbó. ¿Acaso esto garantiza el futuro del capitalismo? Georgi Derluguian muestra el lugar real del experimento soviético en el panorama amplio de la geopolítica mundial, que terminó por provocar su autodestrucción. También explica cómo China evitó el colapso del comunismo a la vez que se convirtió en el más reciente milagro del crecimiento capitalista. El comunismo no fue una alternativa viable al capitalismo. Y la manera como el bloque soviético acabó abruptamente después de 1989, con grandes movilizaciones populares y pánico ciego entre las élites, posiblemente sugiere algo importante sobre el futuro político del capitalismo.

El libro no presenta escenarios cataclísmicos. A diferencia de los expertos en negocios y seguridad, que hacen proyecciones de corto plazo cambiando las variables preestablecidas, consideramos que los escenarios específicos son inútiles. Los acontecimientos son demasiado eventuales e impredecibles porque dependen de la voluntad de muy diversos individuos y circunstancias. Únicamente pueden calcularse las dinámicas estructurales más profundas. Dos de nosotros, Collins y Wallerstein, quienes ya no ven un escape para el capitalismo, predijeron en 1970 el fin del comunismo soviético, aunque nadie podía predecir la fecha ni el hecho de que serían los propios miembros del Comité Central quienes destrozarían de manera irracional sus antiguas industrias y su lugar como superpotencia. Este resultado era impredecible porque no tenía por qué haber ocurrido así.

Encontramos esperanza frente a la fatalidad exactamente en la medida en que nuestro futuro no está determinado políticamente. La crisis sistémica cunde y sacude las restricciones estructurales que son en sí la herencia palpable de pasados dilemas y de decisiones institucionales de generaciones previas. Seguir como de costumbre resulta insostenible y, en semejantes coyun-

turas históricas, se presentan diversos caminos. Así como el capitalismo ha recurrido a la destrucción creativa de tecnologías y modos de producción antiguos, también ha sido el origen de la desigualdad y la degradación ambiental. Una profunda crisis del capitalismo podría representar la oportunidad para reorganizar los asuntos mundiales de la humanidad con más justicia social y un planeta más habitable.

Nuestra gran controversia es que los sistemas históricos pueden tener maneras más o menos destructivas de extinguirse y metamorfosearse en algo más. La historia de las sociedades humanas pasó por estallidos revolucionarios, momentos de desarrollo expansivo y dolorosos y largos periodos de estancamiento o incluso involución. Por más indeseables que resulten, estos últimos podrían ser los posibles resultados futuros de una crisis global. Las estructuras políticas y económicas del capitalismo actual sencillamente podrían perder su dinamismo frente a costos y presiones sociales cada vez más elevados. Estructuralmente, esto podría llevar a la fragmentación del mundo en bloques defensivos, opresores y xenófobos en su interior. Algunos podrían verlo como el choque de civilizaciones, otros como la realización de la antiutopía orwelliana de *1984*, puesta en marcha por las tecnologías más modernas de supervisión electrónica. Las maneras de restablecer el orden social en medio de un conflicto extremo podría abarcar reminiscencias del fascismo, aunque también la posibilidad de una democracia más amplia. Es esto lo que quisimos subrayar, más que nada, en este libro.

En decenios recientes, la opinión prevalente en la política y las ciencias sociales convencionales ha sido que ni siquiera vale la pena pensar en ningún cambio estructural importante. La economía neoclásica basa sus modelos en la suposición de un universo social virtualmente inamovible. En momentos de crisis, los ajustes políticos y las innovaciones siempre han renovado el capitalismo. Esto es, no obstante, sólo una generalización empírica. Que el capitalismo haya existido como un sistema durante 500 años no comprueba que durará para siempre. Los críticos enfocados en la cultura y la filosofía de diversas tendencias posmodernistas, que surgieron como un contramovimiento en el decenio de 1980 —cuando las esperanzas utópicas de 1968

habían dado paso a la frustración y el comunismo soviético se encontraba en franca crisis— acabaron por compartir la misma suposición sobre la permanencia del capitalismo, aunque no sin una gran dosis de desesperanza existencial. En consecuencia, los posmodernistas enfocados en la cultura perdieron la voluntad de buscar de frente las realidades estructurales. En el capítulo de conclusiones regresaremos a una discusión más detallada de la situación mundial actual, incluyendo su clima intelectual.

Hemos tenido la intención deliberada de darle un estilo accesible a este libro, ya que pretendemos abrir nuestros argumentos a una discusión más amplia. La elaboración de argumentos, con notas al pie, puede encontrarse en las monografías escritas por cada uno de nosotros. El área en la que hemos realizado gran parte de nuestra investigación profesional suele llamarse análisis de sistemas mundiales o sociología macrohistórica. Los sociólogos macrohistóricos estudiamos los orígenes del capitalismo y la sociedad moderna, así como la dinámica de los antiguos imperios y civilizaciones. Al observar los patrones sociales en el largo plazo, confirmamos que la historia de la humanidad ha pasado por numerosas contradicciones y conflictos que durante largos periodos han cristalizado en configuraciones de estructuras interrelacionadas, siempre transitorias. Fue en este punto en el que logramos suficientes acuerdos para escribir conjuntamente la introducción y las conclusiones del libro. Pero también tenemos nuestras teorías y áreas de especialidad respectivas, y las opiniones resultantes se reflejan en cada uno de los capítulos. Este breve libro no es un manifiesto a una voz, sino un debate entre iguales sobre la base de nuestro conocimiento sobre el pasado y presente de las sociedades humanas. Es, por consiguiente, una invitación para cuestionar seria y abiertamente cuál podría ser el próximo gran viraje en la historia mundial.

¿Estamos profetizando algún tipo de socialismo? La respuesta razonada, más que involucrar una polémica inútil derivada de la fe ideológica, debe tener dos partes. La primera es que no se trata de una profecía, porque insistimos en apegarnos a las reglas del análisis científico. En este caso, significa mostrar con razonable exactitud por qué las cosas podrían cambiar y cómo pasamos de una situación histórica a otra. ¿Acaso el destino final

será el socialismo? Nuestras líneas de razonamiento se extienden al mediano plazo de las próximas décadas. Randall Collins pregunta: ¿qué podría revertir la destitución que pende sobre las clases medias, cuyo papel en la organización del mercado para obtener ganancias puede volverse redundante a causa de la tecnología? Podría ser una reorganización socialista de la producción y la distribución —esto es, una economía política coordinada de manera consciente y colectiva para darle relevancia a la mayoría de las personas—. Es, por ende, la extensión estructural de los problemas del capitalismo avanzado que hacen al socialismo el candidato más probable para sustituir al capitalismo. Mas las lecciones que nos dejaron las experiencias de los estados socialdemócratas y comunistas del siglo XX no pueden olvidarse. El socialismo tuvo sus propios problemas, principalmente debido a una excesiva centralización organizativa que favoreció el despotismo político y la pérdida paulatina de dinamismo económico. Incluso si la crisis del capitalismo se resuelve en la línea del socialismo, los problemas de este último volverán a ser el centro de atención. Aventurándose a un plazo más largo, Collins sugiere que el propio socialismo no durará para siempre, y que el mundo oscilará entre diversas formas de capitalismo y socialismo, con sus propias desventajas.

En proyecciones optimistas diferentes, Craig Calhoun y Michael Mann ven la posibilidad de una alianza de estados nacionales frente a los desastres ecológicos y nucleares. Afirman que esto podría asegurar la vitalidad del capitalismo en una versión global socialdemócrata más benigna. Al margen de lo que venga después del capitalismo, Georgi Derluguian muestra por qué nunca podría parecerse al modelo comunista. Afortunadamente, las condiciones históricas del "socialismo aislacionista" al estilo soviético han desaparecido, junto con las confrontaciones geopolíticas e ideológicas del siglo pasado. No obstante, Immanuel Wallerstein considera que es intrínsecamente imposible predecir lo que sustituirá al capitalismo. Las opciones son un sistema no capitalista que, sin embargo, conservaría las características jerárquicas y polarizantes del capitalismo, o un sistema relativamente democrático e igualitario. Posiblemente, varios sistemas mundiales surgirán de la transición. Calhoun también

afirma que podrían desarrollarse sistemas más flexibles que hagan frente a los trastornos provocados por las amenazas externas y los riesgos internos del capitalismo. Esta opinión contradice la de la mayoría de los autores, de que el mundo se ha vuelto irreversiblemente global. Pero, ¿cuál es la teoría que apoya esta controversia ideológica?

Los pensadores y líderes políticos del siglo XX, de todas las corrientes ideológicas, demostraron estar equivocados en su convicción de que hay un solo camino hacia el futuro, como argumentaron e intentaron imponer los fervientes apólogos del capitalismo, el comunismo y el fascismo. Ninguno de nosotros suscribe la visión utópica de que todo es posible para el ser humano. No obstante, es posible demostrar que nuestras sociedades pueden organizarse de diversas formas. El resultado depende, en gran medida, de la visión y voluntad política que prevalezca después de las grandes crisis que dan lugar a los hitos históricos de la humanidad. En el pasado, estos momentos significaban generalmente colapso y revolución. Ninguno de los cinco autores dudamos de que las pasadas revoluciones que ocurrieron en diferentes estados y, a menudo, con una gran violencia, anticipen la política futura de la crisis del capitalismo a escala global. Darnos cuenta de ello nos infunde la esperanza de que las cosas podrían hacerse mejor en el futuro.

El capitalismo no es un lugar físico, como un palacio o un distrito financiero, que podría ser tomado por asalto por una multitud revolucionaria, ni confrontado con manifestaciones idealistas. Tampoco es un grupo de políticas "sanas" que deben adoptarse y corregirse, tal como lo prescriben los editoriales de negocios. Es una antigua ilusión ideológica de muchos liberales y marxistas que el capitalismo es una ecuación simple que equivale a mano de obra en una economía de mercado. Ésta fue la creencia básica de todos los sectores en el siglo XX y ahora estamos viviendo sus consecuencias dañinas. Los mercados y la mano de obra existían mucho antes que el capitalismo, y la coordinación social a través de los mercados seguramente sobrevivirá al capitalismo. Nosotros sostenemos que el capitalismo es tan sólo una configuración histórica de mercados y estructuras de Estado, donde obtener ganancias privadas casi por cualquier

medio es la meta fundamental y la medida del éxito. Aún es posible lograr una organización de mercados y de la sociedad diferente y más satisfactoria.

Las bases para esta afirmación se encuentran en este libro y en nuestros escritos previos. Mas, por el momento, permítannos ofrecerles una breve fábula histórica. Desde la antigüedad, al menos desde que soñaban con la justicia social, los seres humanos fantaseaban con volar. Esto fue una fantasía durante varios milenios. Luego llegó la era de los globos y dirigibles. Durante cerca de un siglo, la gente experimentó con estos artefactos. Los resultados, como sabemos, fueron desde positivos hasta desastrosos. Pero ahora había ingenieros, científicos, y la estructura social que apoyaba y estimulaba su capacidad de invención. El parteaguas llegó con el nuevo tipo de motores con alas de aluminio. Hoy todos podemos volar, aunque la mayoría vayamos atrapados en los apretujados asientos de clase turista, mientras que sólo los osados pueden vivir la emoción del vuelo autónomo piloteando aviones pequeños o parapentes. La posibilidad de volar también le trajo a la humanidad los horrores de los bombardeos aéreos y los misiles... la tecnología propone pero el ser humano dispone. Los viejos sueños pueden convertirse en realidad, aunque esto también nos impone nuevas y difíciles elecciones. No obstante, el optimismo es una condición histórica necesaria para movilizar la energía emocional en un mundo que enfrenta la elección entre oportunidades estructuralmente divergentes. Los avances son posibles cuando se da suficiente apoyo y atención pública a la posibilidad de pensar y discutir diseños alternativos.

1. LA CRISIS ESTRUCTURAL, O POR QUÉ LOS CAPITALISTAS YA NO ENCUENTRAN GRATIFICANTE AL CAPITALISMO

IMMANUEL WALLERSTEIN
Yale University

El análisis siguiente está basado en dos premisas. La primera es que el capitalismo es un sistema y, como todos los sistemas, tiene una vida determinada, no es eterno. La segunda es que afirmar que el capitalismo es un sistema significa que ha operado conforme a reglas específicas durante aproximadamente 500 años de existencia. Intentaré describir estas reglas brevemente.

Los sistemas tienen cierto plazo de vida. Ilya Prigogine lo expresó de manera sucinta: "Tenemos una era, nuestra civilización tiene una era, nuestro universo tiene una era..."[1] Esto significa, me parece, que todos los sistemas, desde los infinitesimalmente pequeños hasta los más grandes que conocemos —el universo— incluyendo los sistemas sociales históricos de tamaño medio, deben analizarse conforme a tres diferentes momentos cualitativos: el momento en que cobran existencia; su funcionamiento durante su vida "normal" —el momento más largo— y el momento de dejar de existir: la crisis estructural. En este análisis de la situación actual del sistema-mundo moderno, la explicación de su inicio no corresponde a nuestro tema. No obstante, sí abordaremos los otros dos momentos de su vida —las reglas del funcionamiento del capitalismo durante su vida "normal" y la modalidad de dejar de existir.

Nuestro argumento es que, una vez que comprendemos cuáles han sido las reglas que le han permitido al sistema-mundo moderno operar como un sistema capitalista, entenderemos por qué se encuentra actualmente en la etapa terminal de crisis estructural. Podemos, entonces, sugerir cómo ha funcionado esta

[1] Ilya Prigogine, *The End of Certainty: Time, Chaos, and the New Laws of Nature*, Nueva York, The Free Press, 1996, p. 166.

etapa terminal y cómo es probable que continúe funcionando durante los próximos veinte a cuarenta años.

¿Cuáles son las características definitorias, el *sine qua non* del capitalismo como un sistema, el sistema-mundo moderno? Muchos estudiosos se enfocan en una institución única que consideran crucial: la mano de obra asalariada. O bien, la producción para el intercambio o para las ganancias. O una lucha de clases entre empresarios/capitalistas/burgueses y obreros asalariados/proletarios desposeídos. O un mercado "libre". En mi opinión, ninguna de estas características definitorias tiene mucho sustento.

Las razones son muy sencillas. Desde hace miles de años, en todo el mundo ha habido mano de obra asalariada, no sólo en el mundo moderno. Aún más, en el sistema-mundo moderno abunda la mano de obra no asalariada. Durante miles de años, en todo el mundo se ha producido para obtener ganancias, pero nunca ha sido la realidad dominante de ningún sistema histórico. El "libre mercado" es, sin duda, un mantra del sistema-mundo moderno, pero los mercados nunca han estado exentos de regulación gubernamental ni de consideraciones políticas, ni hubieran podido estarlo. Ciertamente hay lucha de clases en el sistema-mundo moderno, pero la descripción del burgués-proletario de las clases contendientes tiene un marco demasiado estrecho.

En mi opinión, para que un sistema histórico pueda considerarse como un sistema capitalista, la característica dominante o decisiva debe ser la búsqueda persistente de una acumulación *interminable* de capital —la acumulación de capital para seguir acumulando más capital—. Y para que esta característica tenga vigencia, debe haber mecanismos que penalicen a cualquier actor que intente operar con otros valores u otros objetivos, de manera que tarde o temprano sea eliminado de la escena o, al menos, se restrinja considerablemente su capacidad para acumular cantidades significativas de capital. Todas las diversas instituciones del sistema-mundo moderno actúan para promover, o al menos se ven restringidas por la presión de promover, una acumulación interminable de capital.

La prioridad de acumular capital para seguir acumulando

aún más capital me parece un objetivo absolutamente irracional. Decir que es irracional, en mi apreciación de lo que significa una racionalidad material o sustantiva (la *materielle Rationalität* de Weber) no significa que no pueda funcionar (la racionalidad formal de Weber), en el sentido de poder mantener un sistema histórico, al menos durante un lapso considerable. El sistema-mundo moderno ha estado vigente durante unos 500 años y, en términos de su principio rector de acumulación interminable de riqueza, ha tenido un gran éxito. No obstante, como comentaremos, el periodo de su capacidad para continuar operando sobre esta base está llegando a su fin.

EL CAPITALISMO DURANTE SU FASE DE FUNCIONAMIENTO "NORMAL"

¿Cómo ha funcionado el capitalismo en la práctica? Todos los sistemas son fluctuantes. Esto es, la maquinaria del sistema se desvía constantemente de su punto de equilibrio. El ejemplo de esto, con el que la mayoría de la gente está familiarizada, es la fisiología del cuerpo humano. Inspiramos y después espiramos. Pero hay mecanismos en el cuerpo humano, y en el sistema-mundo moderno, para devolver el equilibrio al funcionamiento del sistema; ciertamente, un equilibrio movedizo, pero equilibrio a fin de cuentas. Lo que consideramos el momento del funcionamiento "normal" de un sistema es el periodo durante el cual la presión para volver al equilibrio es mayor que cualquier presión de alejarse de dicho equilibrio.

En el sistema-mundo moderno hay muchos mecanismos semejantes. Los dos más importantes —en el sentido de que son los determinantes para el desarrollo histórico del sistema— son los que yo denominaría los ciclos de Kondratiev y los ciclos hegemónicos, que funcionan de la siguiente manera.

Abordaremos primero los ciclos de Kondratiev: con el propósito de acumular cantidades importantes de capital, los productores necesitan un cuasimonopolio. Únicamente con este cuasimonopolio pueden vender sus productos a precios muy su-

periores a los costos de producción. En sistemas verdaderamente competitivos, con un flujo plenamente libre de los factores de producción, un comprador inteligente puede encontrar vendedores que ofrezcan sus productos con una utilidad mínima, o incluso por debajo del costo de producción. No puede haber una verdadera utilidad en un sistema perfectamente competitivo. La verdadera utilidad exige límites al libre mercado, esto es, al cuasimonopolio.

No obstante, sólo es posible establecer cuasimonopolios bajo dos condiciones: 1] el producto es una innovación para la cual existe —o puede inducirse, de manera que exista— un número razonablemente grande de compradores dispuestos; y 2] uno o más estados poderosos están dispuestos a usar su poder para impedir —o al menos limitar— la entrada de otros productores al mercado. En breve, los cuasimonopolios sólo pueden existir en un mercado que no esté "libre" del involucramiento del Estado.

A estos productos cuasimonopólicos les hemos llamado "productos líderes", porque determinan un gran porcentaje de la actividad económica del sistema mundial —por su propio derecho y por medio de sus nexos en su país y en el extranjero—. Cuando se establecen estos cuasimonopolios, sigue una expansión del "crecimiento" en la economía-mundo y estas épocas se perciben en general como de "prosperidad". Suelen ser periodos con altos niveles de empleo global porque los productores necesitan personal tanto para el cuasimonopolio como para establecer los vínculos, así como para que el personal empleado tenga un elevado consumo. Y aun cuando a algunas partes del sistema mundial y a algunos grupos dentro de él les va mejor, también la mayoría de las personas y grupos se benefician de este periodo de crecimiento generalizado en la producción, ya que la ola de bonanza los alcanza a todos.

El Estado puede hacer muchas cosas para crear y conservar un cuasimonopolio. Lo puede sancionar legalmente, por medio de un sistema de patentes u otras maneras de proteger la llamada propiedad intelectual. Le puede ofrecer asistencia directa, especialmente para fomentar la investigación y el desarrollo. Puede convertirse en el comprador principal, a menudo a precios inflados. Puede utilizar su fortaleza geopolítica para inten-

tar impedir que productores espurios de otros países los afecten.

Mas las ventajas de un cuasimonopolio no duran para siempre. El problema sistémico de los productores es que, a la larga, estos cuasimonopolios se autoeliminan por una razón muy sencilla: si son tan redituables, obviamente otros productores intentarán a toda costa entrar en el mercado para participar de los beneficios. Hay muchas maneras de lograrlo. Si la base del cuasimonopolio es una nueva tecnología que se mantiene en secreto, pueden intentar robar el secreto o replicarlo. Si la fuerza geopolítica del país que protege al cuasimonopolio los mantiene al margen, pueden intentar recurrir a una fuerza geopolítica alternativa para contrarrestarlo, o bien pueden movilizar sentimientos antimonopólicos en el país protector.

Adicionalmente, si uno controla un cuasimonopolio, la preocupación más inmediata es evitar paros laborales, ya que esto significa una pérdida de capital importante, irrecuperable si los demás productores de un oligopolio no sufren de manera simultánea paros laborales. Esto les da a los trabajadores un arma poderosa para su constante búsqueda de mejores condiciones. En situaciones semejantes, los productores, en consecuencia, suelen encontrar que las concesiones a los trabajadores les resultan menos costosas que las huelgas aunque, a la larga, esto se refleja en un incremento constante en el costo de mano de obra, lo cual reduce el margen general de utilidad.

De una u otra manera, otros productores potenciales pueden desgastar la capacidad de los productores líderes para mantener el cuasimonopolio. Hasta ahora, esto se ha llevado entre 25 y 30 años. Pero, al margen del tiempo que la industria líder goce de protección, tarde o temprano llega un punto en el que el cuasimonopolio se ve afectado. Y esto trae aparejado, como lo predijeron los heraldos del capitalismo, una baja de los precios, que puede ser beneficiosa para los compradores pero resulta negativa para los vendedores. Lo que fuera un producto líder redituable se ha convertido en un producto competido en la escena mundial, mucho menos redituable.

¿Qué pueden hacer los productores? Una opción es negociar la ventaja de costos de transacción bajos por costos de producción bajos, lo cual generalmente significa cambiar la ubicación

de la producción, de una o más ubicaciones "centrales" a otras regiones del sistema-mundo donde los costos "históricos" de la mano de obra son más bajos. Es probable que las personas en estos nuevos sitios consideren la entrada a la cadena de producción mundial como un "desarrollo" para su país. Propiamente se considera una transferencia filtrada de las otrora —pero no más— industrias superredituables.

La reubicación de industrias es sólo un tipo de respuesta al cambio de condiciones. Los productores de las antes industrias líderes pueden intentar mantener al menos parte de su producción en países donde se ubicaban históricamente, especializándose en un subproducto de nicho que sea más difícil de reproducir rápidamente en otro lugar. También pueden negociar con la mano de obra de diversas maneras para bajar salarios, esgrimiendo la amenaza de cambiar la industria de ubicación, con el consiguiente desempleo para los trabajadores. En general, la capacidad de los trabajadores para defender las ventajas logradas durante el periodo de expansión de la economía-mundo se ve afectada por la mayor competitividad en el mercado mundial.

También es posible que, en parte o totalmente, los productores transfieran su búsqueda de capital de la esfera productiva —e incluso comercial— a la obtención de ganancias en el sector financiero. Hoy hablamos de esta "financiarización" como si fuera un invento de los años setenta, aunque en realidad es una práctica muy antigua en todas las fases B del ciclo de Kondratiev. Como lo ha demostrado Braudel, los capitalistas verdaderamente exitosos siempre han rechazado la "especialización" en la industria, el comercio o las finanzas, y prefieren diversificarse para moverse entre estos procesos conforme dicten las oportunidades.

¿Cómo se hace dinero en la esfera financiera? El mecanismo básico es prestar dinero con intereses. Las deudas más redituables para los prestamistas son aquellas en las que el deudor se excede en los créditos y, por consiguiente, únicamente puede pagar intereses mas no el capital. Esto le genera al prestamista un ingreso recurrente y cada vez mayor, hasta que el deudor abrumado cae en bancarrota.

Tal mecanismo de créditos financieros no crea un nuevo va-

lor real, ni siquiera nuevo capital. Esencialmente reubica el capital existente, ya que necesita círculos de deudores para sustituir a los que han quebrado, para así mantener el flujo de créditos y deuda. Estos procesos financieros pueden ser muy redituables para quienes se encuentran del lado de los acreedores de la ecuación.

La cadena de endeudamiento tiene, no obstante, un inconveniente desde el punto de vista del funcionamiento "normal" del sistema capitalista. A la larga agota la demanda real de cualquier tipo de producción y esto es un peligro tanto económico como político para el sistema, que necesita regresar al equilibrio, esto es, a una situación en la que se acumule capital principalmente a través de nueva producción. Schumpeter ha demostrado claramente cómo funciona lo anterior desde la perspectiva económica. Una invención se transforma en innovación, de la cual surge un nuevo producto líder que permite la renovada expansión de la economía-mundo.

El trasfondo político de esta transformación ha sido muy cuestionado. Parece necesitar de una clase trabajadora fortalecida en la lucha de clases. Podría exigir la disposición de una parte de la clase productora de acceder a este fortalecimiento del estrato trabajador —un sacrificio de utilidades individuales de corto plazo, con el interés de beneficios colectivos de la clase productora en el largo plazo.

Este patrón de expansión y contracción del capitalismo sólo es posible porque el capitalismo no es un sistema ubicado en un solo Estado, está incrustado en un sistema-mundo, por definición más grande que cualquier Estado. Si estos procesos ocurrieran en un solo Estado, no habría nada que le impidiera a quienes detentan el poder apropiarse del valor excedente, lo cual les eliminaría —o al menos les reduciría considerablemente— a los empresarios el incentivo de desarrollar nuevos productos. Por otra parte, si no hubiera estados dentro del rango del mercado, no habría manera de tener cuasimonopolios. Sólo si los capitalistas están insertos en una "economía mundial" —que abarque a varios estados— los empresarios pueden buscar una acumulación ilimitada de capital.

Esto explica, pues, por qué tenemos ciclos llamados hegemó-

nicos, que son considerablemente más largos que los de Kondratiev. Hegemonía en una economía-mundo significa la capacidad de un Estado de imponer una serie de reglas al funcionamiento de todos los demás estados, de manera que exista un orden relativo en el sistema-mundo. La importancia del orden "relativo" es algo en lo que insiste la teoría de Schumpeter. Los desórdenes —entre estados y dentro de éstos, guerras (civiles), mafias que brindan protección, corrupción extendida oficial e institucional y delitos menores de uso común— también son redituables para pequeños sectores de la población mundial, aunque entorpecen la búsqueda global para maximizar la acumulación de capital. En realidad, provocan la destrucción de gran parte de la infraestructura necesaria para mantener y expandir la acumulación de capital.

Por consiguiente, el que un poder hegemónico imponga un orden relativo resulta beneficioso para el funcionamiento "normal" del sistema capitalista como un todo. También es un gran beneficio para el propio poder hegemónico —para su gobierno, empresarios y ciudadanos—, aunque hay razones para dudar de que dichos beneficios para todo el sistema —y para el poder hegemónico— también beneficien a otros estados, a sus empresas y ciudadanos. En ello radica la tensión y la explicación de por qué resulta tan difícil y es tan raro alcanzar y mantener la hegemonía.

Hasta ahora, el patrón de ciclos hegemónicos ha sido que después de una muy destructiva "guerra de treinta años" entre las dos potencias que tienen la posibilidad de convertirse en la potencia dominante del sistema-mundo, una de ellas obtiene la victoria definitiva. En ese punto, un Estado combina en sus procesos económicos una marcada ventaja simultánea en las tres formas de la actividad económica: producción, comercio y finanzas. Además, como resultado de su fortalecida base económica y su victoria en la lucha, el Estado disfruta de una considerable ventaja militar. Y para rematar su posición dominante, afirma su predominio cultural, incluyendo la versión definitoria de geocultura —el concepto gramsciano de hegemonía.

Con esta combinación de preeminencia en todas las esferas del sistema-mundo, el poder hegemónico puede lograr sus ob-

jetivos, imponer su voluntad en casi todos los ámbitos y prácticamente todo el tiempo. Podríamos pensar que se trata de un cuasimonopolio de poder geopolítico. En un principio, este predominio hegemónico logra crear un orden relativo en el sistema-mundo y una relativa estabilidad. El problema radica, como en el caso de los cuasimonopolios de industrias líderes, en que los cuasimonopolios de poder geopolítico son autodestructivos, por diversas razones.

En primera instancia, siempre son los claros perdedores en una situación de relativa estabilidad. Comienzan a rebelarse de diversas maneras y, para contener las rebeliones, el poder hegemónico debe recurrir a la represión, a menudo de tipo militar. Esta represión suele ser, en un sentido inmediato, bastante exitosa. Pero el uso de la fuerza siempre trae aparejadas consecuencias negativas. Por un lado, la acción militar casi nunca es plenamente exitosa, lo que le plantea ciertos límites a la capacidad represora del poder hegemónico. Y esto tiende a alentar futuras muestras de desafío.

En segundo lugar, la represión tiene un precio para los ejércitos y otras instituciones del poder hegemónico. El costo en vidas —muertos y heridos— crece continuamente, al igual que el costo financiero. Lenta, pero seguramente, esto socava el apoyo popular para la represión, cuando los ciudadanos comienzan a percatarse claramente de las ganancias que conlleva su posición dominante —generalmente desproporcionadas para un subestrato de la población— y de las pérdidas —usualmente para un subestrato mucho mayor—. Como resultado, las autoridades del poder hegemónico comienzan a percibir restricciones internas a su capacidad de imponer el orden mundial.

En tercer lugar, otros estados, que se habían quedado rezagados en términos de fuerza geopolítica al inicio del periodo de predominio hegemónico, comienzan a recuperarse y a insistir en tener un papel geopolítico más significativo. El sistema-mundo comienza a alejarse de una situación de hegemonía indiscutible a una situación de equilibrio de poderes. Dado que se trata de un proceso cíclico, aparecen terceros que buscan ser los sucesores de este poder hegemónico. Pero es un proceso complicado y arduo, que explica por qué los ciclos hegemónicos son

mucho más largos que los de Kondratiev.[2] Por todo lo anterior, el poder hegemónico comienza a declinar lentamente.

Cabe subrayar un último elemento en esta descripción de los procesos constantes del sistema mundial moderno. Tanto los ciclos de Kondratiev como los hegemónicos son ciclos. Y no existen ciclos perfectos, en el sentido de que vuelvan a su punto de inicio. Esto se debe a que los periodos A de ambos ciclos significan crecimiento —en valor real, en el ámbito geográfico, en una mayor mercantilización—. Nunca es posible erradicar todo el crecimiento anterior en la fase B. Más bien, el regreso al equilibrio representado por la fase B es, en el mejor de los casos, una regresión parcial al sistema, lo que podría describirse como "estancamiento", más que una regresión plena a la posición previa del sistema, conforme a cualesquiera de los factores que se tomen en cuenta en la medición.

Podríamos diagramar lo anterior como un efecto de escalada, dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Por ende, los ritmos cíclicos del sistema histórico crean un equilibrio oscilante, que se traduce en tendencias seculares ascendentes con relación a sus curvas principales. Si dibujamos esto sobre un plano, con el eje "y" o medición ordinal de los porcentajes de algún fenómeno y el eje "x" o de las abscisas para medir el tiempo, tenemos curvas que se mueven lentamente hacia sus asíntotas (100% de lo que se mide en el eje de las "x"). Conforme un sistema se acerca a estas asíntotas, se aleja gradualmente de su punto de equilibrio, ya que nunca es posible cruzar la asíntota. Tal parece que una vez que estas curvas llegan al punto del 80%, el sistema comienza a oscilar rápida y repetidamente, se vuelve "caótico" y se bifurca. Podemos decir que éste es el punto en el que el sistema ha llegado al inicio de su crisis estructural. Ahora intentaremos dar evidencia concreta de cómo ha ocurrido lo anterior en nuestro sistema histórico.

[2] Explico este proceso en "El concepto de hegemonía en una economía-mundo", en el prólogo a la edición de 2011 de *El moderno sistema mundial*, II: *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI, 2011, pp. xxiii-xxx.

EL MODERNO SISTEMA-MUNDO, DE 1945 A CIRCA 1970

La última gran batalla por la hegemonía fue entre Alemania y Estados Unidos, una lucha que comenzó más o menos en 1873 y culminó en una "guerra de treinta años" de 1914 a 1945. Con la "rendición incondicional" de Alemania en 1945, Estados Unidos quedó como el claro y reconocido vencedor en esta lucha.

Estados Unidos surgió de lo que conocemos como la segunda guerra mundial con una increíble fuerza económica. Su capacidad económica y competitividad ya eran muy fuertes antes del inicio de la guerra, pero con ella se acrecentó esta fuerza de dos maneras. Por una parte, las demás potencias industriales del sistema-mundo —desde Gran Bretaña, toda Europa, la Unión Soviética y Japón— sufrieron graves daños a su planta material. Además, debido a que la guerra aniquiló su producción agrícola, la mayoría también sufrió una grave escasez de alimentos en el periodo inmediato de posguerra. En cambio Estados Unidos, quien no sufrió daños físicos, pudo desarrollar aún más su base industrial y agrícola durante la guerra. No sólo las derrotadas potencias del Eje, sino incluso los aliados de Estados Unidos, buscaron su apoyo inmediato para la reconstrucción.

Podemos medir el grado de ventaja inicial de manera muy sencilla. En cualquier sector importante de la producción, durante los primeros 10 a 15 años después de 1945, Estados Unidos pudo vender sus productos en todos los demás países industrializados a costos más bajos —incluido el transporte— que los productores locales.

La única esfera en la que Estados Unidos no tenía una ventaja excesiva era la militar: La Unión Soviética tenía una gran fuerza militar y sus tropas ocupaban un amplio territorio en Europa central y del este, y el noreste de Asia —Manchuria y Mongolia interior, en China, la mitad norte de Corea y las islas Sakhalin y Kuril en el sur de Japón. Ciertamente en 1945 Estados Unidos tenía armas nucleares, pero esta ventaja había desaparecido para 1949.

Como resultado, si Estados Unidos quería desempeñar el papel de potencia hegemónica, tendría que llegar a ciertos acuer-

dos con la Unión Soviética y neutralizar su fuerza militar. Esto resultaba particularmente cierto dado que la presión política interna en el país condujo a una desmovilización bastante rápida de sus fuerzas terrestres en el mundo entero.

Mi argumento es que lo que siguió fue un "acuerdo" tácito entre Estados Unidos y la Unión Soviética, a lo que hemos dado el nombre metafórico de Yalta. Me parece que el acuerdo tenía tres componentes. El primero era la división de facto del mundo en dos esferas de influencia, que correspondían más o menos a la ubicación de las fuerzas armadas de cada uno de estos países al final de la guerra. Había un bloque soviético, que se definió desde la línea de los ríos Óder y Neisse en Europa central hasta el paralelo 38 en Corea —incluyendo a China continental tras la derrota definitiva del Kuomintang por las fuerzas del Partido Comunista Chino en 1949.

Lo que en realidad acordaron observar Estados Unidos y la Unión Soviética era el derecho primordial —virtualmente exclusivo— de cada uno de decidir los asuntos en el interior de su respectiva esfera. Un elemento crucial de este acuerdo de facto fue que no habría intento alguno de modificar las fronteras establecidas por medios militares ni políticos. Después de 1949, el acuerdo se reforzó con el concepto de "destrucción mutuamente asegurada", ya que ambos lados tenían suficiente fuerza nuclear para responder a cualquier ataque y destruir al contrario.

La segunda parte del acuerdo tácito era la disparidad económica de facto de las dos zonas. Estados Unidos no ofrecería asistencia para la reconstrucción del bloque soviético. Su ayuda se limitaría a su zona —el Plan Marshall en Europa occidental; ayuda similar a Japón y, más tarde a Corea del Sur y Taiwán, en Asia oriental—. La ayuda estadunidense a sus aliados no era simplemente filantropía altruista. Necesitaba clientes para su floreciente industria y, al reconstruir la economía de estos aliados, los convertía en buenos clientes, además de sus fieles satélites políticos. La Unión Soviética, por su parte, desarrolló sus propias estructuras económicas regionales, que reforzaron el carácter autárquico de la zona soviética.

La tercera parte del "acuerdo" era negar que hubiera cualquier tipo de acuerdo. Cada lado proclamaba a voz en cuello,

en su particular estilo, que estaba enfrascado en una lucha ideológica total con el otro. A esto le llamamos la "guerra fría". No obstante, ésta siempre fue una guerra "fría". El propósito de tan sonora retórica no era en realidad transformar al otro, al menos no en un plazo muy distante, cuando el otro se derrumbara de alguna manera. En este sentido, ninguno de los lados intentaba "ganar" la guerra en el corto plazo. Más bien se trataba de quedar bien con sus satélites —a quienes llamaban por el eufemismo de "aliados"— para que siguieran una línea política muy estricta, como lo dictaban las dos superpotencias. Ningún lado apoyaría a las fuerzas rebeldes del campo contrario, ya que esto podría derivar en la disolución del primer acuerdo de un *statu quo* militar entre las dos superpotencias.

Una vez logrado el *statu quo* militar, Estados Unidos podría ejercer su predominio total, político y cultural, en el sistema mundial —con sus mayorías automáticas en las Naciones Unidas y otras múltiples instituciones transnacionales—. La única excepción era el organismo que controlaba los asuntos militares: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde la capacidad de veto de cada una de las partes garantizaba el *statu quo* militar.

El acuerdo funcionó muy bien en un principio, pero gradualmente el carácter autodestructivo del cuasimonopolio geopolítico comenzó a mostrar sus consecuencias. Los dos cambios geopolíticos más importantes en los dos decenios que siguieron a 1945 fueron revoluciones en el tercer mundo y la recuperación económica de Europa occidental y Japón.

Los que se denominaban entonces como países del tercer mundo —y que posteriormente comenzamos a llamar el Sur— tenían muy poco que ganar en el *statu quo* geopolítico que las dos superpotencias intentaban imponer en el mundo. Algunos comenzaron a desafiar los acuerdos. El Partido Comunista Chino se negó a llegar a un acuerdo con el Kuomintang, como quería la Unión Soviética. Derrotaron al Kuomintang y tomaron el poder. El Viet Minh y el Viet Cong siguieron su propio camino, derrotando a los franceses y estadunidenses. Fidel Castro y su guerrilla llegaron al poder y casi volcaron el orden mundial en 1962. Los argelinos proclamaron su independencia para gran

pena —al menos inicialmente— del Partido Comunista Francés. Y Nasser logró apoderarse del canal de Suez.

Ni Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban contentos con esta agitación. Cada uno se ajustó a su realidad de manera similar. Inicialmente cada lado insistió en una elección forzada de lealtades en la guerra fría, considerando, como dijera en su famosa frase el entonces secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, que "no hay neutrales". No obstante, ambos lados consideraron necesario suavizar posteriormente su postura para complacer a quienes buscaban ser neutrales. En el proceso, la Unión Soviética "perdió" a China, y Estados Unidos pagó un alto precio económico y político con su guerra de Vietnam.

El otro cambio —que afectó a Estados Unidos más que a la Unión Soviética— fueron las consecuencias políticas de la recuperación económica en medio de la increíblemente expansiva fase A de Kondratiev. Hacia principios del decenio de 1960, ya no era cierto que Estados Unidos pudiera vender, por ejemplo, automóviles más baratos en Alemania o Japón que los productores locales. En realidad, comenzaba a ocurrir lo contrario. Los automóviles alemanes y japoneses entraban con éxito en el mercado estadunidense.

La nueva fuerza económica de los otrora satélites de Estados Unidos los convirtió en auténticos competidores en el mercado mundial. Para finales del decenio de 1960, Estados Unidos ya no tenía una ventaja económica significativa sobre sus principales aliados en la esfera de producción mundial, ni siquiera en comercio transnacional. La base de su hegemonía geopolítica comenzaba a fracturarse.

Después de 1945, el sistema mundial gozó de la mayor expansión de acumulación de capital que había conocido desde el inicio del moderno sistema-mundo durante el largo siglo XVI. Ambos ciclos fueron simultáneos y alcanzaron su punto de autodestrucción más o menos simultáneamente. A los grandes repuntes les siguieron las grandes recesiones. Y, durante el proceso, el sistema-mundo se alejó muchísimo del equilibrio como sistema histórico. Sus mecanismos de restauración parecían haberse forzado más allá de una posible reparación y el sistema entraba en una crisis estructural.

LA CRISIS ESTRUCTURAL, DESDE CIRCA 1970 HASTA ¿?

Dos acontecimientos cruciales contribuyeron a esta crisis estructural. El primero tenía que ver con las tendencias estructurales de largo plazo de la economía-mundo, que en adelante le harían extremadamente difícil a los capitalistas acumular capital interminablemente. La segunda se refiere a la coyuntura que marcó el final del predominio de los liberales de centro de la geocultura, lo que socavaría la estabilidad política del sistema mundial. Me referiré a cada uno de ellos.

A] *Tendencias estructurales de largo plazo*

¿Cómo es posible acumular capital de manera ilimitada en un sistema capitalista? El método básico, aunque no el único, es por medio de la producción, en la cual el productor-empresario conserva el diferencial entre el costo de producir la materia prima y el precio al que puede venderla. Mientras más bajos los costos y más alto el precio de venta, mayor será la utilidad, la cual puede reinvertirse.

Pero, ¿cómo puede maximizarse el diferencial entre costo y precio de venta? Hay dos elementos necesarios en este ejercicio. Para maximizar el precio de venta, debe existir un cuasimonopolio, un tema que ya hemos abordado. Lo que ahora analizaremos es cómo minimizar los costos. Comenzaremos con la realidad de que hay tres costos genéricos en cualquier proceso productivo: personal, insumos e impuestos.

El productor/propietario debe pagar tres niveles de personal: la mano de obra no calificada y semicalificada, la mano de obra calificada y los cuadros supervisores, y los directivos. Los costos de la mano de obra menos calificada suelen subir en los periodos A, ya que presentan exigencias colectivas al empleador con alguna forma de actividad sindical. Durante esta fase, los empleadores pueden hacer concesiones al personal menos calificado, ya que evitar huelgas o paros puede resultar menos costoso que incrementar los salarios. No obstante, a la larga estos costos se vuelven demasiado altos para

los empleadores, particularmente para aquellos de las industrias líderes.

Históricamente, la solución ha sido el éxodo de la fábrica, esto es, reubicarla en regiones donde "históricamente" los salarios son más bajos durante el periodo B. Aquí, los trabajadores son reclutados en lugares —generalmente del medio rural— en donde su ingreso real es incluso más bajo del que les ofrece la recién instalada fábrica —en un medio generalmente urbano—. Parecería ser una situación de ganar-ganar para trabajador y empleador. Después de cierto tiempo, empero, los trabajadores trasplantados conocen mejor su nueva situación y son más conscientes de sus bajos salarios en términos mundiales. Comienzan a participar en algún tipo de acción sindical y, tarde o temprano, el empleador se percata de que nuevamente los costos se han vuelto demasiado altos. La solución es un nuevo cambio de lugar.

Estos movimientos son costosos pero eficaces aunque, a nivel mundial, se da un efecto de escalada. Las reducciones nunca eliminan totalmente los incrementos. A lo largo de 500 años, este proceso reiterado ha agotado virtualmente los lugares a donde moverse. Y esto puede medirse por el grado de desruralización del sistema-mundo, que se ha elevado espectacularmente en los cincuenta últimos años y parece continuar a un ritmo acelerado.

El incremento en el costo de los cuadros supervisores es el resultado de dos consideraciones. Una, el aumento constante de unidades productivas exige más personal intermedio que las coordine. Y dos, los riesgos políticos derivados de una organización sindical reiterada de la mano de obra relativamente poco calificada se contrarrestan con la creación de un estrato intermedio más amplio que pueden ser tanto aliados políticos del estrato rural como modelos de una posible movilidad ascendente de la mayoría poco calificada, coartando así su movilización política. Pero sus salarios incrementan considerablemente el costo de personal.

El incremento en los costos de los altos directivos es el resultado directo de la mayor complejidad de las estructuras empresariales —la famosa separación entre propiedad y control—. Esto hace posible que los altos directivos se apropien de porciones cada vez mayores de los ingresos de la empresa, reduciendo lo

que reciben los "propietarios" —accionistas— como utilidades para reinvertir en la empresa. Este último incremento ha tenido dimensiones verdaderamente espectaculares en los decenios recientes.

El costo de los insumos también ha aumentado por razones análogas. Los capitalistas buscan externalizar tantos costos como puedan, una manera elegante de decir que no pagan como debieran los insumos que utilizan. Los tres principales costos que pueden externalizarse son la disposición de residuos tóxicos, la renovación de materia prima y la construcción de la infraestructura necesaria para transporte y comunicaciones. Durante la mayor parte de la historia del moderno sistema-mundo, externalizar estos costos se consideraba una práctica normal que rara vez preocupaba a las autoridades políticas.

No obstante, en las décadas recientes, el entorno político ha cambiado radicalmente. El cambio climático es un problema ampliamente discutido, como resultado de lo cual se ha extendido la exigencia de productos "verdes" y "orgánicos" y la anterior "normalidad" de la externalización es un recuerdo distante. La explicación respecto del nuevo debate político sobre la disposición de residuos tóxicos es muy sencilla. En el mundo se han agotado los espacios públicos donde tirar los residuos. El efecto de lo anterior es equivalente a la desruralización de la mano de obra mundial, la escasez de nuevos grupos de trabajadores potenciales con bajos salarios. El impacto en la salud pública se ha vuelto grave y obvio, con el consiguiente aumento de movimientos sociales que exigen limpieza y control ambiental.

En segundo término, la preocupación generalizada por los recursos renovables —otra nueva realidad política— se debe en gran medida al marcado incremento de la población mundial. Súbitamente, el mundo ha descubierto que la escasez de activos de diversos tipos es ya una realidad o está a punto de serlo: fuentes de energía, agua, bosques, peces y carne. El debate actual se refiere a quién es propietario de qué, quién usa qué, con qué propósitos se utilizan los recursos y quién paga por ello.

Tercero, el capitalismo como sistema necesita una infraestructura considerable. Los productos que se fabrican para la venta en el mercado mundial deben transportarse. La comuni-

cación es un elemento crucial en el comercio, y el transporte y la comunicación son hoy mucho más eficientes y veloces. Pero esto también significa un incremento importante de los costos. ¿Quién paga por ello? En el pasado, los productores, que son quienes más utilizan la infraestructura, sólo han pagado una parte pequeña del costo y el público ha pagado el resto.

Hoy se percibe una gran exigencia política para que los gobiernos asuman un nuevo papel directo para asegurar la descontaminación, la renovación de recursos y la expansión de la infraestructura. Para ello sería necesario que los gobiernos incrementaran los impuestos de manera significativa, lo cual no tendría sentido si las causas de las realidades negativas permanecen intactas. Esto significa que los gobiernos necesitarían insistir en que los empresarios internalicen más los costos. Tanto el aumento de impuestos e, incluso más, el requisito de internalización de los costos reduciría drásticamente el margen de utilidad de las empresas —tema que subrayan constantemente los productores.

Por último, el sistema tributario en todas sus formas ha crecido en la historia del moderno sistema-mundo. Todos los niveles de gobierno necesitan cobrar impuestos, tanto para pagarle al personal como para brindar el nivel de servicios que se espera. También se ha extendido lo que podría llamarse contribución privada —tanto la corrupción de funcionarios de gobierno como las exigencias depredadoras de las mafias organizadas—. La contribución privada es un costo para el empresario, al igual que los impuestos del Estado. En la medida en que las estructuras gubernamentales han crecido, particularmente en los cincuenta últimos años, hay más gente a la cual sobornar. Y conforme crece la actividad económica mundial, hay más espacio de maniobra para las operaciones de las mafias.

Pese a ello, el incremento en el sistema tributario se ha debido principalmente a las luchas políticas de los movimientos antisistémicos del mundo. Sus exigencias en los dos siglos pasados provocaron la democratización de la política mundial. Los movimientos populares han exigido fundamentalmente tres garantías básicas para la ciudadanía: educación, servicios de salud e ingresos de por vida. Las demandas han crecido constantemente en los pasados 200 años en dos sentidos: el nivel de los servi-

cios exigidos y, por ende, los costos; y los puntos geográficos de donde surgen las exigencias. Estos gastos son lo que llamamos el "Estado benefactor" —que hoy es parte de la política normal de prácticamente cualquier gobierno del mundo, aun cuando los niveles de lo que ofrece varían, sobre todo dependiendo del grado de riqueza de cada país.

Podríamos resumir lo anterior diciendo que los tres costos básicos de producción se han elevado constantemente y cada vez se acercan de tal manera a sus asíntotas que es imposible que el sistema recobre al equilibrio por medio de los múltiples mecanismos que se han utilizado en los pasados 500 años. Las posibilidades de que los productores logren una acumulación interminable de capital parecen llegar a su fin.

B] *Cambio cultural coyuntural*

La contracción de utilidades para los productores capitalistas ha venido acompañada de un colosal cambio cultural. Es el final del predominio del liberalismo de centro en la geocultura, que fue el origen y la consecuencia de la revolución mundial de 1968. La historia de esta revolución es en gran medida la de los movimientos antisistémicos en el moderno sistema-mundo —su nacimiento, su estrategia, su historia hasta 1968, su importancia para la operación política del moderno sistema-mundo.

Durante el siglo XIX, la Vieja Izquierda, como llegaría a llamarse durante la revolución de 1968, consistía esencialmente en las dos variedades de movimientos sociales, el comunismo y la socialdemocracia, además de los movimientos de liberación nacional. Estos movimientos crecieron lentamente y con gran esfuerzo, sobre todo en el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX. Durante largo tiempo, fueron débiles y bastante marginales pero, en el periodo de 1945 a 1968, cobraron gran fuerza en casi todas las regiones del sistema-mundo.

Parecería contraintuitivo que hubieran logrado tal fuerza precisamente durante el periodo tanto de expansión extraordinaria de la fase A de Kondratiev como de la cúspide de la hegemonía de Estados Unidos. No considero, sin embargo, que esto haya sido

fortuito. Recordemos que afirmé que los capitalistas no desean por ningún motivo padecer interrupciones en sus procesos de producción —huelgas, paros, sabotajes— cuando la economía mundial es floreciente, especialmente los capitalistas involucrados en los procesos más redituables, esto es, las industrias líderes. Dado que en ese momento la expansión era excepcionalmente redituable, los productores estuvieron dispuestos a hacer concesiones importantes a sus trabajadores en términos salariales, considerando que les resultaban menos costosas que las pérdidas ocasionadas por posibles interrupciones. Esto significó costos de producción en aumento en el mediano plazo, lo que se convertiría en un factor primordial para el debilitamiento de los cuasimonopolios hacia finales del decenio de 1960. La mayoría de los empresarios, como sucede siempre, calculan sus intereses en términos de utilidades en el corto plazo y son incapaces de predecir o controlar lo que podría pasar en, digamos, tres años.

La potencia hegemónica pensó en sus intereses de manera bastante similar. Su preocupación principal era mantener una relativa estabilidad en la arena geopolítica. La represión en la escena mundial en contra de los movimientos antisistémicos parecía sumamente costosa. Siempre que fuera posible —y no siempre lo era— Estados Unidos favorecía una "descolonización" negociada, con un régimen que supuestamente sería más "moderado" en su política futura. Como resultado, llegaron al poder movimientos de liberación nacionalistas/nacionales en gran parte de Asia, África y el Caribe.

En los grandes debates internos de los movimientos hacia finales del siglo XIX —marxistas *versus* anarquistas en los movimientos sociales de los países industrializados, nacionalismo político *versus* nacionalismo cultural en los movimientos anticoloniales— los marxistas y los que favorecían una política nacionalista afirmaban que el único programa creíble era la llamada estrategia de dos pasos: primero tomar el poder y después cambiar el mundo. Para 1945, los marxistas y los nacionalistas claramente tenían la ventaja en los debates entre movimientos y controlaban a las organizaciones más poderosas.[3]

[3] Ciertamente los "marxistas" se dividieron en dos facciones durante la Re-

La consecuencia de esta actitud relativamente permisiva de los megaconsorcios y el poder hegemónico fue que, hacia mediados del decenio de 1960, los movimientos de la Vieja Izquierda habían alcanzado su meta histórica de llegar al poder en casi todos los países. Los partidos comunistas detentaban el poder en la tercera parte del mundo, llamada entonces el bloque socialista. Los partidos socialdemócratas lo hacían en otro tercio del mundo —el mundo paneuropeo—.[4] Y, para 1968, en prácticamente todos los países coloniales, los movimientos nacionalistas y de liberación nacional habían llegado al poder.[5]

Al margen de cuán "moderados" resultaran al llegar al poder, el sistema-mundo se vio invadido, en ese momento, por el triunfalismo de todos estos movimientos. Sentían y proclamaban a voces que el futuro era suyo, que la historia estaba de su parte. Y los poderosos en el moderno sistema-mundo temieron que dichas afirmaciones fueran ciertas. Temían lo peor, aunque quienes participaron en la revolución mundial de 1968 no estuvieron de acuerdo. No consideraron la llegada al poder de los movimientos de la Vieja Izquierda como un triunfo, sino como una traición. En esencia, su postura era: podrán haber llegado al poder (paso uno), pero no han cambiado el mundo en absoluto (paso dos).

---

volución rusa, los socialdemócratas (o la Segunda Internacional) y los comunistas (Tercera Internacional). Sus diferencias no radicaban sin embargo en la estrategia de dos pasos, sino en cómo lograr el primero: llegar al poder. Para 1968, los socialdemócratas ya no se llamaban marxistas y los comunistas ya se autonombraban marxistas-leninistas. En el caso de la mayoría de jóvenes que integraban los movimientos de la revolución mundial de 1968, este debate entre los seguidores de las dos Internacionales, tan importante para la Vieja Izquierda, resultaba casi irrelevante, ya que ellos menospreciaban ambas variedades de los movimientos sociales de la Vieja Izquierda.

[4] Cabe recordar que, en ese tiempo, la política principal de los partidos socialdemócratas —el Estado benefactor— también había sido adoptada por los partidos conservadores, que básicamente peleaban por los detalles.

Considero que los liberales del *New Deal* en Estados Unidos eran una variedad de socialdemócratas que se negaron a utilizar esta etiqueta por razones peculiares de la historia política de sn país.

[5] La mayoría de los países latinoamericanos se independizaron durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los movimientos populistas mostraron una fuerza análoga a los movimientos de liberación nacional en el aún formalmente mundo colonial.

Al escuchar detenidamente la retórica de los participantes en esta revolución mundial, ignorando las referencias locales —que, desde luego, eran diferentes de un país a otro— se observan tres temas en el análisis de los involucrados en los diversos movimientos, ya fuera en el bloque socialista, el mundo paneuropeo o el tercer mundo.

El primer tema se refería al poder hegemónico. Estados Unidos no se consideraba un garante del orden mundial, sino el señor del imperialismo, que se había extendido demasiado y se había vuelto vulnerable. La guerra de Vietnam se encontraba en su punto máximo y la ofensiva del Tet en febrero de 1968 se consideró el golpe de gracia de la operación militar de Estados Unidos. Y esto no era todo. Los revolucionarios acusaban a la Unión Soviética de colusión con la hegemonía estadunidense. Consideraban que la guerra fría era sólo una fachada. El tratado de Yalta sobre el *statu quo* de facto era la principal realidad geopolítica. Esta sospecha crecía desde 1956, el año de Suez y Hungría —en que ninguna superpotencia actuó en términos de la retórica de la guerra fría—. También fue el año de la plática "secreta" de Jrushov en el 20 Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, un discurso que anuló la retórica estalinista y muchas de sus políticas, lo cual derivó en una extendida "desilusión" entre los antes fieles.

El segundo tema concernía a los movimientos de la Vieja Izquierda, atacados por doquier por no cumplir sus promesas (el segundo paso) al llegar al poder. Los militantes afirmaban que, dado que no habían logrado cambiar el mundo, tendrían que repensar su fallida estrategia y sustituir a estos gobiernos por movimientos nuevos. Para muchos, la Revolución Cultural China fue el modelo a seguir —con su llamado a purgar a los "seguidores de la vía capitalista" que ocupaban los puestos clave del partido y el gobierno.

El tercer tema se refería a lo que podrían llamarse los olvidados —aquellos oprimidos a causa de su raza, género, etnia, sexualidad o cualquier otredad en sus posibles manifestaciones—. Los movimientos de la Vieja Izquierda habían sido jerárquicos, insistiendo que, en cualquier país, únicamente un movimiento podría ser "el" movimiento revolucionario, y que éste debía dar prioridad a un tipo particular de lucha, la lucha de clases en los países industrializados —el Norte—, la lucha nacionalista en el resto del mundo —el Sur.

La lógica de su posición era que cualquier "grupo" que buscara una estrategia autónoma minaba la lucha prioritaria y, por consiguiente, era objetivamente contrarrevolucionario. Todos estos grupos debían organizarse dentro de la estructura jerárquica del partido y subordinarse a sus decisiones tácticas.

Los militantes de 1968 insistían en que las demandas de estos grupos por un trato igual no podían postergarse a un futuro, una vez que se "ganara" la lucha principal. Eran demandas urgentes y la opresión que combatían era tan importante como la de aquellos del grupo supuestamente prioritario en ese momento. Los olvidados incluían principalmente a las mujeres, a minorías socialmente definidas —raciales, étnicas, religiosas—, a personas de diversas tendencias sexuales, personas que daban prioridad a problemas ecológicos o a la lucha por la paz. La lista de personas olvidadas era interminable, la cual se ha ampliado desde entonces y sus integrantes se han vuelto más militantes. En aquel momento, los Panteras Negras en Estados Unidos eran un ejemplo destacado de este tipo de grupo.

La revolución mundial de 1968 —en realidad abarcó de 1966 a 1970— no logró la transformación política del sistema-mundo. En la mayoría de los países, el movimiento fue reprimido y muchos de sus integrantes abandonaron su entusiasmo juvenil con el paso de los años. No obstante, dejó un legado perdurable. Destruyó el discurso de los liberales de centro de que su versión de geocultura era la única legítima. Los exponentes de las ideologías verdaderamente conservadoras y verdaderamente radicales prosiguieron su existencia autónoma y comenzaron a seguir estrategias de organización y políticas autónomas.

Las consecuencias de este cambio cultural y político para el funcionamiento del sistema-mundo moderno fueron enormes. Cuando la capacidad de los capitalistas de alcanzar la acumulación interminable de capital entró en crisis, la estabilidad política del sistema-mundo moderno ya no pudo ser garantizada debido a la abrumadora fuerza del liberalismo de centro, que aseguraba un futuro mejor para todos, siempre y cuando se so-

metieran pacientemente a las sabias decisiones de los especialistas, quienes tenían la capacidad de lograr este mejor futuro en un tiempo incierto.

c] *Se desata el caos*

La revolución mundial de 1968 fue un enorme éxito político. La revolución mundial de 1968 fue un enorme fracaso político. Aunque pareció extenderse y florecer en todo el mundo, para mediados del decenio de 1970 se había extinguido prácticamente en todos los países. ¿Qué logró este incendio incontrolable? Bastante. El liberalismo de centro quedó destronado de su papel como la ideología gobernante del sistema-mundo moderno, la única ideología legítima de facto, y quedó reducida a sólo una entre muchas. Adicionalmente, los movimientos de la Vieja Izquierda fueron destruidos como movilizadores de cualquier tipo de cambio fundamental. El triunfalismo inmediato de los revolucionarios de 1968, liberados de la subordinación al liberalismo de centro, demostró ser poco profundo e insostenible.

La derecha mundial se liberó igualmente de cualquier atadura al liberalismo de centro. Aprovechó el estancamiento económico mundial y el colapso de los movimientos de la Vieja Izquierda —y de sus gobiernos— para lanzar una contraofensiva, que llamamos globalización neoliberal —en realidad, bastante conservadora—. Su principal objetivo era revertir los logros de los estratos más bajos durante el periodo A de Kondratiev. La derecha del mundo buscó reducir los principales costos de producción, destruir el Estado benefactor en todas sus versiones y detener el debilitamiento del poder de Estados Unidos en el sistema-mundo. La marcha constante de la derecha pareció culminar en 1989. El fin del control soviético sobre sus estados satélites en Europa central y del este, y el desmantelamiento de la Unión Soviética en 1991 provocaron un súbito y renovado triunfalismo de la derecha.

La ofensiva de la derecha mundial fue un gran éxito. La ofensiva de la derecha mundial fue un gran fracaso. Ante el advenimiento del estancamiento económico mundial en el decenio

de 1970 —fase B de Kondratiev— los grandes productores capitalistas desplazaron una gran cantidad de actividad productiva a nuevas zonas que parecían tener un "desarrollo" importante. Pero si bien las clases medias de estos países, cuyo número se expandía considerablemente, se vieron beneficiadas, la cantidad de acumulación de capital, vista desde una perspectiva global, no resultaba impresionante y no coincidía con lo que estos grandes consorcios habían podido acumular durante el periodo de 1945 a 1970.

Con el fin de mantener un nivel de apropiación masiva del valor excedente en el mundo, los capitalistas debieron volverse al sector financiero, lo que se ha denominado la "financiarización" del sistema-mundo. Como sugerí previamente, dicha financiarización ha sido una característica cíclica del sistema-mundo moderno desde hace 500 años.

Lo que sostuvo la acumulación de capital a partir del decenio de 1970 fue un cambio importante: en vez de buscar utilidades por medio de la eficiencia productiva, éstas se obtendrían a través de manipulaciones financieras, o en términos más correctos, especulación. El mecanismo principal de la especulación es alentar el consumo por medio del endeudamiento. (Esto es, desde luego, lo que ha ocurrido en cada periodo B de Kondratiev.) Pero esta vez la diferencia radicó en la escala y el ingenio de los nuevos instrumentos financieros utilizados para la actividad especulativa. El mayor periodo de expansión A en la historia de la economía-mundo capitalista fue seguido por la mayor manía especulativa.

No resulta difícil seguir los sucesivos blancos de endeudamiento, cada uno de los cuales produjo una burbuja que terminó por estallar. La primera gran burbuja fue el alza en los precios del petróleo inducida por la OPEP en 1973 y 1979, un alza inducida no por los integrantes radicales de la OPEP sino por Arabia Saudita y el Irán del sha, los dos principales aliados de Estados Unidos entre los integrantes de la organización. Se ha considerado de tiempo atrás, y con razón, que Estados Unidos fue quien alentó estas acciones.

En cualquier caso, las consecuencias financieras del alza en los precios del petróleo fueron claras. Gran cantidad de dinero

fluyó a las arcas de los países de la OPEP, lo cual tuvo un doble efecto negativo para los países no exportadores del Sur y del bloque socialista, quienes tenían que pagar más por el tan necesario petróleo y sus derivados, mientras que sus ingresos por exportaciones se redujeron debido a la recesión en América del norte y Europa occidental. Las dificultades para pagar estaban llevando a estos países al descontento social.

Debido a que los países de la OPEP no podían utilizar inmediatamente los ingresos excedentes, los depositaron en bancos occidentales, los cuales enviaron emisarios a los países del Sur y del bloque socialista para ofrecerles créditos que les permitirían aliviar las dificultades en la balanza de pagos; prácticamente todos aceptaron de inmediato. No obstante, les resultó sumamente difícil cumplir con el programa de pagos establecido por los bancos, lo que derivó en la llamada crisis de la deuda, que se hizo pública cuando en 1980 México declaró su insolvencia para cumplir con sus compromisos. En realidad se inició con la moratoria de Polonia, también en 1980, y las medidas de austeridad que impuso el gobierno polaco para poder pagar la deuda impulsaron Solidarnosc.

En el siguiente grupo de deudores se encontraban los grandes consorcios que, a partir de 1980, emitieron los famosos bonos chatarra como una manera de resolver sus problemas de liquidez. Esto llevó a un grupo de voraces inversionistas a realizar adquisiciones, amasando fortunas y despojando a las empresas de su valor material. Para 1990 se observó el inicio del extendido endeudamiento individual, especialmente en el Norte, orillado por el uso desmedido de tarjetas de crédito y, posteriormente, por inversiones en bienes raíces. Durante el primer decenio del siglo XXI, el endeudamiento público en Estados Unidos había alcanzado un nivel inaudito, resultado de la combinación de los enormes costos de la guerra y la reducción en gran escala del impuesto sobre la renta. Con el colapso del mercado de vivienda en Estados Unidos en 2007, la prensa mundial y los políticos se enteraron de que había una "crisis"; también fueron evidentes los esfuerzos de "rescatar" a los bancos y, en el caso de Estados Unidos, de imprimir papel moneda. A esto le siguió el círculo cada vez más amplio de endeudamiento de los gobiernos, que

presionó a todos los países a tomar medidas de austeridad para reducir la deuda gubernamental. Esta reducción deprimió de manera simultánea la demanda real.

Durante el primer decenio del siglo XXI se observó también la reubicación geográfica de la apropiación del capital. El surgimiento de los llamados países "emergentes", en especial los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica— es un tipo de reordenamiento lento de la jerarquía del moderno sistema-mundo que ya se había visto anteriormente. Sin embargo, supone que el sistema aún tiene espacio para nuevas industrias productivas líderes, algo que la generalizada contracción de utilidades parece contradecir. Más bien, el surgimiento de los BRICS ha significado el ensanchamiento del núcleo de personas que participan en la distribución del plusvalor mundial, lo cual, lejos de incrementar las posibilidades de la acumulación interminable de capital, las reduce, a la vez que intensifica, no contrarresta, la crisis estructural del sistema-mundo. Aún más, las medidas de austeridad ahora tan extendidas están reduciendo la base de consumidores de las exportaciones de los BRICS.

El resultado financiero más probable de esta turbulencia económica será el final del dólar estadunidense como la moneda de reserva mundial seguido, no por otra moneda que desempeñe esta función, sino por un mundo con varias monedas que permitan fluctuaciones constantes en los tipos de cambio, lo cual favorecerá el congelamiento de la nueva actividad productiva.

Mientras tanto, y de manera simultánea, el debilitamiento de la hegemonía estadunidense se volvió irreparable después del efecto boomerang provocado por el fiasco político y militar del neoconservador y machista programa militar unilateral que emprendió el gobierno del presidente George W. Bush en el periodo de 2001 a 2006. El desenlace ha sido un mundo multipolar, en el que hay de ocho a diez centros de poder lo bastante fuertes para negociar con otros centros de autonomía relativa. Pero actualmente hay demasiados centros de poder, y una consecuencia de ello es la frecuente tentativa de realineamientos geopolíticos, en la medida en que cada uno de estos centros busca obtener las mayores ventajas. Mercados y monedas fluctuantes son, por ende, reforzadas por alianzas de poder fluctuantes.

La realidad básica es la imposibilidad de hacer predicciones, no sólo de mediano plazo sino también de corto plazo. Las consecuencias sociopsicológicas de esta imposibilidad de predecir han sido la confusión, el enojo, la denostación de quienes detentan el poder y, sobre todo, un serio temor que lleva a la búsqueda de opciones políticas antes inimaginadas. Los medios se refieren a ello como populismo, pero es mucho más complicado de lo que sugiere el término. Para algunos, el temor desemboca de manera irracional en buscar diversos chivos expiatorios. Para otros, en la voluntad de repensar supuestos profundamente imbricados en el funcionamiento del moderno sistema-mundo. Esto se observa en Estados Unidos en la diferencia entre el movimiento Tea Party y el movimiento Occupy Wall Street.

La preocupación más importante de cualquier gobierno del mundo —desde Estados Unidos hasta China, desde Francia hasta Rusia y Brasil, por no mencionar a gobiernos más débiles de la escena mundial— es la urgencia de evitar el levantamiento de trabajadores desempleados, unidos a las clases medias, cuyos ahorros y pensiones están desapareciendo. Una reacción de todos los gobiernos ha sido el proteccionismo —aunque lo nieguen rotundamente— ya que buscan obtener dinero en el corto plazo, como puedan y a cualquier precio. Pero como el proteccionismo es insuficiente para resolver el desempleo, los gobiernos también se han vuelto más represivos.

La combinación de austeridad, represión y búsqueda de dinero de corto plazo empeora aún más la situación mundial y ha provocado una paralización todavía más aguda del sistema. Esta paralización resultará, a su vez, en fluctuaciones más erráticas, haciendo las predicciones de corto plazo, tanto económicas como políticas, cada vez menos confiables. Y ello agravará el temor y la alienación populares. Se trata de un ciclo negativo.

D] *La lucha política por el sistema sustituto*

La interrogante actual que enfrenta el mundo no es la manera en que los gobiernos reformarán el sistema capitalista para renovar su capacidad de lograr realmente una acumulación inter-

minable de capital. No hay manera de lograr o. La interrogante, por ende, es qué sustituirá a este sistema. Y esta interrogante es tanto para el 1% como para el 99%, en el lenguaje utilizado desde 2011. Desde luego, no todos están de acuerdo ni lo verbalizan de esta manera. Incluso, la mayoría de las personas siguen suponiendo que el sistema continúa con las viejas reglas, tal vez después de corregirlas. Esto no es un error, sólo que en la situación actual usar las viejas reglas sólo intensifica la crisis estructural.

Hay, sin embargo, algunos actores muy conscientes de la crisis estructural. Saben que aunque no podemos seguir manteniendo el sistema actual, podemos contribuir a decidir cuál camino de la bifurcación tomará el mundo, cuál será el nuevo sistema histórico que se construirá. Al margen de que lo reconozcamos o no, vivimos en medio de una lucha por el sistema sucesor. Si bien los estudios de complejidad insisten en que el desenlace de esta bifurcación es intrínsecamente impredecible, las opciones entre las cuales elegirá el mundo son bastante claras y pueden esbozarse en términos amplios.

Un tipo de nuevo sistema estable es que éste conserve las características básicas del sistema actual: jerarquía, explotación y polarización. El capitalismo no es el único sistema que puede tener estas características, y el nuevo podría ser mucho peor que el capitalismo. La alternativa lógica sería un sistema relativamente democrático e igualitario, que nunca ha existido, y es sólo una posibilidad. Desde luego, ninguno de nosotros puede diseñar ninguna de las alternativas en detalle institucional. Este diseño irá evolucionando conforme el nuevo sistema inicie su vida.

Le he dado nombres simbólicos a las dos posibilidades: el "espíritu de Davos" y el "espíritu de Porto Alegre". En realidad, los nombres no importan, lo que necesitamos analizar son las probables estrategias de organización que utilizará cada bando de esta lucha, que inició alrededor de 1970 y continuará con toda probabilidad hasta 2040 o 2050.

Las luchas políticas de una crisis estructural tienen dos características básicas. La primera es un cambio fundamental de la situación con respecto al funcionamiento "normal" de un sistema histórico. Durante su vida "normal", existe una fuerte presión por volver al equilibrio. Esto es lo que lo hace "normal". Pero

en una crisis estructural, las fluctuaciones son amplias y constantes, y el sistema se encuentra cada vez más lejos del equilibrio. Ésta es, por definición, la crisis estructural. Por consiguiente, sin importar qué tan radicales sean las "revoluciones" en tiempos "normales", su efecto es limitado. En cambio, durante una crisis estructural, las pequeñas movilizaciones sociales tienen grandes efectos, lo que se llama el efecto mariposa, cuando la libre determinación prevalece sobre el determinismo.

La segunda característica políticamente significativa de una crisis estructural es que ninguno de los "espíritus" alternativos puede organizarse de manera que un pequeño grupo pueda determinar plenamente sus acciones. Son varios participantes, que representan diferentes intereses y creen en distintas tácticas de corto plazo, y la coordinación entre ellos resulta muy difícil. Aún más, los militantes de cada bando destinan bastante energía en persuadir al cada vez más amplio grupo de posibles adeptos de la utilidad de sus acciones. No sólo el sistema es caótico. La lucha por el sistema sucesor también es caótica.

Lo que podemos percibir hasta ahora son las estrategias que se han puesto en práctica. Los partidarios del "espíritu de Davos" están muy divididos. Un grupo está en favor de una dura represión inmediata y de largo plazo y ha invertido recursos para organizar una red de ejecutores armados que aplasten a la oposición. Pero hay otro grupo que considera que la represión nunca funciona en el largo plazo y favorecen la estrategia de Lampedusa, de cambiar todo para que nada cambie. Hablan de meritocracia, de capitalismo verde, de mayor equidad y diversidad y de tratar con mano suave a los rebeldes —todo con el ánimo de encabezar un sistema basado en una democracia e igualdad relativas.

Los partidarios del "espíritu de Porto Alegre" están igualmente divididos. Hay algunos cuyas tácticas para el periodo de transición reflejan su imagen del mundo que desean construir, en ocasiones llamado "horizontalismo". En la práctica, buscan maximizar el debate y la búsqueda de un consenso relativo entre personas de orígenes divergentes e intereses inmediatos. Es una búsqueda para institucionalizar una descentralización funcional del movimiento y del mundo. Este grupo también ha subrayado

la realidad de lo que suele llamarse "crisis de la civilización", con lo que en realidad se refiere al rechazo del objetivo básico del crecimiento económico, que desea sustituir por la búsqueda de un equilibrio racional de objetivos sociales que deriven precisamente en una democracia e igualitarismo relativos.

Unido en su contra está el grupo que insiste en que, en una lucha por el poder político, la organización vertical de algún tipo es un *sine qua non*, ya que de otra manera el grupo estaría destinado al fracaso. El grupo también subraya la importancia de alcanzar un crecimiento económico considerable en el corto plazo en regiones menos "desarrolladas" del mundo actual, con el fin de tener los medios que permitan redistribuir los beneficios.

Como se observa, el panorama no presenta una lucha sencilla de dos bandos sino una arena política con cuatro grupos. Y esto resulta muy confuso para todos. La confusión es a la vez intelectual, moral y política. Y refuerza la incertidumbre del desenlace.

Por último, la incertidumbre incrementa los problemas de corto plazo del sistema actual. Tal incertidumbre resulta a la vez emocionante —la sensación de que la acción hace la diferencia— y paralizante —la sensación de inmovilidad ante la incertidumbre de las consecuencias de corto plazo—. Esto es cierto tanto para los beneficiarios del sistema actual —los capitalistas— como para el amplio sector de clases marginadas.

En resumen, el sistema-mundo moderno en el que vivimos no puede continuar porque se ha alejado demasiado del punto de equilibrio y a los capitalistas ya no les es posible acumular capital de manera ilimitada. Por otra parte, las clases marginadas ya no creen que la historia está de su lado y que sus descendientes necesariamente heredarán el mundo. Vivimos una crisis estructural de lucha por el sistema sucesor. Y aun cuando el desenlace es impredecible, podemos estar seguros de que uno u otro bando triunfará en las próximas décadas, con lo cual se establecerá un nuevo sistema-mundo —o un grupo de sistemas-mundo— razonablemente estables. Por el momento sólo podemos analizar las opciones históricas, hacer nuestra elección moral sobre el desenlace que preferimos y evaluar las mejores tácticas políticas para alcanzarlo.

La historia no está de parte de nadie. Todos cometemos errores al decidir cómo actuar y dado que el desenlace es inherentemente y no extrínsecamente impredecible, tenemos al menos 50 por ciento de oportunidades de lograr el sistema-mundo que preferimos. Y 50 por ciento no es poca cosa.

YA NO HAY ESCAPE: EL FIN DE LAS POSIBILIDADES DE EMPLEO PARA LA CLASE MEDIA

RANDALL COLLINS

Una debilidad estructural de largo plazo del capitalismo se está haciendo patente. Se trata del desplazamiento tecnológico de la mano de obra por maquinaria, que en los últimos veinte años ha tomado la forma de computadoras y tecnología de la información (TI). Este desplazamiento se está acelerando, amenazando la existencia de la clase media. Mi argumento no es muy original. Marx también hablaba de un mecanismo de desplazamiento tecnológico, basado en la maquinaria industrial, aunque su argumento se combinaba con otros mecanismos teóricos, incluyendo ciclos económicos, porcentajes de utilidad cada vez más bajos y, de acuerdo con las teorías neomarxistas vigentes, financiarización y crisis financiera. No obstante, lo que pretendo subrayar es que el proceso de desplazamiento tecnológico de la mano de obra, llevado al extremo, generará una crisis de largo plazo y posiblemente terminal del capitalismo, que no necesitará de otros factores ni de los demás procesos de las teorías marxista y neomarxista. Los ciclos económicos podrán ser imprecisos y borrosos en cuanto al tiempo y las variables en los alcances y la profundidad de sus altibajos, al igual que los ciclos de Kondratiev y las hegemonías a nivel global. A pesar de que las crisis financieras pueden ser eventuales y evitables con la política correcta, la crisis estructural de desplazamiento tecnológico trasciende ciclos y burbujas financieras. Es una amenaza profunda al futuro del capitalismo. Sí, hay crisis de corto plazo impulsadas por mecanismos financieros, cíclicos y de otra índole, pero mi enfoque se centra en un cambio estructural de largo plazo, que muy probablemente llevará al capitalismo a su fin en los próximos 30 a 50 años.

No quiero proclamar la pureza ni la autenticidad de la lección que le pedí prestada a Marx. Si es que la sociología actual cree

en algo, es en procesos múltiples, causas múltiples y paradigmas múltiples para abordar cualquier aspecto del mundo que decidamos abordar. En un sentido importante, en sociología, Weber ha triunfado sobre Marx, ya que todos hablamos de la interpenetración de clase, política y cultura, y también de género. No obstante, hay momentos en que la característica básica del cambio estructural de largo plazo es un problema, sobre todo, el problema de la crisis estructural. En este caso, pese a nuestra multidisciplinariedad y nuestra celebración de la diversidad intelectual, nos encontramos con un caso en el que considero que una línea teórica sobresale a las demás al abordar los mecanismos de la crisis y la dirección de un cambio estructural de muy largo plazo. La teoría que propongo es una versión simplificada de la perspectiva fundamental que formularon Marx y Engels en el decenio de 1840.

Ciertamente se trata de marxismo simplificado. No menciono la teoría del valor del trabajo, ni hago referencia a la explotación de la mano de obra como un medio para la producción, tampoco hablo de alienación. No hago afirmaciones ontológicas ni propongo la emancipación última al final de la crisis. La he dejado como una teoría de una crisis económica de largo plazo; es necesario que otras líneas de la sociología aborden lo que ocurrirá como respuesta a la crisis, y cuál será el acontecer político y social posterior. Tampoco es una teoría sobre la conquista del Estado como resultado de la crisis económica, ni una teoría de la revolución —aunque al final comentaré lo que hemos aprendido los sociólogos sobre las causas de la revolución—. Y si bien esta teoría tiene implicaciones para el futuro del socialismo, no es una teoría sobre el socialismo ni sobre lo que le permitirá funcionar mejor en el futuro. No, ante todo es una teoría de la crisis.

El desplazamiento tecnológico es el mecanismo por medio del cual las innovaciones en equipo y organización hacen prescindible a la mano de obra, lo cual permite que menos empleados produzcan más a un costo menor. Marx y Engels afirmaron que los capitalistas buscan incrementar las utilidades compitiendo entre ellos, y que quienes no lo logren, quedarán fuera del mercado. Pero cuando la maquinaria que ahorra mano de obra

sustituye a los trabajadores, crece el desempleo y cae la demanda en el consumo. La tecnología promete abundancia, pero el producto potencial no puede venderse porque muy pocas personas cuentan con el ingreso para comprarlo. Si extrapolamos esta tendencia estructural subyacente, Marx y Engels predijeron la caída del capitalismo y su sustitución por el socialismo.

¿Por qué esto no ha ocurrido en los 160 años desde que se formuló la teoría? Como es bien sabido, en los países donde llegaron al poder regímenes socialistas, la transición no fue impulsada por la crisis económica capitalista —como tampoco su caída del poder—. El punto que quiero subrayar es la ausencia de un colapso definitivo del capitalismo a través del desplazamiento tecnológico. Marx y Engels se enfocaron en el desplazamiento de la mano de obra, pero no previeron el surgimiento masivo de empleados de clase media, de empleados administrativos y profesionales educados. Por ello propongo el regreso a la crisis de desplazamiento tecnológico. Hasta los decenios de 1980 y 1990, la mecanización fue la principal razón del desplazamiento del trabajo manual. La ola tecnológica más reciente ha desplazado el trabajo administrativo, reduciendo a la clase media. La tecnología de la información es la tecnología de las comunicaciones y ha iniciado una segunda gran época de contracción laboral, el desplazamiento del trabajo de comunicación, que es lo que hacen los empleados de clase media. En la actualidad, la mecanización va aparejada de la robotización y la electronización —horrendo término que deberemos agregar a nuestro vocabulario de términos horrendos que dictan nuestro futuro de largo plazo.

En la medida en que la clase trabajadora se redujo debido a la mecanización, el surgimiento de la clase media fue la salvación del capitalismo. Pero hoy las computadoras, la internet y la ola de nuevos artículos de microelectrónica comienzan a ahogar a la clase media. ¿Podrá el capitalismo sobrevivir esta segunda ola de desplazamiento tecnológico?

En el pasado, el capitalismo escapó de las crisis de desplazamiento tecnológico principalmente por cinco rutas. Mas estas cinco rutas de escape están bloqueadas, se han vuelto callejones sin salida.

RUTA DE ESCAPE NÚMERO 1: LA NUEVA TECNOLOGÍA CREA NUEVOS EMPLEOS Y SECTORES LABORALES TOTALMENTE NUEVOS

El pesimismo respecto de la nueva tecnología se ha considerado desde hace tiempo inútil y equivocado. En 1811, los luditas que destruían la maquinaria que acababa con el trabajo de la mano de obra calificada no se percataron de que su sistema de producción le estaba abriendo paso a un sistema de fábricas que expandiría enormemente las industrias aumentando, durante más de un siglo, el número de obreros. La teoría del desarrollo formulada a mediados del siglo XX sostenía que la tendencia natural es pasar por las etapas de sectores laborales primario, secundario y terciario, esto es, extractivo, manufacturero y administrativo o de servicios. Pero la teoría del desarrollo era solamente una generalización empírica de una época particular en la historia; no hay garantía de que este proceso continuará para siempre. La mano de obra agrícola pasó de ser la principal fuente de empleo a cerca del 1% en las economías avanzadas; la manufactura pasó de un punto máximo de 40% a 15% o menos. Estas cifras muestran la magnitud de lo que el desplazamiento tecnológico puede lograr. Y es probable que se dé una reducción similar en el sector administrativo y de servicios.

Schumpeter, el teórico más reconocido sobre la innovación capitalista, sugiere que los productos nuevos —y, por ende, los que generan más utilidades— han llegado al mercado gracias a la reorganización de los factores de producción en nuevas combinaciones; esto involucra lo que Schumpeter llamó "destrucción creativa". No obstante, los economistas inspirados en Schumpeter también confían en la extrapolación de las tendencias pasadas para afirmar que el número de trabajos creados con los nuevos productos compensará los trabajos perdidos con la destrucción de los viejos mercados.

Ninguna de estas teorías toma en cuenta el desplazamiento tecnológico del trabajo en comunicaciones, la válvula de escape que en el pasado generó nuevos empleos para compensar por la pérdida de los viejos. Se ha afirmado que al igual que los operadores de telefonía y archivistas perdieron su empleo con la entrada de sistemas automatizados y computarizados, un número

similar de personas encontraron trabajo como desarrolladores de software, técnicos en computación y vendedores de teléfonos celulares. Pero nadie ha ofrecido una razón teórica válida que explique por qué los números deben ser iguales en ambos casos, y mucho menos por qué la automatización de este tipo de tareas técnicas y de comunicación —por ejemplo las compras en línea— no reducirá el tamaño de la fuerza laboral de cuello blanco. El desplazamiento tecnológico está ocurriendo aquí y ahora. En años recientes, los cajeros de las tiendas de autoservicio han sido sustituidos por cajeros automatizados, lo cual afecta a uno de los sectores de empleo más grandes de la clase media baja. En un nivel más elevado, los periodistas profesionales son desplazados por la reducción o desaparición de periódicos, derivada de la competencia de las noticias en línea, lo cual a su vez se deriva de un número pequeño de periodistas pagados y un gran número de *bloggers* aficionados, que no reciben remuneración alguna.

La computarización de la clase media no se ha compensado con la creación proporcional de nuevos trabajos. Sin duda se crean nuevos empleos, pero su número no equivale al de plazas eliminadas, ni tampoco sustituye el ingreso perdido. Ésta es la razón por la que los programas de recapacitación laboral para personal desplazado no han incidido en reducir el índice de desempleo estructural. Las computadoras y la internet han generado nuevos sectores de trabajo: diseño de programas, construcción de portales, numerosos servicios de información y consultoría en línea desde el hogar, los cuales suelen estar mal pagados, aunque no sorprende que surja un número cada vez mayor de competidores, entre ellos, muchos que ofrecen su trabajo sin costo. Aun cuando la TI genera nuevas actividades, no genera trabajos remunerados al mismo ritmo que los elimina. La proliferación de *blogs* de opinión no compensa la eliminación de un trabajo remunerado en periodismo.

Si nos enfocamos únicamente en el trabajo remunerado generado por la TI en relación con los trabajos desplazados también por la TI, y extrapolamos las tendencias durante varias décadas, ¿será posible que 70% o más del empleo mundial sea para programadores de cómputo y diseñadores de programas y aplicaciones para computadora? No olvidemos que la computación

aún está en sus primeros años, ya pasó la infancia pero aún le resta mucho para llegar a la madurez. La metáfora es sin duda biológica, pero el punto es que aún veremos mayor sofisticación en este tema, por ejemplo, la inteligencia artificial, que les permitirá a las máquinas realizar procesos cognitivos más elevados. Cuando la programación en sí se haga enteramente por computadora, al igual que la creación de nuevas aplicaciones, el desplazamiento de los empleados de clase media será casi completo. Los trabajos para programadores ya no representarán una ruta de escape. Nunca han sido un ecualizador que compense el número de plazas perdidas y, con el tiempo, la creación de trabajos para las personas, en comparación con el trabajo que ya hacen las computadoras, irá decreciendo; es un canal cuyos muros de contención se hacen cada vez más estrechos.

En una economía avanzada tal como la estadunidense, los trabajos en el sector servicios han llegado a representar 75% de la fuerza laboral, resultado de la disminución de ocupaciones industriales y agrícolas/extractivas (Autor y Dorn, 2011). No obstante, el sector servicios se contrae cada vez más por la economía de la TI, que apenas tiene poco más de 25 años. Los puestos de ventas se están automatizando rápidamente: por mensajes generados por computadora y compras en línea y, en las tiendas reales, tanto empleados como cajeros se sustituyen por escáneres electrónicos. Los puestos directivos también estarán cada vez más presionados, en la medida que crezca la inteligencia artificial.

No hay un fin intrínseco a este proceso de sustituir al ser humano por computadoras y otras máquinas. El desplazamiento laboral de las personas continuará, no sólo durante los próximos veinte años sino en los siguientes cien o incluso mil, a menos que algo extrínseco pueda cambiar el mecanismo subyacente que impulsa el desplazamiento tecnológico del trabajo: la competencia capitalista.

El mundo futuro, regido por computadoras, no necesariamente será el que describe George Orwell en *1984*, donde la tecnología de punta se utiliza para vigilar y para que el Estado ejerza un control autocrático. A Orwell se le escapó la dimensión económica: cómo la tecnología electrónica afecta no sólo

la política sino el empleo. Lo mismo ocurre con la versión benigna del futuro que nos muestran las películas de aventuras espaciales, donde nunca se aborda la cuestión de quiénes son los propietarios de los robots y las computadoras. En el mundo real, la respuesta es que los grandes sistemas de cómputo serán —y de hecho ya son— propiedad de los grandes propietarios capitalistas. Tanto los equipos como los programas de TI son empresas capitalistas. Las conocidas compañías de comunicación (Facebook, Google, Amazon, Twitter, más los que surjan en las próximas décadas) muestran el mismo patrón que el desarrollo histórico de cualquier otra forma de empresa capitalista: rápida innovación encadenada a otras innovaciones, proliferación de competidores, desaparición de muchas debido al crecimiento de unas cuantas; inversión entusiasta de los mercados financieros seguida de presión financiera y colapso de los antes líderes. Aunque la consolidación en oligopolios en la era de la TI sucede tal como ocurrió con ciclos previos de tecnologías nuevas, debido a que se trata de una industria relativamente nueva, aún no queda claro si el ritmo hacia el oligopolio será diferente que en la época de los ferrocarriles o de la industria automotriz; hasta ahora, parece que la velocidad actual hacia el oligopolio es mucho más acentuada que en periodos previos. (Ésta es una cuestión colateral del problema principal del desplazamiento tecnológico de la clase media; si la tendencia continúa, el que haya un alto grado de oligopolio no afecta significativamente la crisis de largo plazo del capitalismo.)

Podríamos objetar que la TI es diferente. La computación no es algo que sólo tenga relación con las grandes compañías, los grandes empleadores; es algo que utiliza y disfruta la gente común. No sólo los capitalistas tienen computadoras; todos tenemos una. Es como si en 1925 o 1955 hubiéramos dicho que los automóviles no eran industrias capitalistas, ya que todos podíamos tener un auto, además de la libertad de movernos a donde quisiéramos, escapar, tener relaciones sexuales en el asiento trasero, organizar competencias de velocidad en la carretera. El entusiasmo por los productos de la industria capitalista es parte del éxito del capitalismo. Es fantástico, disfrutémoslo mientras podamos. El que podamos escuchar música en cualquier mo-

mento y lugar, enviar y ver imágenes y textos, y todas las demás cosas que los dispositivos de TI nos permiten hacer a los consumidores contemporáneos, no nos dice si hay o no trabajos para personas como nosotros. La popularidad de los automóviles no se derivó únicamente del disfrute de los consumidores; reflejaba una industria que, durante varias décadas, generó un número importante de trabajos bien remunerados. Posteriormente, el desplazamiento tecnológico y la consolidación capitalista redujeron drásticamente el empleo en el sector automotriz. Ninguno de los múltiples dispositivos electrónicos personales que hoy absorben la atención y el entusiasmo de las personas impedirán la crisis capitalista, si estos mismos consumidores no pueden encontrar un trabajo. A la larga, no podrán comprar estos dispositivos ni sus fabricantes venderlos. Esto es lo que ocurre en una crisis capitalista profunda, estructural.

RUTA DE ESCAPE NÚMERO 2: DIVERSIFICACIÓN GEOGRÁFICA DE LOS MERCADOS

Solemos pensar en la diversificación geográfica como una especie de globalización, pero esta última es sólo una diferencia cuantitativa de grado, no una diferencia cualitativa de especie. Incluso dentro de los confines de las fronteras nacionales, los mercados se han extendido hacia regiones donde un producto era desconocido; por ende, las condiciones locales favorecieron que el innovador que venía de lejos pudiera generar ingresos. La diversificación geográfica funciona a la par de la innovación de productos, ampliando las fronteras de mercados. Los mercados dinámicos siempre tienen el atractivo de la novedad, el prestigio cultural de ser un centro o estar a la altura de un centro, o el prestigio negativo de tratar de escapar del atraso. La versión liberal de este mecanismo, a escalas global o entre países, es la teoría de la modernización o teoría del desarrollo; cada región del mundo asciende de manera sucesiva las diferentes etapas, hasta que todas lleguen a ser economías plenamente desarrolladas del sector terciario de servicios. Se afirma que ya observamos

esto en la India y China, enormes países del tercer mundo que se abren paso inexorablemente hacia la modernidad.

La versión neomarxista de este proceso es la teoría del sistema-mundo (Arrighi, 1994; Chase-Dunn, 1989; Wallerstein, 1974-2011). Se trata de una versión menos benigna de la diversificación geográfica de los mercados capitalistas; el predominio de los mercados mundiales está apuntalado por el poder militar y la influencia política; el centro hegemónico explota la mano de obra o las materias primas de la periferia, con ayuda de un cinturón de transmisión de las regiones cercanas a la periferia. La teoría del sistema-mundo complica el patrón debido a una sucesión de hegemonías derivadas de grandes guerras y vinculadas con ciclos largos de Kondratiev, de expansión y estancamiento relativos en los mercados mundiales. Pero estos ciclos de hegemonías seriales: España, Holanda, Gran Bretaña, Estados Unidos y, supuestamente China, lógicamente llegan a su fin cuando la periferia se agota y cada región del mundo se integra plenamente al mercado capitalista. Ya no existe una válvula de escape, no hay más regiones por explotar; los ingresos capitalistas se agotan.

Dejando a un lado los méritos específicos de las predicciones de la teoría del sistema-mundo, me gustaría subrayar que la globalización actual de los mercados está recortando el empleo para la clase media. La tecnología de la internet hace posible que profesionales de la India —o de cualquier otro país— compitan por empleo en las empresas de computación en las principales regiones capitalistas del mundo. Si bien en el pasado los empleados de clase media estuvieron protegidos de la competencia en mucho mayor grado que los trabajadores manuales, hoy esto ha dejado de ser cierto; la internet crea un semillero mucho más amplio de empleados para los puestos disponibles, especialmente si no tienen que moverse físicamente a un lugar distante. La globalización contemporánea también involucra viajar a otros países con gran rapidez. Los empleados profesionales o gerentes mueven su experiencia y habilidades de negociación físicamente a cualquier parte del mundo, lo cual tiene el efecto de homogeneizar el empleo de la clase media alta en un solo mercado laboral, aumentando la posibilidad de abaratar los costos de estos puestos y de desplazar incluso a los tecnócratas de alto nivel.

La mayor comunicación conlleva uua mayor competencia por el empleo, reduciendo los salarios de la clase media. Este proceso es relativamente reciente, y la clase media alta que ha surgido en décadas recientes —tan experta en reducir costos— también resulta vulnerable al mismo desplazamiento estructural que ha provocado entre sus empleados. Los profesionistas de alto nivel y especialistas técnicos enfrentan como nunca antes una realidad mucho más competitiva e incierta, ya que anteriormente estaban protegidos por enclaves nacionales.

En el pasado, la migración internacional proporcionaba mano de obra barata a los centros de manufactura y, más recientemente, a los niveles inferiores de las economías de servicios avanzadas, debilitando a la clase trabajadora de los países ricos. Ahora, en la medida en que la tecnología de la comunicación tiende a distribuir el capital cultural de manera más homogénea en todo el mundo, quienes se ven afectados son los empleados de clase media y clase media alta.

RUTA DE ESCAPE NÚMERO 3: METAMERCADOS FINANCIEROS

Si la clase trabajadora y los empleados de clase media quedan tecnológicamente desplazados, ¿acaso la solución será que todos nos volvamos capitalistas? Este argumento ha sido propuesto en la medida en que los fondos de pensión han cobrado gran importancia en los mercados financieros, y los servicios financieros se han ampliado para comercializar las inversiones de manera agresiva entre un grupo más grande de personas. En países como Estados Unidos, donde la gran mayoría de la población es propietaria de su casa, la inflación de los precios de los bienes raíces presentó oportunidades, no sólo para convertir la propiedad de un bien raíz en una inversión especulativa sino de eliminar la equidad de los precios inflados de la vivienda para generar efectivo para el consumo. Estas prácticas financieras son algunas de las causas de corto plazo de la actual crisis económica, especialmente, de la debacle financiera de 2008.

No propongo que nuestra crisis actual sea el comienzo del

final del capitalismo. Sin duda sortearemos la crisis, como lo hemos hecho en tantas ocasiones, en el corto plazo, aunque a costa de crear daños de largo plazo. La crisis financiera se ha discutido ampliamente. Lo que me interesa analizar no son las crisis de corto plazo sino el papel de la financiarización en el desplazamiento del empleo de clase media.

Las recientes manipulaciones financieras son ejemplos de una tendencia estructural más profunda del capitalismo: la pirámide de metamercados que se sobreponen en los mercados financieros. El capitalismo, desde que entró en su fase de crecimiento autosostenible o expansión impulsada internamente, ha vinculado los mercados de bienes materiales y servicios con mercados de instrumentos financieros. Schumpeter (1939) definía el capitalismo empresarial como una empresa manejada con dinero prestado. Los mercados estáticos reproducen las existencias y la mano de obra actuales, a menos que se eliminen del flujo circular de la reproducción nuevas combinaciones, lo cual se logra al solicitar créditos contra el futuro. En este sentido, y de acuerdo con Schumpeter (1911), los bancos son las oficinas centrales del sistema capitalista, ya que deciden dónde se asignarán nuevos recursos para el desarrollo. Pero dado que las finanzas son intrínsecamente especulativas, su relación con las disposiciones materiales actuales puede mostrar grandes variaciones. Es posible que los niveles superiores del sistema financiero tengan muchos múltiplos del valor de lo que se compra y vende en bienes materiales y servicios; observamos esto, por ejemplo, en las grandes sumas de dinero que se manejan en la especulación internacional de divisas, en relación con el tamaño del PIB o en las sumas extraordinariamente infladas de los fondos de cobertura, especialmente antes de la crisis de 2008.

Por metamercados en pirámide me refiero a la tendencia histórica de cualquier mercado financiero de sentar las bases de un mercado más desarrollado con instrumentos financieros poco sofisticados. En la práctica social real, todos los fondos son promesas de pagar en el futuro. Por ende, los especialistas financieros pueden crear promesas de pagar promesas para pagar, y así hasta casi cualquier nivel de complejidad. Los créditos, hipotecas, títulos de crédito y bonos son niveles relativamente bajos de

la pirámide. La venta de opciones sin cobertura, el agrupamiento de hipotecas para revenderlas en mercados secundarios, las adquisiciones apalancadas, los fondos de inversión, fondos de cobertura y otros complejos esquemas financieros son mercados de gran magnitud sobre los instrumentos de intercambio. En principio, no hay tope al número de niveles que pueden agregarse. En los niveles más altos, pueden generarse cantidades de dinero enormes, aunque la conversión de estos fondos en bienes y servicios de nivel inferior es problemática. La ilusión se crea porque todos están designados en una misma moneda: dólares, libras esterlinas, euros, pero estos montos nominales pueden elevarse tanto que cambiarlos por dinero real es literalmente imposible.

Los mercados financieros en pirámide tienen un alto nivel de constructo social. Sin duda, prácticamente todo es un constructo social, de una u otra manera, pero algunos están mucho más alejados de las restricciones materiales. Por ejemplo, un ejército, es un constructo social importante, sobre todo, en combate donde, como dijera Napoleón, lo moral es a lo material como tres a uno; no obstante un ejército que tenga cinco veces el tamaño y número de armas que su enemigo por lo general ganará, siempre y cuando mantenga un grado mínimo de cohesión social. En el mundo de los instrumentos financieros en pirámide, lo moral —esto es, los procesos interaccionales de la red y sus aspectos emocionales— es a la economía material algo así como seis a uno —que sería la razón entre el dinero prestado y los depósitos bancarios reales— hasta posiblemente cientos a uno en manipulaciones financieras sumamente apalancadas. Como sociólogos, necesitamos observar el constructo social no como una constante filosófica sino como una serie de variaciones sobre las cuales puede teorizarse tanto en su relación estática con estructuras de redes como en su dinámica de auge y depresión a lo largo del tiempo.

En este sentido, mi punto es que mientras más forma de pirámide tienen los metamercados financieros, resultan más volátiles y susceptibles a las crisis, ya que sus ciclos de auge y depresión están totalmente fuera de proporción de lo que ocurre en la economía material del nivel inferior. No obstante esto tiene

su lado optimista... si queremos conservar el capitalismo. Los mercados financieros son intrínsecamente flexibles, cual gigantescos globos hechos de un material mágico que puede inflarse a cualquier tamaño. Esto conduce a la idea de que cualquiera puede convertirse en un capitalista financiero y jugar el gran juego de los mercados financieros. Y, de hecho, la participación general en los mercados financieros registró un gran crecimiento hacia finales del siglo XX y principios del XXI a través de los fondos de pensión, la participación de millones de pequeños inversionistas en el mercado accionario y la especulación a través de los créditos hipotecarios, conforme al esquema de Ponzi del mercado inmobiliario inflacionario.

¿Qué tan lejos puede llegar esto? ¿Puede salvar al capitalismo? Muy difícil, sin duda, debido a la volatilidad inherente de los mercados financieros y a su tendencia a los ciclos de auge y depresión. Se trata de un patrón histórico que data de tiempo atrás, desde la euforia de inversión por los tulipanes holandeses en 1637 y la burbuja de los mares del sur en 1720. Los colapsos especulativos han sido tan comunes que Schumpeter (1939) consideraba los ciclos económicos como algo intrínseco al capitalismo y su presencia como un marcador histórico de la dinámica capitalista autodirigida. Podríamos darle la vuelta al argumento histórico: las depresiones especulativas siempre han salido del fondo y, a la larga, los mercados financieros han resurgido. Las crisis financieras son parte de la naturaleza de la bestia capitalista, y la historia sugiere que siempre nos recuperaremos de una crisis financiera. Una vez más, se trata de una generalización empírica sin una base teórica. ¿Qué ocurre cuando la crisis financiera se une al agotamiento estructural del empleo de clase media, una crisis de desplazamiento tecnológico que afecta a prácticamente toda la fuerza laboral? ¿Es posible que los ingresos del sector financiero sean tan cuantiosos que logren sustituir a los salarios como la principal fuente de ingresos para todos?

Hay dos posibilidades: o todos se convierten en capitalistas que viven de sus intereses o el propio sector financiero se convierte en la mayor fuente de empleo, esto es, el crecimiento del empleo financiero. Respecto de la primera posibilidad, resulta difícil imaginar un futuro en el que todos vivan de sus

inversiones. Se necesita cierta acumulación inicial de fondos para poder comenzar a invertir, la apuesta inicial para entrar al juego. Los pequeños inversionistas comenzarían con sus salarios, ahorros y pensiones, pero esto es justamente lo que se agotará conforme al escenario del desplazamiento tecnológico. Nos encontramos en la frontera teórica y el futuro de la economía política bien podría incluir cosas no soñadas. ¿Acaso resulta imaginable que, en un futuro totalmente automatizado, poblaciones enteras vivan de sus inversiones, se conviertan en un ejército de reserva de apostadores en casinos de por vida? No todos ganan dinero a través de su carrera como inversionistas; algunos pierden sus inversiones incluso en los buenos tiempos y, durante una depresión especulativa, esto les ocurre a muchos. Y una vez que queden eliminados del mercado especulativo, ¿acaso volverán a intentarlo, negándose un empleo redituable por su cuenta?

Los mercados financieros son intrínsecamente inequitativos, ya que concentran la riqueza en los pocos grandes jugadores de la cúspide de la pirámide. Es precisamente la ventaja de tener una mejor red, la perspectiva de quien está dentro de la jugada, la ventaja de quien hace el primer movimiento y tiene la capacidad de sortear las fluctuaciones mejor que los jugadores pequeños, lo que les da a los grandes jugadores en los metamercados más sofisticados la capacidad de obtener ganancias a costa de los medianos y pequeños que participan en los mercados menos especializados. Los niveles piramidales de los fondos ilustran la teoría de Viviana Zelizer (1994) de que el dinero no es homogéneo sino un conjunto plural de divisas específicas que circulan dentro de sus propias redes sociales. Quienes juegau en el circuito de los fondos de cobertura, por ejemplo, forman un grupo muy restringido de personas y organizaciones; los jugadores pequeños ni siquiera están legalmente autorizados para participar en estos mercados. Tal vez esto no tenga relación, pero en la utopía financiera del futuro, los principales inversionistas se volverán megamillonarios, aunque los pequeños también tendrán su parte. ¿Será esto suficiente para sostener el gasto en el consumo en toda la economía y así mantener funcionando la maquinaria del capitalismo? No si los mercados financieros tienden a una

concentración cada vez mayor, explotando a los participantes pequeños que se encuentran en el fondo.

Ahora analicemos la segunda posibilidad: cabría esperar que el desplazamiento tecnológico creara empleos en el sector financiero. Como mencioné en el escenario capitalista optimista, el mercado financiero puede ayudar a la menguante clase media ya sea convirtiendo a todos en capitalistas o en empleados del sector financiero. ¿Es esto último plausible, cuando todos los demás empleos están siendo desplazados por la tecnología, que el sector financiero se encargue de lo que nadie más quiere hacer? ¿Y por qué el desplazamiento tecnológico no ocurriría en el sector financiero? Ya hemos visto una versión leve de esto: la banca en línea ha eliminado a los cajeros automáticos y empleados, y los bancos están reduciendo su número de empleados a pesar de que manejan montos cada vez mayores en instrumentos monetarios. El mantra de los economistas capitalistas es que la mano de obra no calificada es desplazada por profesionales mejor preparados. Pero, ¿qué tanto podrá aún expandirse el sector de los profesionales financieros? Momentos cumbre ocasionales, como los que ocurrieron en el decenio de 1990, bien podrían ser una fase pasajera y, en cualquier caso, es difícil imaginar que la mayoría de los empleados en un futuro automatizado tendrán empleo como gerentes de fondos de cobertura. Tal vez éste sea el mejor sueño que puede ofrecer el capitalismo —que nadie realice trabajos productivos y todos vivan de sus inversiones—. Probablemente pasemos por una fase semejante, más avanzado el siglo XXI. En este caso, ya podría predecir que será el último momento de gloria del capitalismo, antes de que estalle.

RUTA DE ESCAPE NÚMERO 4: EMPLEO E INVERSIÓN GUBERNAMENTAL

Ahora pasaremos a las rutas de escape que no son intrínsecas al capitalismo, sino una salvación desde el exterior. La más destacada es la solución del Estado benefactor keynesiano. Se habló mucho, hace 50 años, de que lo que salvó al capitalismo fueron

los Estados benefactores de los decenios de 1930 a 1950, el capitalismo de izquierda salvador, cuando la derecha se mostró incapaz de salvarse a sí misma. ¿Puede el gasto del gobierno resolver el desplazamiento tecnológico de la clase media?

La modalidad principal del empleo directo del gobierno ha sido el trabajo administrativo para la clase media, pero si continúa la tendencia de automatizar y computarizar estos trabajos, el empleo en el gobierno también se contraerá. Un régimen político con suficiente capacidad de decisión podría evitar lo anterior negándose a automatizar los trabajos. Este tipo de política neoludista fue puesta a prueba por los sindicatos británicos y los políticos socialistas desde el decenio de 1940 hasta los años setenta. Mas el rezago tecnológico a expensas de proteger el empleo no sólo resultaría desmoralizante sino políticamente inviable. Fue esta atmósfera lo que llevó a la reacción thatcheriana en Gran Bretaña. Otra versión que funcionó en el pasado fue el keynesianismo militar, la generación de empleos en las fuerzas armadas y el estímulo a la economía con la producción militar. Pero los ejércitos de hoy emplean tecnología de punta y promueven el cambio a pequeñas fuerzas de combate coordinadas por computadoras, satélites, sensores aéreos y vigilancia a control remoto, y dispositivos para buscar objetivos. Las fuerzas armadas son líderes en robotización y resulta dudoso que incluso con un despliegue de fuerzas al estilo de las guerras mundiales, haya el tipo de milicias masivas que conocimos en el siglo XX.

Además del empleo directo en el gobierno, tenemos el gasto del gobierno, la herramienta predilecta de los paquetes de estímulos actuales. En su mayoría invierten en infraestructura material —carreteras, puentes, aeropuertos, energía, así como en la llamada supercarretera de la información—. Pero, una vez más, estos rubros también avanzan hacia la computarización y la automatización, sumándose a la tendencia del desplazamiento tecnológico. Aun menos probable para evitar el desplazamiento de empleos es la inversión gubernamental en el sector privado, sobre todo si con el mantra de realizar estas inversiones con la mayor eficiencia, el gobierno adopta el papel del capitalista, o al menos del capataz capitalista, dispuesto a reducir costos de mano de obra y, por consiguiente, los empleos.

Otra versión de la intervención del mercado es la regulación del mercado privado, que obliga a semanas laborales más cortas para evitar despidos. Estas políticas fueron ampliamente practicadas por los gobiernos de Europa continental, aunque no lograron mucho más que reducir el paso hacia el desplazamiento tecnológico. En general, estas políticas tienden a proteger a quienes ya tienen empleo, pero desplazan a los jóvenes. El problema se habría resuelto si el gobierno deliberadamente contratara a un gran número de jóvenes, lo cual rara vez se ha intentado —salvo en la versión militar— aunque, en la ruta de escape número 5, sugeriré que esto se ha hecho de manera subrepticia a través de elevar los requisitos educativos.

En principio, la política podría hacer cualquier cosa, con la única limitante de la voluntad política, lo que significa movilizar el poder político y su visión, de acuerdo con la cultura política. Obviamente, la cultura política tiene mucho por hacer si el Estado pretende lograr algo importante con relación al desplazamiento tecnológico de la clase media. Políticas "liberales" mezcladas que apuntalen a la economía privada pueden mantener al capitalismo cojeando durante cierto tiempo. No obstante, el enfoque mixto no resolverá el problema en el largo plazo, en tanto que el impulso a la economía sean las utilidades del sector privado.

Necesitamos pensar en la presión, no sólo en términos del desempleo actual (en Estados Unidos) de 10% con pequeñas fluctuaciones de unos cuantos puntos porcentuales, sino en el futuro computarizado donde la base del índice de desempleo podría ser tres o cinco veces mayor. En otras palabras, una situación de crisis masiva de desempleo, y gobiernos que deberán tomar medidas tendientes al Estado benefactor. Es fácil imaginar los obstáculos a esta disposición, ya que abundan en la esfera política actual. Uno es el movimiento contra los impuestos, que probablemente continuará con mayor fuerza entre las pequeñas empresas, incluyendo a las empresas virtuales, quienes luchan por mantenerse a flote debido a la intensa competencia del medio. Éstos se oponen a que el gobierno tome acción para elevar el empleo, contribuyendo así a una crisis sistémica. Por otra parte tenemos las demandas de las

bases de votantes, sobre todo los desempleados y subempleados, quienes cada vez más surgen de las filas de la población educada y, por ende, muy movilizable.

Fuerzas opuestas están en pugna. ¿Cuál ganará, y en qué medida? El capitalismo irrestricto de libre mercado, dejado a su arbitrio, no tiene manera de resolver semejante crisis. Sus reformas favoritas —reducción de impuestos y de regulación gubernamental, que los deja en plena libertad de continuar su expansión como mejor les parezca— tienen el efecto de empujar hacia el desplazamiento tecnológico, además de generar otro tipo de problemas, incluyendo manipulaciones y crisis financieras. Las fuerzas en favor del Estado benefactor podrían tener en un principio la solución al desempleo, pero chocan con los problemas presupuestarios del propio Estado. Un gobierno que financia un Estado benefactor costoso se abre a la presión de los mercados financieros, arriesgando la destrucción del poder adquisitivo de su moneda. Por ende, parecería que una política de Estado benefactor se encuentra en una posición desfavorable, desde cualquier punto que se vea. No obstante, si lo vemos desde una perspectiva de largo plazo, no sólo como un obstáculo inmediato en la política cotidiana, un Estado atrapado en un dilema estructural profundo se acerca al desplome revolucionario del sistema. La crisis fiscal del Estado es uno de los principales componentes de su debacle; únicamente debemos agregar otros dos componentes: la división de las élites en el poder por el tema de cuál será la mejor solución y la movilización de un movimiento radical desde el exterior. La división de las élites significa la radicalización de la oposición entre aquellos que mantienen su alianza con los mercados financieros y quienes se comprometen a utilizar al Estado para aliviar el desempleo y la desigualdad. En el contexto de un desempleo de 10% y una economía débil después de una recesión, la polarización entre estas posiciones no es fuerte. Pero si extrapolamos el desempleo a 50%, con la profunda depresión que seguramente conllevará, es muy probable que el Estado se desplome de manera drástica. En este punto, el giro revolucionario del sistema de propiedad será la solución más obvia, que incluye asumir el control del sistema financiero para evitar que destruya la moneda del gobierno. No

sólo las características específicas del capitalismo se colapsarían, sino también sus bases institucionales.

RUTA DE ESCAPE NÚMERO 5: EL CREDENCIALISMO Y OTROS SIGNOS OCULTOS DE KEYNESIANISMO

El credencialismo significa elevar los requisitos educativos para obtener empleo, de manera que una proporción cada vez mayor de la población obtiene más grados académicos. El valor de un determinado certificado o diploma educativo se reduce cuando más personas lo tienen, lo que motiva a las personas a permanecer en la escuela más tiempo. En Estados Unidos, los certificados de *high school* (educación básica de 12 años) eran poco frecuentes antes de la segunda guerra mundial; hoy son tan comunes que no tienen valor alguno en el mercado laboral. Hoy 60% de los jóvenes tienen educación universitaria, la cual se encuentra en vías de correr el mismo destino que los certificados de educación media. La tendencia es mundial: en Corea del Sur, 80% de los egresados de educación media continúan sus estudios de educación superior. El único valor de obtener grados académicos más altos es reinsertarse en el mercado educativo para buscar grados aún superiores. Esto, en principio, es un proceso sin fin; bien podría corresponder a la situación de la clase mandarina en China durante las últimas dinastías (Chaffee, 1985), cuando los estudiantes continuaban tomando exámenes a los 30 y 40 años, sólo que ahora esto afectaría a la gran mayoría de la población, no sólo a una pequeña élite. Cada país ha atravesado la inflación educativa en distinto momento, pero desde la segunda mitad del siglo XX hasta ahora, todos han seguido este camino (Brown y Bills, 2011).

Los grados educativos son moneda de respetabilidad social, que se intercambian por acceso a los empleos; como cualquier divisa, infla los precios —o reduce el poder adquisitivo— cuando los incrementos impulsados de manera autónoma en la oferta monetaria buscan una cantidad de bienes limitada, en este caso, buscan un pequeño grupo cada vez más disputado de

empleos de clase media alta. La inflación educativa se nutre a sí misma; desde el punto de vista del individuo que busca los grados, la mejor respuesta a su menguante valor es tener más educación. Mientras más personas tengan grados más elevados, mayor será la competencia entre ellas para obtener empleo, y más se elevarán los requisitos educativos que exijan los empleadores. Esto lleva a buscar más educación, más competencia y más credencialización.

Dentro de este proceso inflacionario, el segmento de la población con más educación recibe una proporción cada vez mayor del ingreso; al menos, esto ocurre en Estados Unidos desde los años ochenta. Cabría tener precaución de extrapolar este periodo histórico particular a un patrón constante para todo tiempo y lugar. Quienes se encuentran en la cima de la competencia inflacionaria por los títulos se beneficiaron de diversos procesos: *a*] Se encontraban en un sitio relativamente seguro cuando el desplazamiento tecnológico golpeó, inicialmente, a los últimos empleos decentes de la fuerza laboral y, después, a los empleos de ingreso bajo; *b*] La calidad del desempeño laboral entre diferentes niveles de la jerarquía educativa aparentemente se ha ampliado. Lo que no se ha reconocido de manera suficiente es que la espiral inflacionaria en la escolaridad ha llevado a una mayor alienación y peor rendimiento entre los estudiantes que no se encuentran en la cima de la competencia, quienes se ven obligados a permanecer en la escuela más años aunque no se acerquen a los empleos de élite. La inflación de grados educativos y los bajos estándares de promoción son síntomas de este proceso, y abunda la evidencia —desde etnografías de adolescentes, de cultura joven y, especialmente, del pandillerismo— que la expansión de la escolaridad ha derivado en una mayor alienación de los estándares oficiales de los adultos (Milner, 2004). Las primeras pandillas aparecieron a principios de los años cincuenta, cuando los jóvenes de clase obrera se sentían presionados para permanecer en la escuela en vez de integrarse a la fuerza laboral; su ideología era explícitamente contraria a la escuela (Schneider, 1999; Cohen, 1955). Éste es el origen de la cultura de oposición entre los jóvenes, que ha crecido de manera notoria, tanto entre la minoría que pertenece a las pandillas

como entre la mayoría que comparte esta posición antinómica. Hoy los empleadores se quejan de que es sumamente difícil ocupar los puestos de la mitad inferior del sector servicios con empleados conscientes y confiables. Y no se trata precisamente de que la educación media de masas haya fracasado en proporcionar las habilidades técnicas adecuadas —no es necesario tener un certificado de educación media para saludar a un cliente con cordialidad o enviar un paquete a la dirección correcta— sino de una alienación generalizada de realizar trabajos de poca importancia. El sistema inflacionario de educación de masas le dice a sus estudiantes que les está ofreciendo un camino para obtener trabajos de élite, aunque arroja a la mayoría a una economía donde lo único que hay es trabajo mal pagado, a menos que el estudiante sobresalga al 80% de sus pares. No sorprende, pues, que estén alienados.

Si bien el credencialismo es el mecanismo principal de la expansión educativa, el reconocimiento explícito de este proceso se ha reprimido de la conciencia, de manera casi freudiana. En este caso, el agente idealizante y represor, el superego del mundo educativo, es la ideología tecnocrática prevaleciente. Requisitos técnicos cada vez más elevados eliminan del mercado laboral a la mano de obra no calificada, afirma el argumento, y hoy los empleos calificados exigen niveles de educación cada vez mayores. Treinta años atrás, en *La sociedad credencialista* (Collins, 1979), reuní evidencia para demostrar que el cambio tecnológico no es la fuerza motriz para el aumento de los requisitos académicos. No es la demanda tecnológica lo que influye mayormente en el currículum; la mayoría de las habilidades tecnológicas —incluidas las más avanzadas— se aprenden en el trabajo o por medio de redes informales, y la organización burocrática de la educación cuando mucho intenta estandarizar habilidades que han sido innovaciones en otros países. En una investigación actualizada sobre el crecimiento del credencialismo frente al cambio tecnológico (Collins, 2002; Brown y Bills, 2011), no observé nada que revirtiera las conclusiones que publiqué en 1979. Ciertamente, hay una pequeña proporción de empleos que dependen de tener una mejor educación científica y técnica, pero no es lo que impulsa la expansión masiva de la escolaridad. Re-

sulta poco probable que, en el futuro, la mayoría de las personas sean científicos o técnicos especializados. De hecho, el sector de mayor crecimiento en los países ricos es el de servicios con poca especialización, donde resulta más barato contratar mano de obra que automatizar (Autor y Dorn, 2011). En la actual economía de Estados Unidos, uno de los sectores con mayor crecimiento es el de negocios de tatuajes (Halnon y Cohen, 2006): una ocupación que no necesita títulos, un negocio en pequeña escala, de salario bajo y, por consiguiente, absolutamente inmune al control de los consorcios, que vende emblemas de alienación de la cultura predominante.

Aun cuando el credencialismo ha crecido sobre premisas falsas —la ideología de que más escolaridad ofrecerá más igualdad de oportunidades, mejor desempeño económico en trabajos de tecnología de punta y mejores trabajos en general— sí proporciona cierto grado de solución al desplazamiento tecnológico en la clase media. El credencialismo ayuda a absorber la mano de obra excedente al mantener a más personas fuera de la fuerza laboral; y si los estudiantes reciben un subsidio financiero, ya sea directamente o en forma de créditos de bajo costo —que, en última instancia, no se pagan—, esto funciona como transferencia oculta de pagos. En países donde el Estado benefactor es impopular por motivos ideológicos, la mitología de la educación apoya un Estado benefactor oculto. Y si agregamos los millones de maestros de educación básica y superior y el personal administrativo, podría decirse que el keynesianismo oculto de la inflación educativa virtualmente mantiene a flote a la economía capitalista.

Mientras el sistema educativo pueda financiarse de alguna manera, funciona como keynesianismo oculto: una forma encubierta de transferencia de pagos y de reactivación, el equivaleute al pacto social del *New Deal*, que consistía en poner a los desempleados a pintar murales en oficinas de correos o a plantar árboles en viveros. La expansión educativa es la única forma legítimamente aceptada de política económica keynesiana, porque no se reconoce abiertamente como tal. Crece bajo la bandera de tecnología de punta y meritocracia —y es la tecnología la que necesita una fuerza laboral más educada—. En cierto sentido esto es cierto: es el desplazamiento tecnológico de los empleados lo que convierte a la escuela en un refugio de la oferta decreciente de empleo, aunque nadie quiera reconocerlo. No importa, mientras el número de los desplazados pueda maniobrarse para que su número sea igual al de los que amplían la población de estudiantes, el sistema sobrevivirá.

El problema radica en el costo. Las dos formas principales de pagar por la educación —en todos los niveles, básica, media, superior y cualesquiera niveles que se le agreguen— son con ayuda del gobierno o de manera individual. Ambas formas se ven presionadas en tiempos de desaceleración económica y presupuesto gubernamental reducido. En los años cercanos a 2010, tanto en Estados Unidos como en varios otros países, el costo de la educación pública representaba una proporción tan considerable del presupuesto gubernamental —especialmente en el ámbito local—, que surgieron movimientos para recortar el presupuesto para educación. En Chile, por ejemplo, donde 50% de la cohorte de jóvenes asiste a la universidad, hay una lucha entre estudiantes organizados que exigen educación universitaria gratuita para todos, y administradores y contribuyentes conservadores, quienes trasladan una proporción cada vez mayor de la educación superior al mercado privado. Problemas similares han agitado a la población estudiantil en Francia y otros países. En Estados Unidos, donde la educación superior está financiada en gran medida —y cada vez más— por los propios estudiantes y su familia, el monto de la deuda de los créditos estudiantiles genera gran preocupación —en 2011 era cercana a 10% del PIB. Si extrapolamos tanto el número de estudiantes que permanecen más tiempo en la escuela en respuesta al desplazamiento tecnológico como la proporción de la economía que representa la deuda de los estudiantes, podemos prever otros 20 años, más o menos, de desplazamiento tecnológico, y el credencialismo se convertirá en un sistema enormemente costoso. ¿Qué sucedería si la deuda estudiantil se elevara a 50% del PIB, o a 100 por ciento?

La educación es un costo importante para el gobierno y esto tiende a limitar su expansión futura. Si los costos se elevan, hay presiones para privatizar, cambiando la carga del financiamien-

to a los estudiantes o a sus padres, aunque esto también enfrenta un límite, en la medida en que la contracción económica alcanza a la clase media. En 2012, una ola de publicidad en Estados Unidos mencionaba el tipo de grados que no compensan el costo de adquirirlos, en términos del empleo disponible. Aun cuando una solución individual sería sencillamente salirse de la competencia educativa, la opción preferida entre los jóvenes ha sido la educación vocacional específica, por lo que en varias escuelas se han reforzado áreas como diseño de ropa, programación, negocios, etc. No obstante, el cambio a la educación vocacional no evade la dinámica del credencialismo, por lo que podemos predecir una mayor competencia en los sectores vocacionales con un mayor credencialismo. Un indicador ha sido la controversia, tanto en la esfera política como entre los organismos acreditadores y regulatorios, respecto del bajo índice de posibilidades laborales para estudiantes de vocacional, ya que además les niega el acceso a los créditos del gobierno. Esto significa que el valor inflado de los grados académicos se ha convertido en un problema explícito.

Una vez más, se invocó a la TI *como la solución. La gran ex*plosión de cursos universitarios en línea permite lograr grandes economías de escala. Aunque algunos tienen costo, éste es mucho menor que el de la colegiatura en una institución formal. Otros cursos se ofrecen sin costo. Pero ninguno de estos métodos impedirá el credencialismo; más bien, lo incrementarán, al colocar a más personas educadas en el mercado. A la fecha, los nuevos tipos de certificados se catalogan de manera diferente que los grados universitarios y, en ese sentido, no compiten directamente con ellos. Pero falta ver si esto es cierto. De hecho, se está creando una nueva moneda educativa barata, a la par de una moneda educativa tradicional y cara. Si las monedas educativas son estrictamente como el dinero, se aplicaría la ley de Gresham, y la moneda barata acabaría con la cara. Por otra parte, en la sociología económica, como sabemos por Viviana Zelizer (1994) y Harrison White (2002), objetos económicos de alta calidad pueden existir en circuitos independientes junto a los baratos, y éste podría ser el caso en la producción de grados educativos.

El dilema es que los esfuerzos por abaratar la educación tienen el efecto de reducir el empleo en el propio sector educativo; si unas cuantas universidades famosas monopolizan la enseñanza a través de cursos en línea y unos cuantos profesores pueden abarcar la mayor parte de la enseñanza con apoyo electrónico, tenemos a otro sector laboral desplazado por la tecnología. El resultado es el mismo que tuvieron las anticuadas revueltas por los impuestos: una reducción de corto plazo en la carga impositiva de la población tiene el efecto indirecto de reducir los empleos disponibles para esta misma población.

De las cinco rutas de escape para la crisis capitalista, el credencialismo me parece la más plausible. Un sistema educativo en expansión, impulsado por el credencialismo, alcanza un punto de crisis potencial dentro del propio sistema educativo. Esto no es necesariamente decisivo. Podríamos imaginar diversas plataformas, poner un alto e iniciar de nuevo conforme nuestra fe seglar en la salvación a través de la educación pasa de la desilusión al resurgimiento. Mas si esto recibe cada vez mayor apoyo del gobierno, resulta un socialismo disfrazado de educación. Es concebible que los gobiernos liberales encuentren la manera de seguir ampliando los sistemas educativos, utilizándolos como una válvula de escape keynesiana y como una especie de transferencia de los capitalistas y del decreciente sector de los empleados para sostener a los que de otra manera estarían desempleados. Pero para que encontremos un gobierno semejante, se necesitaría una desilusión casi revolucionaria con el capitalismo.

¿CUÁNDO LLEGARÁ LA CRISIS A SU PUNTO MÁXIMO?

La computarización de los empleados de clase media —desde el último decenio del siglo XX— se está dando a un ritmo mucho más acelerado que la mecanización de la mano de obra manual —que se llevó aproximadamente todo el siglo XIX y tres cuartas partes del XX. El desplazamiento tecnológico de los empleados de clase media tiene apenas unos veinte años, mientras que se llevó casi 200 años destruir a la fuerza laboral de la clase trabajadora.

Otra estimación del momento en que ocurrirá la futura crisis del capitalismo es la proporcionada por la teoría del sistema-mundo. En documentos anteriores sobre el sistema-mundo capitalista, Wallerstein y colegas presentaron un modelo teórico de ciclos sistémicos largos. En su fase expansiva, las principales regiones del sistema-mundo generan su ventaja a través de los recursos que extraen de la periferia en condiciones favorables. Periódicamente, su hegemonía se ve amenazada por conflictos dentro de la propia región, y especialmente en zonas semiperiféricas que se levantan para amenazar al poder hegemónico. Con el tiempo, estas regiones principales quedan atrapadas, en la medida en que la creciente competencia en una nueva época de ganancias empresariales reduce las utilidades antes obtenidas por el innovador. En este sentido, el sistema-mundo opera como el ciclo de emprendimiento de Schumpeter, pero a escala global. Con cada ciclo nuevo, surgen nuevas oportunidades para la expansión y las ganancias, bajo el liderazgo de un nuevo poder hegemónico. No obstante, la condición principal de fondo es que debe haber un área externa al sistema-mundo, que pueda ser incorporada y convertida en periférica del sistema. El punto final al sistema-mundo es cuando se han penetrado todas las áreas externas y, en este momento, la lucha por las ganancias entre centro y semiperiferia no puede resolverse conquistando nuevas regiones económicas. En ese momento, el sistema-mundo pasa no sólo por una crisis cíclica sino por una transformación terminal.

Tomando como modelo ciclos pasados, Wallerstein (también Arrighi, 1994) proyectan la crisis del sistema-mundo entre 2030 y 2045. Mi estimación del punto de crisis generado por el mecanismo de desplazamiento tecnológico de la clase media depende del ritmo al que crezca el desempleo estructural. (Esto debe medirse no sólo en términos técnicos adecuados tales como "en Estados Unidos, el número de solicitudes de seguro de desempleo", sino con nuestra mejor medición sobre la proporción de población adulta que no encuentra trabajo y es expulsada del sector empleo.) Un índice de desempleo de 10% es preocupante conforme a los estándares estadunidense; 25% —índice en economías en crisis— es un gran problema, aunque en

el pasado se ha logrado sostener. Pero si el desempleo abarca a 50% o 70% de la población económicamente activa, el sistema capitalista tendrá tal presión —tanto por falta de consumo como por agitación política— que le será imposible sobrevivir. Si pensamos que estos índices de desempleo son inalcanzables, tratemos de imaginarlos a través de las lentes del desplazamiento tecnológico en todas las categorías laborales, debido a la automatización. Resulta claro que el índice de desplazamiento tecnológico se ha acelerado en los pasados 15 años y, para 2040, bien podríamos llegar a 50% de desempleo estructural, y a 70% no mucho tiempo después. En términos burdos, esto concuerda con la proyección del sistema-mundo de una crisis terminal del capitalismo hacia mediados del siglo XXI.

¿SERÁ PACÍFICA O VIOLENTA LA REVOLUCIÓN ANTICAPITALISTA?

Si la crisis del desplazamiento tecnológico se vuelve extremadamente severa —un mundo altamente automatizado y computarizado en el que trabajan muy pocas personas y la mayoría de la población está desempleada o compite por trabajos mal pagados en el sector servicios— ¿habrá una revolución?

En este punto tendríamos que dejar de lado la teoría de la crisis económica y analizar la teoría de la revolución. Desde el decenio de 1970, la teoría de la revolución ha sido revolucionada. Skocpol (1979), Goldstone (1991), Tilly (1995) y otros, de acuerdo con sendas investigaciones comparativas sobre el surgimiento y fin de los regímenes estatales, han establecido lo que podría llamarse la teoría de la revolución con el colapso del Estado. Una revolución exitosa depende de lo que ocurra en las cúpulas, no entre las masas destituidas y empobrecidas. Los ingredientes principales son, primero, una crisis fiscal del gobierno: el Estado no tiene la capacidad de pagar sus créditos ni, sobre todo, a sus fuerzas de seguridad, militares o policiacas. La crisis fiscal del Estado se vuelve letal cuando se le suma el segundo ingrediente: la ruptura entre las élites a causa del desacuerdo sobre cómo manejarla. Podríamos agregar factores secundarios

a la cadena de antecedentes, entre los cuales se encuentran, aunque no siempre, motivos militares. La crisis fiscal del Estado suele derivarse de gastos militares acumulados, y el *impasse* de la élite generalmente se exacerba con la derrota militar, que deslegitima al gobierno y provoca el clamor de una reforma drástica. La ruptura entre las élites paraliza al Estado y abre el camino a una nueva coalición radical. Es en este vacío de poder —lo que los teóricos de los movimientos sociales llaman la estructura de la oportunidad política— donde los movimientos sociales tienen éxito. En ocasiones, lo hacen en nombre de reivindicaciones de los de abajo, pero estos movimientos radicales típicamente son dirigidos por fracciones de la clase media alta que cuentan con las redes y recursos para organizarse. Como reconociera Tocqueville hace mucho tiempo, el radicalismo de un movimiento no se correlaciona con el grado de miseria; lo que determina el grado de radicalismo se encuentra en el ámbito de la dinámica ideológica y emocional del conflicto, aunque aún no haya suficientes teorías sobre ello.

Virtualmente todas las revoluciones, hasta este momento de la historia, han surgido no de una crisis económica de los mercados capitalistas sino del colapso del gobierno. El componente principal es la crisis fiscal del presupuesto gubernamental, aunque esto suele ser independiente de crisis importantes a un nivel económico más amplio. Esto significa que las revoluciones pueden seguir ocurriendo en el futuro a través del estrechamiento del mecanismo del colapso, la crisis fiscal del Estado, el *impasse* de la élite y la consiguiente parálisis del aparato del Estado encargado de aplicar las medidas de seguridad. Las crisis de Estado son más frecuentes que las crisis económicas en gran escala. ¿Y qué ocurre cuando la crisis de Estado se inserta en el contexto de la tendencia de largo plazo del desplazamiento tecnológico de los empleados? Hay varias posibilidades: las revoluciones pueden ocurrir en determinados estados, no necesariamente en aquellos con el mayor índice de desplazamiento tecnológico. O bien, las revoluciones pueden ocurrir al margen de que estén encaminadas a definir una política para resolver el desplazamiento tecnológico. También hay revoluciones que no toman un giro explícitamente anticapitalista.

Dado que la historia se integra por múltiples causas, prever el futuro es como arrojar varios dados, como el juego chino de *yahtzee* —donde es necesario tener seises en los cinco dados simultáneamente—. De esta manera, podríamos tener la revolución anticapitalista general en algún momento futuro, a través de la combinación correcta de colapso del Estado, tal vez con derrota militar más el omnipresente desplazamiento tecnológico.

La crisis del capitalismo impone la agenda. En algún punto, el pueblo movilizado políticamente tendrá que hacerle frente. Esto podría ocurrir por la ruta clásica del colapso del Estado: se cuestiona su legitimidad; el propio Estado deja de funcionar (paralizado por la crisis fiscal o ruptura política entre sus filas, que reproduce la polarización política fuera de ellas); el monopolio sobre la violencia organizada se desintegra, en la medida en que la policía y el ejército pierden coherencia y organización y se dividen en facciones. Esto puede o no generar violencia extendida, ya sea a manera de levantamientos y represión de multitudes o de una guerra civil. En algunos momentos de la revolución —por ejemplo, la Revolución francesa de febrero de 1848— el periodo de mayor tensión de la crisis se resolvió con una violencia relativamente menor, ya que el régimen perdió coherencia organizacional, nadie deseaba encargarse de continuar con el régimen vigente y rápidamente se constituyó un nuevo poder parlamentario. Algo similar ocurrió en Rusia en febrero de 1917 cuando, tras varios días de violencia esporádica y vacilación entre las multitudes y los soldados, el régimen zarista terminó en una sucesión de abdicaciones y negativas de tomar las riendas. Estos casos demuestran que, en los meses y años siguientes a una revolución, el nuevo régimen revolucionario podría enfrentar problemas para consolidar su poder, especialmente cuando los movimientos de restauración se movilizan en su contra, lo cual suele desatar una violencia posterior más severa que la transición revolucionaria inicial. Al separar el momento revolucionario de sus secuelas, el proceso de colapso revolucionario del Estado no necesariamente debe ser muy violento. La sociología política aún no ha abordado el tema de las condiciones que determinan el que la consolidación de un gobierno posrevolucionario sea pacífica o violenta. Todo lo que podemos decir es que el rango

de violencia que se ha observado en las revoluciones históricas y su consolidación también sería posible en la crisis terminal del capitalismo. La posibilidad más peligrosa es que la perspectiva de la revolución anticapitalista, vista por sus enemigos como la amenaza del cambio violento, diera origen a una solución neofascista: un régimen autoritario apoyado por movimientos populares nostálgicos que deseen salvar el capitalismo, que ofrezca una redistribución suficiente para mantener a flote a la enorme población desempleada, aunque siempre bajo la vigilancia de un estado policiaco, alerta al menor indicio de subversión. No sabríamos cómo estimar la posibilidad de una solución fascista frente a otra democrática poscapitalista. Wallerstein calcula que podría ser de 50-50.

Aun es posible una alternativa favorable: la transformación institucional del capitalismo a un sistema no capitalista de economía política —una *revolución institucional*— que ocurriría mediante un proceso político pacífico. Si la crisis del capitalismo es lo bastante severa —una mayoría en desempleo estructural, robots y computadoras que realizan prácticamente todo el trabajo y son propiedad de unos cuantos capitalistas opulentos, sumado a una economía profundamente deprimida— algún partido político que proponga un programa anticapitalista podría ganar las elecciones. Un partido gobernante o un gobierno de coalición sustituiría la producción, distribución y finanzas capitalistas por un sistema que redistribuya la riqueza por fuera del sistema del mercado laboral y la acumulación de utilidades.

Tal vez este tipo de política electoral parezca exagerado en la atmósfera política actual —apenas 20 años después de la caída del bloque soviético, que coincidió con una enorme expansión del mercado en la supuestamente comunista China y con el triunfo de ideologías de mercado en todo el mundo—. Pero los sentimientos políticos suelen tener grandes cambios cada 20 o 30 años: pensemos en cada segmento de 20 años del siglo XX. Si la tendencia estructural del desplazamiento tecnológico continúa profundizándose, no resultaría improbable un gran cambio de opinión en 20 años más.

Una revolución institucional pacífica es posible. Mientras más profunda sea la crisis estructural de la clase media, mayor

movilización habrá en el ámbito de la política electoral. Y en este camino se encuentra la perspectiva de una transición relativamente no violenta.

COMPLEJIDADES EN EL DESARROLLO DE LA CRISIS ESTRUCTURAL

El mundo es el resultado de múltiples causalidades que se entrelazan. Todo está impregnado de particularidades de ubicación, secuencia y memoria. Por ende, la crisis estructural del capitalismo tendrá muchas variaciones. Lo que nos concierne aquí no son nombres, fechas y acontecimientos, sino la dimensión amplia y las complicaciones que podrían cambiar drásticamente la naturaleza de la crisis en la medida en que el capitalismo se vuelva demasiado autodestructivo.

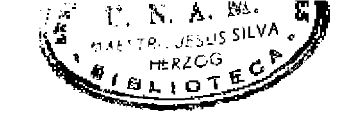
Diversos procesos y problemas complicarán el futuro: poblaciones cada vez más viejas, incremento desorbitado en el costo de los servicios médicos, conflictos étnicos y religiosos, crisis ecológica, enormes migraciones intercontinentales, tal vez guerras de diferentes grados de intensidad. Pero mantengamos el enfoque en el punto medular: ¿cómo afectarán estos factores la crisis de desplazamiento tecnológico? Algunos la exacerbarán, otros le agregarán presión para que el Estado se colapse, aumentando las posibilidades de una revolución —el que todos los dados muestren el número seis—. ¿Acaso alguna de estas complicaciones revertirá el desplazamiento tecnológico al aumentar el empleo de clase media y crear nuevos trabajos que compensen la automatización y la computarización; sobre todo, crear trabajos suficientes de manera que el capitalismo pueda salvarse? Consideremos un breve listado de complicaciones con estas preguntas en mente.

Desigualdad global. Los mecanismos que llevan a la crisis capitalista operan con diferente intensidad en los distintos países y regiones del mundo. Una crisis avanzada de desplazamiento tecnológico de empleos de clase media en Estados Unidos o Europa occidental no necesariamente coincidirá en profundidad con la que ocurra en otras partes del mundo: China, India,

Brasil u otros países importantes en décadas futuras. ¿Es posible lograr una transformación anticapitalista exitosa en algunos estados mientras el resto del mundo sigue siendo capitalista? Esto dependería del tamaño y peso de esa economía particular en el mundo; las revoluciones en estados pequeños con economías pequeñas tendrán poca influencia y podrían ser fácilmente sofocadas; en estados grandes, que cuentan con una elevada proporción de la economía mundial, la revolución sería más robusta e impondría una tendencia. Dada la tendencia intervencionista de regímenes militares fuertes de proteger sus propios intereses económicos y apoyar a sus primos ideológicos, la secuencia escalonada de cambios de regímenes anticapitalistas desembocaría en intervenciones similares a las que hemos visto en la Primavera Árabe de 2011. Si como resultado de un cambio a un régimen anticapitalista hubiera una crisis económica masiva en Estados Unidos, por ejemplo, o en la Unión Europea en el año 2030, es posible que algún otro Estado capitalista aún próspero—tal vez China— intervenga para evitarlo. El que estas intervenciones tengan éxito dependerá de factores geopolíticos de recursos relativos, extensión logística y posición geográfica (Collins, 1995).

Frente a estos escenarios tenemos un proceso más amplio: la crisis estructural del capitalismo es una tendencia universal. Aun cuando ocurran impedimentos locales, el avance de la computarización y el desplazamiento de todo tipo de trabajos continuará en todo el mundo. Nadie puede mantenerse durante mucho tiempo como el poder hegemónico capitalista en estas condiciones. Gobiernos poscapitalistas con una mejor redistribución podrían generar demanda en el consumo y regresar sus economías a la vía del crecimiento, aventajando a los estados capitalistas recalcitrantes que seguirán hundidos en sus propias crisis.

Empantanamiento de la crisis capitalista derivada de otras confrontaciones. En un mundo multidimensional ocurren diversos conflictos al mismo tiempo. El futuro enfrentamiento de la crisis socialista se mezclará con otros problemas, que por lo general tienen aspectos emocionales y dramáticos que los colocan en el primer plano de la atención pública. Mencionaremos unos cuantos: *Religión*: actualmente, la confrontación más fuerte entre militantes islamistas y sus opositores (cristianos, hinduistas;



seglares del Occidente poscristiano, estados sucesores del poscomunismo, etc.); sin excluir la posibilidad de otros futuros ejes de conflicto religioso. *Raza/etnia/identidad nacional:* conflictos que van desde luchas por la distribución de los despojos del gobierno, cuotas y regulación gubernamental hasta el acceso étnico a los recursos (acción afirmativa, etc.), patrullaje de fronteras para evitar la inmigración, exclusión de inmigrantes, disputas territoriales y guerras étnicas. También movimientos para fomentar la armonía o la integración interétnica, a los que podrían oponerse otros movimientos que busquen cualesquiera de los fines particulares antes mencionados. Hay también otros varios problemas transitorios que ocupan prácticamente todo el espacio político casi todo el tiempo. Se trata de escándalos, casos de corrupción, personalidades, atrocidades, problemas moralistas que en ocasiones se elevan al estatus de "guerras culturales". Pero la importancia de las crisis estructurales radica en que son estructurales; se refieren a conflictos ineludibles en la organización institucional que afectan la base organizacional y material de la vida social. A diferencia de los escándalos, los problemas estructurales no desaparecen; pueden ignorarse durante cierto tiempo pero continúan acumulando sus efectos.

La superposición de problemas particulares es inevitable. Los conflictos de etnia, religión, género, cultura, etc., pueden reforzar la crisis capitalista o empantanarla lo bastante para retardar o impedir una transformación revolucionaria hacia al poscapitalismo. Estos conflictos reforzarían la crisis y la transformación si logran la movilización de grandes grupos en favor de su identidad —grupos étnicos reprimidos y afectados, grupos religiosos, movimientos de género, etc.— y perciben que sus reivindicaciones coinciden con su interés de oponerse al sistema capitalista. La superposición de identidades particulares sobre la movilización de clases ha ocurrido en revoluciones pasadas, y parece probable que ocurra en el futuro. Por otra parte, esta superposición generalmente distrae la atención de los problemas económicos y sirve como base de movilización a movimientos reaccionarios que se oponen a las reformas del sistema por razones de hostilidad étnica, religiosa o de otra índole hacia los reformadores. Una vez más, debemos invocar la profundidad

de la futura crisis capitalista. Si es tan profunda como indica la teoría, no habrá manera de salir de ella, salvo con una transición poscapitalista. Todos los conflictos étnicos, religiosos, culturales, etc., sólo harán ruido y se pegarán a la crisis hasta que finalmente fuerzas políticas movilizadas lleguen a resolver el problema con la transición poscapitalista. En el largo plazo, el asunto no es si la transición ocurrirá, sino cuánto tiempo se llevará.

Guerra. La crisis capitalista que prevemos para mediados del siglo XXI bien podría estar relacionada con guerras. La revolución anticapitalista en un Estado podría llevar a guerras subsecuentes, como resultado de la intervención extranjera para restaurar el régimen procapitalista; o bien a una guerra civil exacerbada y sostenida por la ayuda o la intervención extranjera; en otro sentido, un Estado posrevolucionario agresivo que promueva la exportación de la revolución podría generar guerras en otros países. Esto no es inevitable; hay caminos a través de los cuales la revolución —especialmente una transición política pacífica— no tendría por qué estar seguida de guerras. Más que intentar predecir las contingencias del futuro, abordemos la pregunta principal: ¿podrían las guerras salvar el capitalismo, o empeorarían la crisis? Por lo general, las guerras promueven las revoluciones, generalmente del lado del perdedor, aunque a veces también del lado del vencedor, ya que el presupuesto bélico contribuye a la crisis fiscal del Estado. ¿Acaso la victoria de un Estado que intenta apoyar el capitalismo, en un mundo donde los movimientos anticapitalistas son fuertes, podría sostener el capitalismo por la fuerza? Tal vez lo lograría durante cierto tiempo, pero una crisis profunda de desplazamiento tecnológico del empleo no se resolverá de esta manera. El escenario de la guerra sólo retrasa la transformación poscapitalista.

Crisis ecológica. El cambio climático, la destrucción de los recursos naturales y otros resultados de la actividad humana que han ocurrido desde tiempo atrás están generando consecuencias insospechadas y poniendo en riesgo la vida y la sostenibilidad futuras. La pregunta es si la crisis ecológica generará cambios en el capitalismo que logren superar la crisis capitalista —esto es, que la solución a la crisis ecológica resuelva la crisis del capitalismo—. O si ambas crisis se combinarán empeorando la situación

y motivando una solución conjunta o un fracaso conjunto para encontrar soluciones.

La crisis ecológica podría mezclarse con la crisis del capitalismo; la otra vertiente de las alternativas, que la crisis ecológica ayude al capitalismo a sobrevivir, parece remota. Las industrias verdes no generarán suficiente empleo que compense los perdidos por el desplazamiento tecnológico, especialmente ante la probabilidad de que éstas también sigan el camino de la tecnología de punta, con más computarización y automatización. Los desastrosos efectos de la crisis ecológica, aunque horrendos en términos de sufrimiento humano, afectarían primero a algunas regiones aunque crearán nuevas ventajas y oportunidades para otras. Algunas regiones costeras se inundarán y otras se volverán inhabitables debido a las sequías, el calor, la contaminación, etc. Por otra parte, algunas regiones frías se volverán más habitables; el deshielo creará nuevos océanos, lo que favorecerá, por ejemplo a Rusia, Canadá y otros países adyacentes a estas fronteras. La combinación derivará en una presión masiva por emigrar. También podría haber grandes pérdidas humanas que se cataloguen como un desastre humanitario, tal vez mueran cientos de millones de personas. No obstante, dentro de algunos siglos, el ojo frío de la historia observará que aun cuando murió 10% de la población mundial —o una cifra semejante— gran parte de la raza humana logró sobrevivir y ajustarse.

Ahora presentemos la crisis ecológica yuxtapuesta a la crisis del capitalismo generada por el desplazamiento tecnológico del empleo de clase media. El flujo masivo de refugiados de las zonas devastadas a las regiones habitables agregaría más competencia a un mercado laboral ya saturado. La mano de obra barata y prescindible, que ya reduce las posibilidades de la mayoría que la automatización ha vuelto excedente, exacerbaría aún más la crisis económica. Sin duda se abrirían algunos nuevos empleos en enclaves de migrantes étnicos y en las fronteras geográficas donde la tierra se vuelva más habitable. No obstante, parece poco probable que la crisis ecológica rompa con la tendencia general de la crisis de desplazamiento tecnológico. Las poblaciones desplazadas que huyan de lugares inhabitables, así como los movimientos antimigrantes que probablemente surjan

a raíz de ello, podrían empantanar aún más la crisis del capitalismo o retardar su solución. Por el lado humanitario, la compasión de una parte del mundo que reciba a estos sobrevivientes le imprimiría energía emocional al movimiento de transición más allá del capitalismo y sus problemas. En general, la crisis ecológica parecería realzar aún más la posibilidad de un escenario anticapitalista.

El momento es de crucial importancia. Las predicciones más cuidadosas sobre la crisis ecológica sugieren que una enorme destrucción del hábitat humano podría ocurrir alrededor del año 2100. Sería en este momento cuando los niveles del mar se elevarían hasta el punto de inundar las regiones costeras; la agricultura quedaría destruida en las regiones más pobladas del mundo y la escasez de agua se recrudecería. No obstante, las proyecciones para una crisis capitalista en gran escala indican que ésta ocurrirá antes: entre 2030 y 2050. La crisis del capitalismo tendrá prioridad porque alcanzará proporciones críticas antes.

El futuro poscapitalista y las posibles oscilaciones entre regímenes económicos. Lo que le siga al capitalismo tendrá que redistribuir de manera amplia la riqueza privada que actualmente detentan las empresas capitalistas y las maniobras financieras; esta redistribución se destinaría a la gran mayoría de la población desplazada por la computarización y la mecanización de todo tipo de trabajos, incluyendo gran parte de lo que hoy es el empleo gerencial y profesional. El programa de redistribución también representaría la oportunidad de tomar el control de lo que ahora son las instituciones financieras que han sustentado la desastrosa trayectoria del capitalismo. Tal vez estas instituciones poscapitalistas que se crearán serán menos centralizadas que los experimentos clásicos del socialismo de Estado durante el siglo XX.

¿Acaso el fin del capitalismo será el fin de la historia? Ciertamente no. No eliminará la política. Y esperemos que los regímenes poscapitalistas sean democráticos; seguramente harán un mayor esfuerzo por serlo, al reconocer que la democracia no es simplemente un bastión del capitalismo sino un valor en sí. Y la política siempre tiene el potencial de cambiar de dirección.

¿Acaso la revolución anticapitalista hará felices a las personas?

Durkheim (1893) afirmaba que el nivel de felicidad en la historia humana siempre se refiere a lo mismo —tal vez deberíamos decir el nivel de infelicidad—: las nuevas situaciones generan deseos nuevos y nuevos niveles de comparación. En cualquier caso, el conflicto es intrínseco a la organización humana. Pero la historia de los regímenes socialistas del siglo XX nos ha enseñado una cosa: que tienen sus propias luchas y que no deberíamos esperar demasiado de ellos. Tienen el mérito principal de no ser capitalistas y, por consiguiente, el mérito de escapar de la crisis capitalista.

No me atrevería siquiera a predecir que los regímenes anticapitalistas podrían ser permanentes. Tal vez ellos también cambiarán, ya sea por medios electorales o por revoluciones futuras unos 50 o 100 años más tarde. No hay una razón de peso para que los regímenes socialistas sean más pacíficos que los capitalistas. Como afirmaba Max Weber, todas las organizaciones del poder del Estado luchan por obtener el prestigio del poder cuando encuentran oportunidades en la arena mundial; y el camino del gasto militar hacia la revolución podría repetirse —de hecho, esto fue lo que provocó el derrumbe de la Unión Soviética (Collins, 1995)—. Lejos de ser el fin de la historia, los siglos futuros podrían vivir una serie de oscilaciones entre formas capitalistas y socialistas, y quizás otras hoy no imaginadas.

Se ha afirmado que la experiencia de los regímenes con socialismo de Estado ha sido tan desagradable, por no decir desastrosa, que es difícil que vuelva a tener cierto atractivo. Esto debería ponerse en la balanza con el horror potencial de un capitalismo futuro donde una minúscula élite es propietaria de todos los grandes negocios, vende y opera todo el equipo de cómputo y los robots, dejando a la gran mayoría de la población luchando entre sí por trabajos para el servicio de la élite y sus máquinas. No estoy prediciendo el renacimiento del socialismo utópico con sus grandiosas esperanzas, sino sólo una fase cuando los actores políticos, reconociendo las fallas de las alternativas, elijan la ruta de escape cuando un sistema esté tan sumido en la crisis que no sea posible sostenerlo. Cuando el capitalismo empeore, habrá un giro hacia el socialismo. Cuando el socialismo de Estado haya resuelto los problemas durante cierto tiempo, sus

propias características onerosas podrían dar pie a la reacción. Por ello habrá oscilaciones entre los dos tipos de sistemas de economía política en los siglos futuros.

Posiblemente el poscapitalismo no acabará con la desigualdad económica. Las experiencias pasadas con regímenes socialistas muestran que han reducido el nivel de desigualdad aproximadamente 50% —comparemos los coeficientes de Gini de las sociedades socialistas y capitalistas, y el notorio incremento en la desigualdad tras el derrumbe de la Unión Soviética—. Después de que el socialismo logre arreglar en cierta medida la rampante inequidad generada por el capitalismo y ofrecerle a la mayoría un empleo decente, la gente podría mostrarse aburrida y descontenta. Y 50 años más tarde, podría repetirse el desencanto con el comunismo que se dio en el decenio de 1980. La economía centralmente planificada del futuro podrá o no ser autoritaria, pero ciertamente tendrá toda la tecnología computarizada, los robots y medios de coordinación y vigilancia para ser una presencia social de mano dura, aun en sus formas más benévolas. La política del poder en este tipo de sistema no desaparecerá, y es otro camino hacia confrontaciones futuras.

Además de los descontentos con el socialismo futuro, probablemente habrá resurgimientos del mercado. Si se abren espacios dentro de una economía planificada —lo cual cabría suponer si se trata de una economía liberal o mixta— las redes comerciales se ampliarían, los empresarios crearían nuevas empresas, tal vez superando la planificación centralizada con su mayor innovación. En ese caso, la serpiente de la inversión y las finanzas podría resurgir, disparando nuevas rondas de especulación y metaestructuras piramidales de manipulación financiera. Si los regímenes socialistas son lo bastante democráticos, los movimientos capitalistas podrían regresar al poder a través de las urnas y desmantelar parte o toda la dirección estatal de la economía. Si se trata de regímenes autoritarios, volvemos a la teoría de la revolución: esperar a que cambien las circunstancias que provocaron el colapso del Estado y se abran espacios para un cambio de régimen. Si en el futuro distante —por ejemplo, el siglo XXII o el siguiente— el capitalismo se restaura, tampoco será el fin de la historia. Si se restablece con las mismas tenden-

cias a la autodestrucción, como el actual, el mundo volverá a ver otra repetición de oscilaciones entre reformas capitalistas y anticapitalistas de la economía.

En resumen, el futuro de largo plazo —al margen de cuántos siglos adelante imaginemos— probablemente será una serie de virajes entre las respectivas debilidades de una planificación centralizada de Estado y de economías de mercado desenfrenadas. Ciertamente no creemos que ninguna de las dos vías traerá la emancipación de la humanidad, sino una oscilación realista entre los extremos de un dilema socioeconómico.

CONCLUSIÓN

Quisiera subrayar la naturaleza esquemática de mi análisis. Me he concentrado en la tendencia estructural de largo plazo en los mercados laborales capitalistas, que son la clave de la creciente desigualdad dentro del capitalismo. La presente fase de innovaciones tecnológicas —computación, robotización, sustitución del trabajo comunicativo humano por máquinas— está en su apogeo y seguramente se volverá mucho más extrema cada década. Aún no existe una inteligencia artificial plenamente avanzada que pueda imitar la capacidad humana de cognición flexible y creativa. Mientras más se acerque la inteligencia artificial a esos estándares, mayores serán las filas de la mano de obra destituida. Podríamos imaginar un futuro, tal vez en menos de 50 años, cuando prácticamente todo el trabajo sea realizado por computadoras y robots, con unos cuantos técnicos y personal de mantenimiento humanos. Los robots son el equivalente a la clase trabajadora y el trabajo manual, y las fábricas robotizadas ya han contribuido a desplazar una buena parte de los trabajos industriales decentemente pagados. Robots más avanzados, con capacidad de movimiento y dotados de sensores y computadoras, podrían desarrollarse hasta convertirse en robots humanoides capaces de realizar trabajos de obreros calificados y semicalificados, para posteriormente desplazar también a los gerentes y profesionales expertos. Esto no se parecerá a las emocionantes

fantasías de ciencia ficción. La verdadera amenaza del futuro no es un movimiento de robots tipo Frankenstein, sino la última etapa del desplazamiento tecnológico de la mano de obra en favor de una pequeña clase capitalista de propietarios de robots.

Al margen de los detalles sobre lo que llegue a ser el futuro tecnológico, la tendencia estructural —el desplazamiento tecnológico de la mano de obra— empuja hacia la crisis capitalista, sobre cualesquiera crisis de corto plazo, cíclicas o eventuales que pudieran ocurrir. Esta tendencia hacia una mayor desigualdad también afectará los mercados de consumo con lo cual, a la larga, el capitalismo se volverá insostenible. Esquemáticamente, la única manera de resolver la crisis será sustituir el capitalismo por un sistema no capitalista, lo que significa la propiedad socialista y una fuerte regulación y planificación central. Cómo y cuándo ocurrirá la transición es un asunto histórico único, mucho más complejo que mi esquema teórico.

No obstante, reitero el problema de fondo: el desplazamiento tecnológico de la clase media acarreará la caída del capitalismo en lugares donde aún predomina, antes de que termine el siglo XXI. Aún falta por ver si estas transiciones serán pacíficas o aterradoras.

BIBLIOGRAFÍA

Arrighi, Giovanni, *The Long Twentieth Century*, Londres, Verso, 1994.

Autor, David, y David Dorn, The Growth of Low-Skill Service Jobs and the Polarization of the U.S. Labour Market, <http://econ-www.mit.edu/files/1474> documento de trabajo de MIT, juuio de 2011.

Brown, David K., y David B. Bills (comps.), "Special Issuc: New Directions in Educational Credentialism", *Research in Social Stratification and Mobility*, 29, pp. 1-138, 2011.

Chaffee, John W., *The Thorny Gates of Learning in Sung China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Ghase-Dunn, Christophcr, *Global Formation, Structures of the World Economy*, Oxford, Blackwell, 1989.

Cohen, Albert K., *Delinquent Boys: the Culture of the Gang*, Nueva York, Free Press, 1955.

Collins, Randall, *The Credential Society: An Historical Sociology of Education and Stratification*, Nueva York, Academic Press, 1979.

_________, "Prediction in Macro-sociology: the Case of the Soviet Collapse," *American Journal of Sociology* 100, pp. 1552-93, 1995.

_________, "Credential Inflation and the Future of Universities", en Steve Brint (comp.), *The Future of the City of Intellect*, Stanford, Stanford University Press, 2002.

Durkheim, Émile, *The Division of Labour in Society*, Nueva York, Free Press, 1893/1964.

Goldstone, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press, 1991.

Halnon, Karen Bettez y Saundra Cohen, "Muscles, Motorcycles and Tattoos: Gentrification in a New Frontier", *Journal of Consumer Culture* 6, pp. 33-56, 2006.

Mann, Michael, *The Sources of Social Power*, vols. 1-4, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, 1993, 2012.

Milner, Murray Jr., *Freaks, Geeks and Cool Kids: American Teenagers, Schools and the Culture of Consumption*, Nueva York, Routledge, 2004.

Schneider, Eric C., *Vampires, Dragons and Egyptian Kings, Youth Gangs in Postwar New York*, Princeton University Press, 1999.

Schumpeter, Joseph A., *The Theory of Economic Development*. Nueva York, Oxford University Press, 1911/1961.

_________, *Business Cycles: a Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, Nueva York, McGraw-Hill, 1939.

Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979.

Tilly, Charles, *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System*, vols. 1-4, 1974-2011 [*El moderno sistema mundial*, vols. I-IV, México, Siglo XXI, 1979-2014].

Zelizer, Viviana, *The Social Meaning of Money*, Nueva York, Basic Books, 1994.

EL FIN PODRÍA ESTAR CERCA, PERO ¿PARA QUIÉN?

MICHAEL MANN
Departamento de Sociología, UCLA

INTRODUCCIÓN

Los sociólogos especializados en historia, como yo, somos muy buenos para predecir el pasado, aunque, claro, hablar del futuro es otro asunto. Resulta especialmente difícil predecir el futuro de las principales instituciones sociales, como el Estado-nación o el capitalismo. Es un poco más fácil si creemos que la institución en cuestión es un "sistema" con su propia lógica interna de desarrollo, sus propios ciclos y contradicciones. Entonces podríamos identificar la lógica de desarrollo actual y hacer proyecciones a futuro. Muchos consideran que esto es posible en el caso del capitalismo. Los economistas neoclásicos mencionan que el capitalismo comprende ciclos empresariales regulares con una tendencia inherente de moverse hacia el equilibrio. Por consiguiente, tras las dificultades actuales del capitalismo, habrá una recuperación, luego otra crisis seguida de una nueva recuperación, todas dentro de una trayectoria de desarrollo probablemente ascendente. Quienes perciben ciclos más profundos y amenazadores, aunque menos frecuentes, como Kondratiev o Schumpeter, también consideran que tienen cierta regularidad interna y, en el caso de Kondratiev, la posibilidad de predecirlos. Incluso Keynes, quien consideraba el concepto de equilibrio con cierto escepticismo, no negaba que, a la larga, éste se restablecería con cierta ayuda del Estado. Estos modelos suelen transmitir la imagen del capitalismo como algo eterno —aunque no Schumpeter—. Los marxistas también consideran que el capitalismo tiene una lógica de desarrollo interna, aunque observan —al igual que observan todos los modos de producción— que sus contradicciones sistémicas acabarán con él.

El elemento sistémico es explícito en la llamada teoría del

sistema-mundo, cuyo teórico principal es Immanuel Wallerstein. La única parte difícil de la predicción para estos marxistas y teóricos de los sistemas radica en la cuestión de qué ocupará su lugar —ya que muchos han perdido la fe de que el futuro sea socialista. Dado que muchos intelectuales que pontifican sobre el capitalismo son occidentales, y dado que el capitalismo occidental se encuentra actualmente en dificultades, los escenarios fatalistas para el capitalismo están incrementando su popularidad.

Me gustaría compartir estas visiones certeras del futuro, ya sean optimistas o pesimistas. Pero no puedo hacerlo por tres razones. La primera, porque el obstáculo principal es mi modelo general de la sociedad humana. No considero a las sociedades como sistemas sino como redes de interacción múltiples que se traslapan, entre las cuales cuatro redes son las más importantes: las relaciones de tipo ideológico, económico, militar y de poder político. Podrían agregarse a estas cuatro las relaciones geopolíticas como una mezcla específica de poder militar y político, que varía entre lo que convencionalmente llamamos geopolítica "dura" o "suave". Cada una de estas cuatro o cinco fuentes de poder podría tener una lógica interna o tendencia de desarrollo, por lo que sería posible, por ejemplo, identificar tendencias hacia el equilibrio, ciclos o contradicciones en el interior del capitalismo, tal como podríamos identificar tendencias comparables en el interior de otras fuentes de poder social. Tomemos, por ejemplo, los ciclos de ataque *versus* defensa, de movilidad frente a solidez, o la escalada continua de poder a través de las armas, todos los cuales son tendencias internas de relaciones de poder militar. O bien el crecimiento de largo plazo del Estado moderno, o la sustitución de imperios por estados-nación, que son fundamentalmente tendencias internas de las relaciones de poder político. Las ideologías, empero, tienen distintos ciclos de desarrollo, dependiendo de si la ideología dominante parece "funcionar" o no, y cuál de las ideologías alternas vigentes se adopta para ofrecer solución a la crisis.

Estas diferentes dinámicas son "ortogonales" entre sí, esto es, interactúan pero no de manera sistemática. Esto significa que sólo podemos identificar hasta cierto grado la dinámica "interna" de una fuente de poder, ya que ninguna es absolutamente

autónoma del resto. Una vez que admitamos la importancia de tales interacciones, nos adentraremos en un mundo más complejo e incierto, en el cual el desarrollo del capitalismo, por ejemplo, también recibe la influencia de ideologías, guerras y estados. Demostraré lo anterior intentando explicar dos crisis previas del capitalismo: la Gran Depresión y la actual Gran Recesión. Desafortunadamente, esto complica aún más predecir el futuro.

La segunda es que la complejidad se acrecienta por el hecho de que el planeta Tierra es un lugar muy grande, en el que los estados-nación y las macrorregiones difieren considerablemente entre sí, de manera que las tendencias generales arriba identificadas afectan a algunas regiones y países más que a otros. Podría haber una crisis capitalista verdaderamente seria en Grecia, pero una ligera en la vecina Turquía y ninguna en China. Estas diferencias también podrían generar diferentes trayectorias del desarrollo histórico del mundo, que indicaran, por ejemplo, que China podría estar rebasando a Estados Unidos desde una perspectiva económica, o Asia a Occidente. Los cambios microrregionales pueden tener muchos antecedentes históricos.

No obstante, el surgimiento de las armas nucleares asegura, por primera vez en la historia mundial, que es poco probable resolver cualquier rivalidad entre países mediante la guerra. Tampoco es imposible, y esto presenta la tercera complejidad. Los seres humanos no son máquinas calculadoras racionales. En ocasiones enfrentan problemas complejos para los que no hay una solución obvia. A veces son impulsados no por una racionalidad instrumental sino por lo que Weber llamó racionalidad de valor, que sacrifica el interés personal en aras de una ideología. Otras veces son impulsados por emociones fuertes que sobrepasan la razón. Por consiguiente, las acciones humanas suelen ser impredecibles. En el siglo XX, los seres humanos tomaron decisiones que hoy nos parecerían irracionales —involucrarse en dos devastadoras guerras mundiales o buscar una transformación total utópica de la sociedad—. En este sentido, no habría razón para pensar que el siglo XXI sería diferente.

Por ende, mi mejor predicción es presentar posibles escenarios alternos. Consideraré si el final o, dicho de manera menos

dramática, el declive del capitalismo podría estar cerca para Estados Unidos, para Occidente, para la economía global en general o para el planeta Tierra. Algunos de mis escenarios serán más optimistas que otros, tendrán más cobertura de la Tierra que otros, con la probabilidad de que cada uno se vea afectado por las complejas interacciones del capitalismo con otras fuentes de poder y otras crisis. Intentaré asignar cierto grado de probabilidad a estos escenarios, aunque en realidad se trata de meras suposiciones.

SISTEMAS Y CICLOS

Soy escéptico de las teorías que muestran la crisis terminal del capitalismo como un solo sistema —salvo dos excepciones que abordaré posteriormente—. Tomemos, por ejemplo, la idea de Wallerstein de que el "sistema-mundo capitalista" se encuentra en crisis. Su sistema comprende dos partes. La primera es la crisis "interna" del capitalismo, derivada de la lógica de la acumulación de capital y expresada en términos del empeoramiento de los ciclos de 50 y 60 años de bonanza y depresión expresados por Kondratiev. La siguiente depresión, afirma, será mucho peor y de hecho podría terminar con el capitalismo —al menos eso espera él—. Estamos entrando en una crisis sistémica del capitalismo, afirma Wallerstein, porque los niveles de utilidad están decayendo e, inevitablemente, continuarán en esta tendencia.

La segunda parte es una crisis geopolítica manifestada en "ciclos hegemónicos" de largo plazo. Hegemonía significa dominación. Las crisis llegan en periodos de transición entre distintos regímenes hegemónicos. Sus ejemplos son la transición de la hegemonía de la República holandesa al Imperio británico y, más tarde, de éste a Estados Unidos. La duración de estos ciclos geopolíticos tiende a ser más variable que en el caso de los ciclos económicos. La transición del predominio de los Países Bajos a Gran Bretaña se llevó un poco más de cien años; de Gran Bretaña a Estados Unidos sólo 50. La hegemonía estadunidense está declinando y pronto se acabará, afirma Wallerstein, tras un

reinado de 70 a 80 años. Es comprensible que no esté seguro de qué le seguirá. Menciona la hegemonía china como un futuro posible, aunque considera más probable que no haya un solo poder hegemónico. Desde la perspectiva de Hobbes de que el ser humano tiene necesidad de un solo soberano, esto no parece un buen augurio. Wallerstein no considera que las dos crisis del capitalismo se desplacen o compliquen entre sí. En cambio, en ciertas crisis coyunturales, tanto los ciclos capitalista como hegemónico coinciden y se refuerzan mutuamente para producir una crisis sistémica del conjunto.

Se trata de una teoría sucinta, con abundantes percepciones, pero me cuesta trabajo aceptar cualquiera de sus partes. Primero, consideremos su lista de poderes hegemónicos a lo largo de la historia. La República holandesa parecería una opción extraña como el primer poder hegemónico de Europa. A finales del siglo XVII, los holandeses fueron pioneros de algunas instituciones capitalistas; se defendieron bien tanto en la tierra como en el mar y adquirieron unas cuantas colonias. Pero nunca dominaron Europa, ya no digamos el resto del mundo. Los Habsburgo y Francia eran los poderes dominantes en la Europa de esa época, pero el continente —y sus imperios— esencialmente desplegaban una geopolítica de varios poderes. Gran Bretaña predominó en el siglo XIX, ya que fue la primera potencia capitalista industrial con la mayor armada, el mayor imperio y, durante cierto tiempo, la divisa de reserva, pero nunca fue hegemónico en el continente europeo y dependía del equilibrio de poder entre otros estados para protegerse. A continuación Wallerstein observa un periodo de rivalidad entre dos posibles poderes hegemónicos: Alemania y Estados Unidos, antes de que este último triunfara. Describe el periodo entre 1914 y 1945 como una "guerra de treinta años", una descripción extraña para guerras en las que Estados Unidos entró tardíamente y sólo cuando fue atacado por Japón en la segunda guerra. La hegemonía estadunidense sin duda se estableció después de la segunda guerra mundial, pero principalmente como la consecuencia inesperada de una guerra iniciada por la bravuconería suicida fascista y militar de Alemania y Japón, aunque estos dos lograron ponerle fin a los imperios británico y francés. La hegemonía de Estados Unidos

sobre gran parte del mundo fue completa cuando la Unión Soviética se convirtió en una autarquía económica. Esta serie de desenlaces fortuitos fueron el resultado de interacciones complejas entre las cuatro fuentes de poder social. Estados Unidos ya era, en el periodo de entre guerras, la principal potencia económica aunque, sin la segunda guerra mundial, el dólar probablemente habría compartido su estatus de divisa de reserva con otras monedas, pero Estados Unidos tenía mucho menos poder militar o geopolítico. El resultado de la guerra fue que este país se convirtió en la gran excepción histórica, el único imperio global, la única verdadera potencia hegemónica que ha habido en el mundo. No obstante, con un solo caso, es difícil identificar ciclos hegemónicos. Pese a ello, concuerdo con Wallerstein en que Estados Unidos ha sido hegemónico en el pasado reciente, que su hegemonía se está debilitando y que bien podría concluir entre 2020 y 2025. Este único proceso histórico mundial podría desembocar en una crisis específica de Estados Unidos.

¿Y qué decir de los supuestos ciclos de Kondratiev, olas sucesivas de altibajos de una duración casi fija? Kondratiev sugería que sus ciclos duraban 54 años. De ser así, dado que la economía tocó fondo en 1933, debería de haberse levantado durante 27 años hasta 1960, para luego caer hasta otro punto bajo en 1987, y más tarde despegar hasta un pico en 2014. Y no parece que hoy nos encontremos precisamente en un periodo de recuperación. Quienes siguieron sus pasos fecharon los ciclos de dos maneras, de acuerdo a si están midiendo oscilaciones en precios o en volúmenes de producción. Algunos consideran los años 1972-1973 como el inicio de un periodo de recuperación —dado que los precios repuntaron—, otros como el inicio de una recesión —de hecho, la producción no cayó, aunque su ritmo de crecimiento se hizo más lento, al menos en Occidente. Las dos guerras mundiales provocaron desacuerdos adicionales: ¿la recuperación concluyó en 1913 o 1929, y otra se inició en 1938 o 1945? No hay acuerdo respecto de estos ciclos, lo que nos hace dudar de su regularidad.

Wallerstein tiene su propia versión de los ciclos de Kondratiev. Menciona que la última recuperación —en producción— se inició en 1945 y llegó a su punto máximo entre 1967 y 1973. Esto es

cierto con relación a la economía occidental, pero se debió menos a un ciclo interno del capitalismo que al final de la segunda guerra mundial, que generó un estímulo económico externo. Se estableció un capitalismo globalmente regulado, que acordaron inicialmente Gran Bretaña y Estados Unidos y después todos los aliados de este último. Este capitalismo podría sobrevivir en una demanda de consumo creciente, restringida forzosamente por la guerra, combinada con las mejoras tecnológicas derivadas de la guerra para generar una "época de oro" sin precedentes, con un crecimiento nunca antes visto que se extendió a casi todo el mundo. A partir de este periodo, la economía de Occidente permaneció bastante estancada desde 1973 hasta 2000, cuando debería haberse iniciado la recuperación, la cual no se ha logrado aún una década después. Pero observemos que para una buena parte del mundo esta bonanza continuó después de que Occidente tropezó, y continúa hoy en algunos países. Primero Japón, luego los países del Este asiático y China, luego India y posteriormente el resto de los BRICS han pasado por periodos de bonanza. Los ciclos de Kondratiev son un punto de controversia incluso entre economistas que estudian Occidente, aunque para buena parte del resto resultan irrelevantes.

Los altibajos son inevitables en el capitalismo y podría ser que tras una larga recuperación, los actores se muestren demasiado optimistas y, por lo tanto, la caída les resulte más dura. Ciertamente esto le ocurrió a los banqueros y a quienes compraron una casa en la primera década del siglo XXI. No obstante, cualquier patrón preciso y regular es incierto, mientras que los patrones verdaderamente globales son muy raros. Sería posible, empero, que las crisis pasadas nos hayan dejado cierta guía de lo que podría ser una crisis futura del capitalismo. Por consiguiente, y convencido de que las teorías deben basarse en estudios empíricos detallados, me referiré a las dos crisis más severas y mejor documentadas en la historia del capitalismo: la Gran Depresión y la actual Gran Recesión.[1]

[1] Comento ambas etapas más a fondo en los últimos dos volúmenes de mi libro *The Sources of Social Power*; la Gran Depresión en el volumen 3: *Global Empires and Revolutions, 1890-1945*, Cambridge University Press, 2012, y la Gran Recesión en el volumen 4: *Globalizations, 1945-2012*, Cambridge University Press, 2013.

LA GRAN DEPRESIÓN, 1929-

Ambas crisis tuvieron múltiples causas, en su mayoría de carácter económico interno como cabría esperar, ya que se trató de acontecimientos económicos y el capitalismo sí tiene cierto grado de lógica "interna". Pero algunas causas fueron externas a la economía y otras más bien eventuales. En ambos casos, las crisis comenzaron con un problema serio que se fue agravando por etapas, conforme fue "encontrando" y exacerbando otras debilidades hasta entonces inadvertidas, algunas económicas y otras no. El proceso bien pudo haber tomado otro rumbo. También golpeó de manera desigual al mundo: algunas economías apenas se vieron afectadas mientras que otras se escaparon con bastante rapidez gracias a políticas adecuadas. Todas éstas son razones para dudar de que se trata de una sola lógica sistémica aunque, desafortunadamente, también disminuyen las probabilidades de predecir las crisis económicas en el futuro.

La Gran Depresión se inició por una sobreproducción agrícola —en parte debida a la primera guerra mundial— que se agravó al no mantenerse un patrón oro como había ocurrido en el periodo de preguerra con la cooperación de los bancos centrales y las grandes potencias, y no por la hegemonía británica, como ha demostrado Barry Eichengreen. Después de la guerra, algunos países regresaron al patrón oro a su manera, generalmente a niveles poco reales impulsados por ideologías de orgullo y honor nacional, más que derivadas de un análisis económico pragmático. También contribuyeron tensiones geopolíticas entre Alemania y Austria, por una parte, y Francia y Gran Bretaña, por otra. Francia y Estados Unidos también acumularon oro, prevalecía un apego ideológico de los antiguos regímenes al *laissez-faire,* una burbuja en el mercado accionario y una transición incompleta de antiguas a nuevas formas de manufactura, todo lo cual redujo el potencial de empleo de la economía. En Estados Unidos, el ojo del huracán, grandes errores políticos del Congreso y la Reserva Federal, originados en el fundamentalismo del mercado de este periodo, que alcanzó su horrendo clímax en lo que se llamó "liquidacionismo" —la búsqueda de medidas de austeridad para destruir compañías, industrias, inversionistas

y trabajadores ineficientes—. De haber estado ausentes dos o tres de estas variables que se sucedieron en cascada, habríamos llamado a esto una recesión cíclica. Pero la cascada ya no podría evitarse.

Muchas veces se considera la Depresión como un acontecimiento global que afectó a los países de manera desigual. Golpeó duramente a Europa occidental y a los países angloparlantes, aunque incluso en estas regiones Estados Unidos, Canadá y Alemania perdieron seis veces más PIB que Gran Bretaña, y tres veces más que Francia. Pero tras la primera oleada, la Depresión apenas afectó a grandes regiones del mundo. China se vio apenas afectada, mientras que la Unión Soviética, Japón, sus colonias Corea y Taiwán y Europa oriental continuaron creciendo durante esta época. Por consiguiente, la Depresión, no fue en realidad un fenómeno global. Quizá deberíamos llamarla realmente la Gran Depresión Blanca, ya que los blancos fueron los más afectados. Algunos países salieron rápidamente de ella abandonando el patrón oro y reactivando su economía. Estados Unidos acabó por hacerlo, aunque el exceso de optimismo del gobierno de Roosevelt en la inminente recuperación provocó la deflación de la economía en 1937, lo cual desembocó en una doble recesión. En realidad, únicamente la demanda industrial en aumento, derivada de la segunda guerra mundial, le permitió a Estados Unidos recuperarse plenamente.

Resulta obvio que las causas no económicas fueron muy importantes. Como ejemplo, elegiré el papel de las relaciones de poder militar en la crisis. La primera guerra mundial influyó de manera importante en la Depresión. Durante la guerra, muchos países pobres habían logrado incrementar considerablemente sus exportaciones agrícolas, mas cuando se recuperó la agricultura en los países combatientes tras la guerra, esto generó una sobreproducción y una severa caída de los precios. Pero la guerra también había destruido el patrón oro acordado, y el fracaso de los tratados de paz de resolver las rivalidades geopolíticas complicaron la cooperación internacional respecto de la economía política. La crisis no fue necesariamente el resultado de una geopolítica de varios poderes, ya que esto había generado estabilidad económica antes de la guerra; más bien fue una con-

secuencia del legado geopolítico de una guerra particularmente terrible.

El argumento sistémico podría sostenerse si la guerra hubiera sido provocada por el capitalismo o por la hegemonía británica, pero éste no fue el caso. Durante siglos, desde antes de la llegada del capitalismo, Europa fue un continente inusualmente guerrero y la guerra aún seguía siendo su forma de diplomacia preferida. Esta guerra, como tantas otras previas, se inició cuando las grandes potencias salieron a defender a sus clientes menores —ahora Serbia y Bélgica—. El militarismo era una tradición europea (véase mi volumen 3, capítulos 2 y 5). Durante la Gran Depresión, se unieron diversas cadenas causales cual afluentes de un gran río, con varias minicrisis que gradualmente se convertían en una cascada hacia una crisis más profunda conforme iban encontrando más debilidades. Y los diferentes choques que fueron surgiendo no habían sido previstos por nadie.

LA GRAN RECESIÓN, 2008-

La pregunta vital es si la presente recesión continuará, empeorará y tal vez incluso pondrá en marcha fuerzas que podrían acabar con el capitalismo. No obstante, permítanme primero analizar brevemente sus causas. También encontramos un patrón de cascada en este caso. La recesión se inició como una crisis de Estados Unidos derivada de varias cadenas causales. Primero, la hegemonía estadunidense y el consiguiente desequilibrio global le permitieron al gobierno y a los ciudadanos comunes tener acceso a grandes sumas de dinero del extranjero a tasas de interés mínimas, lo que fue generando deudas que a la larga resultaron insostenibles. Segundo, el consiguiente incremento en las tasas de interés hizo estallar la burbuja hipotecaria y esto detonó el primer golpe verdadero. Pero esta secuencia causal también tuvo como insumo el compromiso ideológico de los políticos de crear una "democracia de propietarios", un país en el que todos pudieran adquirir su casa. La tercera gran causa fue que esto ocurrió tras el desmantelamiento de la regulación financiera y,

la cuarta, el alarmante crecimiento de la desigualdad en Estados Unidos. Estas últimas dos se debieron a la conjunción de la ideología neoliberal y el creciente poder de la banca y sus altos ejecutivos en el sistema político estadunidense, lo cual puede atribuirse, en parte, al cambio de manufactura a servicios financieros, que convirtieron el "valor de corto plazo" de los accionistas en la meta principal de las empresas. Causas similares operaron en el Reino Unido, ya que el capital financiero y el neoliberalismo dominaban en ambos países. Estas causas no eran tan pronunciadas en la mayoría de los demás países, aunque la fobia alemana por la *inflación* —provocada por el mito histórico de que la inflación había originado el surgimiento de Hitler— era compatible con las políticas dictadas por los neoliberales, y el poder económico de Alemania en Europa transmitía este conservadurismo fiscal a todo el continente. El poder militar no influyó en la Gran Recesión, pero sí el poder ideológico en la forma de neoliberalismo y fobia por la inflación.

Estas presiones "encontraron" a los niños magos del sector de servicios financieros, cuyas ecuaciones matemáticas llevaron a una confianza equivocada en complicados instrumentos financieros cada vez menos relacionados con la economía real. Habían convertido la ideología de la economía neoclásica en modelos matemáticos de riesgo, creyendo equivocadamente que las economías son sistemas de mercado puros, cuyos principales parámetros pueden calcularse y predecirse con precisión. Prácticamente nadie previó que los diversos elementos de riesgo cayeran en cascada uno tras otro.

La crisis se difundió al ámbito internacional no porque la hegemonía estadunidense se encontrara en declive sino porque Estados Unidos, su economía, su dólar y sus economistas matemáticos detentaban la hegemonía. El declive de la actividad económica en Estados Unidos afectó entonces a países con problemas de deudas, así como a sus principales socios comerciales que habían sido "virtuosos", al no dejarse seducir por la deuda o por profundizar la desigualdad, por el neoliberalismo o el capital financiero, como Alemania y Francia. Al hacer un escrutinio más a fondo, los atemorizados inversionistas, "encontraron" sectores y países cuya deuda también resultaba insostenible una vez

desatada la recesión y la contracción de capital. En 2007, justo antes de la recesión, las cifras del Fondo Monetario Internacional (FMI) relativas a los países europeos indicaban que únicamente en Grecia e Italia, la deuda pública superaba levemente a su PIB. El nivel promedio de la deuda pública en la Unión Europea era ligeramente menor que en los países de la OCDE —71% frente a 73%—. La deuda pública de Grecia era la única que representaba un problema real. En Irlanda, España e Italia —al igual que en Estados Unidos y Gran Bretaña— la deuda privada fue la que se disparó —aun cuando la debilidad principal de la economía italiana era su bajo nivel de productividad—. Estas economías mostraban diferentes debilidades, que no habrían sido "descubiertas" sin la crisis financiera impulsada por Estados Unidos. La recesión golpeó y se empeoró debido a las políticas de austeridad, a la menor actividad económica que significaba menores ingresos, y a una deuda pública que se disparó de manera alarmante en todas partes.

La crisis en Europa empeoró cuando la recesión "dejó al descubierto" una debilidad un tanto externa a la eurozona, que convirtió a la recesión en una importante crisis de deuda soberana, provocada, en primer lugar, por los propios desequilibrios internos de la región. Se registró una importante salida de capital de los países más ricos de la Unión Europea hacia los más pobres, y el gobierno griego contribuyó con su considerable dosis de deshonestidad fiscal. No obstante, la crisis se intensificó debido al entusiasmo de las élites de los 17 países de la eurozona —no su respectivo pueblo ni las élites de los restantes diez países de la UE— de "profundizar" la unión a través de una moneda común, sin asegurar el respaldo adecuado del euro por un banco central con funciones fiscales y de tesorería, una debilidad política estructural. Las élites sabían que no podrían respaldar adecuadamente al euro si países más débiles como Italia o España se iban al paredón. Pero en tanto convencidos europeístas, estuvieron dispuestos a asumir el riesgo aun cuando sus respectivos electorados habrían rechazado la propuesta de crear una sola tesorería, y lo sabían porque los votantes se habían opuesto a medidas de profundización más leves para la UE en los últimos tres referéndums nacionales realizados en los países de la eurozona. En

el caso de estas élites, los ideales políticos afectaron su sagacidad económica, lo que derivó en un terrible error político. La crisis europea se empeoró debido a la profundidad de los programas de austeridad que se impusieron por diversas razones ideológicas tanto en Gran Bretaña como en Alemania, y se aplicaron por la fuerza en las economías europeas más débiles. La conjunción eventual de distintas cadenas causales económicas, ideológicas y políticas —no militares, en este caso— aún amenaza con volcarse en cascada en una doble recesión mucho peor.

Una vez más, la Gran Recesión se extendió de manera muy desigual en el mundo. De los datos proporcionados por el Banco Mundial sobre el crecimiento del PIB, podemos observar que 2008 y 2009 fueron años difíciles en prácticamente todos los países. En este breve lapso, la crisis fue sin duda global. Luego se profundizó en Estados Unidos y Europa, hasta alcanzar a Rusia y sus vecinos del Este, así como a algunos países pobres y endeudados. Pero en 2010, varios países habían repuntado para alcanzar los índices más elevados de PIB del siglo XXI —incluyendo países importantes como Brasil, México, Turquía, Nigeria, Canadá, Malasia, Corea y Singapur. India e Indonesia se recuperaron a casi sus niveles previos, en tanto que el índice de crecimiento oficial de China cayó de cerca de 10% a 8%... ¡aún la envidia del mundo! Todos estos países, salvo Canadá, correspondían a los llamados países "subdesarrollados" que, en su mayoría, habían aprendido las lecciones de décadas de ajuste estructural y generaron reservas para evitar incurrir en grandes deudas con el extranjero. Los países que no actuaron de esta manera se vieron más afectados. Canadá logró escapar debido a que sus industrias extractivas, relativamente nuevas, le dejaron un papel menor al sector bancario, que estaba estrictamente regulado. Esto también le habría permitido una vía de escape a otros países. Si esto se convirtió en una crisis sistémica, bien pudo haber sido evitada mediante diferentes políticas.

Por consiguiente, al igual que la Gran Depresión, la Gran Recesión fue desastrosa únicamente para algunos países. El virus estadunidense se extendió en todo el mundo, principalmente a través de los canales financieros, aunque la reducción del comercio internacional también fue importante. Muchos países

lograron salir rápidamente con diferentes medidas estructurales, algunas económicas, otras políticas, otras ideológicas. Las principales estructuras que entraron en juego fueron los estados corporativistas o desarrollistas —Corea del sur—; economías cuyo sólido crecimiento no incluía de manera importante al sector financiero —la mayoría—, con un neoliberalismo poco extendido —la mayoría— o bien que contaban con políticas prudentes como evitar la deuda externa —la mayoría de los países asiáticos— o que tenían una regulación estricta del capital financiero —Canadá—. Prácticamente toda la región del sur y sureste de Asia, además de Oceanía, una gran macrorregión, se vio poco afectada debido a su considerable comercio con China —importante para la recuperación de Australia—. Al igual que en la Gran Depresión, las políticas adecuadas podían reducir el daño y las políticas equivocadas, empeorarlo. Las políticas e ideologías que surgieron en las diferentes macrorregiones fueron decisivas en el resultado. La crisis de deuda soberana de la eurozona fue provocada por la difusión de la crisis estadunidense, al interactuar en diferentes cadenas causales —los diferentes ritmos e instituciones políticos en la Unión Europea y la preferencia ideológica de la austeridad y de evitar la inflación de las élites alemanas y británicas—. La lógica interna del capitalismo en muchos países en desarrollo llevaría intrínsecamente a un mayor crecimiento. Si hubiera alguna amenaza, ésta provendría del exterior, como una debilidad autoinducida de Estados Unidos y Europa.

¿Empeorará la crisis actual abarcando prácticamente a todos? Si la eurozona se colapsa, sin duda sería una noticia terrible para los países integrantes, aunque también tendría un impacto global importante en la inversión y el comercio. De inmediato afectaría fuertemente a los países europeos, como el Reino Unido, ya que comercian e invierten en la eurozona más que en ningún otro lado. Países vecinos también se verían afectados, desde Rusia hasta el Oriente cercano y el norte de África, así como Estados Unidos, un importante socio comercial de Europa, con grandes inversiones en ese continente. Sudamérica sufriría también, especialmente si se colapsa la economía española. Si tanto la Unión Europea como Estados Unidos padecieran una con-

tracción económica, entonces el efecto en el comercio global sería fatal, ya que ellos proporcionan casi 50% del PIB mundial y el nivel de globalización económica es ahora más alto que nunca. Las exportaciones de India, y especialmente de China, se reducirían drásticamente. Esto indicaría una crisis sistémica del capitalismo, peor que la doble recesión vaticinada por muchos. Pero aun así, probablemente sería peor en Occidente que en el resto de los países en desarrollo.

Esta cascada podría ocurrir, aunque los países de la eurozona podrían definir de manera conjunta un arreglo financiero, ya que son las élites, no las masas, quienes controlan la UE y ahora estas élites se han percatado de que tienen un interés común en encontrar una solución, al margen del costo. El problema aquí —y en otras partes— es que los recursos financieros actualmente disponibles para rescatar o estimular la economía son más reducidos que en 2008. Subrayo, sin embargo, que la acción humana y la voluntad política tendrán una gran influencia, lo que significa que en realidad no podemos predecir el resultado. No obstante, me permitiré predecir que si muchos más países adoptan la ruta de la austeridad neoliberal durante la recesión, como proponen los republicanos en Estados Unidos y la cual ha instrumentado el gobierno conservador de Gran Bretaña, y si la fobia a la inflación de los alemanes refuerza estas medidas, ocurrirá otra Gran Depresión, esta vez muy probablemente más sistémica a nivel global. Pero si los europeos se percatan de sus intereses comunes y actúan en consecuencia, y si los países adoptan la ruta más keynesiana de estímulo financiero promovida por el gobierno francés —sobre todo con más impuestos para quienes pueden pagarlos— esto podría impedir que las cosas empeoraran aún más. En cualquier caso, es probable que la recuperación ocurra a la larga, aunque de manera más lenta en el primer caso —y esta vez sin el beneficio de una guerra mundial—. El que esta recuperación haga posible el empleo pleno es algo que comentaré más adelante.

El capitalismo está sujeto a ciclos, si bien el que tengan un patrón regular a lo largo del tiempo es otro asunto. Ocasionalmente, la fase de recesión del ciclo es mucho peor, en parte por causas económicas "internas", y también debido a costosas

guerras, políticas empantanadas o ideologías que generan políticas inadecuadas para la crisis. Tanto en la Depresión como en la Recesión, ésta fue una causa importante del empeoramiento, la primera porque aún no surgía ninguna otra ideología macroeconómica posible y, la segunda, porque llegó al final de un largo periodo de crecimiento del mercado, provocado por el aparente fracaso de la alternativa keynesiana, seguido de la desregulación, especialmente en el sector financiero. Las relaciones políticas y geopolíticas también son importantes y resultan mucho menos predecibles. Ciertamente es posible extraer lecciones económicas de estas crisis que, en teoría, reducirían la probabilidad de crisis futuras. Pero dista mucho de quedar claro que estas élites poderosas en verdad hayan aprendido la lección. Los programas de austeridad neoliberal impuestos a economías en recesión desafortunadamente recuerdan el nefasto papel del liquidacionismo de principios de los años treinta. Cabe observar también que, en el siglo XX, las dos terribles guerras tuvieron efectos absolutamente contrarios, lo que complica aún más el problema de la predicción. La primera guerra ayudó a intensificar la recesión hasta convertirla en la Gran Depresión, la segunda contribuyó de manera sustancial a la mayor bonanza que se ha visto, así como a la hegemonía estadunidense.

LA HEGEMONÍA ESTADUNIDENSE Y SUS SINSABORES

Es posible, por consiguiente, que Estados Unidos padezca la mayor caída económica en el futuro cercano. Wallerstein sugiere que el periodo de mayor fuerza estadunidense fue entre 1945 y 1970, tras lo cual se ha dado un debilitamiento continuo. No estoy seguro. La participación de Estados Unidos en el PIB mundial total de hecho se redujo de 1950 a 1970, debido a la recuperación de Japón y Europa, y permaneció virtualmente estática de 1970 a 2005, cuando Estados Unidos aprovechó las ventajas de que el dólar fuera la divisa de reserva del mundo. Un deterioro relativo ha ocurrido desde entonces, principalmente como producto del mayor crecimiento de India y China, pero el dólar

sigue siendo todopoderoso, Estados Unidos aún puede solicitar créditos ilimitados a una tasa de interés menor del 2% y, en casi todos los años, supera a Europa y a Japón en productividad económica y crecimiento. El FMI y Barry Eichengreen han sugerido que el dólar seguirá siendo la divisa de reserva mundial hasta después de 2020. A Estados Unidos también le corresponde 48% del gasto militar en el mundo, el porcentaje más alto en su historia; y conserva su predominio sobre patentes, premios Nobel, universidades de élite y cultura popular. Estados Unidos sigue siendo una potencia hegemónica, para bien o para mal.

Desde luego, no será para siempre, y se sospecha que las premoniciones de deterioro comienzan a preocupar a los estadunidenses. Su gigantesco ejército sufrió grandes derrotas durante la década pasada y sus relaciones de poder político e ideológico han llegado a niveles casi de crisis. La desigualdad en aumento es alentada deliberadamente por los políticos. La fusión de los altos ejecutivos y los grandes inversionistas corporativos —en especial los directivos de las compañías de seguros y de los fondos de pensiones—, quienes se están asignando sueldos y bonos exorbitantes —sobre los cuales sólo pagan 15% de impuestos, en vez de la tasa impositiva de 35%—, también amplía considerablemente la desigualdad. La combinación de impuestos regresivos, saqueo corporativo y una economía anémica desembocaron en la recesión económica y la alienación ideológica.

No obstante, la alienación estadunidense no se dirige actualmente hacia una solución política, ya que ha generado dos ideas opuestas de lo que debería hacerse. Una, encabezada por el Partido Republicano, culpa al gobierno por los males económicos del país y propone reducir su tamaño, su poder de regulación y los impuestos, con el fin de restituir una prosperidad impulsada por el mercado. Su preferencia por medidas de austeridad como una manera de salir de la recesión se acerca de manera incómoda a la estrategia liquidacionista que profundizó la Gran Depresión. La otra solución, propuesta por los demócratas liberales, culpa a los grandes consorcios y bancos, simbólicamente calificados como Wall Street, y propone una mayor regulación gubernamental, una mejor redistribución de los impuestos y una vía keynesiana auspiciada por el Estado hacia el crecimiento, a

través del gasto público. El actual *impasse* político y, especialmente, la postura reaccionaria y retrógrada del Partido Republicano no son buenos augurios para la capacidad de Estados Unidos de hacer frente a estos enormes retos futuros. Es un país que padece anomia, ausencia de normas compartidas así como alienación —Durkheim y Marx *dixit*—. Como afirmaba Durkheim, la anomia disminuye la cohesión social y fomenta el deterioro.

La austeridad para las masas propuesta por los republicanos, con prosperidad para los ricos, es lo que ellos consideran medidas para crear empleos, pero los ricos no consumen mucho. Más bien ahorran, generando excedentes de capital y menores tasas de interés, alentando el crédito al consumo que fue lo que de hecho originó la recesión. Esto amenaza la base de la economía de demanda de consumo masivo en la que se basó la riqueza de Estados Unidos en el periodo de posguerra. La ideología republicana también ataca cada vez más a la ciencia, lo cual no parece favorecer su futuro. Los republicanos están más unidos que los demócratas, cuyo mayor problema son las divisiones internas con relación a las políticas económicas. Esto les ha permitido dictar las agendas políticas recientes. Antiguamente, los líderes republicanos solían manejar la ideología en su retórica pero eran pragmáticos en sus políticas. Pero el fundamentalismo del libre mercado resuena más en la cultura popular estadunidense que el intervencionismo del Estado. Durante el periodo de bonanza de posguerra, la verdadera política económica adoptó la forma de un "keynesianismo comercial", mercados impulsados por el Estado, un acuerdo entre mercado y Estado. Pero la retórica política de aquel entonces, especialmente entre los republicanos, se enfocaba casi totalmente en el libre mercado y la libre empresa. Los estadunidenses tenían en realidad un gran Estado, aunque pretendían que no era así. Por consiguiente, la idea del libre mercado tiene hoy un sesgo político porque está enraizada ideológicamente en ese país, más que la idea del Estado benefactor. Es probable que ni el electorado ni los políticos logren adoptar políticas económicas útiles.

Estados Unidos tiene también otras debilidades: un gasto militar y de salud altísimo —más del doble que ningún otro país—. Los resultados son muy pobres en términos de intervención mi-

litar en el extranjero y de estadísticas de mortalidad y longevidad en el país. No obstante, los políticos siguen considerando ambos temas casi sacrosantos, al igual que el "no más impuestos". Es posible, pues, que continúe la sangría de recursos económicos y el incremento de la deuda pública, lo cual le agrega más cargas al país. Estas debilidades en las cuatro fuentes de poder social podrían acabar con Estados Unidos. No podemos asegurarlo, pues los estadunidenses siguen siendo muy inventivos y trabajadores, y sus industrias son dinámicas en su mayoría. Es probable que una vez más logren poner en orden sus asuntos ideológicos, financieros, militares y políticos. De no hacerlo, cuando el dólar pierda su estatus de divisa de reserva, los estadunidenses tendrán menos capacidad de solicitar créditos y su ejército se debilitará, a menos que estén dispuestos a pagar impuestos mucho más elevados —lo cual parece improbable—. La hegemonía estadunidense concluirá tarde o temprano en este próximo medio siglo, y el final podría no ser muy grato.

Pero esto no necesariamente provocaría una crisis sistémica del capitalismo. Es poco probable que el sucesor de la hegemonía estadunidense sea otra potencia hegemónica única —ni China, ni India ni ningún otro Estado a nivel individual—. Aun cuando sus índices de crecimiento son estratosféricos, inevitablemente bajarán a niveles más normales una vez que alcancen la madurez en la industrialización y posindustrialización. También tendrán sus propias crisis que enfrentar. Ningún país será tan poderoso como lo ha sido en épocas recientes Estados Unidos. La sociedad se encontrará en aguas inexploradas, orientándose hacia una política de varios poderes y una canasta coordinada de divisas de reserva. Ésta ha sido la situación normal de las cosas en la historia de la humanidad y no ha sido tan malo para la economía mundial. Durante su primera mitad, el siglo XX fue acompañado por una guerra devastadora, pero actualmente cabría pensar que una guerra entre países es algo del pasado —especialmente ahora que los estadunidenses han perdido su entusiasmo por la guerra.

Mas la lista de países que apenas han logrado escapar refuerza la sensación de que el poder económico está cambiando del viejo Occidente a países en desarrollo más exitosos en el resto

del mundo, incluyendo a la mayor parte de Asia. El escenario más probable en el mediano plazo es que Estados Unidos, la Unión Europea y cuatro de los BRICS (Brasil, Rusia, India y China), compartan el poder económico pero conservando la paz mundial. Dado que las economías de los BRICS —especialmente las de Rusia y China— están más reguladas por el Estado que la mayoría de los países occidentales —sobre todo Estados Unidos— es probable que, en el mediano plazo, el capitalismo sea más estatista.

¿SE HAN AGOTADO LOS MERCADOS DE CAPITAL?

Aquí hago un cambio al largo plazo. Hasta ahora, me he mostrado escéptico respecto de la idea de que el capitalismo tiene "leyes de movimiento" generales que lo llevan sistemáticamente a crisis sistemáticas. He descrito que las crisis importantes pasadas y actuales son menos originales y sistémicas y más una cascada de diversas cadenas causales, tanto económicas como no económicas, que se acumulan inesperadamente, a veces de manera eventual. Hasta ahora las crisis, que han respondido a cambios en el poder geoeconómico y geopolítico, han afectado al mundo de manera desigual. Las crisis previas no indicaron debilidades del sistema-mundo, sino más bien cambios geográficos de poder dentro del capitalismo global y la geopolítica global.

No obstante, en este libro ni Immanuel Wallerstein ni Randall Collins se refieren a crisis previas o actuales al prever el posible fin del capitalismo en el mundo. Más bien identifican tendencias ancestrales del desarrollo capitalista, que consideran lo llevarán a sn perdición. Afirman que la capacidad del capitalismo de sostener las ganancias y el empleo tiene límites finitos. En primer lugar, citan los límites geográficos de los mercados del planeta y anotan que el crecimiento capitalista está abarcando poco a poco a todo el mundo. También observan que los capitalistas de los países avanzados resolvieron el problema de fases de crecimiento bajo exportando manufactura a sitios más baratos, con menor regulación laboral, que les ofrecen mayores

rendimientos. Esto es lo que algunos han llamado la solución espacial a la crisis capitalista. Los trabajos se desplazaron del norte del continente americano hacia el sur, después a Latinoamérica, a China, Vietnam, y el proceso continuará hacia África y Asia central. Collins se muestra especialmente preocupado por la exportación de trabajo intelectual de clase media a otros países del mundo. ¿Qué ocurrirá cuando todas estas regiones sean absorbidas y los mercados de capital del mundo se saturen?

Wallerstein sugiere que el proceso desde la entrada de una inversión importante a un país rural hasta la organización de los trabajadores que fuerce un alza de salarios y la salida del capital se lleva unos 30 años. De esta manera, cuando el mundo esté saturado, los costos de la mano de obra se elevarán en todas partes y las utilidades se reducirán. Pese a todo, los capitalistas intentarán reducir los salarios, aunque ahora tendrán que vérselas con una clase trabajadora organizada de manera global, que se opondrá, produciendo la crisis global del capitalismo. Me parece que aún falta mucho para este escenario. Únicamente una parte de las enormes poblaciones de India y China ha sido absorbida a una economía posindustrial mínimamente regulada, y abarcarla toda llevará más de 30 años. Aún más, el proceso no se ha iniciado en África ni en Asia central, y agotar estas regiones se llevará probablemente hasta el final del siglo XXI, sobre todo porque las proyecciones indican que el crecimiento poblacional continuará hasta casi el final del siglo, y será mucho mayor en los países más pobres.

Me resulta difícil comprender este modelo de un mundo en el que se alcancen los límites de los mercados económicos. Si ya no hay mano de obra barata por explotar, los capitalistas ya no derivarán ganancias exorbitantes de esta fuente, aunque la mayor productividad de la mano de obra y el incremento en la demanda en el consumo en países recién desarrollados podría compensar lo anterior y generar un capitalismo reformado a escala global, con más equidad y derechos sociales para todos. Esto no significaría el fin del capitalismo sino un mejor capitalismo, en el que el mundo entero disfrutaría del tipo de derechos que tenían los trabajadores de la segunda posguerra en Occidente. En ese periodo, la mayor parte de la riqueza de los

países avanzados se creó a través de la producción y el comercio entre ellos, no con el resto del mundo —excluyendo el petróleo—. La bonanza del periodo de posguerra se debió sobre todo a una elevada productividad y una economía con alta demanda de consumo en los propios países avanzados. No dependía principalmente de la mano de obra explotada del Sur. ¿Por qué no podría ocurrir esto en el futuro, pero para el mundo entero?

Aún más, los nuevos mercados no deberían estar restringidos por la geografía. También pueden crearse al cultivar nuevas necesidades. El capitalismo es experto en persuadir a las familias de que necesitan dos autos, casas cada vez más grandes, más y más aparatos electrónicos. ¿Quién iba a soñar esto hace cincuenta años? ¿Qué consumirán nuestros nietos dentro de cincuenta años? No podemos imaginar ahora las modas del consumo, aunque seguramente las habrá. Los mercados no están fijos en un territorio y aun si nuestro planeta está lleno pueden crearse nuevos mercados. Eso, desde luego, depende de lo que algunos han llamado la solución espacial, y es más o menos lo que Joseph Schumpeter llamó "destrucción creativa", que identificó como el corazón de la dinámica del capitalismo —los empresarios invierten en la innovación tecnológica, que da como resultado la creación de nuevas industrias y la destrucción de las antiguas—. La Gran Depresión en Estados Unidos fue causada, en parte, por el estancamiento de las principales industrias tradicionales y porque las nuevas industrias, aunque dinámicas, aún no eran lo bastante grandes para absorber el capital y la mano de obra excedentes en ese periodo. Eso se logró durante la segunda guerra mundial y la posguerra, que de pronto liberaron una gran demanda de consumo restringida por los sacrificios de la guerra.

Por consiguiente, la pregunta medular es si está ocurriendo, o es probable que ocurra en el corto plazo, otra solución espacial. Hay nuevas industrias dinámicas como las de microelectrónica y biotecnología, aunque el problema es que, hasta ahora, no tienen el tamaño suficiente para representar una solución satisfactoria, especialmente para el mercado laboral de Occidente, donde tienden a ser más intensivas en mano de obra que en capital. El deterioro de la industria manufacturera en buena parte de Occidente ha generado desempleo que las nuevas in-

dustrias no han podido reducir. Las innovaciones recientes en computación, internet y aparatos de comunicación no pueden compararse con ferrocarriles, generación eléctrica y automóviles en cuanto a su capacidad de generar utilidades y empleos. La "revolución verde" es la excepción reciente, ya que ha brindado una gran bonanza a la producción agrícola, sobre todo en los países más pobres. También ha sido importante la expansión de los sectores de salud y educación, que son más intensivos en mano de obra y la educación es más intelectual y de clase media. Es probable que continúe su expansión ya que la esperanza de vida, especialmente de los adultos mayores, y el credencialismo educativo continuarán creciendo.

Randall Collins es bastante persuasivo en su enumeración y rechazo de varios posibles escenarios en los que las sociedades podrían combatir el azote del creciente desempleo. No obstante, hoy ocurre lo contrario. La expansión económica en décadas recientes ha generado un crecimiento en el empleo global, mayor incluso que el considerable incremento de la población mundial. Entre 1950 y 2007, el empleo creció cerca de 40% más que la población. En los países pertenecientes a la OCDE, se registró el número más elevado de personas con trabajo, aun cuando el número absoluto de desempleados también creció, debido a que la población creció y una mayor proporción de ésta busca trabajo, incluidas más mujeres. La liberación de la mujeres en el mercado formal ha sido el mayor problema para el empleo en Occidente, aunque el índice global de desempleo permaneció bastante estable entre 1970 y 2007, en cerca de 6%. Aun cuando las estadísticas proporcionadas por la OIT sobre la Gran Recesión revelan que el empleo global ha seguido creciendo —si bien a un índice 50% menor que antes de la crisis y con una distribución desigual en el mundo—. Cayó en 2009 en las economías en desarrollo, incluyendo a la Unión Europea (-2.2%) y sus vecinos, así como en la exsoviética Comunidad de Estados Independientes (-0.9%), pero creció en las demás regiones del mundo. La razón empleo-población también cayó en los países avanzados y en el este de Asia aunque, en el resto del mundo, para 2010 esta razón había vuelto a los niveles de 2007. El desempleo sigue siendo hoy un pro-

blema de Occidente —y, en menor grado, de Japón— aunque no de carácter global.

La pérdida de Occidente es la ganancia del resto, y el mundo en general se beneficia. No obstante, el futuro de los mercados laborales en los países avanzados podría presentar escasez de mano de obra, no un alto desempleo. La expectativa de vida sigue creciendo y la tasa de nacimientos ha caído por debajo del nivel necesario para reproducir a la población. Europa, Japón y América del Norte necesitarán un buen número de inmigrantes para llenar el hueco. Dado que es probable que estas tendencias demográficas continúen en la medida en que los países se vuelvan más desarrollados, se prevé que la población general mundial comenzará a descender en la segunda mitad del siglo XXI. Por estas razones, el desempleo masivo no se concretará, precipitando el fin del capitalismo.

Como menciona Collins, no hay una razón necesaria por la que el capitalismo sea capaz de generar indefinidamente la suficiente creación que compense la destrucción. Sencillamente ha habido un largo periodo en lo que esto ha ocurrido. Pero igualmente, no hay una razón necesaria para que se termine la destrucción creativa. ¿Quién sabe qué necesidades creará el proceso de desarrollo? Más adelante sugiero otro sector creativo.

Pero supongamos que el pesimismo de mis colegas sea correcto. Esto derivaría en uno de dos futuros alternos, que me parecen más plausibles que el colapso del capitalismo. El primero es un escenario capitalista bastante pesimista, en el cual el empleo estructural permanece elevado y surge una sociedad "2/3 – 1/3". Dos tercios tienen educación, capacitación, empleo regular y les va muy bien, y un tercio está excluido de esta sociedad. Los pobres podrían recibir suficientes bienestar y caridad para evitar que se levanten o bien se les reprimiría. Serían una minoría, de manera que tendrían pocas expectativas de lograr una revolución exitosa. Es una posibilidad clara que los incluidos no simpaticen con los excluidos y que los consideren como inútiles desertores del sistema escolar, gorrones, vividores de la seguridad social, etc. En algunos países, las minorías étnicas o religiosas tendrían una gran representación entre los pobres, por lo que podría agregarse una reputación negativa a estos es-

tereotipos. Los excluidos podrían convertirse en una clase baja hereditaria, reforzando el abismo entre incluidos y excluidos. La mayoría de los incluidos votarían por mantener este abismo, mientras que muchos de los excluidos no votarían. El grado de asistencia social podría seguir difiriendo en Occidente, ya que países como Suecia y Alemania podrían seguir dispuestos a mantener a los pobres dentro de la sociedad dominante mientras que otros, como Estados Unidos, no. Podemos reconocer este escenario pesimista, que ya está presente en Estados Unidos, y los sociólogos han percibido su surgimiento también en Europa. Sería el fin de la clase trabajadora —mas no del capitalismo—. Produciría una estructura de clases asimétrica, como la que ha existido a través de casi toda la historia, con los capitalistas bien organizados y los trabajadores divididos y menos organizados. Las instituciones sociales sobreviven aun cuando no funcionen muy bien, a menos que surja una contraorganización entre los oprimidos.

Aún no ha surgido, y este escenario es especialmente aterrador para la izquierda —un capitalismo más explotador al que nadie cuestione—. Nunca en la historia la izquierda había sido tan débil como en la actualidad. Porto Alegre fue una fuerza significativa en el periodo durante el cual las protestas del Sur contra la opresión del Norte y Occidente se enraizaba en la explotación capitalista de Occidente. Pero el "Sur" también se está desarrollando y deja de ser un todo coherente. Esto es evidente en las recientes discusiones sobre el cambio climático, en las que China, India y Brasil han unido fuerzas con Occidente y Japón para retrasar las medidas que reduzcan las emisiones, frente a las objeciones de los países más pobres.

El segundo escenario alterno es más optimista. Concuerda con que los mercados capitalistas saturarán el planeta y tanto utilidades como índices de crecimiento caerán. Pero sugiere que esto se estabilizará en un capitalismo duradero de bajo crecimiento. Desde luego, esto no sería nuevo. El gran avance del capitalismo se dio en Gran Bretaña en los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, el índice de crecimiento del país uunca rebasó 2% en un año. El éxito de los británicos radicó en un crecimiento promedio un poco superior a 1% anual continuo durante largo

tiempo. En el siglo XX, empero, el ritmo se aceleró. En el periodo entre guerras, los países en desarrollo más exitosos —Japón, sus colonias y la Unión Soviética— alcanzaron niveles de crecimiento sin precedentes cercanos a 4%. Posteriormente, a finales del siglo XX, China e India —y ahora otros países— alcanzaron cerca de 8%. Si bien estos índices han durado más de dos décadas, inevitablemente se reducirán y entonces África y Asia central podrían tener un mejor desempeño. Pero aún falta mucho para que reduzcan su nivel al 1% del histórico éxito de Gran Bretaña. Tal vez los índices en Estados Unidos y Europa caigan más aceleradamente a este nivel, pero en la actual Gran Recesión, sólo unos cuantos países tuvieron índices de crecimiento negativos, y esto no duró más de uno o dos años. ¿Por qué un índice del 1% debería considerarse una crisis del capitalismo? ¿Por qué no podría el capitalismo continuar como un sistema global de crecimiento lento, lo que fue durante gran parte de su historia? El siglo XX, específicamente el periodo entre 1945 y 1970 en Occidente y el final del siglo en Oriente, podrían verse más bien como excepcionales. Este escenario de crecimiento lento también reduciría el papel de la especulación y el poder del capital financiero, lo que haría menos probable que se repitieran situaciones como la Gran Recesión, que actualmente tienen una gran probabilidad. Desde luego, será una gran noticia que las condiciones de la mano de obra mejoren en el mundo. Entonces toda la humanidad viviría en una economía de Estado estable, como ha ocurrido en Japón en los pasados veinte años. El futuro del capitalismo no sería tumultuoso, sino aburrido.

Si me viera obligado a elegir un escenario como el más probable para 2050 —y si nada ocurre de aquí a entonces— yo me iría por un capitalismo global de menor crecimiento con condiciones de mayor igualdad en el mundo, aunque con una clase baja con empleos ocasionales o desempleada, que represente entre 10 y 15% de la población nacional, una mezcla de los dos escenarios arriba expuestos y muy similar a los de los países industrializados en el siglo XIX. No predeciría revoluciones.

Hay un obstáculo más para el cambio revolucionario. Las alternativas revolucionarias comunista y fascista fueron un desastre y son las únicas que han surgido hasta la fecha. No se vislumbran

otras alternativas y casi nadie quiere repetir ésas. El socialismo, ya sea revolucionario o reformista, nunca había sido más débil. Los fundamentalismos en el cristianismo, el judaísmo, el hinduismo y el islam son las ideologías que prevalecen en el mundo y tienden a ocuparse de la salvación, tanto en el otro mundo como en el mundo material. Estas alternativas ideológicas mundanas del siglo XX fracasaron. En los países más pobres introducidos en la economía global, cabría esperar un surgimiento de movimientos socialistas o similares, aunque probablemente de tipo reformista. Las revoluciones sociales modernas casi nunca han ocurrido sin guerras importantes que desestabilicen y deslegitimicen a los regímenes en el poder. En las dos grandes revoluciones del siglo XX, en Rusia y China, las guerras mundiales —con otras causas ajenas a las crisis capitalistas— eran causas necesarias de revolución. Afortunadamente las guerras van perdiendo fuerza en el mundo —de hecho, únicamente Estados Unidos continúa haciendo guerras entre estados— y no hay movimientos revolucionarios anticapitalistas de ningún tamaño actualmente en el mundo. La revolución parece un escenario improbable, el fin está cerca para el socialismo revolucionario.

El futuro de la izquierda parece ser cuando mucho una socialdemocracia reformista o el liberalismo. Los empleados y trabajadores continuarán luchando ante las injusticias mundanas del empleo capitalista —seguridad en el trabajo, salarios, prestaciones, seguridad laboral, etc.— con el probable resultado de llegar a un acuerdo y una reforma. Los países en desarrollo probablemente lucharán por un capitalismo reformado y más igualitario, tal como lo hicieron los occidentales en la primera mitad del siglo XX. Algunos tendrán más éxito que otros, como ocurrió en Occidente. En la actualidad, China es el país que enfrenta los problemas más severos. La distribución de los beneficios de su fenomenal crecimiento son muy desiguales, lo que genera grandes movimientos de protesta. Ciertamente, la turbulencia revolucionaria es posible en ese país pero, de tener éxito, posiblemente derivará en más capitalismo y quizás en una democracia imperfecta, como sucedió en Rusia. Estados Unidos también enfrenta un reto importante, ya que su economía está sobrecargada por el gasto militar y la salud, la política es corrup-

ta y disfuncional y la ideología de los conservadores se ha vuelto contra la ciencia y la justicia social. Todo esto en medio del inevitable debilitamiento relativo y la creciente conciencia de que las afirmaciones estadunidenses de superioridad moral sobre el resto del mundo son huecas. Y esto parece una receta para un mayor deterioro.

¿SERÁ EL FINAL DEL MUNDO?

Todos los escenarios que esbocé hasta ahora podrían desviarse por otras dos crisis potenciales de mayores dimensiones incluso que las dos guerras mundiales. Ambas son absolutamente nuevas y podrían ser verdaderamente sistémicas y globales. No se limitarían a fronteras nacionales o microrregionales, ya que surgen de la atmósfera que todos respiramos.

La primera amenaza global es la militar, en la forma de una guerra nuclear, cuya severidad es completamente impredecible, ya que depende de una secuencia de acontecimientos, y cualquiera de ellos podría no ocurrir. Hasta ahora, sólo ha habido dos confrontaciones de poder, primero Estados Unidos —y sus aliados británicos y franceses— contra los soviéticos, después India contra Paquistán, flanqueada por una China más bien pasiva. En estos casos, la amenaza de una destrucción mutua segura ha sido obvia para ambas partes y la respuesta, después de un par de crisis a medias, ha sido evitar disciplinadamente la escalada. La disuasión nuclear ha funcionado.

No obstante, cuando más de dos potencias se involucran en conflictos de mayor complejidad, el resultado es más frágil. Fueron conflictos de varios poderes, en los cuales algunos no pudieron leer las intenciones de los otros, lo que generó las dos guerras mundiales. En Oriente medio, Israel tiene armas nucleares, Irán está cerca de la meta y eso podría provocar que las potencias vecinas se abocaran a tenerlas. Eso sería muy peligroso para Oriente medio, para sus vecinos, para gran parte de las reservas petroleras del mundo e incluso para el mundo entero. Estas carreras armamentistas poco tienen que ver con

el capitalismo. Si en efecto estallara una guerra nuclear, los sobrevivientes considerarían al capitalismo como un participante muy menor en el desastre. Tal vez pueda persuadirse a Irán de alejarse de las armas nucleares, tal vez Arabia Saudita, Iraq y Turquía no tomen represalias adquiriéndolas, y tal vez la razón humana pueda superar los peligros inherentes a varias potencias rivales armadas con armas nucleares. Pero otro escenario posible es que los terroristas roben armas nucleares. ¿Quién podría predecir el resultado si estos terroristas tienen la motivación de una meta fuera de este mundo? Esta ideología sí podría ser la más peligrosa.

La segunda crisis sistémica es, por el contrario, muy predecible, a menos que se tome acción para evadirla. El cambio climático es una realidad. El aire, el mar y la tierra se están calentando y se registran más fluctuaciones en la temperatura, sobre todo por la actividad humana. La amenaza es global, ya que las emisiones de gases de efecto invernadero en cualquier parte del mundo afectan a las personas de todo el mundo. Estas emisiones vienen aparejadas por otros escenarios desastrosos: escasez de alimento y de agua, derretimiento de la capa polar y la tundra, inundaciones provocadas por el mar, etc. Ya millones de personas mueren prematuramente como resultado del calentamiento global y la sobrevivencia de algunos países pobres se verá amenazada en veinte o treinta años a menos que las sociedades cambien radicalmente la dirección de su desarrollo.

Si la humanidad quiere actuar a tiempo para reducir sustancialmente las emisiones, debe hacer un cambio y una reforma radicales a las tres instituciones más exitosas del siglo pasado. La primera es el capitalismo, aunque sólo porque ahora es el modo de producción dominante en el mundo. El socialismo de Estado en su esplendor fue tan destructivo del ambiente como lo es actualmente el capitalismo. Como afirman los ambientalistas radicales, tenemos que sacar a la sociedad de la "rueda de molino de las ganancias". Esto significaría disciplinar a las empresas con medidas regulatorias severas aplicadas por un Estado que tiene "el mando y el control", o mediante impuestos a las compañías por el procesamiento de recursos, o con mecanismos de mercado como programas estrictos de "fijación de límites máximos

e intercambio de derechos de emisión", que les brindan a los capitalistas incentivos para invertir en industrias virtuosas que generen bajas emisiones de carbono.

Si estas políticas se llevan a cabo rigurosamente, el capitalismo podría sobrevivir, aun cuando esté mucho más regulado. Y debido a que no todas las industrias son grandes generadoras de emisiones, no necesariamente habrá oposición capitalista unida frente a estas políticas. Esto también podría significar otra fase de "destrucción creativa", en la cual tecnologías con menores emisiones generen utilidades y nuevos trabajos. Algunos empresarios ya están apostándole a ello y han cambiando sus inversiones a combustibles alternativos, para la conservación de bosques y humedales y otras novedades ambientales. De momento, las tecnologías energéticas alternas no han creado más trabajos netos en el mundo, pero esto podría cambiar si se convirtieran en la norma. Un informe reciente del Consenso de Copenhague sugiere que podrían crearse más trabajos netos en el sector de tecnología alternativa si se cumplieran varias condiciones: progresión acelerada de economías de escala, implementación global de políticas verdes y tal vez adopción de medidas proteccionistas, tales como aranceles o requisitos de carácter local. La política hacendaria también podría orientarse a la creación de empleos. Si se aplican impuestos al procesamiento total de recursos no renovables y no a otras empresas o a la mano de obra en general, como ocurre actualmente, ello alentaría la contratación de mano de obra. Ésta podría ser la siguiente ola de destrucción creativa y, ciertamente, podría destruir las industrias de combustibles fósiles.

No sólo es necesario frenar al capitalismo; también hay que poner freno a la rueda de la obsesión de los estados-nación por el crecimiento. Hoy todos miden su éxito por el crecimiento del PIB y esto incrementa la degradación ambiental. Lo anterior significa poner freno también a las élites políticas, quienes consideran que pueden mantenerse en el poder si impulsan el crecimiento de corto plazo durante su periodo de gestión. Un gobierno que promueva bajar las emisiones ciertamente reduciría el crecimiento en el corto plazo, con vistas a incrementarlo en el largo plazo, ya que la actitud actual de no hacer nada al res-

pecto resultará desastrosa para el planeta y sus habitantes. Pero, ¿quién vive en el largo plazo? No los políticos ni el electorado, ya que ambos grupos siguen viviendo en la época de la soberanía de los estados-nación, que fomenta la resistencia a cualquier recorte a su soberanía que provenga de extranjeros. Empero, la regulación tendría que ser internacional, con acuerdos intergubernamentales que limiten severamente la autonomía de cualquier Estado-nación de hacer lo que mejor le parezca a este respecto.

Tal vez el movimiento ambientalista logrará a la larga persuadir a los capitalistas, a las élites políticas y a los votantes de tomar en serio la reducción de emisiones. Probablemente la Unión Europea pueda ser pionera en superar la barrera de la soberanía, ya que lo ha logrado en otros ámbitos. Mas para que esto ocurra, tendríamos que poner freno también a la rueda del "consumo de los ciudadanos", que consiste en que la gente exija más y más crecimiento económico para poder consumir más, al considerarlo un derecho ciudadano. El ciudadano común tendrá que cambiar su estilo de vida para evitar el desastre, aunque éste le resulte abstracto y lejano... hasta que ocurra.

Los tres grandes triunfos de la modernidad —el capitalismo, el Estado-nación y los derechos de los ciudadanos— son responsables de la crisis ambiental. Estas cadenas causales emanan principalmente de la economía, aunque mediadas por relaciones de poder político; de hecho, el problema es mayor que simplemente el capitalismo. Estos tres triunfos deberán cuestionarse en aras de un futuro bastante abstracto, lo cual es mucho pedir y tal vez no se logre alcanzar. Si se tiene éxito, esto reforzaría las tendencias capitalistas hacia un menor crecimiento. Las restricciones involucrarían mucho más que la regulación política, a través de acuerdos internacionales y de gobiernos que actúen de manera conjunta. Lo anterior sería un nuevo tipo de giro polanyiano de los mercados a los estados, no exactamente socialistas sino a una nueva forma de colectivismo supraestatal que regule el mercado. Las posibilidades actuales de que esto ocurra son escasas. Estados Unidos no sólo no está dispuesto a iniciar alguna de estas tres luchas, ni siquiera firma los tratados sobre emisiones menos importantes. China sí se ha comprometido a través de tratados

a reducir las emisiones y los líderes del partido tienen el poder de ponerlos en práctica, pero sus esfuerzos son rebasados por el ritmo de la industrialización en el país, tal como ocurre en India y otros países que han alcanzado una industrialización exitosa. Yo predeciría que se tomarán pocas medidas para mitigar las emisiones en tanto los impactos tangibles del cambio climático no azoten con fuerza al mundo en algún punto de mediados del siglo XXI.

Las cosas están en un punto crítico desde la perspectiva ambiental. Tal vez ocurra un gran avance tecnológico. Ni la energía solar ni la eólica ofrecen esto actualmente, pero los experimentos con fusión fría o baterías solares radicalmente distintas, o con energía solar concentrada utilizando sal derretida podrían a la larga dar resultados —aunque, desde luego, no el "carbón limpio", que es sólo una pantalla de humo puesta en marcha por esa industria. Probablemente los movimientos verdes logren mover a las masas del mundo entero para que persuadan a los políticos de que definan más políticas verdes; o que los capitalistas de industrias que generan bajas emisiones representen un contrapeso importante a las altamente contaminantes; o que empresarios y científicos inicien conjuntamente otra fase de destrucción creativa centrada en nuevas tecnologías verdes. Por el momento, no se vislumbra ninguna de estas posibilidades aunque, desde luego, si se diera una crisis global del capitalismo de manera permanente, y la producción mundial cayera, entonces —y después de un retraso en el que las emisiones que calientan la atmósfera sigan creciendo— éstas dejarán de crecer e incluso comenzarán a descender. Por el contrario, si se logra frenar a los capitalistas, a los estados-nación y a los ciudadanos, el crecimiento del PIB decaerá gracias a un consenso global y todos estarán felices con un crecimiento de casi cero. No hay mal que por bien no venga.

Mas si no se toman acciones a tiempo, y el desastre climático comienza a hacer estragos, el escenario optimista sería que, en ese punto, los gobiernos del mundo tomaran acción coordinada para imponer restricciones severas al capitalismo, a los gobiernos y a los ciudadanos. Y, si esto no ocurriera, se prevén escenarios desastrosos: que gobiernos relativamente favorecidos, los

ricos en el Norte del mundo, construyan barreras de "capitalismo aislacionista", "socialismo aislacionista" o "ecofascismo" para protegerse del resto del mundo; hambrunas de masas de refugiados; guerras por recursos (aunque probablemente no entre potencias nucleares). Al margen de que nuestros sucesores llamen a estos gobiernos "capitalistas", "socialistas", "fascistas" o por cualquier otro nombre, su carácter definitorio sería, en última instancia, la maldad. Desde luego, es imposible predecir lo que los seres humanos harían si se vieran enfrentados a semejante amenaza.

CONCLUSIÓN: EL FIN PODRÍA O NO ESTAR CERCA

He presentado un modelo de posibles escenarios alternos que me parecen los más cercanos a la posibilidad de predecir el futuro. Espero, antes que nada, haber demostrado que la sociedad y el capitalismo modernos no son sistemas. Tienen la influencia de múltiples redes de poder que se traslapan, cada una con sus cadenas causales específicas, entre las que destacan la ideológica, la económica, la militar y la política. En sns posibles interacciones en el futuro, algunas cosas resultan más claras que otras. En primera instancia, Estados Unidos está perdiendo su posición hegemónica en el mundo —ni siquiera su enorme poder militar parece alcanzar las metas de interés nacional—. Esto se ve inevitable: el final de la hegemonía está cerca. En realidad, el poder de Estados Unidos podría hundirse aún más si la cascada de sus diversas debilidades actuales respecto de las cuatro fuentes de poder social no se remedian. Segundo, la Unión Europea se encuentra en una posición comparablemente amenazada, aunque sus actuales dificultades económicas se han exacerbado sobre todo por una sola debilidad política: el euro sin sustento. Para Europa, casi todo depende de solucionar este problema, más político e ideológico que económico. Tercero, el poder en la economía global continuará cambiando de Occidente a regiones más exitosas del resto del mundo, lo que supondrá más regulación política del capitalismo. Todo esto es muy claro.

Otros escenarios son más opacos. Si, de acuerdo con Schumpeter, consideramos el capitalismo como una "destrucción creativa", la creación podría caer en el ámbito del resto del mundo en desarrollo, y la destrucción en Occidente. Esto parece menos probable que un regreso a las redes de poderes múltiples de épocas anteriores, esta vez organizados globalmente. Pero las fuerzas que surjan desde la economía probablemente no llevarán a la crisis global del capitalismo. Lo más probable es que el crecimiento económico global se desacelerará una vez que se alcance una distribución de poder más equitativa en el mundo —un cambio hacia una economía capitalista estable, próspera pero de poco crecimiento—. Lo anterior sería una perspectiva bastante favorable para el mundo, salvo que podría incluir a una minoría "excluida" de entre 10 y 20% de la población.

No obstante, todo lo anterior podría salirse de rumbo por cualesquiera de dos terribles crisis globales: guerra nuclear o una escalada del cambio climático. La primera como resultado de una cadena causal que provenga desde afuera del capitalismo y la segunda una cadena causal más grande que el capitalismo. Cualquiera de ellas podría llevar al fin, no sólo del capitalismo sino de la humanidad. Los insectos heredarían la tierra aunque, en última instancia, nada es para siempre y lo importante son las decisiones políticas. En principio, la humanidad es libre de elegir entre un mejor o un peor escenario, por lo que el futuro es impredecible. A veces actuamos racionalmente, aunque por lo general frente a horizontes de corto plazo, y a veces actuamos emocionalmente, ideológicamente e irracionalmente. Es por ello por lo que, en última instancia, no podemos predecir el futuro del capitalismo ni del mundo.

4. ¿QUÉ FUE EL COMUNISMO?

GEORGI DERLUGUIAN
New York University

Son obvias las razones para hablar de los estados comunistas en un libro donde se debate el posible fin de los mercados capitalistas. Ante esta posibilidad, aún son muchos los que de inmediato ven el comunismo como la primera opción, acompañado de las horrendas imágenes de interminables chimeneas, escasez, cultos a la personalidad y purgas. También hay razones menos obvias. El colapso del bloque soviético se consideró algo obligado una vez que ocurrió, porque ya para entonces prácticamente todos calificaban al comunismo como un sistema ineficiente y opresivo. No obstante, en los decenios de 1950 y 1960, las opiniones se dividían entre admiración y temor ante la extraordinaria proeza militar y científica de la URSS e incluso muchos expertos consideraban que se habían resuelto los problemas de nacionalidad. Durante los emocionantes primeros años de la Perestroika de Gorbachov, en los años ochenta, también hubo muchos, tanto de Oriente como de Occidente, que se apresuraron a creer en la bondad humanitaria que surgía de Moscú. Hoy el milagro del mercado chino se considera el mayor éxito del capitalismo y la esperanza del futuro, y se pasa por alto la extraña situación de que muchos empresarios chinos aún portan sus tarjetas del partido, lo cual pone en duda el frecuente cliché de que el comunismo se colapsó.

Sin duda, la Unión Soviética se colapsó y, hacia el final, se convirtió en una avanzada sociedad industrial gobernada esencialmente por una oligarquía corporativa. Tal vez esto nos permita colocar en un terreno más empírico la cuestión de cómo sería la caída del avanzado capitalismo occidental. Específicamente, ¿sería posible que una hipotética revolución anticapitalista siguiera el patrón clásico de 1917 o más bien se parecería a las movilizaciones cívicas de 1989? Lo anterior nos lleva al motivo

para incluir a la Unión Soviética en este libro. Dos de sus autores, Immanuel Wallerstein y Randall Collins, quienes predicen el final del capitalismo, anunciaron allá en el decenio de 1970, y desde distintas teorías, el ocaso del comunismo en Rusia.

Y he aquí mi confesión: en 1987 la delegación de la *residentura* de la KGB en nuestra embajada de la República Popular de Mozambique no me autorizaba a conocer al ciudadano estadunidense Immanuel Wallerstein. Esperar bajo la enorme jacaranda afuera del Hotel Polana de Maputo era como entrar en una novela de espionaje de Graham Greene: un joven oficial soviético que se reunía en secreto con un famoso académico occidental en un país africano desgarrado por un conflicto derivado de la guerra fría. La curiosidad intelectual que me embarcaba en esta loca aventura podría ser apreciada tal vez sólo por aquellos que conocían la emoción de tocar un libro prohibido. Los censores soviéticos consideraban la teoría neomarxista de Wallerstein como una herejía. Al percibir mi ansiedad, Wallerstein me dijo con gran amabilidad: "Relájese, su generación de soviéticos pronto viajará libremente por el mundo, aunque no estoy tan seguro de que esto los haga más felices". Ante mi mirada incrédula, agregó con una sonrisa: "¿Qué lo hace suponer que habrá un gran desfile militar en la Plaza Roja de Moscú, digamos sin exagerar, el 7 de noviembre de 2017 para celebrar el centenario de un acontecimiento que para entonces no sabrán ni cómo llamar?" En ese momento, la palabra que cruzó mi mente ante semejante profecía fue un equivalente ruso bastante burdo de "descabellado".

Descabellada fue también la primera reacción de la audiencia que asistía al venerable Instituto Ruso de la Universidad de Columbia tras la presentación hecha por Randall Collins en la primavera de 1980. El sociólogo extranjero le explicó calmadamente a la audiencia de sovietólogos que, de acuerdo con su modelo matemático, el oscuro objeto de sus intereses profesionales desaparecería en el transcurso de su vida. Estados Unidos seguía aún tambaleándose tras la guerra de Vietnam, la estanflación económica y la crisis de los rehenes en Irán. Ronald Reagan se encontraba en campaña por la presidencia sobre la plataforma de que Estados Unidos mostraba un peligroso rezago con rela-

ción a la Unión Soviética en armamento nuclear y se volvía imperativa una acumulación masiva de armamento para contener la amenaza comunista en el mundo entero. Y aquí tenían a Randall Collins, hijo de un diplomático estadunidense, sugiriendo el desarme nuclear y la continuación de la *détente.* Tan benigna recomendación, no obstante, no provenía únicamente de un idealismo pacifista, sino de la teoría geopolítica presentada por Max Weber.[1]

Conforme al modelo weberiano diseñado por Randall Collins, la URSS resultaba sorprendentemente deficiente en los cinco parámetros de poder geopolítico. Lo que aún faltaba por conocer era qué patrón seguiría su declive. En contraste con el estado de ánimo contemporáneo, el modelo indicaba que, durante el decenio de 1980, Estados Unidos no enfrentaba aún el debilitamiento geopolítico. Por consiguiente, la única y más elevada prioridad para el mundo y la seguridad estadunidense era evitar una guerra nuclear con los decrépitos soviéticos. Los antecedentes históricos de varios imperios sugerían que la desintegración de la sobreextensión geopolítica ocurría siempre de manera inesperada tras un periodo de confrontación que reducía gradualmente el número de beligerantes a sólo dos grandes rivales y sus satélites. En ese momento, el imperio más débil desde el punto de vista estructural desaparecería, ya fuera por un estallido de descontento interno dirigido por gobernadores separatistas y militares cansados, o en una guerra decisiva de niveles de crueldad sin precedentes, como Roma contra Cartago.

Con toda justicia, los sovietólogos tenían sus razones para sentirse escandalizados. Collins basaba su evidencia empírica en los atlas históricos de imperios antiguos y medievales y la teoría geopolítica poco podía decir sobre los acontecimientos recientes en Polonia, Nicaragua, Afganistán o la salud de Brezhnev. Aún más, las predicciones del colapso soviético mencionaban

[1] Este episodio se narra en Randall Collins, "Prediction in Macrosociology: The Case of the Soviet Collapse", *American Journal of Sociology,* vol. 100, núm. 6, mayo de 1995, pp. 1552-93. La predicción original del colapso soviético fue publicada por Randall Collins en 1978 en el artículo "Long-Term Social Change and the Territorial Power of States", *Research in Social Movements, Conflict, and Change,* núm. 1, pp. 1 -34.

fechas sumamente vagas, algún momento en las siguientes décadas. Las predicciones macrosociológicas suelen ser muy generales y pueden identificar únicamente la dirección del cambio estructural, con una estimación de su paso. Era poco probable que alguien pudiera ser más preciso en un plazo tan largo. De hecho, las predicciones de la sovietología resultaron bastante más deficientes incluso en el corto plazo.

¿De qué manera se relacionan las antiguas predicciones de Collins y Wallerstein con lo que hoy sabemos sobre la trayectoria soviética? El presente debate sobre las perspectivas del capitalismo exige claridad con relación a lo que de hecho era la alternativa comunista. No obstante, nuestro objeto está envuelto en la polémica ideológica, por lo que sugiero que la manera más significativa de explicar el surgimiento y la desaparición del comunismo es ubicándolo en una perspectiva macrohistórica amplia.

LA PLATAFORMA GEOPOLÍTICA RUSA

La llegada del comunismo, que se erigió sobre las ruinas del Imperio ruso, fue una contingencia histórica poco probable. Fue, no obstante, tan improbable como el surgimiento original del capitalismo en Occidente o, para el caso, cualquier mutación importante en la organización del poder social. Esto no significa que la revolución bolchevique fuera un acontecimiento extraño. Las contingencias históricas suelen ser la realización de las oportunidades estructurales aún no evidentes que surgen en momentos de crisis, cuando se derrumban las limitantes anteriores. La creatividad y la energía visionaria —al igual que la ceguera ante la oportunidad y el fracaso del liderazgo— son resultados de la acción humana a partir de las posibilidades y limitaciones estructurales que surgen. Todos consideran las opciones poco probables excepto, desde luego, aquellos que a posteriori serán proclamados visionarios. Lo que estos visionarios hicieron en realidad fue descubrir nuevas posibilidades en el curso de la acción y, por consiguiente, convirtieron esa posibilidad en una realidad. No todas las posibilidades, empero, se

vuelven realidad. La Revolución bolchevique de 1917 cerró la pequeña posibilidad de que Rusia se convirtiera en una democracia liberal. También cerró la aún mayor posibilidad de que, en ese momento, Rusia adoptara el fascismo. Lenin y su pequeño grupo de camaradas obviamente tuvieron un papel destacado en el cambio de trayectoria de Rusia y el mundo entero a partir de 1917. Pero la causalidad también opera en el sentido opuesto. No importaba tanto que los revolucionarios comunistas se apoderaran de un país como Rusia en vez de, digamos, Italia, México o incluso China.

Para poder apreciar la plataforma geopolítica y económica llamada Rusia debemos regresar en la historia a los puntos nodales que conformaron al Imperio ruso. El primero de estos puntos se encuentra en los albores de la era modera, entre 1500 o 1550. Si consultáramos a los expertos en política contemporáneos, sin duda coincidirían en el espectacular surgimiento de nuevos imperios a través de la enorme extensión territorial entre los océanos Pacífico y Atlántico. Estos expertos imaginados difícilmente mencionarían la Reforma protestante en la alejada región noroccidental de Eurasia, tal vez ni siquiera el reciente descubrimiento del continente americano. La China de la dinastía Ming sin duda era el gigante mundial de la manufactura y la demografía. Poco después de 1500, los mongoles impusieron su dominio imperial en la fragmentada India, al tiempo que los safavíes iban en ascenso en Irán, los turcos otomanos reclamaban a la fuerza la herencia del Imperio romano de Oriente, en tanto que los Habsburgo españoles ya se perfilaban como los fundadores del Imperio católico en Occidente. Para casi todos, la terrible Edad Media llegaba a su fin. Los extensos imperios aseguraban el renovado orden y la prosperidad, fortalecidos por una gama de innovaciones importantes: técnicas agrarias y artesanales más eficientes, un sistema tributario burocrático, religiones conservadoras oficiales y, no menos importante, el nuevo armamento.

Rusia se encontraba muy distante de este panorama lo cual, empero, comprobó ser una ventaja en cierto sentido. El joven Imperio de los zares estaba protegido de sus rivales más poderosos al oeste y al sur, los germanos y turcos, por su distancia geo-

gráfica. Entre tanto, las armas de fuego revirtieron el desequilibrio permanente entre las hordas nómadas y las sedentarias sociedades agrícolas. Proteger de los tártaros a los campesinos eslavos que habitaban las inmensas y fértiles tierras de las estepas le brindó a la Rusia del siglo XVI un incremento importante de mano de obra y tributos. Desde esta perspectiva, la expansión rusa sólo podía compararse con la de España. Los cosacos, soldados armados que protegían las fronteras seguidos por tropas regulares, atravesaban las estepas en dirección opuesta a los antiguos invasores nómadas. Pronto, Rusia tenía ya frontera con China.

No resulta sorprendente que, en el siglo XVI, Rusia se convirtiera en un Imperio, al igual que los imperios bélicos de su generación; lo que sí resulta sorprendente es que, en 1900, Rusia aún siguiera siendo una gran potencia en expansión. A fin de cuentas, ni China ni India ni Irán, ni siquiera Turquía o España habían logrado conservar su condición privilegiada para ese entonces. La razón de este desmembramiento masivo del resto obviamente se relacionaba con lo que ocurrió en Occidente durante los siglos previos. La impresionante lucha de España por la restauración del catolicismo del Imperio romano de Occidente se enfrentaba a la resistencia colectiva de reinos menores, principados, cantones independientes y ligas mercantiles en el noroeste de Europa. Si la monarquía de los Habsburgo hubiera aplastado esta resistencia, la Reforma protestante habría pasado a la historia como una herejía más, y los príncipes y mercaderes enemigos de los Habsburgo serían considerados sediciosos señores feudales y piratas. Pero el curso real de los acontecimientos le permitió a la alianza capitalista de los estados protestantes y las redes de comerciantes cosmopolitas alcanzar un *impasse* perfectamente armonioso. Fue este *impasse* militar e ideológico, más que el protestantismo en sí, lo que aseguró la sobrevivencia de los primeros estados capitalistas como los Países Bajos e Inglaterra.

Pedro el Grande lanzó una reforma absolutista en Rusia apenas un par de generaciones después del surgimiento del capitalismo en Occidente. El increíble zar Pedro quien, bajo un disfraz, trabajó como aprendiz de carpintero en los astilleros de Ámsterdam y probablemente conoció a Isaac Newton en Lon-

dres, estaba decidido a aprender de los mejores. Los Países Bajos fueron siempre el primero y gran amor de Pedro. Para apreciar el poder de este ejemplo hegemónico, cabría observar que la bandera rusa es una bandera holandesa ligeramente modificada, y los canales de Sankt Pietersburg (la grafía original holandesa) representan la ferviente creencia de Pedro de que cualquier capital moderna debe tener canales como los de Ámsterdam.

Diversos estadistas contemporáneos intentaron, a imitación de Rusia, llevar a cabo reformas similares: en Portugal, las del marqués de Pombal, las del emperador José en Austria e, incluso, las de Alexander Hamilton en Estados Unidos. El grado de éxito decrecía en relación con la lejanía del centro occidental. India, China e Irán fracasaron rotundamente y cayeron en la dependencia extranjera. La orgullosamente libertaria y aristocrática Polonia-Lituania, alguna vez el país más grande de Europa, desapareció y fue fragmentado. La gloriosa caballería de los *szlachta* feudales pereció en la nueva época en que las guerras eran ganadas por armadas mucho más costosas, ejércitos de a pie y artillerías. España fue perdiendo sus posesiones imperiales y cayó en el aislamiento, marginada por los Pirineos. Los turcos otomanos recuperaron fuerzas para realizar sus reformas *tanzimat* un siglo después de la Rusia de Pedro, pero ya era demasiado tarde para disipar la reputación de Turquía como la "pobre enferma" de Europa. El impresionante Muhammad Ali de Albania, el jefe militar de Egipto que en los decenios de 1810 a 1840 comenzó a construir su propia armada y fundiciones para producir armas, y fue el fundador de la burocracia moderna, se acerca al ejemplo de Pedro el Grande. Mas el modernizador absolutista de Egipto pronto fue detenido por los británicos, decididos a impedir el surgimiento de un poder regional en Medio Oriente, justamente donde proyectaba abrir la ruta de Suez hacia la India.

Entre los estados no occidentales, únicamente Japón, durante la Restauración Meiji posterior a 1868, logró convertirse en una fuerza importante en la geopolítica militar e industrial de la época. Esta extraña pareja, la Rusia de Pedro en un siglo y el Japón Meiji en otro, posiblemente sugiere una clave. Ambas excepciones, tan diferentes, compartían la dualidad ideológica de un enorme orgullo nacional con una profunda inseguridad,

provocada por humillantes confrontaciones sufridas a manos de las fuerzas occidentales en el pasado reciente. Esta percepción dualista de su lugar en el mundo podría representar una condición favorecedora, aunque insuficiente, porque era única de Japón y Rusia. Los asediados imperios fortalecieron su capacidad institucional y financiera para enfrentar su angustiado sentido de atraso y vulnerabilidad. Su relativa situación de aislamiento del comercio internacional y las presiones militares les permitieron hacerse de los recursos autónomos y el espacio para construir estas capacidades e involucrarse en la carrera armamentista contemporánea. No obstante, los enormes costos de la modernización imperial recaían principalmente en los campesinos, quienes debían aportar a sus estados más impuestos, mano de obra para proyectos del gobierno y reclutas para su ejército. No bastaba con coaccionar a los campesinos. Los reformadores absolutistas también tenían que disciplinar, reeducar, compensar e inspirar a sus propias élites integrándolas en masa al servicio del Estado como oficiales del ejército y burócratas.

Este patrón desarrollista se sustentaba en la intensiva centralización de la coacción y la expansión territorial que aportaba nuevos recursos, poblaciones subyugadas y glorias imperiales. La teoría común de las economías neoclásicas afirma que el constitucionalismo anglosajón y la empresa privada con derechos garantizados abrieron el camino hacia la modernidad. Pero obviamente había otra manera de permanecer en la carrera entre los principales estados contemporáneos. La estrategia coercitiva compensaba la relativa escasez de recursos capitalistas al convertir al propio Estado en su principal empresario y promover por decreto la industria y las instituciones modernas. No sorprende, pues, que los modernizadores japoneses y rusos que buscaban emular las ventajas occidentales prefirieran los ejemplos germanos. Desde la época de Pedro y Catalina la Grande, el Imperio ruso había importado decenas de aristócratas y artesanos alemanes subempleados para impulsar el desarrollo. Se trataba de una plataforma geopolítica peculiar de la que los bolcheviques se apropiaron en 1917.

SOCIALISMO FORTIFICADO

Nadie en 1917 consideró que la Revolución rusa fuera un acontecimiento inesperado. De tiempo atrás, la nobleza rusa había padecido el espectro de los levantamientos de los siervos, decididos a vengarse de sus condiciones de virtual esclavitud. Desde los levantamientos europeos de 1848, ya se esperaba una revolución moderna. La represión de las huelgas de trabajadores industriales por los ejércitos cosacos alentaron este temor/esperanza. No menos significativo fue el crecimiento de la famosa inteliguentsia modernista, la clase media de especialistas educados que se sentían asfixiados por la antigua burocracia aristocrática y el atraso generalizado de su país. Los intelectuales se consideraban la fuerza que encabezaba una renovación trascendental. Este sentido de elevada misión se tradujo en una avalancha de estrategias subversivas: desde crear una literatura de primer orden hasta el activismo voluntario y el lanzamiento de bombas a los opresores.

Pese a ello, el Imperio lograba mantenerse con grandes dificultades e incluso registró un crecimiento industrial impresionante derivado de casi medio siglo de no perder una guerra, un detonante típico de las revoluciones. Pero el momento crítico —al igual que en otras muchas revoluciones— llegó con las vergonzosas derrotas militares, con su alto costo económico y moral, en 1905 y 1917. Los soldados se rebelaron contra sus comandantes y la policía se desintegró. El colapso de la coerción estatal liberó el largamente reprimido espectro de la rebelión: furiosas revueltas campesinas en las zonas rurales, obreros militantes ahora armados en las grandes urbes e intelectuales entusiasmados que creaban diversos partidos políticos y movimientos nacionalistas que pronto se convirtieron en gobiernos independientes en las provincias étnicas no rusas.

No sorprende que los bolcheviques tomaran el poder en medio de la debacle del orden público. Lo que resulta verdaderamente sorprendente es que continuaran en el poder años más tarde. ¿Cómo lo lograron? Antes de 1917, los bolcheviques representaban una pequeña corriente de intelectuales insurrectos. A raíz de las condiciones de ilegalidad y persecución, se generó

entre ellos una estricta disciplina interna, espíritu de conspiración y vigilancia frente a la presencia permanente de espías de la policía. A diferencia de sus homólogos chinos, los bolcheviques no eran una guerrilla y prácticamente carecían de presencia fuera de las grandes urbes. A esto se debía su visión prejuiciada de los campesinos, a quienes consideraban una masa de gente sin educación a la que había que llevar a un mejor futuro. Y, desde luego, la casi religiosa devoción de los bolcheviques a la causa siguió la escatológica visión de Karl Marx. No obstante, el marxismo tenía un lado poderosamente científico, lo cual los convertía en una especie peculiar y racionalista de visionarios ideológicos enamorados de la ciencia y la industria modernas.

Desde un principio, estos revolucionarios marxistas anticapitalistas y antimperialistas se prepararon para arrancarles las armas a sus enemigos: una organización militar germana, planeación industrial del Estado y líneas de producción estilo Henry Ford.

Desde el inicio, el partido bolchevique en el poder creó su propia policía secreta, la infame CheKa, que absorbió a decenas de terroristas revolucionarios, garantizando el monopolio político interno del incipiente Estado. A continuación, el Partido creó su propio Ejército Rojo. La creación de un ejército en medio de la guerra civil y la intervención militar extranjera logró más que salvaguardar al Estado bolchevique; esencialmente se convirtió en el Estado bolchevique. El fogoso y disciplinado partido de las armas también comprobó ser muy adaptable para organizar todo tipo de apoyo y estímulo moral: lograron echar a andar las industrias destruidas, requisaron comida a los campesinos pero también, con el impulso propio de intelectuales ilustrados, abrieron museos, teatros, cursos de alfabetización y universidades.

Un aspecto medular para la construcción del Estado bolchevique, sin embargo, no tenía antecedentes en un imperio políglota: las repúblicas nacionalistas que constituyeron la Unión Soviética. La guerra civil, en la que había tantos bandos, se ganó al forjar alianzas políticas y militares a través de las fronteras de nacionalidad, raza y religión. En un episodio crítico ocurrido en 1919, el contrarrevolucionario Ejército Blanco del general An-

ton Denikin fue derrotado por la retaguardia por soldados musulmanes chechenos, quienes se habían aliado con los bolcheviques, convencidos de que el marxismo era una forma de yihad. Tal vez los rebeldes musulmanes del Cáucaso podrían parecer políticamente ingenuos, pero los bolcheviques estaban seriamente comprometidos con el desarrollo de la periferia no rusa, aunque en sus propios términos. La policía nacional leninista institucionalizó las repúblicas nacionales, en las que los cuadros nativos tendrían la preferencia de la promoción y los recursos necesarios para construir las instituciones de las culturas étnicas modernas: las mismas escuelas y universidades, museos, estudios cinematográficos, ópera y ballet, aunque específicamente dirigidos a los nacionales no rusos.

La victoria bolchevique en la guerra civil no puede reducirse a la creación de un orden de Estado a partir del caos, aunque esto fue en sí un logro sobresaliente. Más bien la lección fue la formación de estructuras de control amplias, que dirigían la energía emocional de los millones tocados por la revolución. Estas masas de hombres y mujeres jóvenes de pronto veían ampliarse considerablemente sus horizontes de vida gracias a la educación técnica y las promociones disponibles en las nuevas instituciones soviéticas. Las oportunidades de movilidad social crecieron de manera exponencial cuando se inició la frenética construcción masiva de nuevas industrias y ciudades a principios del decenio de 1930. Pese a la brutal austeridad cotidiana, el terror político y la inhumana carga de trabajo, la industrialización y la segunda guerra mundial también propiciaron una base masiva de votantes integrada por patrióticos ciudadanos soviéticos, quienes ahora tenían asegurada una nueva identidad y estilo de vida, generados por un gigantesco Estado modernista. La demolición de las antiguas comunidades, iglesias y familias patriarcales extendidas liberó a millones de jóvenes, hombres y mujeres, quienes se integraron a una sociedad moderna mucho mas amplia. En una escala totalmente diferente, el efecto era similar a la occidentalización que emprendiera Pedro el Grande en el siglo XVIII —tan celebrada en novelas y películas soviéticas. El absolutismo de Pedro logró éxito en su propia época al multiplicar las filas de la nobleza y dotar a la nueva élite con amplias oportunidades

de servicio, confianza ideológica y un estilo de vida occidental. En la era soviética, los hijos de campesinos, tanto rusos como de grupos étnicos no rusos, podían aprender a operar maquinaria moderna, mudarse a departamentos construidos por el Estado con agua corriente y electricidad, adquirir nuevos relojes y radios de fabricación soviética, comer en los comedores del centro de trabajo perros calientes elaborados industrialmente, chícharos en lata, ensalada con mayonesa y helado —originalmente una importación de Estados Unidos que pronto se convirtió en algo propio y muy estimado—. La industrialización dirigida por el Estado creaba una economía permanentemente sobrecalentada, de escasez constante, incluyendo la falta de mano de obra calificada. En efecto, la Unión Soviética se convirtió en una fábrica gigantesca y, por consiguiente, debía volverse también una enorme ciudad-compañía, donde el Estado era el único empleador que brindaba bienestar social de la cuna a la tumba.

A la cabeza de las transformaciones se encontraban los cuadros del partido, elegidos de entre listas especiales denominadas *nomenklatura*. Con el tiempo, esta palabra se convertiría en un término peyorativo para los apáticos burócratas. No obstante, las primeras generaciones constaban de comisarios jóvenes endurecidos por las batallas y gerentes al vapor imbuidos de un carisma revolucionario y un espíritu de "todo es posible". Consideraban que la increíble fortuna histórica —y el genio de Lenin— los había impulsado a la vanguardia del progreso de la humanidad. Perder su poder político incluso temporalmente, por ejemplo con una democracia electoral, era tanto como traicionar la marcha de la historia. Muchos comentaristas e historiadores consideraban imposible reconciliar sobre bases morales las atrocidades revolucionarias de los bolcheviques y su entusiasmo ilustrado. Ambos aspectos del comunismo son hechos incontrovertibles; y es esa contradicción lo que resulta una ilusión ideológica. La Revolución rusa impuso a una capa bastante delgada de intelectuales radicales en un país enorme, predominantemente de campesinos. Estos activistas del cambio trascendental creían ardientemente en la electricidad y el progreso universal, pero también confiaban en las codiciadas pistolas y en el visionario y victorioso partido, lo cual habían aprendido en la reciente

guerra civil. En síntesis, los revolucionarios rusos ganaron sus batallas al convertirse en una burocracia carismática sin precedentes. Estos desarrollistas militantes fusionaron las instituciones ideológicas, políticas, militares y económicas del siglo XX en una sola estructura dictatorial. Su punto culminante equivalía a un elevado pedestal.

La personalidad de Stalin era quizá tan retorcida como su sorprendente trayectoria, similar a la de un cristiano de las catacumbas devenido gran inquisidor y, posteriormente, papa renacentista. Pese a ello, la personalidad no explica los cultos al líder y las purgas en muchas situaciones en las que Stalin no podía ser el culpable directo, como fue el caso de la Yugoslavia de Tito, la China maoísta y Cuba. Consideremos también, para el caso, la campaña *glasnost* de Gorbachov que, entre 1985 y 1989 le costó el trabajo y, en muchos casos, la vida a casi dos tercios de la *nomenklatura* de la época de Brezhnev. Desde la perspectiva de las víctimas burocráticas, la democratización dictada desde Moscú significaba otra purga atroz. Darse cuenta de ello, como veremos, explica en gran medida la desesperada defensiva y las reacciones destructivas de la *nomenklatura* soviética que provocarían la ruina del Estado después de 1989. Todos los grandes líderes/villanos comunistas desataban periódicamente campañas de denuncia política debido a que no disponían de mecanismos de control menos burdos. Al suprimir la organización no oficial y la información, el líder supremo permanecía esencialmente ciego a lo que ocurría frente a sus narices, siempre sospechando que sus órdenes no se cumplían cabalmente.

Esta horrenda característica de los regímenes leninistas no tenía relación directa con la cultura rusa, la cultura china ni con cultura nacional alguna. Ciertamente habría horrorizado a Karl Marx, incluso al propio Lenin. El problema, empero, estaba arraigado en los orígenes geopolíticos de los estados comunistas —y, cabría agregar, en sus emuladores no marxistas en todo el tercer mundo—. Estos estados revolucionarios nacieron a base de confrontaciones mortales y grandes líderes surgieron en su cúpula porque las extraordinarias movilizaciones nacionales exigían comandantes supremos militares, políticos y económicos. Su genio, entonces, parecía validado por sus grandes e impro-

bables victorias. Napoleón Bonaparte sirvió de verdadero prototipo histórico de todos los emperadores revolucionarios del siglo XX.

Las revoluciones que captaban a estados, incluso tan grandes como Rusia, inmediatamente propiciaban rivalidades entre ellos. De ahí surge la secuencia moderna típica de revoluciones exitosas seguidas de guerra externa. Las transformaciones revolucionarias generaron confrontaciones militares con otros estados que, o bien trataban de conservar el *statu quo* conservador o, como en el caso del Tercer Reich, intentaban rehacer el mundo a través de una guerra de conquista y exterminio. El surgimiento de los estados comunistas en el siglo XX fue un logro notorio de las fuerzas de izquierda. Pero, dadas las terribles guerras a través de las cuales los insurgentes comunistas y de liberación nacional llegaron al poder, sus regímenes fueron opresivos y con tendencia a la institucionalidad desde sus inicios. Estos revolucionarios del siglo XX no tenían otro recurso si querían defender y consolidar sus conquistas antisistémicas. Y si es necesario encontrar un gran argumento racional para frenar el militarismo, es éste.

¿Era la Unión Soviética "realmente" socialista o más bien totalitaria? Estas abstracciones extremadamente ideológicas no resultan útiles para explicar la realidad. Era lo que era: un enorme Estado centralizado con una ideología inusual y una formidable posición militar y geopolítica lograda como resultado de su extraordinaria industrialización. La herencia geopolítica del Imperio ruso, el único fuerte en la zona semiperiférica del mundo, hizo posible la sobrevivencia del Estado. La misma herencia estructural también sugería la estrategia coercitiva encabezada por el Estado para la industrialización, basada en desposeer a los campesinos y en construir a toda costa una extraordinaria fuerza militar.

La URSS era esencialmente moderna y conscientemente modernista. Adoptó con éxito las avanzadas técnicas de poder de su época: un ejército mecanizado, industria con líneas de ensamble, grandes ciudades bien planificadas, educación masiva y bienestar social, consumo masivo estandarizado, incluyendo deportes y entretenimiento. Tras la década futurista de 1920, los bolcheviques también reciclarían como nueva cultura de masas

la música clásica, el ballet y la literatura heredada de los intelectuales del Imperio. En realidad, el gobierno estalinista terminó siendo imperial en muchos aspectos. No obstante, la capacidad de la URSS de integrar sus numerosas nacionalidades durante casi tres generaciones es sin duda progresista y modernista. Los soviéticos fueron pioneros de la acción afirmativa y posteriormente comprobaron, a través del desarrollo y la inclusión amplia, que sus intenciones eran serias.

En aquel momento, muchos observadores, tanto en favor como en contra del sistema, estaban de acuerdo en que estos logros modernistas basados en la planeación económica y la abolición de la propiedad privada significaban, a fin de cuentas, un socialismo. Las principales características soviéticas fueron emuladas o reinventadas por una gran variedad de gobiernos desarrollistas y nacionalistas, porque esta concentración modernista de poderes de Estado resultaba extraordinariamente exitosa durante el siglo XX. Varios antiguos imperios esperaban redimir sus humillaciones históricas y reclamar una mejor y más sólida posición en el mundo: los gobiernos comunistas de China, Yugoslavia y Vietnam, aunque también la Turquía nacionalista y, más tarde, Irán, con su peculiar ideología antisistémica del nacionalismo islámico. Incluso la pequeña y desafiante Cuba y, en el lado opuesto de la línea divisoria de la guerra fría, el Estado peculiarmente organizado de Israel, se suman a la variedad de nacionalismos insurgentes que adoptaron las características del "socialismo fortificado".

Todos estos estados enfrentaban una geopolítica hostil. Tras el periodo inicial de romanticismo revolucionario, las realidades estructurales del sistema mundial los enfrentaron a las duras elecciones políticas: espontaneidad frente a disciplina, idealistas frente a ejecutores, que inspiraban a las masas o coaccionaban a los campesinos, pureza ideológica amenazada por el peligroso aislamiento o las incómodas alianzas internacionales. Si los comunistas querían tener un papel importante en el escenario mundial, la respuesta debía ser la *Realpolitik* oportunista. Pese a las proclamas ideológicas, los gobiernos comunistas nunca pudieron zafarse totalmente del sistema capitalista mundial. El conflicto es uno de los vínculos más fuertes de las redes sociales,

ya sea a nivel de grupos pequeños o entre estados. Los principales estados capitalistas continuaron siendo la preocupación más importante y el punto de referencia para Moscú. Alemania, antes de 1945, y Estados Unidos a partir de entonces representaron la principal amenaza política que dictaba las prioridades de la industria y la ciencia soviéticas. No obstante, Occidente también continuó siendo la fuente vital para comprar maquinaria avanzada y bienes de prestigio con los ingresos obtenidos principalmente de las exportaciones de materias primas. Las antes interminables discusiones sobre cuán genuinamente no capitalistas eran los estados comunistas concluyeron cuando, a la larga, volvieron al capitalismo.

LOS COSTOS DEL ÉXITO DESARROLLISTA

Lo anterior nos regresa a las antiguas predicciones de Randall Collins e Immanuel Wallerstein. Su capacidad para ver el fin próximo del comunismo se derivaba de teorías muy distintas y se enfocaba en diferentes procesos: sobreextensión geopolítica, en el caso de Collins, e imperativos estructurales del sistema-mundo capitalista, para Wallerstein. No obstante, las predicciones se reforzaban mutuamente de maneras interesantes. Collins veía dos terribles desenlaces para el dilema soviético de la sobreextensión: la desintegración imperial o una guerra, como último recurso. Wallerstein identificó la tercera posibilidad en un bloque económico y militar paneuropeo, que surgiría en torno del eje París-Berlín-Moscú, un escenario que evidentemente coincidía con las permanentes ambiciones de Charles de Gaulle y el espíritu optimista de la *Ostpolitik* alemana del decenio de 1970. Al analizar las predicciones no cumplidas de Wallerstein, nuestra atención se centra en un contrahecho importante: la Perestroika de Mijaíl Gorbachov, que se consideró una posibilidad viable. Incidentalmente, este contrahecho aún significa que una Rusia reconstruida y la Unión Europea pueden encontrar razones estructurales para formar un bloque militar y económico en el futuro cercano. Las pasadas predicciones de Collins y Wallerstein,

no obstante, eran esbozos abstractos que dejaban varios huecos con respecto a las cambiantes fuerzas sociales, mecanismos específicos y secuencias de eventos que desembocarían en los desenlaces históricos observados o abortados.

La predicción de Randall Collins dependía de extender hacia el futuro la dinámica del gran conflicto geopolítico que se dio en Europa entre 1914 y 1945, el cual había eliminado a la mayoría de los anteriores adversarios de Rusia. La excesiva simplificación de la geopolítica mundial después de 1945 —de una compleja multipolaridad a una oposición binaria de dos bloques ideológicos durante la guerra fría— convirtió a la Unión Soviética en una superpotencia. Mas esta posición también representaba costos y obligaciones en una escala sin precedentes. En la continua confrontación con Estados Unidos, razonaba Randall Collins allá en el decenio de 1980, la URSS ya había alcanzado el punto crítico en el que el costo de controlar a los aliados y de confrontar a los rivales externos resultaba insuperable.

Como corolario importante, el mismo modelo predecía la prosperidad económica de China en un momento en que nadie tomaba en serio a esta enorme reserva de pobreza asiática. Los efectos secundarios de la rivalidad entre superpotencias dejó a China en una afortunada especie de limbo geopolítico. Para 1980, el excéntrico Estado comunista de Asia oriental se encontraba en un entorno restrictivo auuque también estable, en el cual los costos geopolíticos parecían muy menores en comparación con los costos soviéticos. Los líderes chinos, al igual que los líderes de Japón después de 1945, tenían serias limitaciones para lograr las metas de poder y prestigio por la vía más obvia que ofrecía la región en aquel entonces: la industrialización orientada a la exportación, dependiente de los mercados de consumo de Estados Unidos.

Desde tiempo atrás, y en medio de grandes controversias, Immanuel Wallerstein había comparado a los estados comunistas con fábricas controladas por un sindicato durante una huelga.[2]

[2] Immanuel Wallerstein comenta el papel de la URSS desde una perspectiva sistémica mundial en diversos artículos y libros. Véase su ensayo programático "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System", publicado en 1973 y reimpreso en *Essential Wallerstein*, Nueva York, New Press, 2000, pp. 71-105.

Si los obreros intentaban operar la fábrica, inevitablemente debían seguir las reglas de los mercados capitalistas. Es posible que los obreros obtengan una mejor distribución de las recompensas materiales, mas no igualdad ni democracia. El más "realista" de los organizadores sindicales reimpondría la disciplina de producción, apelando a las presiones del mercado externo. La "ley del hierro de la oligarquía" en organizaciones complejas predice que el estrecho círculo de quienes toman las decisiones gerenciales terminará alejándose del grupo más amplio, convirtiéndose en una nueva élite gobernante. Llevará tiempo antes de que el vapor ideológico escape totalmente de las ollas de presión, pero llegará el momento cuando los antes organizadores, ahora convertidos en gerentes, ya no se sientan obligados a disfrazar la realidad. Entonces, la fábrica habrá vuelto a ser una empresa capitalista normal, y los gerentes obtendrán los beneficios económicos de sus puestos. Si se quiere, es una versión sociológica de la *Rebelión en la granja* de George Orwell, pero el análisis de Wallerstein subrayaba de manera clara y lógica las condiciones estructurales y secuencias causales. También agregaba una importante advertencia política: tanto en un país como en una fábrica, el socialismo probablemente no durará a menos que el sistema capitalista del mundo entero sea sustituido por un sistema histórico diferente, en el cual la acumulación de capital deje de ser la absoluta prioridad.

Wallerstein sustentaba su metáfora de la fábrica controlada por el sindicato que retomaba el capitalismo en lo que él observaba. Desde 1953, los líderes soviéticos intentaron cambiar sus posiciones ideológicas y militares por la integración económica con Occidente. Unos días después de la muerte de Stalin, el temible director de la policía secreta Lavrenti Beria ordenó la primera liberación masiva de reclusos del gulag, dando señales a Occidente de la disposición de Moscú de alejarse de Alemania oriental. Este breve episodio señala una curiosa posibilidad. Beria era reconocido como un oportunista absolutamente cínico pero también como un líder económico eminentemente prag-

Véase también el artículo escrito por Wallerstein en la primavera de 1991 (antes del colapso soviético), con Giovanni Arrighi y Terence Hopkins, "1989, The Continuation of 1968", *Review*, vol. xv, núm. 2, pp. 221-242.

mático. De haber tenido éxito, el comunismo seguramente habría terminado mucho antes y Beria habría gobernado como un dictador personalista que le permitía selectivamente a sus compinches compartir los beneficios capitalistas en un momento en que las industrias soviéticas y la mano de obra recién educada se encontraban en su mejor momento. Esto habría rebasado la recuperación de mercado de China tras la muerte de Mao. Imaginemos a los consumidores occidentales conduciendo hoy los elegantes Volgas soviéticos y usando relojes Vostok. Pero en 1953, la unificación de Alemania era una propuesta rechazada por la alianza occidental, y Europa ya tenía suficientes obreros calificados, ansiosos de trabajar, tras décadas de guerra y depresión.

Conforme a la realidad histórica, Beria fue arrestado y ejecutado por sus rivales del Politburó, una venganza de la *nomenklatura* y los comandantes militares del partido por el terror y las humillaciones sufridas a manos de la policía secreta. En 1956, el nuevo líder soviético Nikita Jrushov denunció los crímenes de Stalin y sobrevivió alegremente a esta indiscreción. No sería derrocado sino hasta 1964, tras su intento de desbaratar los bastiones de la intransigencia burocrática en los ministerios de la industria verticalmente integrados, el equivalente soviético de los grandes consorcios. Ciertamente, los cuadros de la *nomenklatura* deseaban una desestalinización limitada, siempre y cuando no llegaran hasta tocar su estilo de vida en su paraíso burocrático, ni sus generosas prebendas o relajado ritmo laboral. El aparato gubernamental de los ministerios de economía, cada vez más extendido, databa del gran impulso que se le dio a la industria en el decenio de 1930 y se había perpetuado básicamente sin cambios. Su estructura sobreviviría incluso después del colapso soviético de 1991, garantizando que el capitalismo poscomunista tuviera un carácter distintivamente oligárquico de una enorme concentración de la riqueza y un sistema político corrupto.

Los costos de la autoincorporación burocrática ya se percibían desde la muerte de Stalin. Una economía dirigida necesita un Comandante Supremo encargado de tomar las decisiones relativas a la asignación de recursos. En su ausencia, el gobierno central qneda reducido a la inercia burocrática entre el cabildeo corporativo de los ministerios influyentes y los gobiernos territo-

riales. El antigno debate económico sobre las virtudes de un plan frente a la economía de mercado se snstentaba en el supuesto intemporal y, por ende, falso, de qne se trata de decisiones ideológicas mutuamente excluyentes. Las economías planificadas, o más bien dirigidas, resultan más eficaces en el corto plazo, cuando existe la premura de demostrar los milagros de una producción estandarizada en gran escala, como ocurre durante las guerras, durante los periodos de recuperación posteriores o cuando se registran grandes saltos en la industrialización. El modelo de economía dirigida, en cambio, no es adecuado para periodos normales de mayor duración que exigen adaptaciones más diversificadas y flexibles. Pero, ¿quién se atrevería a sugerir que se demoliera la gigantesca y obsoleta empresa que fue el orgullo de los primeros planes quinquenales y cuyos altos directivos, casualmente, eran miembros con derecho a voto del Comité Central? Esto es justamente lo que provocó la caída de Nikita Jrushov en 1964. Los ejecutivos e ideólogos soviéticos consideraban tan intolerables las ideas del mercado como sus homólogos capitalistas habían considerado intolerable la propiedad pública y la regulación en la época del neoliberalismo. La intransigencia de los jerarcas industriales y políticos, empero, tenía razones más profundas que la ortodoxia. En general, prevalecía el temor de que los mejor educados y dinámicos subalternos jóvenes desplazaran a sus mayores si se permitía la discusión y la competencia.

La tensión principal del comunismo soviético en su periodo postrero enfrentaba a la ahora impasiblemente burocratizada *nomenklatura* con la clase media en ascenso de especialistas educados e intelectuales creativos. Los nuevos grupos juveniles de los románticos "sesenteros" surgían de los estratos medio y bajo de las instituciones estatales de planificación económica, educación superior y cultura. En sentido realmente literal, éstos eran los hijos de la modernización soviética. La ideología original de los jóvenes especialistas era una versión de los movimientos de la Nueva Izquierda que surgieron en todo el mundo entre 1956 y 1968. Sólo mucho despnés, durante la crisis de la Perestroika de Gorbachov, las frustraciones antiburocráticas de los rangos más jóvenes encontrarían una forma de expresión radicalmente distinta en la filosofía individualista del neoliberalismo o en la

afirmación de nacionalismos étnicos. La ideología antisistémica oficial del bloque soviético sugería, pues, la adopción de las ideologías sistémicas de Occidente y, por ende, conforme a la lógica de la polarización, sus formas extremas.

En ningún ámbito se hizo más vigoroso este proceso como en la cultura. Si la ortodoxia oficial prescribía el "realismo socialista", entonces habría que darles comedias del absurdo y misticismo espiritual. Si la *nomenklatura* exaltaba la amistad entre los pueblos, pues nada mejor que jugar con los sentimientos étnicos locales. ¿Que el ministerio de Cultura imponía el canon clasicista en música y artes? Pues habría que darle entrada al abstraccionismo, al jazz y al rock. La ironía, desde luego, radicaba en que el decrépito régimen dictatorial, que dejó de actuar como una dictadura, se volvió el blanco perfecto de las burlas de los jóvenes. La gris y ahora esclerótica generación de obedientes burócratas soviéticos que se formó al final de las purgas estalinistas nunca podría incorporar este entusiasmo iconoclasta, como lo habían hecho los bolcheviques de generaciones anteriores.

Y así como no podía dominar a los intelectuales, el régimen soviético en sus últimas etapas no logró que los obreros trabajaran. La razón inmediata era política. Al haber metido en cintura a la policía secreta para defender su propia seguridad, la *nomenklatura* no estaba dispuesta ahora a desatar nuevamente ningún tipo de represión masiva. Mientras tanto, la economía industrial en expansión no excluía el látigo disciplinario del desempleo. Los directivos soviéticos necesitaban mano de obra para cumplir con las tareas previstas en el plan quinquenal y los trabajadores negociaban mejores condiciones o iban a buscarlas en Moscú o en las cada vez más irregulares y grandes ciudades industriales de Siberia.

No obstante, sin duda la principal razón estructural que le otorgó mayor poder a los trabajadores soviéticos fue la transición demográfica. Los pueblos de Rusia central se habían quedado sin mano de obra. En consecuencia, la situación había incrementado significativamente el poder social de las mujeres. Entre tanto las ciudades, el empleo industrial y la educación cambiaron de manera irreversible el estilo de vida, y las tasas de nacimiento se desplomaron en tan sólo una generación. La esca-

sez de mano de obra se encontraba en un nivel sin precedentes en la historia. Los zares, e incluso Stalin, recurrían al aparentemente interminable abasto de campesinos y reclutas del ejército. En el decenio de 1960, este suministro demográfico se secó. Reconvertir a los campesinos en obreros fue de hecho el triunfo de la civilización soviética, aunque también significó el desmantelamiento de la secular tradición rusa de sostener a las élites y competir en términos militares con Occidente a expensas del campesinado. La escasez demográfica no dejaba espacio para el despotismo tradicional.

La maduración de la sociedad industrial soviética y su nueva dinámica demográfica parecían conducir a la rebelión contra las estructuras opresivas y ahora obsoletas del industrialismo soviético. La potencial democratización, no obstante, exigía una alianza real entre los especialistas de mente liberal y los intelectuales con los recién empoderados proletarios en contra de la *nomenklatura*. Checoslovaquia en 1968 y Polonia, en 1980 le recordaban a Moscú de manera constante que la coalición entre liberales y trabajadores, intelectuales y obreros rápidamente podría adquirir gran poder. Mientras tanto, el régimen posestalinista perdió los recursos ideológicos y coercitivos para enfrentar el reto de los movimientos sociales. Pese a ello, el conflicto de clases en una sociedad industrial madura, contrariamente a la imagen clásica marxista, no tenía dos facetas. Más bien se desarrollaba en el triángulo de los ejecutivos de los consorcios soviéticos, los intelectuales liberales y los obreros. La mejor opción de la *nomenklatura* era comprar a los trabajadores a expensas de los intelectuales y los profesionales empleados por el gobierno.

El ablandamiento político de los trabajadores soviéticos en el periodo de Brezhnev se aseguró mediante dos costosas tácticas: mayor consumo popular y la tolerancia tácita de la ineficiencia. Esencialmente, la *nomenklatura* invitó a los trabajadores a compartir su propia complacencia y prebendas y, a la vez, denigraba a ingenieros e intelectuales y ocasionalmente regañaba a algún intelectual disidente por su "cosmopolitismo sin raíces". La llegada de los petrodólares en el decenio de 1970 permitió subsidiar cómodamente este pacto benefactor durante más de dos décadas. Aunque sus verdaderos costos rebasan cualquier

estimación material, el notorio incremento en los índices de alcoholismo, la mortalidad masculina, el robo hormiga en el trabajo y la pobre calidad de los bienes soviéticos no pueden sino considerarse como consecuencias patológicas del dinamismo perdido y el cinismo imperante. Esta actitud de evitar consecuencias y la inmovilidad social era lo que asfixiaba a los jóvenes que fueron despreciados durante las "décadas de estancamiento" de Brezhnev.

¿QUÉ TAN INEVITABLE ERA EL COLAPSO?

El tan esperado y vital joven líder Mijaíl Gorbachov pertenecía a la generación del Sputnik y la desestalinización. Estos logros de principios de los años sesenta validaban, por experiencia, la fe de sus pares en el sistema soviético. Gorbachov podía considerarse incluso parte del resurgimiento de la Nueva Izquierda de los sesenta, pero también cargaba la pesada investidura de los puestos oficiales del poder autoritario y, desde un punto de vista objetivo, sus metas eran bastante conservadoras. Al llevar al bloque soviético al capitalismo de Estado, esperaba esencialmente fortalecer las estructuras políticas vigentes y reconvertir, al menos a la *nomenklatura* joven, en altos tecnócratas de grandes consorcios industriales con participación extranjera. Debido a estas contradicciones, la fogosa retórica de Gorbachov le resultaba sumamente confusa a sus posibles partidarios y terminó por confundir fatalmente al propio secretario general. Aun cuando pocos observadores creían en ese momento que Gorbachov estaba realmente convencido de lo que decía, todos suponían que este maduro hijo del partido comunista sabía lo que hacía. En realidad, ocurría exactamente lo contrario. Las políticas de Gorbachov resultaron erráticas e inexpertas debido a que la supresión del debate político en la Unión Soviética durante décadas llevó a una polarización ideológica sumamente cargada. Entre el ritual discurso acartonado del Partido y el humanismo abstracto de los disidentes quedaba un vacío de ideas y soluciones prácticas. Lo único que le quedaba

al líder político empeñado en realizar una reforma seria era la improvisación inexperta.

Imaginemos por un momento que Gorbachov hubiera tenido éxito. Ampliar los vectores clave de sus políticas nos permite vislumbrar un destino bastante plausible. La URSS abandona sus extensos compromisos con el tercer mundo y se retira de Europa del este. Desde el punto de vista de Moscú, esto no resultaría una gran pérdida dado que Polonia y Checoslovaquia pronto se encontrarían entre la Alemania unificada y su socio económico estratégico, Rusia. Las negociaciones de desarme con Estados Unidos reducirían drásticamente la carga geopolítica permitiéndole por fin a Moscú reestructurar su complejo militar-industrial. Las industrias soviéticas, aún formidables y con una mano de obra capacitada y relativamente mal pagada, atraerían la inversión de Europa occidental a través de contratos manejados por el gobierno. (Los directivos soviéticos se sentían intuitivamente cercanos a sus homólogos alemanes, franceses e italianos, ya que compartían una visión similar respecto del corporativismo de Estado.) La demanda contenida de bienes de consumo en los anteriores países comunistas, sumada a la creación de empleos, pronto generarían un gran repunte económico. Posiblemente, los partidos comunistas se dividirían en las mayorías gobernantes, de tendencia socialdemócrata moderada, y las aisladas minorías de luchadores ideológicos. El continente europeo en su totalidad, desde los Urales hasta el Atlántico, se unificaría bajo un solo bloque geopolítico y económico, con Alemania como su motor económico y Rusia como el abastecedor de mano de obra, materia prima y fuerza militar. En esta versión de los acontecimientos, la hegemonía estadunidense se habría desvanecido mucho antes que la geopolítica mundial. Una Europa socialdemócrata y paternalista, junto con una URSS reformada habría tenido razones y poder suficientes para oponerse al consenso neoliberal de Washington. Y Estados Unidos, marginado en términos geopolíticos e ideológicos, no padecería desde el punto de vista económico ya que, ante la fuerza del ejemplo europeo, Washington podría animarse a adoptar las medidas políticas necesarias para generar demanda interna y establecer su propio bloque comercial con Latinoamérica y China. En este caso, el

mundo ciertamente continuaría siendo capitalista pero con una variedad y configuración diferentes de la globalización capitalista.

Si el mundo hubiera seguido este camino, Gorbachov sería ahora la "esfinge" política que ofrece astutos consejos con mensajes crípticos a los diferentes grupos de votantes y el pragmático visionario sería ensalzado por ayudar a su país "a cruzar el río, pisando cuidadosamente cada una de las piedras" hasta llegar a las orillas de la prosperidad capitalista. La metáfora de cruzar el río es, desde luego, china, y se refiere a Deng Xiao-ping. Tal vez convenga recordar que, hasta finales de 1989 o incluso después, Gorbachov era alabado universalmente como el promotor de la democracia y unificador de Europa, en tanto que Deng era vilipendiado como el carnicero de la plaza de Tiananmen. La diferente opción para salir del comunismo entre China y la URSS, empero, no se debió únicamente a sus respectivos líderes y sus estilos políticos. Había diferencias estructurales, en su mayoría de tipo histórico y exógenas al comunismo.

Por dos razones muy diferentes, 1989 marcó la extinción del comunismo. La Unión Soviética cayó incluso más aceleradamente de lo que se elevó China. La República Popular China también había tenido su final en la primavera de 1989, cuando la ruptura de una facción de la jerarquía comunista provocó el movimiento estudiantil simbólicamente asociado con la plaza de Tiananmen en Pekín. El movimiento estudiantil mostraba las mismas fortalezas y debilidades que los movimientos antiautoritarios contemporáneos en la Unión Soviética o, para el caso, que los de la Nueva Izquierda occidental en 1968 y la Primavera Árabe de 2011. La protesta espontánea liberó una enorme carga de energía entre los jóvenes, principalmente contra los mayores, hipócritas y autocomplacientes. Pero el movimiento carecía de una organización autónoma amplia, metas políticas de corto plazo y vínculos sólidos con los pueblos de la provincia, mucho menos con los campesinos. En 1989, los cuadros del partido chino cerraron filas contra el movimiento porque aún estaba fresco en su memoria el episodio previo de faccionalismo en los escaños superiores que provocó la militancia estudiantil y la Revolución cultural ultramaoísta de finales de los años sesenta.

Quizás aún más importante, los cuadros chinos de la vieja guardia pertenecían todavía a la generación de la lucha armada —a diferencia de Gorbachov y sus camaradas, separados por dos generaciones de la revolución y la guerra civil—. Para gente como Deng Xiao-ping, el concepto de poder a punta de pistola no era sólo una metáfora.

No obstante, la represión de las protestas de Tiananmen tuvo un costo ideológico muy elevado. Los estudiantes activistas enarbolaban los mismos ideales que legitimaban al propio partido comunista. El ataque de izquierda a un régimen de izquierda derivó en un giro a la derecha aun cuando ninguno de los dirigentes se atreviera a aceptarlo oficialmente. En realidad, 1989 también marcó el fin del comunismo chino. El Partido Comunista Chino dejó sigilosamente de lado su peligrosa ideología de doble cara, cambiándola por lo que podría llamarse una legitimidad basada en el desempeño, un movimiento bien conocido en el repertorio político de los gobiernos comunistas. Ya en 1921, los bolcheviques rusos, muy conscientes de los antecedentes revolucionarios, tímidamente habían admitido que su nueva política económica impulsada por el mercado significaba una fase necesaria de la restauración "autotermidoriana". O recordemos también los otrora famosos ejemplos de la Yugoslavia de Tito y la Hungría de Janos Kadar, a finales del decenio de 1960, que combinaban diversos experimentos de mercado con una represión política bien dirigida. Incluso el intrascendente reinado de Leonid Brezhnev en la Unión Soviética, que en retrospectiva se recuerda con nostalgia como las "buenas décadas", significaba en realidad una reacción conservadora al escandaloso y desestabilizante periodo del Deshielo de Jrushov. Durante el decenio de 1970, los líderes soviéticos eliminaron cualquier mención al socialismo de mercado porque los ingresos derivados de las exportaciones de petróleo y gas natural les permitían el transitorio lujo de una inercia burocrática libre de riesgos.

Desde luego, la China posmaoísta tenía poco petróleo que exportar y el Partido Comunista prefería reservar para su posterior NEP el océano humano de industriosos campesinos y artesanos provincianos, así como el conocimiento de mercado de la diáspora china. La razón política inmediata para admitir las

fuerzas de mercado en el campo chino y las zonas de exportación era clara y sencilla: permitirles a los campesinos alimentarse a sí mismos y a las ciudades, con el propósito de reducir las tensiones. Al tomar este primer paso defensivo, los comunistas chinos cayeron en el largo camino que los llevó a superar la crisis política de 1989. Aún nominalmente comunista, China reproducía en esencia y en mayor escala el antiguo patrón de los estados desarrollistas anticomunistas de Asia oriental, como Corea del sur y Taiwán, que crecieron bajo el patronazgo de la hegemonía estadunidense durante la guerra fría.

El afortunado e imprevisto escape chino del comunismo nos permite señalar las causas del inadvertido desastre soviético. Fue, principalmente, el fracaso colosal de la acción colectiva. La avalancha de acontecimientos políticos ocurridos en 1989 provocó el pánico y numerosas deserciones de las filas de la *nomenklatura* soviética. Fueron ellos quienes desbarataron a su propio Estado, no los románticos nacionalistas de las repúblicas no rusas, ni los intelectuales democráticos de Moscú y Leningrado. Los insurgentes contrarios a la *nomenklatura*, pese a su gran atractivo emocional, aún no tenían la fuerza suficiente para derrocar al comunismo por su cuenta. En 1989, e incluso en 1991, carecían de bases de organización sólidas para movilizar e interceptar rápidamente al poder político que se derrumbaba.

Sorprendentemente, la *nomenklatura* soviética tampoco podía confiar en ninguna red legítima que coordinara sus autodefensas en un momento crítico. Durante los años de la Perestroika, entre 1985 y 1989, Mijaíl Gorbachov había utilizado astutamente sus poderes supremos como secretario general para salvaguardar a su persona y sus políticas de una reacción burocrática como la que había sepultado políticamente a Nikita Jrushov. Las maniobras de Gorbachov, tanto públicas (*i.e. glasnost*) como a nivel de intrigas dentro del aparato estatal —en lo que era reconocido como un experto—, confundieron e inmovilizaron a los tres pilares institucionales del régimen soviético: el partido comunista, los ministerios centrales y la policía secreta. En 1989, el fácil sacrificio de los regímenes comunistas satélites de Europa del este le revelaron de pronto a la sitiada *nomenklatura* su verdadera situación en este gran juego, tan incierto. A partir

de 1989, la élite oligárquica soviética se fragmentó exactamente por la frágil línea del terreno burocrático, en sectores industriales y repúblicas nacionales. Por primera vez desde los legendarios años de 1920, aparecieron varias facciones políticas dentro y en torno del partido comunista. Pero estas facciones, cada vez más similares en su aspecto reaccionario, resultaron poco duraderas porque ante el caos que se desataba aceleradamente, no tuvieron tiempo de unirse. La *nomenklatura* se quedó con lo que conocía muy bien: las redes elementalmente personalistas de corrupción y colusión. Si bien en ese momento el proceso parecía absolutamente caótico, no era totalmente casual.

Dado que la *nomenklatura* representaba el escalón más alto de la administración burocrática, todos estaban jerárquicamente subordinados y eran en principio remplazables. Al igual que en cualquier gran burocracia gerencial, el secreto de la sobrevivencia siempre ha sido ampliar las redes internas de relaciones de patronazgo, adquirir peso para el cabildeo y proteger los cotos de poder. Después de 1989, éstas fueron las principales estrategias de sobrevivencia, llevadas a una escala totalmente nueva. La *nomenklatura* constaba de tres jerarquías vinculadas: gobiernos territoriales —incluyendo autonomías étnicas—, ministerios económicos, y el aparato central de control de la policía secreta y la "inquisición" ideológica del partido. Entre las tres, la jerarquía controladora solía tener preeminencia, aunque también resultaba la más difícil de privatizar. La policía secreta sin un gobierno se vuelve una mafia y la "inquisición" ideológica sin un partido gobernante se reduce a una secta descontenta. Las unidades territoriales y económicas de la antigua URSS parecían fabulosamente dotadas para el separatismo autoengrandecedor. ¿Quién podría ahora quitar al presidente nacional vitalicio o al oligarca capitalista, que ya tenían sus activos a buen resguardo en un exótico paraíso fiscal?

Los activos industriales soviéticos fueron arrancados por el control privado mediante esquemas brutalmente sencillos —una manera suave de decir robados—, incluso antes de que la privatización fuese sancionada por alguna legislación. Mientras tanto, las repúblicas nacionales y los municipios también se convirtieron en propiedad privada del tipo que los estadunidenses lla-

man "maquinaria política". Irónicamente, eran los propios intelectuales liberales quienes sugerían estas nuevas estrategias y su justificación ideológica. Las nacientes "sociedades civiles" —en la práctica, las redes de intelectuales exclusivas de las capitales— aspiraban ahora a convertir a sus países en democracias liberales que se unirían al Occidente capitalista por su propia cuenta, saltándose a Moscú y a un Gorbachov atónito y rebasado. Este rápido cambio ideológico, desde la que fuera la Nueva Izquierda y el comunismo reformado al credo de Margaret Thatcher, reflejaba la radicalización de las demandas típicas de cualquier revolución. Después de 1989, los intelectuales insurgentes exigían tres cosas: elecciones limpias, soberanía nacional y privatización. Las tres exigencias se erigían como arietes políticos en contra de la burocracia gobernante y como el medio de emancipar, como por un milagro, las iniciativas populares. Pero los gobernadores de las repúblicas soviéticas que habían presenciado lo que ocurría en 1989 en Europa del este también se percataron de que las declaraciones defensivas de soberanía les garantizaban que Gorbachov no los destituiría en su constante "rejuvenecimiento de cuadros" —léase, purga—. Mientras tanto, las elecciones anticipadas les permitieron a los altos mandos de la *nomenklatura* ganarle a los vociferantes pero mal organizados intelectuales, clavados en la utopía ideológica. La privatización les venía como anillo al dedo a los antiguos y nuevos presidentes, quienes realizaron fabulosos tratos con parientes y clientes.

La defección en masa de la antigua *nomenklatura* y su vertiginosa conversión a capitalistas y nacionalistas provocó la debacle de las estructuras gubernamentales y económicas. Las guerras étnicas explotaron en la periferia, al sur de la agonizante Unión Soviética. Incluso en el centro, ante la ruptura del orden público, la *nomenklatura* en fuga debía elegir entre su vida o hacer tratos sucios con los violentos y mafiosos empresarios. Estos resultados distorsionaron las intenciones de Gorbachov, cuya meta era negociar, desde una posición de superpotencia, una inclusión corporativista ventajosa entre las redes capitalistas de Europa occidental. En cambio, las antiguas repúblicas soviéticas perdieron rápidamente las ventajas de un sólido prestigio militar e internacional, de avances científicos, previsión social

y orden público. El drástico debilitamiento de los gobiernos sucesores hizo virtualmente imposible e irrelevante continuar con cualquier tipo de desarrollo industrial.

La Unión Soviética favoreció una sociedad industrial con una sola línea de organización, en la cual todas las esferas de la actividad pública estaban dirigidas centralmente. La pérdida de integridad del Estado socavó todas las instituciones modernas, anulando la acción colectiva en prácticamente todos los niveles, salvo el familiar y de los compinches, una condición que se autoperpetuó. A nivel individual, la acción más racional y ventajosa sugería el saqueo de los activos del Estado, asegurando el botín en el extranjero después de algunos intentos afortunados. Los propios gobernantes fueron cómplices del debilitamiento de su gobierno porque funcionarios y jueces corruptos permitieron las condiciones necesarias para el saqueo y el patronazgo. Las preocupaciones tradicionales del poder del Estado, como alcanzar el poderío militar y contener las protestas internas se volvieron irrelevantes en la geopolítica mundial patrullada por el hegemónico Estados Unidos y las instituciones financieras globales. Todos los antiguos estados soviéticos se plegaron para proclamarse democracias de mercado, aunque con varias "especificidades nacionales" que torpemente disculpaban el primitivo monopolismo de sus gobernantes.

Al ver que se habían apropiado de sus programas liberales y nacionalistas, los antes embravecidos intelectuales, cuya sobrevivencia y base institucional aún dependían del Estado, quedaron empobrecidos, rebasados políticamente y carentes de un discurso ideológico. Además, el cambio de estrategia de poder de la élite, de engrandecimiento militar y producción industrial manejada por el Estado a seguridad privada y la creación de intermediarios, tuvo el efecto perverso de aislar a las oligarquías poscomunistas del resto de los ciudadanos. Los especialistas y trabajadores perdieron su peso colectivo como mano de obra productiva y patrióticos reclutas del ejército, incluso como votantes y contribuyentes fiscales. Las elecciones se manipulaban descaradamente y los ingresos por concepto de impuesto sobre las rentas se tornaron minúsculos comparados con los provenientes de los oscuros establecimientos que exportaban materias primas

y de las finanzas globales. La atmósfera de empoderamiento público y optimismo del periodo de la Perestroika cambió abruptamente por un cinismo apático, por las constantes preocupaciones económicas y la criminalidad, y el deseo desesperado de emigrar. Los postsoviéticos terminaron acercándose más a las realidades del medio Oriente que a las de Europa occidental.

PREDICCIONES Y CAMINOS HISTÓRICOS

Randall Collins e Immanuel Wallerstein vislumbraron correctamente las tendencias estructurales que señalaban el fin inminente del comunismo. Collins destacaba la paradoja de las limitaciones geopolíticas al poder soviético cuando parecía estar en el cénit de la expansión. También tuvo razón al predecir el patrón del colapso: que surgiría súbitamente por la defección en masa de las élites subordinadas de las repúblicas nacionalistas y los estados satélites, como una reacción a la incapacidad política del centro imperial. No obstante, el modelo de Randall Collins no anticipó la velocidad ni la dirección que tomaría Moscú con relación a sus dilemas como superpotencia.

Wallerstein fue aún más allá en su análisis de las opciones viables y argumentó que el mejor destino posible de las reformas soviéticas sería un retorno negociado al capitalismo bajo una alianza europea pancontinental. Mas en una atmósfera de guerra fría, prácticamente nadie, ni siquiera los propios reformadores soviéticos, tomaban en serio esta posibilidad. Pero Wallerstein subestimó las cargas de la complejidad institucional imbricadas en el federalismo étnico y en los ministerios de industria de la URSS. Los fragmentados sucesores regresaron al capitalismo, aunque de una variante periférica más débil. En vez de negociar racionalmente con las ventajas de superpotencia por una inclusión colectiva más honorable en la jerarquía capitalista mundial, la *nomenklatura* despilfarró y canibalizó los activos soviéticos en un ataque de pánico para proteger sus puestos oligárquicos individuales frente a Gorbachov y las incipientes rebeliones populares. La teoría de Wallerstein era fundamentalmente correcta

en la perspectiva amplia sobre el capitalismo mundial; y por la misma razón macroscópica, no pudo imaginar el vergonzoso fracaso político de las élites soviéticas de actuar colectivamente en busca de su mejor opción. Esto podría servirnos como una dura advertencia: las élites oligárquicas, especialmente ante la ausencia de unión institucional y cegadas por prejuicios ideológicos, pueden estropear la transición de manera lamentable.

En oposición a la ideología dominante derecha/izquierda de aquella época, los análisis de Collins y Wallerstein comprobaron ser en general correctos, porque eran sistémicos y relacionales. Collins basaba sus predicciones en la regularidad de la geopolítica militar en el largo plazo. Wallerstein se enfocaba en las dimensiones de la economía-mundo capitalista y en las maniobras de la élite en diversas regiones. Aunque diferentes, ambas son dimensiones coincidentes desde un punto de vista analítico. En realidad, la combinación de los dos enfoques es lo que explica mejor los factores estructurales que le permitieron a China salir exitosamente del comunismo.

Sin duda, la historia hizo la gran diferencia entre el carácter y los resultados disímiles de los comunismos de Rusia y China. Conforme a la tradición del análisis weberiano, Randall Collins encontró los orígenes nativos del capitalismo chino (así como el japonés) en la actitud emprendedora, manufacturera y financiera de los monasterios budistas de siglos pasados.[3] En la China medieval y, más tarde, en Japón, los monasterios "ostentosamente ricos" fueron rencorosamente envidiados y, a la larga, expropiados por las autoridades imperiales seglares. Mas estos ataques terminaron por extender las antiguas capitales religiosas y las técnicas de mercado entre la población laica, generando uno de los más grandes y vivos episodios de crecimiento de mercado antes de la época moderna. La China imperial, empero, no se volvió capitalista por razones geopolíticas sino, fundamentalmente, por la impresionante permanencia del Imperio, preocupado por mantener la "armonía" interna e impedir los ataques de los nómadas. En Occidente, tras la caída de Roma, nunca se logró

[3] Véase "An Asian Route to Capitalism", en Randall Collins, *Macro-History: Essays in Sociology of the Long Run*, Stanford, Stanford University Press, 1999, pp. 209-238.

materializar un imperio semejante, lo que obligó a los capitalistas occidentales a protegerse y consolidarse, primero como un sistema de ciudades-Estado y, más tarde, como los estados nacionales modernos.

El Imperio chino cayó hacia finales del siglo XIX, pero sus empresarios locales tuvieron que hacer frente tanto al desastre interno como al predominio extranjero. Pasó otro siglo de grave agitación antes de que los rebeldes comunistas se impusieran en China —y esencialmente ahí quedaron encantados. El intento de Mao de emprender una industrialización como la soviética a expensas de los campesinos resultó contraproducente, pues generó una hambruna atroz seguida de una década de golpes políticos dentro del partido. La catástrofe humana superó con mucho la ocurrida en la URSS en los años treinta, sin haber logrado una industria ni una urbanización modernas. China no pudo alcanzar siquiera sus objetivos inmediatos con sus vecinos de la región, por no mencionar las metas ideológicas de promover una revolución anticapitalista mundial.

Es aquí donde la teoría geopolítica de Randall Collins identifica una ventaja inadvertida. China se encontraba firmemente contenida en el equilibrio de poder mundial y regional. Por lo mismo, también se encontraba alejada de la línea de acción de la guerra fría, permitiendo la descompresión ideológica y el involucramiento económico con Occidente. Los cuadros chinos consideraban el maoísmo radical tan amenazante como la *nomenklatura* soviética, el estalinismo después de 1953. En ese momento, la larga tradición histórica de China sugería la restauración de la "armonía" interna, permitiendo el emprendedurismo económico entre la población, fundamentalmente la rural. Por fortuna, éste aún sobrevivía tras la fallida industrialización comunista. El giro de China hacia el mercado también ayudó a mantener en línea a los cuadros partidistas locales a través del patronazgo, al darles la oportunidad de enriquecerse en lo personal y eximiendo a los clientes leales y con un desempeño adecuado de cargos de corrupción. En China, el comunismo no se colapsó; incluso hoy la ideología comunista oficial sobrevive en una versión "ligera". Los líderes chinos que tomaron el mando tras la muerte de Mao se tropezaron con la combinación de

condiciones estructurales que reproducían en escala aún mayor el modelo autoritario de Asia oriental del Estado desarrollista orientado a las exportaciones. Esto cumplía la predicción hecha largo tiempo atrás por Immanuel Wallerstein: los comunistas que se unían al capitalismo mundial en el papel de facilitadores pragmáticos entre el capital extranjero y su mano de obra local.

CONCLUSIÓN: EL CAPITALISMO Y SUS RETOS EN EL SIGLO XX

La geopolítica militar surge de manera recurrente en nuestro análisis del comunismo porque parece ser el único factor decisivo para determinar las revoluciones del siglo XX. Quisiera reafirmar que el comunismo no surgió de las ideas de Karl Marx ni de las tradiciones populares de Rusia o China. Fue el resultado de una corriente de izquierda particular, los bolcheviques rusos que, tras una guerra devastadora, encontraron la oportunidad de apropiarse y de elevar, desde el punto de vista tecnológico, una plataforma eminentemente defendible en la geopolítica mundial. Los propios bolcheviques, siguiendo el antecedente de los jacobinos franceses, demostraron que los intelectuales radicales podían inspirar y movilizar a las masas para derrocar a los regímenes antiguos, derrotar invasiones extranjeras y construir nuevos estados sobre bases sociales mucho más amplias.

El ejemplo soviético, a través de la ayuda directa o incluso por su mera presencia en la escena mundial del siglo XX, facilitó el éxito de una amplia gama de insurrecciones patrióticas encabezadas por los intelectuales radicales. Desde luego, no todos se volvieron comunistas aunque sí adoptaron algunas de las estrategias en las que los bolcheviques fueron pioneros. La diferencia consistía principalmente en el grado de expropiación económica que llevaban a cabo los nuevos estados reafirmados. Cuando los gobiernos ejercieron el control de todo, hasta de las casas de los campesinos, el Estado se declaró socialista. Los gobiernos que se apropiaron únicamente de las propiedades de los extranjeros y de algunos propietarios particularmente "oscurantistas" o no patrióticos, como los terratenientes y los grandes

intermediarios comerciales, fueron calificados de nacionalistas. Las réplicas de la revolución bolchevique surgieron con mayor fuerza en los antiguos imperios agrarios humillados por el capitalismo occidental y reducidos a un estatus de dependencia. Éstos se llamaron movimientos de liberación nacional del tercer mundo, desde el primer ejemplo de la Turquía de Kemal después de 1918 y la épica lucha de la India por su independencia, hasta la revolución iraní de 1979. En este último caso, un movimiento estudiantil "posmoderno" tipo 1968, encendió una rebelión típicamente "premoderna" de los pobres urbanos y comerciantes contra el impío despotismo del shah. El resultado fue un Estado revolucionario fundamentalmente moderno, más parecido a los gobiernos comunistas que al califato medieval. Así como las dos guerras mundiales definieron de manera crucial a la Unión Soviética, el excéntrico régimen de la República Islámica se consolidó con la impresionante resistencia patriótica de los iraníes al ataque del Iraq de Saddam, quien actuaba como el emisario de una amplia coalición contrarrevolucionaria de intereses extranjeros.

A pesar del caos en torno a la militancia de la yihad suní después de 2001, su efecto fue bastante menor en el gran panorama de retos antisistémicos, aunque magnificado por la desastrosa invasión estadunidense de Iraq. Al Qaeda buscaba una confrontación geopolítica global con la provocación terrorista de revueltas de "limpieza moral" y resistencia antiextranjera. Su estrategia se remonta no a los bolcheviques sino más bien a los *narodniki* rusos del siglo XIX, quienes fueron los pioneros de las bombas suicidas. Los partidarios de la yihad han fracasado desde el punto de vista político aún más que aquellos primeros terroristas rusos. La militancia islámica fue marginada por los reformadores islámicos procapitalistas que llegaron al poder en los países musulmanes más poderosos y centrales como Turquía y Egipto, y probablemente pronto también en Irán.

En los principales estados capitalistas, empero, los partidos comunistas se encontraron con la formidable riqueza de las sociedades occidentales y establecieron el parlamentarismo, que favorecía las tácticas moderadas de la socialdemocracia. Durante la época de entreguerras, en Italia, España y, sobre todo, Alema-

nia, los comunistas fueron brutalmente aplastados por los fascistas, un nuevo tipo de fuerza contrarrevolucionaria que movilizó tanto a las élites del gobierno en lucha como al "hombre común descontento".[4] La variedad fascista de movimientos antisistémicos debe abordarse con seriedad porque aún podría resurgir después de grandes crisis que provoquen una polarización política. Después de 1945, la ideología de la guerra fría calificó al fascismo y al comunismo como los dos demonios totalitarios. Ciertamente, había similitudes en las técnicas de propaganda de masas, guerra industrial, planificación económica y control estatal, pero estas técnicas se extendieron aún más durante el siglo XX de lo que muchas personas se atreven a reconocer. En palabras del historiador Eric Hobsbawm, la época de la guerra de masas y depresión económica obligó a todos los gobiernos a gobernar. Esta tendencia incluyó a los regímenes socialdemócratas más benignos de Escandinavia, así como a las democracias liberales angloamericanas, que han compartido en cierto grado las nuevas técnicas de planificación económica y consumo de masas, además de la vigilancia policiaca y la iconografía de fortaleza, típica del decenio de 1930.

La escala de violencia de Estado real y simbólica, significativa como fue a nivel humano, dependía principalmente de las diferentes posiciones geopolíticas y de la fuerza de los retos revolucionarios internos. Las clases dominantes de las democracias angloamericanas se sentían mucho más seguras que sus homólogas de Europa continental y, por consiguiente, mucho menos dispuestas a permitir que los violentos y abominables racistas pelearan en las calles contra los revolucionarios de izquierda o intentaran captar "espacios vivibles" con conquistas extranjeras. Cuando se trató de confrontar el ultramilitarismo de Hitler que amenazaba con poner fin al capitalismo no con una revolución sino con una revuelta de lo más sangrienta, los liberales angloamericanos no tardaron en aliarse con las fuerzas opositoras comunistas. Es una gran ironía, perfectamente explicable del siglo XX, que el sistema capitalista haya sido salvado por la industrialización militar soviética, resultado de una revolución comunista.

[4] Michael Mann, *Fascists*, Cambridge University Press, 2004.

El fascismo y el comunismo significaron escaladas radicales desatadas por experiencias cataclísmicas derivadas de la primera guerra mundial en las dos corrientes políticas rivales del siglo XIX, el nacionalismo y el socialismo, que pelearon ferozmente por obtener una base de votantes entre las clases bajas en ascenso: empleados, funcionarios menores, intelectuales, obreros, campesinos. Ambos movimientos le ofrecían a sus seguidores una visión magnificada de prestigio, empoderamiento y la perspectiva de promoción sin precedentes en las filas del partido, la burocracia y el ejército. Los dos movimientos rompían los tabúes de los regímenes aristocráticos para favorecer a quienes definían como sus hombres comunes.[5]

Es una realidad incómoda que el ideal moderno de justicia y de derechos políticos para la gente común, en la teoría y en la práctica, haya tenido no una sino dos expresiones antagónicas. La justicia como igualdad social y unidad de la humanidad generalmente se llamaba socialismo. Se trata, desde luego, del ideal original de la Ilustración que cuenta con una gran tradición intelectual y atractivo permanente. Mas a nivel político, este programa nunca pudo sostenerse porque traspasa las divisiones sociales de estatus de grupo, lugar, religión, raza o género. La justicia en términos menos universales, como el privilegio de un grupo particular, suele traducirse en la política del nacionalismo, el sexismo, el racismo, el fundamentalismo religioso o cualquier otra mezcla que se dé en ese momento. La tradición intelectual de estas ideas es mucho más burda, aunque ha demostrado ser más eficaz en épocas de política de masas. Durante los dos siglos pasados, el nacionalismo fomentó movilizaciones políticas apasionadas y verdaderamente virulentas. De hecho, aún hoy es el programa político más eficaz.

El comunismo no fue un gemelo genético del fascismo. Eran opuestos ideológicos y enemigos mortales que surgieron de la guerra industrial imperialista del siglo XX. Ni el comunismo ni el fascismo pueden resurgir en sus formas conocidas porque, afortunadamente, las precondiciones geopolíticas e ideológicas

[5] Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 3, *Global Empires and Revolution, 1890-1945*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012.

han desaparecido. No significa que, en el futuro, otra gran crisis no pueda provocar reacciones fuertes en bandos opuestos del espectro político. Estas reacciones antagónicas serán posibles en la medida en que la corriente política convencional pierda coherencia. Mas si los coautores de este libro tienen razón en sus predicciones, como lo comprobaron en el pasado, tal vez podríamos hacer varias predicciones más.

La crisis del capitalismo en el siglo XXI ocurrirá fundamentalmente en la economía mundial más que en la geopolítica. Sus consecuencias tendrían más el aspecto de lucha de clases que de guerras mundiales entre coaliciones de estados. Aún más, las luchas involucrarán sobre todo a las regiones centrales del capitalismo, donde la política democrática cuenta con instituciones fuertes y una larga tradición de movimientos sociales. En juego estará el control público sobre las empresas privadas, más que ejércitos de estados o paramilitares ideológicos. Las horrendas reacciones xenófobas continuarán en alguno de los bandos debido a que la lucha de clases en un mundo globalizado lleno de migrantes inevitablemente incluirá aspectos como raza, religión y etnia. Probablemente, los nacionalismos extremos intentarán dirigir el poder de los estados modernos hacia la coerción extrema y una vigilancia policiaca parecidas a las antiguas prácticas totalitarias, tal vez llevadas a un nuevo nivel tecnológico. En esto radica el gran peligro. No obstante, veremos que coaliciones políticas se movilizarán en torno del programa liberal de izquierda de justicia universal, que ha tenido mayor relevancia en el mundo moderno desde al menos la época de la Ilustración. Tanto las clases capitalistas como los movimientos sociales, que aprendieron la lección después de 1945, se empeñaron en eliminar la probabilidad de que ocurrieran guerras entre estados, así como guerras civiles. Si es posible evitar la guerra, lo mismo podría ocurrir con las revoluciones violentas y las dictaduras, tanto de derecha como de izquierda, en el siglo XXI.

Si mi análisis es correcto, entonces la revolución bolchevique de 1917 no resulta muy relevante para predecir cómo sería el fin del capitalismo. Más bien se trataría de movilizaciones de masas cívicas como la Primavera de Praga de 1968 y la Perestroika soviética en su punto máximo de 1989. En estos casos, las élites go-

bernantes reaccionaron más con pánico que con violencia. Pero los movimientos insurgentes fallaron de la manera más vergonzosa en aprovechar la marcada desorganización en las filas de las clases dominantes y los resultados fueron poco afortunados. Por consiguiente, pensar en el futuro de manera audaz y responsable incluiría considerar los programas políticos y económicos, así como las posibles coaliciones y equilibrios, con el propósito de reducir al mínimo la incertidumbre de la transición frente a una gran crisis. En última instancia, ésta sería la lección más útil del comunismo.

¿CUÁL ES LA AMENAZA ACTUAL DEL CAPITALISMO?

CRAIG CALHOUN

Todo parece indicar que el capitalismo está pasando por la peor crisis financiera y económica desde la Gran Depresión. Aun cuando sus épocas bajas no eran tan bajas, en los países ricos del mundo esto llevó a un largo periodo de crecimiento más deprimido, o incluso ausente, que la propia Depresión. Aún más, la actual crisis viene siguiendo a una perjudicial época de financiamiento desigual, debilitamiento neoliberal de las instituciones sociales y desigualdad cada vez más intensa. Lo anterior exacerba los problemas, reduce la capacidad para abordarlos así como los paliativos que protegen a la gente común de los efectos de los altibajos económicos. Los inversionistas siguen haciendo dinero; ningún gobierno se ha colapsado del todo. No obstante, el futuro parece precario.

Pese a ello, todos estos comentarios sobre el colapso reflejan una visión de los países de la vieja guardia del sistema capitalista mundial, en la medida en que pierden su posición privilegiada y redituable. Esta visión es muy diferente de la de muchos países de Asia, África y Latinoamérica. La crisis actual revela y acelera el cambio del impulso económico lejos de las economías más importantes de Europa y América del Norte hacia regiones en desarrollo. Una pregunta clave para el futuro del capitalismo es si es posible sostener este impulso. El capitalismo se ha transformado en este cambio de Occidente a Oriente y de Norte a Sur, tal vez de maneras que permitan restaurar su vitalidad. Pero las economías en rápido crecimiento también enfrentan retos. Y el renovado crecimiento capitalista en las viejas economías "centrales" también depende de la transformación, particularmente de la relación del capitalismo con las instituciones políticas de poder y sociales. El capitalismo es vulnerable no sólo a los altibajos del mercado, el exceso de riesgos o a bancos mal manejados sino también a guerras, degradación

ambiental y cambio climático, así como a crisis de solidaridad y bienestar social.

Pensar en el fin del capitalismo, en su renovación o transformación exige reconocer que no se trata de un sistema perfectamente autocontenido. Podríamos remontarnos a condiciones históricas más complejas para analizar un sistema capitalista presuntamente puro. Pero la realidad viva del capitalismo siempre involucra una articulación con la actividad económica no capitalista así como con factores políticos, sociales y culturales; se trata de un sistema legal, institucional y económico. Y muchas de las amenazas más graves que enfrenta el capitalismo provienen de su dependencia de factores que rebasan lo puramente económico.

Procederé a refutar la idea de que el colapso del capitalismo es inminente y a sugerir que si el capitalismo perdiera su lugar dominante en la economía mundial, esto provendría con más probabilidad de una amplia transformación y del surgimiento de otros tipos de organización económica paralelos a la continuación de la actividad capitalista. No obstante, esto no significa que el futuro de largo plazo del capitalismo esté asegurado.

En primera instancia, aún hay problemas de riesgos sistémicos y de balanza financiera con otros sectores económicos. En segundo lugar, la utilidad capitalista suele depender de la externalización de los costos de sus actividades —humanas y ecológicas, así como financieras—. Los problemas de contaminación o desempleo en mercados volátiles exigen la atención de los gobiernos u otras instituciones sociales y hay un déficit de instituciones que realicen este trabajo; en países donde el crecimiento capitalista ha sido acelerado, el desarrollo social se ha rezagado con respecto al crecimiento económico, y el neoliberalismo ha debilitado la capacidad institucional de los países occidentales. Tercero, el capitalismo es vulnerable no sólo a factores "intraeconómicos" o institucionales, sino también a problemas externos como el cambio climático o la guerra. Se cuestiona el grado en que el capitalismo —esta maquinaria única en la historia para generar crecimiento económico— se enfrenta a límites ambientales al crecimiento y a posibles conflictos geopolíticos exacerbados por un crecimiento desigual.

En cada una de estas áreas, abordar las amenazas al capitalismo podría transformarlo, no provocar su colapso. El resultado podría ser un mundo en el que el capitalismo continúa teniendo una enorme importancia y potencialmente recupera parte de su vitalidad, aunque ya no pueda organizar y dominar un sistema mundial al grado en que lo ha hecho en la historia reciente.

¿POR QUÉ NO UN COLAPSO?

La idea de que el capitalismo se colapse, como ocurrió con la Unión Soviética, es un tanto errónea. Esto significa algo súbito, una transición ocurrida en unos cuantos años de lo existente a lo no existente. La Unión Soviética dejó de existir prácticamente de la noche a la mañana porque era una estructura institucional particular —un Estado— y su forma legal podía disolverse. Pero el capitalismo no es estrictamente análogo.

Como Estado, la URSS era una especie de corporación y fue, ante todo, esta corporación la que se disolvió. Desde luego, a raíz de la disolución de esta estructura política y legal se dieron cambios profundos en otras relaciones de poder y actividad práctica. Pero muchas instituciones que habían sido unidas a través del Estado soviético continuaron existiendo en su ausencia, con diferentes grados de cambio. La ciudad de Moscú tenía un estatus legal e institucional en la Unión Soviética y el que tiene en la sucesora Federación Rusa no es muy diferente. Gazprom cambió más. Su creación en 1989 reestructuró el estatus legal y la organización operativa de la preexistente industria gasera rusa. Mas tras la disolución de la URSS, Gazprom fue privatizada en 1992 y, desde entonces, ha operado como una coinversión. Se desinvirtieron sus activos en el decenio de 1990 y posteriormente se reintegró parcialmente para quedar bajo control del Estado en la primera década de 2000. De manera similar, podríamos encontrar una larga lista de continuidades parciales y transformaciones parciales.

No obstante, el artículo de Derluguian sobre la posibilidad de considerar a la URSS como un país estable que sobrevivió

hasta el momento en que le llegó su fin resulta instructivo. Es un error considerar el futuro únicamente en términos de proyecciones lineales sin tomar en cuenta posibles y marcadas discontinuidades. Derluguian nos recuerda cómo la presión puede hacer que un sistema resulte difícil de sostener y sea vulnerable a pequeñas acciones y acontecimientos que tienen consecuencias mayores debido a la inestable integración del todo. También nos recuerda que incluso una gran estructura que se suponía estable como proveedora indefinida del contexto y las condiciones básicas puede ser mucho más mutable de lo que aparenta. Mas debemos reconocer que la Unión Soviética no era equivalente al socialismo y, por ende, algo de alguna manera directamente análogo al capitalismo. Era algo particular y de un orden diferente.

Esto ocurre ya sea que consideremos el capitalismo como un grupo de prácticas que adoptan los capitalistas de cualquier país o como un sistema económico que vincula a empresas, mercados, inversiones y mano de obra en todo el mundo. El capitalismo es una formación histórica, sustentada, como diría Michael Mann, en una serie de redes de poder. Ha existido durante los pasados 400 años principalmente en la forma del moderno sistema-mundo que Immanuel Wallerstein ha analizado. Se trata de una organización jerárquica y desigualmente integrada, en la que las unidades primarias son los estados-nación y los actores económicos dependen fundamentalmente de las relaciones con y las condiciones dictadas por el poder político.

Ciertamente, la idea de un Estado-nación es, en cierto sentido, aspiracional; la sutura de la identidad sociocultural con las instituciones gubernamentales nunca es perfecta; la integración económica puede procurar la integración nacional y seguramente, los actores económicos también influyen en el gobierno. No obstante, incluso si parcialmente se trata de una ficción, el Estado-nación es una unidad formal decisiva para la participación en asuntos globales, que se reproduce en el isomorfismo político. La mayoría de las organizaciones internacionales son literalmente eso: estructuras creadas por la participación nacional organizada. Y los estados organizados de esta manera proporcionan un sustento medular al capitalismo. Sus mercados

domésticos ofrecen un mercado más libre que la mayoría de los acuerdos internacionales liberales. Proporcionan las bases legales y monetarias para empresas y mercados. Administran, o brindan las bases para la administración de la interdependencia entre diferentes empresas, industrias y sectores. Al organizar las estructuras de rasgo cultural y social, aun cuando de manera imperfecta, organizan a la fuerza de trabajo, los mercados de consumo y la confianza. El término "Estado-nación" bien podría definirse brevemente como "los esfuerzos por organizar la pertenencia política y sociocultural en términos de estados-nación", pero la época del capitalismo y la de los estados-nación ha sido la misma. No existe un capitalismo "real", no importa cuán global sea, que no esté condicionado por su organización política, económica y sociocultural. La importancia de esto radica en que la prosperidad capitalista actual y su sostenibilidad dependen de los estados-nación y de las potencialidades institucionales que han creado. Y éstas deben renovarse o sustituirse. No obstante, durante cuarenta años, los países de la OCDE le han dado la espalda a esta tarea, prefiriendo ahuecar las instituciones del "Estado benefactor" del pasado, reduciendo costos y logrando la competitividad inmediata, pero olvidando el bienestar y la seguridad de largo plazo de su población y la inversión colectiva que permite la participación económica futura.

Una vez dicho lo anterior, la mayoría de los viejos países capitalistas de Europa o de asentamiento europeo no se encuentran en el punto del colapso inmediato. El Sistema Nacional de Salud de Gran Bretaña aún funciona, incluso cuando los costos van en aumento y amenazan el presupuesto nacional. Estados Unidos ha mejorado, muy tardíamente, la provisión de salud —dirigida en particular al gran número de personas que no cuentan con beneficios de este tipo en su trabajo—. Y así sucesivamente. Se ha dado una gran erosión. Los presupuestos nacionales se encuentran en déficit y no es fácil reconstruirlos, aunque no necesariamente es demasiado tarde para arreglar las cosas. Una llamada de atención proviene de las economías europeas que enfrentan una crisis fiscal de tal magnitud que sólo pueden reducir el apoyo a sus ciudadanos, precisamente en el momento en que lo necesitan con mayor urgencia. España, Portugal,

Irlanda, Grecia y Chipre están al borde del precipicio y otros podrían seguirlos. Pero esto es más una amenaza para la Unión Europea que para el capitalismo, como tal.

Es probable que el capitalismo se desvíe cada vez más del equilibrio, lo cual podría representar una "bifurcación" irreversible de un sistema cuasinatural —como opina Wallerstein, siguiendo a Prigogine— o bien el fracaso de la regulación, de la estrategia corporativa y la prudencia de los inversionistas en mercados de capital caóticos o, sencillamente, una débil coordinación institucional entre actores dispersos y con diferentes intereses. También podría representar el fracaso de una distribución de la riqueza lo bastante amplia para crear una demanda para la creciente productividad, una posible consecuencia de la reducción de empleos que Collins vislumbra —aun cuando las consecuencias políticas del desempleo puedan ser más inmediatas. Al margen de la dinámica subyacente, la pérdida de un equilibrio estable incrementa los costos de sostener el capitalismo, aumenta las tensiones políticas y genera tensión social. Este tipo de desequilibrio es una manera de interpretar lo que significan las crisis, y a mayor desequilibrio más difícil y costosa resultará la acción necesaria para restaurarlo.

Pese a lo anterior, considero que no es probable que el capitalismo se colapse. Podría perder fuerza en el curso del cambio social. Podría organizar menos la vida social, económica y política, pero la imagen de nn colapso puede ser errónea. Afirmar que el Imperio romano se colapsó es una afirmación coherente, aunque cabe recordar que el proceso tomó unos 200 años, no una sola crisis. Afirmar que el feudalismo se colapsó y en el proceso dio origen al capitalismo moderno —el planteamiento del *Manifiesto comunista*— es menos realista. En primer lugar, el feudalismo no era "sistémico" en el sentido en que lo es el capitalismo moderno. En segundo lugar, no hubo un momento de colapso de las relaciones feudales o sus instituciones relacionadas. El largo deterioro de las relaciones feudales se dio en una época de construcción de estados y guerras, de innovaciones agrícolas y un comercio global en aumento, de revitalización religiosa y reforma, y duró al menos 300 años. No fue simplemente un colapso. La Iglesia católica se transformó profundamente durante la

época del debilitamiento del feudalismo y nunca volvió a tener el mismo papel, aunque sobrevivió. Muchas monarquías desaparecieron, aunque no todas; algunas lograron transformarse lo bastante para permanecer —y continuar teniendo cierta importancia— en una época que difícilmente podría llamarse feudal.

El final de la época capitalista, si llega y cuando se dé, probablemente resultará comparablemente desigual y difícil de definir a la mitad del proceso. Habrá instituciones que lo sobrevivan, incluyendo, muy probablemente, varios grandes consorcios empresariales que no necesariamente dejarán de fabricar, comerciar o especular porque el capitalismo deje de ser el motor que impulse a una época. El esfuerzo de comprar barato y vender caro data de mucho antes del capitalismo y probablemente permanecerá mucho después de éste.

EL CAPITALISMO, EN GENERAL, Y EL CAPITALISMO DOMINADO POR LAS FINANZAS, EN PARTICULAR

El capitalismo crea diversos problemas para sí, para la sociedad humana y para la naturaleza. Pero, en general, estos problemas no conducen al capitalismo a posibles picadas fatales. No obstante, la financiarización extrema sí genera esta vulnerabilidad.

Las finanzas son, desde luego, una parte medular del capitalismo, que le proporcionan dinamismo, capacidad de expansión acelerada y herramientas para manejar los costos durante un largo periodo. Ha sido crucial para las revoluciones tecnológicas y, de manera más general, es inherente a la capacidad básica y definitiva de mover el capital de una inversión a otra con base en la anticipación de grandes ganancias.

Como sugiere su nombre, el capitalismo es esencialmente una manera de organizar la actividad económica a través del despliegue constante de la riqueza —capital— por medio de inversiones en diferentes tipos de empresas redituables. El capital es inversión o riqueza invertible. Las finanzas —incluyendo la deuda directa aunque también una variedad de valores negociables— es una parte importante de éstas, medular para

la liquidez y movilidad del capital, así como para la expansión y la distribución de costos a lo largo del tiempo. El dinamismo empresarial depende del respaldo financiero, pero el financiamiento desigual puede ser distorsionante de diversas maneras. Generó un notorio incremento en la desigualdad del ingreso interno en todas las principales economías capitalistas; desvió fondos de inversiones en empresas productivas; impulsó una larga "megaburbuja" en los precios de los activos, incluyendo específicamente los precios de los bienes raíces respaldados por hipotecas que precipitaron la crisis de 2008 y 2009. Alentó la especulación.

Durante los años previos a la crisis del mercado de 2008 y 2009, las operaciones de títulos y deuda rebasaron a las industrias generadoras de empleos que repartían utilidades conforme al antiguo sistema capitalista mundial. Si bien los instrumentos financieros representaban apenas 25% de los activos invertidos en el decenio de 1970, para 2008 la financiarización había ascendido a 75%. A nivel global, los activos financieros representaban cuatro veces el valor de todas las acciones y diez veces el PIB global.

Fue un fenómeno global, moldeado por diversos factores que databan principalmente del decenio de 1970 y se aceleraron hacia el final del siglo XX. Debido a su impopularidad, Estados Unidos financió los últimos años de la guerra de Vietnam fundamentalmente con crédito. Con el fin de hacer frente a las dificultades económicas de los años setenta, Estados Unidos y otros de los principales países capitalistas acabaron con el sistema monetario de Bretton Woods, sustituyendo la estabilización derivada del respaldo de metales preciosos con fiduciarias flotantes, muy negociables. Tras la guerra árabe-israelí de 1973, los productores de petróleo pertenecientes a la OPEP restringieron el abasto, multiplicando enormemente sus retornos en un mundo que dependía fundamentalmente del petróleo, para luego canalizar gran parte de su dinero hacia fondos de deuda soberana. No obstante, la financiarización llegó a su extremo en las economías capitalistas más antiguas del mundo —y en las economías más débiles vinculadas con ellas, por ejemplo, debido a su pertenencia a la Unión Europea. Y si bien fue encabezada por

los grandes capitales, también arrastró a los ciudadanos comunes, quienes vieron estancarse sus ingresos, aunque continuaron con un alto nivel de gasto a base de crédito. Una mejor balanza entre empresas productivas y financieras es de hecho una de las ventajas de las economías actuales con mayor crecimiento, como China o India, las cuales se mueven de la semiperiferia hasta el centro en el capitalismo global.

La reciente crisis financiera revela la principal vulnerabilidad interna del capitalismo. Se trata del riesgo sistémico, esto es, el riesgo derivado de la compleja red de relaciones internas que conforman el sistema financiero moderno. Es importante tener claro lo anterior, así como la naturaleza de la crisis. No se trata de una crisis capitalista "clásica" de sobreproducción y consumo bajo. Si bien tuvo un impacto considerable en la economía "real" de manufactura y consumo fue, ante todo, una crisis financiera. Su impacto se multiplicó debido al enorme crecimiento de las finanzas globales durante las décadas anteriores y, especialmente, por el grado en que los activos financieros dominaron sobre todo las economías avanzadas de Occidente. Esto fue lo que provocó que el sobreapalancamiento y el riesgo excesivo, junto con una regulación laxa o ausente y el uso y abuso de nuevas tecnologías financieras resultaran tan peligrosos y, a la larga, perjudiciales. La financiarización no sólo aumentó la escala de los activos financieros, con el consiguiente impacto en la crisis financiera sino, y de manera más básica, fomentó la interconexión de las instituciones capitalistas vinculadas no sólo a transacciones de mercado más o menos transparentes sino también a una multitud de relaciones financieras complicadas y, por lo general, dudosas. Esto fue especialmente cierto en la industria financiera. Cuando se dijo en 2008-2009 que los principales bancos eran "demasiado fuertes para irse a la quiebra", habría sido más adecuado decir: "demasiado conectados para irse a la quiebra". Pero la financiarización no sólo afectó a las empresas del sector financiero; se convirtió en una parte central de todo el capitalismo global en gran escala. Las armadoras se convirtieron en compañías autofinancieras y las mineras se vincularon centralmente con el arbitraje del tipo de cambio.

La financiarización mejora el dinamismo del capitalismo, fa-

cilita la "destrucción creativa" de las estructuras de capital vigentes —por ejemplo, modos específicos de producción industrial— y fomenta el desarrollo de nuevas tecnologías, productos, procesos y sitios de producción. Llevada al extremo, empero, impulsa a las inversiones hacia utilidades cada vez de menor plazo y reduce el crecimiento más profundo y de largo plazo. También genera burbujas y contracciones especulativas. Incrementa la presión del mercado sobre las empresas al brindar retornos relativamente bajos sobre el capital, propiciando la desinversión de negocios antiguos que siguen siendo rentables y la caída de salarios, y reduciendo la tendencia del capitalismo industrial de compartir utilidades por medio del incremento de salarios. En última instancia, intensifica la desigualdad.

La financiarización conduce a retornos sobre la riqueza invertida que superan con mucho los derivados del empleo. Compensa a los operadores más que a los productores —y, pese a excepciones célebres, mucho más que a la mayoría de los empresarios. Provoca que todos los demás tipos de negocios paguen más por servicios financieros. El monto de los bonos que recibieron los empleados de la bolsa durante 2010, tan sólo en la ciudad de Nueva York, ascendió a $20 800 millones de dólares; los 25 principales gerentes de fondos de cobertura ganaron $22 700 millones. Y esto fue después de que el derrumbe del mercado reveló el perjuicio de la financiarización a la economía en general.

Si bien la obsolescencia tecnológica y la reorganización espacial son aspectos generales del crecimiento del capitalismo, éstos se aceleran por la financiarización, ya que incrementa el ritmo en que las inversiones se mueven de las industrias antiguas a las nuevas, y de antiguas a nuevas ubicaciones. El resultado de esto no sólo es el cambio tecnológico y económico, sino también el desplazamiento de personas. La rápida urbanización en los países en desarrollo y las ciudades industriales en decadencia en los antiguos países capitalistas son dos caras del mismo proceso. Al reducirse las utilidades en la manufactura, diversas industrias europeas y estadunidenses respondieron exigiendo a sus trabajadores aceptar reducción de compensaciones, introduciendo nuevas tecnologías, insistiendo en que los gobiernos les redujeran impuestos o les dieran subsidios directos o reubi-

cando su manufactura a otros países. En ocasiones, la reubicación se dio incluso después de que las empresas se beneficiaron de subsidios o reducciones salariales, pese a su compromiso de mantenerse en el país. Los gobiernos neoliberales apoyaron a las grandes empresas para destruir el poder de los sindicatos, de manera que no pudieran oponerse a estos cambios. Esto dio como resultado la pérdida de buenos empleos que Collins ve como una amenaza de largo plazo, pero no todas las razones eran de carácter tecnológico. El capital financiero permitió la rápida reubicación de la producción industrial.

Los recursos financieros fluidos también generan burbujas en el precio de los activos. La larga bonanza de los bienes raíces a nivel internacional de finales del siglo XX es un ejemplo. Generaron incrementos exorbitantes en el precio de las propiedades, especialmente en las ciudades y zonas turísticas. Normalmente, esto se sumó al desequilibrio económico y produjo otras distorsiones, aunque vinculó de manera crucial a los bienes raíces con la construcción, los ahorros de los propietarios y las otrora operaciones prudentes de los bancos locales para formar un gigantesco sistema internacional. Fue esta vinculación lo que generó el riesgo sistémico que desembocó en la crisis de 2008 y 2009.

Nuevas técnicas de ingeniería e inversión financiera propiciaron este riesgo sistémico. Los fondos de cobertura y los derivados adquirieron un papel económico central, sustentado en las fallas en la reglamentación. Básicamente esto significaba desarrollar toda una serie de nuevos instrumentos financieros, muchos de ellos vinculando a diversos actores económicos en una red de obligaciones mutuas como deuda y seguros, atrayendo cantidades sin precedentes de dinero a este nuevo tipo de inversiones y destinando este dinero a negocios en su mayoría ocultos del público. Gran cantidad de activos locales aparentemente estables —como hipotecas para casa habitación— se agruparon con títulos que los inversionistas operaban a nivel global, sin poder evaluar su calidad subyacente. Aun cuando muchos de los nuevos instrumentos se diseñaron para reducir el riesgo y predecir el capitalismo con mayor certeza, en realidad se volvieron objetos de gran especulación. El riesgo se concentró aún más, con el consiguiente peligro, y cada vez les resultaba más difícil a

ciertas empresas saber qué tanto estaban expuestas y con quién.

Los derivados —esencialmente títulos basados en apuestas sobre el posible precio de un activo subyacente— se utilizaban como seguro para compensar otras inversiones riesgosas. También se volvieron inversiones de alto riesgo aunque con el potencial de obtener grandes ganancias, sobre todo por los fondos de cobertura. Hacia finales del decenio de 1990, el capital en estas inversiones "alternativas" había rebasado los 50 billones de dólares, alcanzando cerca de 600 billones para el final de la crisis de 2008. Posiblemente esto animó a los operadores de fondos y a otros inversionistas a considerar que el riesgo estaba controlado, aunque los fracasos recurrentes de las coberturas sugieren lo contrario. De pronto, la escasez de liquidez y las acciones políticas podían detonar quiebras masivas. Como subrayaba Raghuran Rajan, anterior economista en jefe del FMI, a la luz del incumplimiento en el pago de deuda del gobierno ruso en 1998: "Una posición cubierta puede convertirse en descubierta en el peor momento, provocando importantes pérdidas para aquellos que equivocadamente creyeron que estaban protegidos".

Eliminar por completo estos problemas sería el fin del capitalismo tal como lo conocemos. Ya no tendríamos capitalismo si el capital no pudiera moverse entre inversiones para obtener un mayor retorno, y acabaría con la demanda de la reinversión en busca de una mayor productividad que impulse la innovación y la acumulación. La regulación que intentara esto cortaría de tajo el dinamismo y la creación de riqueza. Pero da que pensar que las mejoras regulatorias desde que empezó la crisis han sido mínimas. No se ha hecho prácticamente nada para reducir el potencial del riesgo sistémico.

PENSANDO DESDE LA CRISIS

En marzo de 2008 los mercados financieros se desplomaron y los fondos de pensiones desaparecieron. Los principales bancos quebraron, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Otros bancos fueron considerados "demasiado grandes para

quebrar" —gracias a un proceso que ahora sabemos fue un asunto de negociaciones internas entre los ejecutivos y el gobierno. Fueron rescatados en escala masiva, convirtiendo los ingresos públicos no sólo en una compensación por la toma de riesgos privados sino como una fuente directa de riqueza privada. Algunas industrias también fueron rescatadas pero, con mucho, los subsidios más grandes se destinaron a la industria financiera, donde se convirtieron directamente en capital, sin pasar por los circuitos de creación de empleos o alivio para los propietarios de casas habitación que luchaban por evitar la ejecución de su hipoteca. Si los gobiernos no hubieran proporcionado este apoyo, es posible que los mercados financieros capitalistas hubieran caído aún más bajo, afectando gravemente el capitalismo global.

Estados Unidos realizó euormes inversiones contracíclicas, tanto en infraestructura como en subsidios directos a la industria financiera —aunque posiblemente no tan grandes como era necesario—. Gran Bretaña prefirió seguir un programa de austeridad fiscal, con lo que se impusieron aún más restricciones de las que exigían los mercados de crédito. Y el norte de Europa, especialmente Alemania, le impuso medidas de austeridad al sur, llevando a la Unión Europea casi al punto del quiebre.

Los europeos consideraron que sus instituciones habían librado la crisis mejor que sus homólogos angloparlantes, hasta que las finanzas públicas de varios países miembros de la Unión Europea comenzaron a colapsarse bajo la presión. Los rescates bancarios, especialmente en el sur de Europa, convirtieron la crisis de la industria financiera privada en una crisis fiscal de los gobiernos. Grecia, Irlanda, Portugal y España se tambalearon en el límite de la bancarrota, incluso después de que impusieron severos programas de austeridad. La crisis financiera dejó al descubierto las debilidades en la propia constitución de la Unión Europea y la eurozona que fueron, en gran parte, un producto de la época de la financiarización. La intensificación de la competencia global parecía exigir una Europa más grande y fuerte que compitiera eficàzmente con China y Estados Unidos, una lógica no muy diferente de la que impulsó los ímpetus expansionistas de Citigroup y el Royal Bank of Scotland. El deseo de una divisa común, que resultaba atractiva a los líderes financieros y

empresariales de Europa, había llevado a su introducción sin contar con los mecanismos necesarios para un gobierno financiero común o, en general, para instituciones políticas que la respaldaran. El Banco Central Europeo estaba gobernado por un consejo representante de diversos gobiernos con intereses contrapuestos. Los países siguieron diferentes políticas y prácticas fiscales y, conforme la Unión Europea se expandía más allá de los países originales, la integración europea vinculó a economías muy dispares. El compromiso de la redistribución que se toleró tácitamente en los años de crecimiento se convirtió en punto de desacuerdo a la mitad de la crisis.

El futuro del euro y de la eurozona son inciertos. España y Portugal han logrado una cierta estabilidad pero Italia se tambalea y Chipre entra en una caída en picada. Nadie sabe cuán lejos se extenderá la crisis europea: quizá hasta el antiguo miembro Bélgica o el nuevo integrante Eslovenia, quizá hasta la propia Unión Europea, poniendo en peligro el acuerdo mismo de divisa común. Entre tanto, los programas de austeridad buscan enderezar la macroeconomía retirando la provisión de servicios y seguridad estatales. Las restricciones autoimpuestas por cada país, en diversas combinaciones, como respuesta a las presiones del mercado y a la imposición externa no fueron muy distintas de las políticas de ajuste que les exigió el FMI a los endeudados países del tercer mundo en el decenio de 1980. Los gobiernos se unen para salvar a los inversionistas de sus pérdidas y para evitar que los mercados globales caigan en una profunda depresión. Aun cuando fueron los inversionistas de la industria financiera transnacional quienes se beneficiaron de manera desproporcionada de la burbuja y, más directamente, de los rescates y la liquidez proporcionada por el gobierno, la crisis y sus acciones para remediarla se discuten en términos de estados-nación. Intentar comprenderlo como un asunto de griegos dispendiosos y alemanes prudentes oscurece el papel central de la propia financiarización —y, desde luego, la narrativa de la crisis financiera en términos eminentemente nacionales refuerza otros aspectos de la ideología nacionalista, incluyendo la extendida xenofobia y especialmente la islamofobia—. Las ganancias que obtuvieron las instituciones financieras alentaron a la Unión Europea a ex-

pandirse y a hacerse de la vista gorda ante los problemas fiscales de los países miembros. Ahora los ciudadanos de estos países, con bancos y estados financieros más fuertes, se quejan de tener que rescatar a otros, lo que le impone gran tensión a la propia Unión Europea y olvida el grado en que los beneficios del rescate se destinaron a la industria financiera y a aquellos con grandes activos de capital.

Aun después de transfusiones masivas de dinero proveniente de los contribuyentes, las instituciones financieras europeas y estadunidenses permanecen débiles. Algunas tuvieron que "recortar" los préstamos realizados en mercados de alto riesgo; únicamente las finanzas intergubernamentales han evitado el colapso. Casi todas hacen frente al continuo esfuerzo de fortalecer sus estados financieros tras la mal planeada expansión durante la burbuja. Los mercados accionarios han recuperado gran parte de lo que perdieron y las ofertas públicas primarias nuevamente generan ganancias —y nuevamente para una mezcla de empresas con productos y rentabilidad serios y otras con poco más que esperanzas e imagen—. Una vez más, los bancos de inversión y otras empresas pagan jugosos bonos, renovando así uno de los incentivos a la toma excesiva de riesgos —aunque ahora es más frecuente que paguen bonos en accioues de la compañía y prohíban su venta inmediata, con el fin de atar los intereses de los empleados al buen funcionamiento de la empresa—. Pero otras compañías están despidiendo empleados, temerosas de tener un "exceso de capacidad" y de que el regreso de la recesión sea un asunto real. La reforma regulatoria ha sido mínima, los mercados de derivados siguen teniendo poca transparencia y permiten un apalancamiento enorme con relación a activos modestos. La banca se concentra más que antes de la crisis en unas cuantas empresas gigantescas. Los precios de la vivienda siguen deprimidos y en algunos países han vuelto a caer, tras haber alcanzado una aparente estabilización. El crédito sigue restringido y las tasas de interés son prácticamente nulas.

La "economía real" continúa deprimida —aunque no totalmente "en depresión"—. El crecimiento del PIB es lento, el desempleo elevado, la creación de trabajos no corresponde a las expectativas de los analistas. No obstante, ante el temor de

la inflación y la deuda gubernamental, algunos opinan que la búsqueda del crecimiento debe sacrificarse en favor de la austeridad fiscal. La situación fiscal de varios estados de Estados Unidos es casi tan negra como la de Grecia o España, y aun cuando el gobierno federal cuenta con herramientas fiscales de las que carecen los estados, enfrenta un déficit masivo si no llega a un acuerdo sobre el presupuesto para lograr recortes o financiarlos, en cualquier combinación. El descontento económico es un factor relevante, que se ha extendido a un profundo descontento político ante el enojo del pueblo con gobiernos corruptos, autocomplacientes o incompetentes vinculados tanto con las ideologías de la derecha convencional como de la izquierda.

No obstante, el rumbo del desarrollo europeo no parece ser ni el colapso ni la revolución, sino más bien el estancamiento. Europa no crece, pero aún goza de un nivel de vida relativamente alto y sistemas económicos básicamente funcionales. Hay productos en las tiendas —aunque cada vez más tiendas cierran—. La mayoría de los gobiernos pagan sus cuentas, si bien continúan recortando gastos. Pero la respuesta política dominante sigue siendo la austeridad, en un intento por superar el déficit en las cuentas nacionales. Como esto tiene poco efecto positivo, al margen de la prudencia y el abstracto largo plazo, los políticos buscan cada vez más el crecimiento, aunque hasta ahora han encontrado pocos mecanismos satisfactorios para generarlo.

Incapaz de resolver sus problemas financieros como una unión, Europa enfrenta una serie de crisis financieras a nivel nacional. No obstante, aún queda suficiente fuerza económica y voluntad política en la Unión Europea para rescatar bancos y mercados financieros en caso necesario. Hay un extendido descontento popular pero hasta ahora ningún movimiento social de gran escala que represente un reto a los partidos o procesos políticos. Enormes manifestaciones y, en ocasiones, la ocupación de plazas públicas, son muestra del descontento, pero no han encontrado una vía para convertirlo en nuevos programas políticos sino sólo en objeciones a los viejos. Los populistas de derecha han aprovechado el momento para lanzar programas contra los inmigrantes y otros programas reaccionarios, pero aun cuando han crecido de manera alarmante, continúan sien-

do movimientos marginales y su mayor efecto es atraer a los partidos conservadores hacia la derecha. La izquierda europea apenas es visible, a menos que se cuenten las huelgas básicamente en interés propio y manifiestos estatistas en Francia. Lo que ha surgido es una serie de movimientos esencialmente "antipolíticos", tales como el de las Cinco Estrellas en Italia, dirigido por Beppe Grillo, y retomado en otros países donde los ciudadanos votan no por un gobierno más eficaz sino en contra del gobierno y especialmente de los políticos.

Estados Unidos intentó más estímulos que favorezcan el crecimiento, con lo que ha logrado una modesta mejoría económica: quizá de 2% —que aunque mucho mejor que el 0 o 1% de Europa, no es para cantar victoria—. Las perspectivas de Estados Unidos han mejorado con nuevos recursos energéticos y una economía más empresarial, pero el dinamismo del país se encuentra debilitado por un proceso político empantanado. Si bien ahora el Tea Party se organiza electoralmente como un ala del Partido Republicano, sus raíces son mucho más antipolíticas —no muy distintas del movimiento Cinco Estrellas italiano—. Atrae a la derecha republicana no hacia diferentes soluciones sino a la resistencia a llegar a acuerdos y, por consiguiente, a todas las opciones políticas disponibles. El gobierno de Obama es mayoritariamente tecnócrata de centro, aunque ha hecho sus principales innovaciones políticas sobre unos cuantos temas liberales. Mas no ha logrado dar una reorientación contundente ante la crisis y, en lo financiero, siguen predominando organizaciones y agendas muy similares a las qne había antes. Entre las grandes amenazas de la economía estadunidense podemos mencionar los gobiernos estatales y municipales asfixiados por la deuda. La reducción de costos en estos niveles reduce el impacto del estímulo federal al consumo, pero básicamente los gobiernos estatales y locales enfrentan obligaciones de largo plazo que podrían derivarse en un colapso fiscal a menos que una combinación de crecimiento e inflación reduzca la carga.

Aun cuando las raíces de la crisis de 2008 se centraron en la Unión Europea y en Estados Unidos, sus efectos han repercutido en todo el mundo. La fuerte interconexión y el rápido flujo del capitalismo y los medios globales parecieran hacer in-

mediatamente obvio que la crisis fue simplemente global. Esto era mitad verdad, mitad ilusión, o tal vez una distorsión derivada de la perspectiva. El enturbiamiento de los mercados de capital sí tuvo efectos de largo alcance. El desplome en el precio de los activos afectó a los fondos de deuda soberana en Abu Dabi y casi llevó a la quiebra al emirato vecino, Dubai. El desempleo exacerbado —principalmente entre los jóvenes— tal vez ayudó a encender la llamada Primavera Árabe —aunque claramente, la crisis económica no puede ser más que una parte de una historia mucho más compleja—. Los mercados accionarios de Shanghái, Tokio y Johannesburgo se hundieron junto con los de Nueva York y Londres, aunque se recuperaron con mayor rapidez. Los obreros chinos y vietnamitas fueron despedidos ante la caída de la demanda global, aunque después de breves tropiezos, la economía de ambos países continuó creciendo. Los precios de la energía y otros recursos naturales registraron una extrema volatilidad. Después de caer drásticamente, se recuperaron con la demanda de economías aún en crecimiento como China para después, en algunos casos, caer nuevamente a la par de la economía china.

Durante un tiempo, conforme Estados Unidos luchaba por escapar de una doble recesión y Europa con la deuda soberana de varios países miembros, China, India y varios otros países en desarrollo mantuvieron un crecimiento acelerado. De hecho, la mayor preocupación de los políticos chinos durante 2011 no era un revés económico sino más bien un "sobrecalentamiento" en el cual el crecimiento económico sobrepasara el abasto de materia prima, mano de obra y otros insumos, llevando a una inflación que escapara de control. Dado que China se había convertido en uno de los más grandes acreedores de Estados Unidos, este país, al igual que otros inversionistas extranjeros, estaban preocupados por el valor de sus activos denominados en dólares así como de los mercados para sus exportaciones. A la fecha de escribir este ensayo, el crecimiento de China continúa a un ritmo que emocionaría a los europeos, pero el crecimiento se ha vuelto lento, comprobando que China no es inmune a la desaceleración global. Los sobrecalentados mercados financieros presentan un riesgo. Miles de departamentos están desocupa-

dos en Beijing y Shanghái; fueron comprados por especuladores que esperaban revenderlos rápidamente. Si el crecimiento no se recupera pronto, o aún peor, si cayera mucho más abajo de 5%, esta burbuja de bienes raíces podría estallar, provocando una espiral descendente conforme los propietarios se deshacen de sus propiedades. Éste es un ejemplo relativamente local y limitado de un riesgo sistémico, pero hay otros de una escala mucho mayor, en los que los mercados financieros altamente apalancados están muy interconectados entre sí. Es también un factor que preocupa a los líderes chinos, ya que podría desatar la discordia en el país.

En India, el capitalismo es en comparación más vital, empresarial y menos vinculado con el gobierno central. Este último rasgo es una bendición, porque el gobierno central es mucho menos eficiente. India tiene una mayor pobreza endémica e infraestructura menos desarrollada, pero ha crecido de manera considerable y parece menos amenazada por burbujas especulativas. Al igual que China, empero, su eficiencia económica y política se debilitó debido a la extendida corrupción. Y, al igual que China, enfrenta serios problemas ambientales y ecológicos —aun cuando no se acerca a la desastrosa contaminación del aire en China—. Al estar más abierta a instituciones autónomas, India cuenta con un considerable rango de esfuerzos filantrópicos que mitigan los riesgos y alivian la pobreza. Pero la desigualdad es impresionante y la acelerada urbanización la convierte en un nuevo reto. Las instituciones gubernamentales que apoyan a quienes no tienen recursos para acceder a soluciones de mercado son aún modestas.

Felizmente, también en África y en algunos de los mercados emergentes de Asia y Latinoamérica ha continuado el crecimiento. Después de años de ser despreciada por la Unión Europea, Turquía tiene ahora un índice de crecimiento que es la envidia de Europa. No obstante, muchas economías en el mundo entero padecen inestabilidad, y la expansión capitalista global está casi paralizada. Esto expone como una ilusión la idea de que los BRICS y otros mercados emergentes simplemente podrían continuar con la expansión capitalista sin interrupción —o, en otras palabras, que fue una crisis completamente local de las

economías más ricas del mundo—. En realidad, fue una crisis global y está insertada en la globalización que el capitalismo ha ayudado a generar. Las implicaciones no han sido las mismas en todos lados. La crisis aceleró la transferencia del poder económico global a China y, en diversos grados, a otras economías "emergentes" que se habían iniciado como una dimensión de la financiarización de las economías industriales más ricas del mundo. Irónicamente, esto cerró la brecha entre países ricos y pobres, más que las políticas desarrollistas y asistenciales de las décadas previas de bonanza industrial. Pese al crecimiento de largo plazo, China no es inmune a las caídas globales, y otros BRICS han registrado una mayor volatilidad —como Rusia— o una desaceleración más aguda —como Brasil.

Pese a ello, el fondo de la cuestión es que no es probable que el capitalismo llegue a su fin únicamente como resultado de una crisis económica. Aun cuando en la época capitalista ha prevalecido la idea de que una economía pura imaginaria se diferencia marcadamente del gobierno y la sociedad civil, el capitalismo siempre se ha dado, y debe darse, en prácticas y organizaciones que cruzan estas fronteras. La relación entre gobiernos y actividad económica es constitutiva, no incidental. El capitalismo depende no sólo de la organización de los mercados como fenómeno sistémico "objetivo" sino también de construcciones sociales y culturales como la empresa, no sólo como una entidad legal sino como una organización de trabajo. La expansión del capitalismo no sólo ha dependido de los gobiernos y las sociedades, sino de la explotación de la naturaleza. En cada uno de estos tres casos, el capitalismo destruye las condiciones mismas de las que depende —y la financiarización extrema y el neoliberalismo exacerban esta tendencia—. La sobrevivencia futura del capitalismo depende de encontrar maneras de limitar o revertir esta destrucción.

DÉFICITS INSTITUCIONALES

Se perciben la transformación y la renovación en la mayor parte de Asia y algunas partes de África y Latinoamérica. Los altos

índices de crecimiento alientan el optimismo respecto de un futuro capitalista e incluso impulsan a los gobiernos a unirse a los activistas al declarar su compromiso con el "crecimiento verde" y la construcción de mejores sistemas de apoyo social. El contraste con la austeridad de Europa y el *impasse* político y apenas ligero crecimiento de Estados Unidos es palpable, pero se mantiene una similitud fundamental a pesar de las diferencias de estado de ánimo y trayectoria.

El crecimiento capitalista ha tenido enormes costos en términos de contaminación, movimientos sociales y desigualdad. La apropiación de una riqueza desproporcionada por una élite capitalista se manifiesta, incluso se alardea, aun cuando hasta ahora muchos otros comparten el desarrollo y no protestan. La corrupción agrega un reto adicional a la desigualdad. Al mismo tiempo, hay demanda de enormes inversiones en infraestructura y recursos, tanto para la industria como para albergar a las poblaciones urbanas que crecen aceleradamente. En su mayoría, estos costos se externalizan, mientras que la nueva riqueza pasa a ser propiedad de aquellos con la capacidad de ser propietarios, de exigir sueldos o recibir impuestos sobre las utilidades capitalistas. Esto significa que los costos ambientales y sociales no recaen en las balanzas financieras de las grandes empresas; aún más, los gobiernos obtienen gran parte de las ganancias para la tan necesaria inversión en infraestructura.

Así ocurre siempre con el capitalismo. Depende de un "régimen de externalización" que les permite a sus empresas apoyarse en los gobiernos, asociaciones civiles y familias y gente común, quienes generalmente soportan los costos de permitir condiciones como la infraestructura y los daños derivados del crecimiento capitalista. En realidad, gran parte de la rentabilidad y el crecimiento del capitalismo depende de la externalización de costos. Las empresas pocas veces pagan el total de las inversiones públicas de las cuales se benefician —tales como servicios de salud, educación de sus trabajadores o la construcción de la infraestructura necesaria. Generan contaminación y desechos pero no se hacen cargo de los costos financieros, humanos o naturales del daño. El capitalismo genera una riqueza inmensa, en otras palabras, pero siempre lo hace con el subproducto de un

severo "*illth*" —para utilizar el término acuñado por John Ruskin en la contaminada y empobrecida Gran Bretaña del siglo XIX, al referirse al opuesto de bienestar—. Puede continuar generando riqueza en tanto se tolere el *illth*. Los gobiernos intentan encargarse de compensar los costos, pero imponer al capitalismo la carga impositiva adecuada para pagar sus propios costos merma su competitividad internacional y elimina su propio dinamismo generador de riqueza.

Las empresas capitalistas también reciben muchos otros beneficios de los gobiernos, desde la defensa de su propiedad hasta oportunidades para comercializar los productos de la investigación financiada por el gobierno. Los gobiernos proporcionan desde los insumos necesarios adquiridos con divisas hasta carreteras y seguridad en materia como derecho contractual. El capitalismo también depende de la solidaridad social y de diversas instituciones, tales como escuelas y servicios de salud, que suelen brindar oportunidades de lucro, aun cuando están parcialmente organizadas con fondos públicos o de asociaciones civiles. Pero básicamente brindan servicios que, de otra manera, las empresas tendrían que asumir internamente, al igual que un contexto empresarial estable.

Los grandes conglomerados no están del todo contenidos o controlados por el capitalismo como sistema económico; cuentan con una estructura legal, están vinculados con la política y realizan trabajo para sus miembros más allá de las utilidades de los propietarios. El empleo en estos consorcios ha sido una fuente importante de beneficios de servicio social, incluyendo pensiones y seguro de salud, aunque esto ha decaído en la época de la financiarización, ya que las empresas expuestas a la desinversión o a ofertas públicas de compra perdieron su capacidad de planificar en el largo plazo y redujeron los gastos para conseguir utilidades de manera inmediata, con el fin de complacer a los volubles mercados financieros. Incluso lo más importante para mitigar los riesgos en la vida —incluyendo los generados o intensificados por el capitalismo— son las instituciones gubernamentales, que proporcionan desde salud hasta educación, cuidan de los adultos mayores y apoyan a los desempleados. Muchas de ellas han sufrido presiones agotadoras durante

la época de la financiarización. De igual manera, instituciones más antiguas como la familia, la comunidad y las organizaciones religiosas sólo pueden absorber parte de la carga adicional. Actualmente se forman asociaciones civiles con fines de autoayuda o de responsabilidad social. Para quienes tienen el dinero para pagar, existen otras propuestas para manejar el riesgo, desde seguros hasta ahorros. Mas en tanto sistema económico que genera ineludiblemente riesgos y volatilidad, el capitalismo depende de alguna estructura de instituciones de apoyo para ayudar a la gente común. Ya se ha dado una marcada erosión en la mitigación de riesgos socialmente organizada en las economías capitalistas más antiguas, y un desarrollo muy lento de instituciones nuevas enfocadas en este propósito en las economías capitalistas de reciente surgimiento.

El capitalismo ha florecido —asegurando su legitimidad— sobre instituciones y relaciones sociales que han sido muy perjudicadas en décadas recientes, y el que se renueve depende de la renovación de éstas. Se trata en parte de ofrecer legitimidad, solidaridad y apoyo social. Pero también es una cuestión a tratar el hecho de que el crecimiento del capitalismo es, al mismo tiempo, un problema de urbanización, de demanda de recursos, degradación ambiental, migración y otros múltiples problemas —no únicamente de inversión, producción y ganancias—. La capacidad de abordar estos problemas se deriva no sólo de los mercados sino de los gobiernos y, de hecho, de una amplia gama de instituciones sociales. Como afirmara Karl Polanyi durante la época de depresión y guerra del siglo XX, refiriéndose tanto al siglo XIX como al futuro, el desenfrenado desarrollo del capitalismo siempre menoscaba las condiciones sociales de su propia sobrevivencia, así como el bienestar general. Construir nuevos apoyos institucionales podría estabilizar al sistema capitalista y sustentar una repartición más equitativa de los beneficios del crecimiento capitalista.

Un contrato social implícito subraya la legitimidad no sólo de las empresas capitalistas sino de los gobiernos que brindan los medios para su continuidad; los ciudadanos toleran la desigualdad y la externalización de costos de largo plazo a cambio del crecimiento. Hoy los países con un acelerado crecimiento en

Asia, Latinoamérica y África enfrentan serios retos para equilibrar índices de crecimiento que les permitan mantener la cohesión social y las condiciones de crecimiento futuro. Obviamente no podrán sostener sus índices actuales de crecimiento, sobre todo en una economía global de bajo crecimiento y, en ausencia de ello, deberán enfrentar tanto burbujas especulativas como el descontento de los ciudadanos.

Europa y Estados Unidos enfrentan los mismos retos sin el beneficio del optimismo ni del crecimiento. La ansiedad respecto de la larga ausencia de crecimiento económico y manifiesta debilidad política para manejarlo es palpable, aunque a la fecha no ha surgido un movimiento social capaz de darle forma a los posibles resultados. En Europa, la respuesta del gobierno consta de un esfuerzo debilitante por restaurar el equilibrio fiscal mediante programas de austeridad y de conservar el capital de quienes fueron los principales beneficiarios de la financiarización y de que la crisis se precipitara. Estados Unidos ha hecho más para estimular un renovado crecimiento, pero sufre de candados políticos y de su determinación de que los costos deberán ser cubiertos por los contribuyentes, más que por las instituciones financieras o sus inversionistas. Tanto en Europa como en América del Norte, la respuesta popular a la crisis y la legitimidad de un gobierno débil ha surgido principalmente de la derecha y, muchas veces, de movimientos xenófobos.

Durante épocas de crecimiento considerable y sostenido, especialmente después de la segunda guerra mundial, el capitalismo generó empleo con mejores salarios. Simultáneamente, el crecimiento económico sustentó la ampliación de servicios de salud, educación, transporte y otros beneficios de los que gozaban los ciudadanos, con base en un incremento gradual de impuestos e inversiones gubernamentales. Hoy, todos dudan de que sus hijos puedan tener una mayor prosperidad y oportunidad de la que ellos tieneu. El deseo de los habitantes de países ricos de hacerse más ricos se enfrenta a la necesidad de su país de mantenerse competitivo a nivel internacional —no sólo en términos comerciales sino para hacer alianzas con élites y consorcios que podrían huir de regímenes con tasas impositivas muy altas—. Hay razones para esperar que los índices de

crecimiento en los antiguos y ricos países capitalistas retrasen el crecimiento global, de manera que incluso si continúan siendo ricos, las posibilidades de mejorar se reducirán en ausencia de una reforma estructural importante. De igual manera, las estructuras institucionales que durante largo tiempo garantizaron la legitimidad del capitalismo se han erosionado desde el decenio de 1970, sobre todo, desde la crisis financiera y fiscal.

El término "neoliberalismo" se refiere a un paquete de políticas que buscaban reducir los costos para el gobierno así como su participación directa en la actividad económica, además de reducir la regulación gubernamental de los mercados de capital. Este liberalismo que se dio después de los años setenta tenía mucho del liberalismo del siglo XIX, pero una diferencia medular es que la versión posterior buscaba deshacer diversas medidas de protección social y disposiciones económicas que se gestaron durante la madurez del capitalismo. Sus blancos principales eran las instituciones creadas como respuesta a la Gran Depresión y durante el largo periodo de bienestar de posguerra. No obstante, el nexo con el liberalismo del siglo XIX resulta instructivo, ya que nos recuerda que debemos ser conscientes de que la tensión entre la búsqueda de un capitalismo "irrestricto" y el esfuerzo de compensar sus excesos data de tiempo atrás. Durante el siglo XIX, los liberales buscaban desmantelar las instituciones tradicionales que obstaculizaban las ganancias de los capitalistas y limitar la creación de nuevas instituciones, un problema que se repite hoy en todo el mundo en desarrollo.

En China, por ejemplo, el desarrollo de un capitalismo altamente dinámico se encuentra en tensión con las estructuras comunitarias tradicionales, así como con instituciones alternativas que se crearon durante la época comunista, como el *danwei*, que convertía a la "unidad de trabajo" en el principal proveedor de vivienda, servicios de salud y empleo —con ciertas similitudes a los poblados paternalistas formados por las empresas en las fases iniciales del desarrollo capitalista en Occidente—. Los trabajadores que buscan un nuevo trabajo, especialmente los que emigran para encontrar trabajo en zonas urbanas en rápido crecimiento, quedan despojados tanto de las formas más antiguas del capital social en sus comunidades de origen como del res-

paldo institucional que alguna vez les ofreció el *danwei*. Adoptan nuevas formas de vida en las ciudades, donde tienen una buena situación en la medida en que tienen dinero para comprar en el mercado sustitutos a sus antiguas formas de provisión y lucha. A veces crean nuevas instituciones para ellos mismos. Hace una generación, migrantes a ciudades como Shanghái crearon un entorno nativo y asociaciones de clanes. Generalmente viven una existencia un tanto marginal, tratando de ahorrar dinero para mandar a su hogar o para traer a su familia. El gobierno intenta regular este proceso, por ejemplo, utilizando el sistema de *houkou* para restringir el acceso de los migrantes indocumentados a instituciones urbanas como escuelas. La existencia misma de la restricción es evidencia del déficit institucional, así como una herramienta de control social.

Conforme China se orienta cada vez más hacia el capitalismo, uecesita instituciones más fuertes. Ciertamente, el gobierno ha ampliado la educación y reestructurado los servicios de salud, introduciendo un nuevo sistema de atención primaria. Existe cierta ansiedad respecto de cuáles instituciones brindarán atención a los ancianos en una sociedad que envejece rápidamente —ya que la atención familiar se ha limitado no sólo por el cambio de actitud sino por la migración laboral y la política familiar de un solo hijo—. Sólo cabría especular sobre lo que podría surgir para ofrecer protección para el desempleo o servicios sociales. Las nuevas instituciones podrían ser asociaciones civiles o sociedades mutualistas de beneficeucia, aunque hasta ahora el gobierno se ha negado a permitirles demasiada autonomía. Resulta claro que está siguiendo la vía capitalista, aunque no está claro si evolucionará como una réplica de las instituciones occidentales, emulando el neoliberalismo de Occidente que intenta reducir al mínimo estas instituciones, o bien como una variedad de capitalismo de Estado "con características chinas".

El capitalismo de Estado ha sido una excepción durante los pasados 450 años, pero una posible transformación del capitalismo sería que se volviera más común. Se supone que el comunismo soviético ya involucraba cierto capitalismo de Estado. Ciertamente el fascismo sí. Es más probable que surja un capitalismo de Estado en los países donde los gobiernos utilizan hoy

el nacionalismo reaccionario para apuntalar su legitimidad. El punto clave es que el futuro del capitalismo no necesariamente será una extensión del "capitalismo liberal" que ha dominado la historia occidental durante los pasados dos siglos. El vínculo ampliamente reconocido entre capitalismo y democracia liberal podría haber sido sólo una manera de relacionar el capitalismo y la política, determinado por condiciones históricas y luchas particulares.

Desde luego, el neoliberalismo nacional estaba muy relacionado con el fomento del "libre comercio" a nivel internacional. La reducción de aranceles y otras regulaciones al comercio es en cierto sentido similar a reducir las restricciones a la movilidad interna y los esfuerzos gubernamentales de moldear los mercados. Brindar seguridad militar —o ventajas— y seguridad social convergen con las ventajas percibidas de la inversión de capital dominada por el Estado y representa un amortiguador contra los mercados globales que intenten convertirlo en un modelo plausible. Esto es más probable en países con poca experiencia de democracia liberal. Desde luego, los países occidentales también han administrado negocios —especialmente en transporte, comunicaciones y generación de energía— aunque su propósito rara vez ha sido acumular capital sino más bien compensar las fallas del mercado. Era una característica del neoliberalismo exigir su privatización, lo cual se ha dado de manera extendida, no sólo en antiguas economías centrales como Gran Bretaña sino en diversos países en desarrollo, sobre todo en Latinoamérica. En cualquier caso, sigue siendo un cuestionamiento vigente si la estructura institucional característica para que el capitalismo continúe distinguirá entre gobierno, instituciones empresariales y sociedad civil de manera tan marcada como ha ocurrido en Occidente.

RECURSOS ESCASOS Y NATURALEZA DEGRADADA

La continua acumulación de capital está limitada no sólo por dificultades económicas y problemas internos para la reproduc-

ción de sus sistemas de apoyo social y político, sino también por la destrucción de su entorno "natural". El capitalismo depende de la materia prima, de contar con una población constante y de la disposición de las personas de las diferentes sociedades a tolerar la externalización de los costos de la degradación ambiental de cuentas corporativas a cuentas públicas —ya sea en forma de pago de los gobiernos o de sufrimiento humano socialmente distribuido.

Resolver los retos ecológicos y del clima se vuelve cada vez más difícil por la manera como se entiende la "naturaleza". Desde tiempo atrás, se ha considerado, especialmente aunque no sólo en Occidente, como algo distinto de la sociedad, un obstáculo que es necesario superar —olvidando que nosotros también somos seres naturales y vivimos únicamente como parte de la naturaleza—. De manera más específica, durante el surgimiento y florecimiento del capitalismo, se consideró a la "naturaleza" como *recursos*. Para el capitalismo, la naturaleza existe para ser utilizada, explotada. Abundan los ejemplos, desde bosques hasta recursos hídricos. Tomando como ejemplo estos últimos, el uso de agua de manera global se triplicó durante la segunda mitad del siglo XX, mientras que la población se duplicó. Los avances tecnológicos le permitieron a los granjeros y otros usuarios del agua bombear agua del subsuelo a mayor profundidad, con el riesgo de agotar los acuíferos y reducir los mantos freáticos. La construcción de un mayor número de enormes presas generó energía eléctrica y a veces controló las inundaciones, pero también desplazó a poblaciones enteras, provocó la inundación de campos de cultivo y mató a los peces. Los ríos se están secando literalmente y los lagos están desapareciendo. Y al intentar manejar el problema con cálculos de costos, casi siempre se subestiman aquellos que el uso actual impondrá a las generaciones futuras.

Debido a que la naturaleza como recurso siempre resulta limitada y el capitalismo está organizado como un sistema en expansión perpetua, el capitalismo también propicia los esfuerzos por trascender los límites de la naturaleza. La combinación de la ciencia moderna y las empresas, con apoyo del gobierno, ha tenido un efecto notorio en las nuevas tecnologías, que incluyen desde recursos de ingeniería para aumentar los recursos natu-

rales: mejoras en agricultura, nuevos materiales y formas de extraer la energía. De esta manera, el capitalismo ha sido decisivo para incrementar la capacidad de sustentar la vida humana, al complementar el potencial "natural" con agricultura intensiva a base de fertilizantes, mecanización, drenaje e irrigación, y la producción de nuevos cultivos basados en la investigación. También, a partir de bases científicas, ha generado medicinas con su propio abanico de nuevas tecnologías, desde farmacéuticos hasta hospitales con equipo de punta, que han ampliado la vida humana "natural", permitiéndole a un mayor número de personas tener una vida más plena. Las nuevas tecnologías también incluyen procesos de producción y equipo que alteran y reducen en gran medida el papel de la mano de obra para crear nuevas materias primas. Incluyen tecnologías para el transporte y la comunicación que superan los obstáculos de distancia y geografía, así como otras tecnologías de infraestructura que favorecen la vida en las grandes urbes en una escala sin precedentes. Además de enormes inversiones en infraestructura, esto ha permitido un crecimiento drástico de la población, una urbanización masiva y enorme incremento de movilidad geográfica.

No obstante, la nueva organización de la vida social también ha multiplicado la demanda de energía, que se satisface principalmente con fuentes de carbono, desde carbón hasta petróleo, aunque también con otras formas de energía, como la nuclear. Las nuevas tecnologías han incrementado la demanda de diversos minerales. Además, la gran expansión de la vida humana no sólo se enfrenta a insumos escasos sino que trae aparejado el costo de un daño ambiental de gran escala, incluyendo el potencialmente catastrófico cambio climático. La intensificación de la agricultura que eleva la producción de alimentos suele provocar erosión de los suelos y otros daños. Los materiales de nueva ingeniería suelen ser menos biodegradables. La energía basada en carbono es contaminante, y una gran variedad de actividades que se han extendido con el crecimiento del capitalismo provocan el calentamiento global. Ésta es una de las razones principales por las que ha resultado tan difícil encontrar un consenso internacional, desde Río, hasta Kioto y Doha, que apoye una acción seria para evitar el cambio climático.

De manera más general, en una época de financiarización, los intentos por hacer frente a la degradación ambiental se convierten en objetos de comercio. Las propuestas de manejar las emisiones contaminantes con bonos de carbono son un ejemplo puntual. Estos esquemas de "límites máximos e intercambio de derechos de emisión" significan permitir a quienes no contaminan tanto como el límite establecido de vender sus supuestos "ahorros" a los contaminantes, para así permitirles contaminar más. El éxito de estos esquemas radica más en los paquetes de inversión de títulos comercializables que han creado los banqueros que en su eficacia real para reducir las emisiones.

Si la naturaleza se agota o se afecta sin remedio, el futuro del capitalismo estará en problemas —al igual que la vida, en general—. Se trata de un problema que rebasa las categorías del análisis económico, en parte debido a que resulta extremadamente difícil poner un precio adecuado a los recursos naturales, especialmente con referencia a su sostenibilidad de largo plazo. También porque pensar en la naturaleza únicamente en términos de recursos limita gravemente la comprensión del verdadero carácter de la participación humana en la naturaleza y su dependencia de ella.

Al considerarla esencialmente como recursos limitados, la naturaleza también es objeto de apropiación competitiva entre las organizaciones capitalistas y los gobiernos de los que dependen. La política y la economía del petróleo han sido el ejemplo más representativo de lo anterior durante los últimos cien años, especialmente desde el decenio de 1970. Ahora, otros nuevos factores en competencia por los escasos recursos determinan el futuro y presentan retos para el capitalismo, así como para los gobiernos y las sociedades. La energía es fundamental; los minerales son necesarios para la tecnología moderna; el agua escasea y suele estar contaminada. Incluso las tierras agrícolas son objeto de competencia en lugares como Arabia, un país árido, y la sobrepoblada China, donde la gente lucha por obtener derechos sobre tierras, hasta la fértil África.

La lucha por los recursos es otro factor importante en los conflictos geopolíticos. Ya son un factor real en diversos conflictos armados en pequeña escala que amenazan con convertirse en

guerras civiles, guerras entre estados y criminalidad. Asegurar los recursos naturales —tanto petróleo como diversos minerales— le resulta fundamental a China para continuar creciendo. Y para asegurar estos recursos, ésta debe establecer relaciones con países distantes, incluyendo algunos volátiles aunque importantes como el dividido Sudán, que le vende la mayor parte de su petróleo. Vender sus recursos naturales es medular para Rusia y algunas otras regiones de la antigua Unión Soviética. Europa es un gran importador de Rusia y ya se ha visto involucrada en conflictos por el abasto de recursos de los que depende. Irán es una potencia impredecible en el Medio Oriente y una importante influencia en la población musulmana. Los países del golfo Pérsico son grandes inversionistas internacionales y participantes decisivos en la seguridad de la región. La posibilidad de que se volvieran inestables tendría serias repercusiones. Nigeria, desde tiempo atrás un excelente ejemplo de la "maldición de los recursos", parece haber iniciado un camino más exitoso hacia el desarrollo aunque aún lleno de dificultades. A su vez, varios países latinoamericanos son importantes exportadores de petróleo y algunos, como Brasil, también son potencias emergentes. Estados Unidos ha reducido su dependencia de los recursos energéticos internacionales en parte con inversiones durante la crisis financiera, incluyendo nuevas tecnologías de fracturamiento hidráulico. La nueva capacidad de extraer petróleo y gas de esquisto es quizás el ejemplo más claro de una posible solución tecnológica a una de las mayores amenazas a la acumulación de capital en el futuro —mucho más que las tecnologías "verdes", cuyo crecimiento, hasta la fecha, no ha sido proporcional a la demanda de energía—. Pero el capitalismo continúa estrechamente vinculado con la política de la energía y los recursos a nivel global, y la lista de países poderosos vinculados podría extenderse. La energía está ligada a compromisos ideológicos con la soberanía; tal es el caso de las disputas por islas en el oriente de Asia, así como la política de Asia central e incluso la enemistad poscolonial de Gran Bretaña y Argentina.

Los recursos energéticos son tal vez los factores más prominentes para prever conflictos, aunque no son los únicos. El agua y la tierra cultivable también escasean. Y, además de los recursos,

hay tensiones relativas a la religión, la migración, las fronteras y los deseos casi imperiales de ampliar territorios —por no mencionar las tensiones derivadas de la evidencia de que el vecino está acumulando armas o adquiriendo capacidad nuclear—. Diversos dictadores y actores no gubernamentales son una fuente adicional de inestabilidad y de posible conflicto. Los conflictos de la década pasada —especialmente la invasión de Iraq y la guerra constante en Afganistán— han exacerbado las tensiones, reduciendo la capacidad de Estados Unidos de complementar su hegemonía con una política eficaz. Todo lo anterior incrementa la probabilidad de una guerra, y el que conflictos regionales o de menor escala se conviertan en conflictos geopolíticos de mayor escala. En muchos sentidos, los cuarenta y cinco años de guerra fría parecerían el interludio de una historia más larga de conflicto y reestructuración geopolíticos.

EL SECTOR INFORMAL Y EL CAPITALISMO ILÍCITO

Tanto la financiarización como el neoliberalismo debilitaron instituciones decisivas para la estabilización del capitalismo en países de Occidente relativamente ricos; éstas incluyen no sólo instituciones gubernamentales regulatorias sino sindicatos e incluso consorcios. Los consorcios empresariales que parecían un marco estable para que sus empleados hicieran carrera dejaron de proporcionar servicios de salud, pensiones y seguridad laboral de largo plazo; en muchos casos, dejaron de existir en la medida en que sus activos se comerciaron en los mercados de capital, lo que los eximió de obligaciones con empleados, la comunidad u homólogos empresariales. Las comunidades se ven afectadas por la alteración de su base económica y por movimientos populares. Las organizaciones formales proporcionan cada vez menos seguridad para los ciudadanos comunes, y de hecho, menos oportunidades. La transición no fue un golpe tan fuerte como la crisis de las instituciones en vísperas de la caída de la URSS, aunque iba en la misma dirección. Las organizaciones religiosas entraron en acción, no sólo con programas de

beneficencia sino con diversos servicios institucionales, desde empleo hasta apoyo emocional. Y en todos los países de la OCDE, surgieron redes locales para organizar economías no monetarias basadas parcialmente en el trueque.

Las instituciones formales débiles se han relacionado con el crecimiento del sector informal. Arthur Lewis y Keith Hart acuñaron el término para describir el entorno de los países del tercer mundo, donde las instituciones formales no se han desarrollado a escala nacional y, como resultado, la economía formalmente registrada abarca únicamente una fracción del total de la actividad económica. El resto, fundamental para la sobrevivencia de gran parte de la población, comprende diversas combinaciones que van desde la dependencia de relaciones sociales "tradicionales" adaptadas para brindar apoyo en circunstancias nuevas, el desarrollo de alternativas para las relaciones de mercado formales, tales como el trueque y redes de relaciones personales donde las transacciones pueden realizarse al margen de la ley o del sistema fiscal. Algunas de las actividades del sector informal podrían clasificarse como delictivas, otras no. Pero aún cuando el concepto se originó en estudios sobre el tercer mundo, resulta evidente que el sector informal siempre ha acompañado al capitalismo, al igual que los esfuerzos de los estados-nación por organizar el marco legal que permita apoyarlo y hacerle frente.

El sector informal ha crecido considerablemente durante los pasados cuarenta años. Representa una dimensión importante de la vida económica tanto en países ricos como pobres, una parte importante de cómo las personas hacen frente al pobre desempeño de las instituciones públicas —como ocurrió durante los últimos años del comunismo y las economías formalmente planificadas—. Resulta importante como una forma de resolver la cada vez mayor escasez de bienes públicos —no sólo durante la época posterior a la transición en los antiguos países comunistas, sino también en los capitalistas donde se impusieron el neoliberalismo y la austeridad—. Gran parte de la actividad se organiza en la comunidad: trueque en pequeña escala, cooperativas, cambio de divisas al margen del sistema fiscal y la industria financiera. El sector informal no es simplemente un reducto de problemas sociales. También es un entorno de creatividad. Los

inventores y empresarios que se iniciaron en la cochera de su casa, y ahora son un mito, en Silicon Valley organizaron sus nacientes empresas de manera informal —al menos en periodos cuando no era fácil conseguir capital de riesgo—. Lo mismo hacen hoy varios empresarios en India y Nigeria, al igual que cineastas y artistas. En ocasiones, el sector informal puede aparecer en entornos bohemios, otras en entornos de clase media. Sus negocios dinámicos y atractivos no siempre pagan impuestos y los empleados generalmente carecen de prestaciones tales como fondo de pensión o seguro de salud.

El sector informal no está formado únicamente por redes comunitarias locales y otras opciones de cara a los mercados y las instituciones formales. También tiene una dimensión de gran escala de estructuras capitalistas transnacionales que operan, al menos parcialmente, al margen de las instituciones y leyes de un país. Ejemplos de esto son el lavado de dinero, la banca e inversiones sustentadas por la fuerza o por contratos. Incluyen evasión de impuestos, tráfico de diversa índole y toda una gama de flujos ilícitos: desde minerales —diamantes de sangre o coltán— hasta armas —en su mayoría pequeñas, aunque también tanques, aviones y misiles—, drogas y personas. Este capitalismo a menudo ilícito suele estar más formalmente organizado de lo que sugiere su nombre de "sector informal", y sus ingresos e inversiones ascienden a billones de dólares —aun cuando no resulta fácil hacer nn cálculo exacto.

La industria ya importante de evasión de impuestos y flujos de inversión ilícitos creció debido a la manera en que el capitalismo sustituyó al comunismo. Frecuentemente involucraba el robo de activos del gobierno que llevaban a cabo ex agentes del Estado y su transformación en una mezcla de empresa capitalista y crimen organizado. Esto ayudó a fomentar el comercio ilícito en gran escala y arrojó grandes cantidades de dinero a una red global ya próspera de mercados ilícitos. Se calcula que ascendió a un billón de dólares el capital no registrado que fluyó rápidamente de países como Rusia a paraísos fiscales como Chipre y las islas Caimán para ser reinvertido en negocios legales e ilegales tanto en Rusia como en el resto del mundo.

La importancia de la actividad tanto del sector informal rela-

tivamente local como del capitalismo ilícito en gran escala revela debilidades en el crecimiento capitalista registrado formalmente. En primer lugar, este crecimiento no puede lograr la distribución necesaria para sostener la vida social y la reproducción. En realidad, el capitalismo formal depende del sector informal para mantener las condiciones básicas de vida en muchas sociedades —y, con ello, la paz social necesaria para lograr la prosperidad de los sectores basados en mercados legítimos—. Esto es particularmente cierto en los sectores de las sociedades capitalistas más afectados por el fracaso del mercado formal —en cinturones de miseria, por ejemplo, donde los residentes dependen básicamente uno de otro y de actividades empresariales en pequeña escala para sobrevivir, porque tanto el capitalismo en gran escala como el gobierno son ineficientes—. Lo anterior puede ocurrir en una escala mayor donde la corrupción demuestra no sólo la codicia individual sino también el subdesarrollo institucional. En segundo lugar, los grandes capitales canalizados al comercio global ilícito implícitamente gravan o desvían fondos del sector formal, y hacen menos predecibles los mercados y los riesgos. Desde luego, el capital del sector ilícito también entra en los mercados de capital legítimos y en inversiones directas de negocios legítimos —donde es posible que vaya acompañado de tácticas gerenciales ilegítimas, como el cohecho y las amenazas de violencia—. La informalidad y la corrupción desplazan a la regulación estatal necesaria e integran negocios legítimos directa o indirectamente con los ilegítimos, como el tráfico de drogas o de personas.

Gran parte de la economía política global está organizada de maneras que rebasan el sistema mundial "oficial" de los países y el capitalismo. La colusión entre gobiernos y empresas, el crimen organizado en varias escalas, el poder político de caudillos y cárteles que no tienen ningún cargo político, y el poderío económico de regiones semiautónomas de algunos estados, incluyendo a los militares, también revelan un mundo más complejo —que representa una amenaza para el capitalismo, tal como lo conocemos. Lo mismo ocurre con los retos a la ciberseguridad, desde wikileaks hasta la piratería informática, el software malicioso, el fraude electrónico y otras tácticas que han surgido, mu-

chas veces con apoyo del gobierno. Otras veces son empleadas por profesionales independientes para atacar al gobierno o a las empresas. Esto es parte de la transformación del capitalismo, y si bien hay algunos antecedentes históricos, su futuro es incierto.

CONCLUSIONES

Aun cuando es poco probable que el capitalismo se derrumbe la próxima semana, tampoco es probable que dure para siempre. No obstante, sigue siendo poco atinado imaginar el futuro únicamente en términos de proyecciones lineales a partir del presente.

El capitalismo podría acabarse por contradicciones internas, incluyendo su propensión a las crisis y la intensificación específica del riesgo que acompaña a la desigual financiarización en gran parte del mundo. Sorprende que se haya hecho tan poco para mejorar la regulación o las estructuras del mercado después del derrumbe del mercado de 2008 y 2009. Siguen detentando el liderazgo las mismas compañías y personas y, por consiguiente, prevalecen los mismos riesgos.

También es importante la posibilidad de perturbaciones externas, ya sean catástrofes ambientales, enfermedades, guerras o rebeliones. Los sistemas de infraestructura de los que depende el capitalismo, como las redes de comunicación o el suministro de energéticos, podrían ser interrumpidos por actores políticos. Por estas razones, lo que ha sido un proceso de integración global cada vez más estrecho podría revertirse parcialmente. Hacer frente a estas perturbaciones dependería de sistemas con una vinculación más flexible, con diferentes bases de resistencia.

El capitalismo podría deteriorarse sin llegar al colapso si organiza menos la actividad económica y cede esta organización a sistemas alternativos. Tal vez el crecimiento sea más lento, lo cual podría ocurrir de modo global o, con mayor probabilidad, de manera desigual en diferentes países y regiones. La integración cada vez más estrecha de los mercados globales, que ha fomentado el capitalismo, podría hacerse más lenta o revertirse,

dependiendo de los diferentes sistemas de organización y entornos. Tal vez el capitalismo resulta más importante para algunos y más marginal para otros; también, que las empresas que tienen relación con el gobierno intervengan más en las relaciones económicas y dejen menos espacio al "libre" mercado. Podrían organizarse más de acuerdo con metas que no sean la acumulación de capital. Las instituciones políticas y sociales podrían servir de equilibrio al capitalismo en mayor o menor grado, y el capitalismo ilícito aumentar o disminuir. Tal vez el capitalismo siga vigente en la economía política global, aunque con menos predominio. O bien, podría surgir una nueva estructura económica radicalmente novedosa.

La crisis actual no es la primera que el capitalismo ha sobrevivido, porque los estados están dispuestos a intervenir y asumir los enormes costos creados por sus "excesos". Desde luego, los ciudadanos a los cuales se externalizan estos costos suelen estar descontentos. Pero si los gobiernos ayudan al capitalismo absorbiendo los costos que externalizan las empresas, también ayudan a los ciudadanos al administrar riesgos como desempleo o enfermedad. Hasta ahora, hay pocos indicios de movimientos sociales que sean capaces de derribar a los gobiernos que imponen la austeridad con el fin de defender a las instituciones financieras capitalistas. No obstante, esto nos recuerda que la vulnerabilidad del capitalismo a las crisis es tan importante como la posibilidad de que éste se vea afectado por la destrucción de las condiciones políticas, sociales y ambientales de las que depende.

Resolver las fallas institucionales es un reto fundamental que pueden resolver tanto instituciones no gubernamentales como gobiernos; también asociaciones no lucrativas y, en ocasiones, las empresas capitalistas, cuando tienen la suficiente estabilidad para fungir como instituciones sociales que apoyan a sus empleados. Actualmente, una parte del sector informal amortigua los efectos del capitalismo para muchas poblaciones mal atendidas por las instituciones vigentes, aunque éste también incurre en corrupción en gran escala. Hay un enorme sector ilícito dedicado a empresas delictivas que además incurre en evasión fiscal. Los sectores informal e ilícito son interdependientes del capitalismo más formal y legítimo, aunque

socavan a las instituciones de las que dependen, incluyendo a los gobiernos.

Está en duda que los gobiernos tengan la capacidad de continuar brindando condiciones viables para el crecimiento capitalista, tanto en algunas partes de Europa como en países menos desarrollados comúnmente asociados con "gobiernos frágiles". Las crisis fiscales complementan los retos a la seguridad. Las inversiones en infraestructura y desarrollo no han rendido los frutos esperados. Aun cuando regular las finanzas globales y resolver los retos ambientales exige contar con estructuras de gobierno eficaces a nivel transnacional, se observan pocos esfuerzos por crearlas. Actualmente, mantener amalgamado el sistema mundial global depende de la hegemonía y de la contribución desigual de algunos miembros. La decisión de Estados Unidos de aplicar estas cargas de manera unilateral se ha reducido, pero no se ha sustituido por una alternativa multilateral. Una posibilidad es que estructuras regionales sustituyan al sistema mundial y que el capitalismo resulte más importante para algunas.

El capitalismo contribuye a perturbaciones "externas" que podrían afectar su crecimiento futuro —sobre todo la degradación ambiental y el cambio climático—. Es probable que el "crecimiento verde" sustente al capitalismo y haga frente al cambio climático, o bien que limite su crecimiento por resultar problemático e insostenible ya que, en última instancia, el capitalismo es una máquina de crecimiento.

Es necesario definir acciones frente a cada amenaza para contrarrestar el daño y mitigar los riesgos de un desarrollo capitalista unilateral. Las acciones podrían surgir de empresas lucrativas y no lucrativas, así como de los gobiernos o de movimientos sociales, aunque a la fecha ninguno de estos actores está a la altura de los retos globales. En cualquier caso, el capitalismo no puede sobrevivir si las instituciones no se modifican, si no se restablece el empleo y se resuelven los retos ambientales y de salud pública, entre otros.

El colapso simultáneo y en gran escala de los mercados capitalistas sería catastrófico, ya que no sólo provocaría trastornos económicos sino hundiría a las instituciones políticas y sociales. Podría ser detonado por crisis sistémicas o, más probablemente,

por el cambio ecológico o la violencia. El riesgo se incrementa con la externalización capitalista de los costos y el daño tanto al ambiente como a instituciones sociales potencialmente estabilizadoras. No obstante, los cambios discontinuos no suelen ser súbitos ni catastróficos.

Como sugerimos en un inicio, lo más probable es que el capitalismo se transforme en el transcurso de las generaciones hasta resultar totalmente distinto. Supuestamente un gobierno fuerte, mejor productividad agrícola y la renovación de la fe religiosa fueron soluciones a los problemas de la Europa medieval, que la transformaron y, a la larga, dieron origen a una nueva época. En el siglo XX, la conjunción del manejo de riesgos a cargo de los gobiernos, una economía propicia y las empresas capitalistas representó una solución a los problemas del capitalismo. Y si bien lo transformaron, seguían insertos en un orden capitalista.

El orden capitalista es un sistema muy complejo y de gran escala. Los acontecimientos de los últimos cuarenta años modificaron profundamente las instituciones que mantuvieron al capitalismo relativamente organizado durante el periodo de posguerra, y repararlas o sustituirlas modificaría el sistema, al igual que las nuevas tecnologías y las empresas o prácticas financieras. Pero incluso una renovación exitosa del capitalismo lo transformará, al igual que al moderno sistema-mundo que ha impulsado su crecimiento durante cuatrocientos años. El capitalismo se transformará en la medida en que el crecimiento provenga desde fuera de sus principales regiones occidentales. Y esto lo integrará con diferentes historias, culturas e instituciones sociales.

La cuestión es si el cambio será adecuado para manejar los riesgos sistémicos y hacer frente a las amenazas externas. De no ser así, ¿habrá una devastación extendida antes de que surja un nuevo orden mundial?

SEAMOS REALISTAS
Conclusiones colectivas

IMMANUEL WALLERSTEIN, RANDALL COLLINS,
MICHAEL MANN, GEORGI DERLUGUIAN *y* CRAIG CALHOUN

Como conclusión, ¿estamos de acuerdo o en desacuerdo? Compartimos la evaluación sobre la situación actual del mundo, incluyendo los entornos intelectual y político, en los cuales identificamos puntos débiles y, por consiguiente, los peligros de seguir violentando el futuro. Estos acuerdos son el tema principal de nuestras conclusiones. No ocultamos nuestras diferencias teóricas respecto de las maneras en que construimos el mundo y sus perspectivas futuras. Al reunirnos a escribir el presente libro, la esperanza inmediata es que nuestros puntos de acuerdo, así como nuestras diferencias, le den al lector una visión panorámica y un tema de debate enriquecedor. Nuestra principal esperanza es que, si logramos captar la atención de un gran número de lectores, también podremos hacer una diferencia.

Estamos de acuerdo en que el mundo ha entrado en un periodo histórico turbulento y turbio, que durará varios decenios. Lleva tiempo que las grandes estructuras históricas cambien o se aclaren, y la actual Gran Recesión nos obliga a pensar seriamente en las perspectivas mundiales. La pregunta central no es sólo cuáles son las perspectivas para que el predominio económico y la hegemonía geopolítica de Estados Unidos continúen, ni a qué parte del mundo pasará ese predominio, sino la probabilidad de que ocurra una transformación estructural importante. Si bien no estamos de acuerdo en algunos puntos importantes del pronóstico, tenemos varios puntos en común sobre nuestra visión sociológica. Todos nuestros comentarios se sustentan en la investigación acumulada en el ámbito de la sociología macrohistórica —el estudio comparativo del pasado y el presente con base en las tradiciones marxistas y weberianas, que se enfocan en las estructuras de poder y en los conflictos sociales—. Percibi-

mos múltiples dimensiones de causalidad y estamos de acuerdo en muchas características del capitalismo, la política de Estado, la geopolítica militar y la ideología. Nuestros desacuerdos radican principalmente en las intersecciones de los diferentes órdenes de causalidad: si un sector dinámico en particular puede volverse tan poderoso como para dominar otras esferas causales, o si el mundo multicausal siempre genera un alto grado de impredecibilidad, y si una perspectiva global puede mostrar un sistema de un orden superior que reúna a todos los sectores causales para formar un patrón histórico más amplio.

En este último capítulo delinearemos primero la manera macrosociológica de describir la globalización actual, sus orígenes y posibles futuros. En la segunda parte abordaremos las ciencias sociales en su estado actual de *impasse* y su potencial para ser más útil en el futuro inmediato. En otras palabras, presentaremos un esbozo de lo que consideramos una imagen más realista del mundo y las maneras de abordar este punto.

HACIENDO NUESTRO PRESENTE

La (hasta ahora) Gran Recesión occidental marca el final de la fase histórica de mediano plazo que se inició hace unos cuarenta años, con la crisis del decenio de 1970. Este periodo reciente fue bastante confuso, como lo evidenció la multiplicación de nombres inapropiados: neoliberal, posindustrial, posfordista, posguerra fría, posmoderno, posconsumista, etcétera. Desde finales del decenio de 1980, la globalización se ha convertido en una descripción genérica y en boga de la situación actual del mundo. Todos estos nombres nos parecen problemáticos. La globalización, sobre todo, se presenta como la gran causa histórica de lo que en realidad son las consecuencias neoeconómicas de la crisis de los años setenta y de los cambios subsiguientes en la distribución mundial de los procesos de producción, o simplemente lo que se llamó "tercerización". El dilema de estas etiquetas es que a la fase actual de la larga trayectoria histórica del capitalismo, le ha faltado coherencia y verdadera novedad.

Incluso la llegada de la internet, como afirma Randall Collins, sólo revivió los antiguos dilemas de la máquina que desplaza el trabajo y la subsistencia de las personas. Visto desde una perspectiva más sobria, la principal condición del periodo de 1970 a 2000 no fue el surgimiento de ninguna fuerza estructural novedosa sino más bien la ruina de las anteriores. Nos referimos sobre todo al agotamiento o la extinción de las tres corrientes de la Vieja Izquierda: la socialdemocracia y el reformismo liberal en el "primer mundo"; las dictaduras revolucionarias comunistas de rápido desarrollo industrial en el "segundo mundo" y los movimientos populistas nacionales del "tercer mundo".

Los pasados triunfos de la Vieja Izquierda se derivaron directamente de los altibajos geopolíticos del siglo XX. No de la marcha abstracta del progreso ni del crecimiento de la conciencia de clase *per se*, sino directamente de las terribles experiencias de las guerras mundiales y las movilizaciones internas que les dieron a todas las personas, blancas y no blancas, hombres y mujeres, la oportunidad, la unidad y las armas. En este libro, Immanuel Wallerstein y Michael Mann, cada uno a su manera, presentan las líneas generales de esta transformación dentro del capitalismo, en tanto que Georgi Derluguian muestra en gran detalle lo que permitió el ascenso de los estados comunistas y los procesos y fuerzas que derivaron en sus distintos desenlaces. Las dos guerras mundiales impulsaron las ya antiguas tendencias hacia estados modernos más extensos e invasivos. Después de 1917, las fuerzas de izquierda en muchos países se vieron de pronto en la posición de aprovechar la maquinaria estatal de la guerra, y de desplegar nuevamente sus capacidades para lograr el crecimiento industrial y la redistribución social. La Gran Depresión de los años treinta le abrió a los partidos de izquierda —aunque también a los fascistas— la oportunidad política al desacreditar severamente y llevar a la quiebra a las monarquías aristocráticas que aún quedaban, a los regímenes liberales oligárquicos y sus imperios coloniales del siglo XIX. La guerra fría que surgió después de 1945 estabilizó los resultados de esta transformación histórica durante varias décadas más. La guerra fría —otro término inapropiado que en realidad significaba la "paz fría" de múltiples treguas y compromisos diplomáticos implícitos— institucio-

nalizó el compromiso reformista interno y la provisión del bienestar social en las democracias de Occidente, conteniendo así el espectro de la revolución que había perseguido a esta región de tiempo atrás. Esta misma guerra fría aseguró la coexistencia pacífica con el bloque soviético, al contener el antiguo espectro de la guerra. Y al extender el patronazgo político y la ayuda económica internacional a las antiguas colonias, el orden mundial de la guerra fría canalizó el espectro de la revolución de las colonias contra los blancos para convertirlo en expectativas optimistas y de cooperación encaminadas a la modernización universal. Aquellos eran los tiempos de compensaciones generosas por el sufrimiento y los sacrificios de décadas de guerra.

Pero los buenos tiempos estallaron súbitamente en el decenio de 1970. Craig Calhoun nos recuerda que la secuencia de otra transición política no se inició con el resurgimiento de la derecha, sino con las juventudes de la Nueva Izquierda que pusieron en entredicho los acuerdos de la guerra fría exigiendo aún mejores tiempos, menos hipocresía oficial y burocratismo esclerótico. Ciertamente, los sistemas contemporáneos de todo el mundo —Occidente, Oriente y Sur— mostraban diversos signos de patología burocrática y despotismo, disfrazados por una gran hipocresía. No obstante, en el decenio de 1970, la importancia de estos detestados sistemas radicaba en que representaban las últimas etapas de varios regímenes políticos que se originaron con las intervenciones modernizadoras, de reforma social, anticoloniales o revolucionarias de la anterior época heroica. Pese a las diferencias ideológicas que declaraban a grandes voces, la generación de estados surgidos a partir de la guerra compartían su dependencia de lo que los estadunidenses llamaban la tríada de Gran Gobierno, Grandes Sindicatos y Grandes Empresas o sus equivalentes funcionales en los ministerios nacionales o repúblicas soviéticas. Todas estas estructuras políticas y económicas sustentaban su poder y legitimidad en ofrecer a las masas educación moderna, vivienda, servicios de salud y bienestar, el típico empleo industrial de por vida y cómodas carreras de clase media en las jerarquías burocrática, militar y profesional.

Sin duda, muchos grupos sociales desposeídos y personas de diferentes países se sentían excluidos de esta prosperidad orga-

nizada burocráticamente: minorías raciales, religiosas y de género e inmigrantes en los países desarrollados; los no rusos y subproletarios de las repúblicas soviéticas; o las masas de gente de zonas rurales recién llegada a las urbes, así como los habitantes de los cinturones de miseria cada vez más extensos del tercer mundo. Pero estos grupos marginados difícilmente habrían podido tener una voz política. Las cosas cambiaron a finales del decenio de 1960 con la llegada de entusiastas activistas estudiantiles e intelectuales disidentes que difundieron técnicas de organización, ideologías y cantables eslóganes de rebelión contra "el sistema".

Los movimientos antisistémicos de la Nueva Izquierda tuvieron arrastre en los lugares donde dieron en el blauco —muchas veces de manera inadvertida— en tensiones sociales latentes generadas por una gran variedad de factores coyunturales: recesión industrial, transición demográfica, cambio en la geografía social de las comunidades urbanas, minorías étnicas reprimidas, quizás incluso sectarismos religiosos o facciones de élites regionales antes marginadas por los complacientes planificadores modernistas de las nuevas ciudades, industrias y estados. Al provocar un profundo cambio en el patrón histórico de las revoluciones, estas rebeliones antiautoritarias eran difusas, no violentas y enfocadas en la exigencia de mayor autonomía de la reglamentación burocrática, así como el reconocimiento de los diversos grupos que ahora se llamaban identidades. Esto se apartaba de las categorías marxistas de clases económicas como la base de la lucha social. Lo que le daba cierta apariencia de unidad y propósito común a las dispares protestas de los sesenta era la presencia universal de sistemas burocráticos, a menudo presididos por los paternalistas y condescendientes Grandes Jefes. Durante un breve tiempo, esta situación llevó a confrontaciones marcadamente polarizadas de "nosotros contra ellos" con multitudinarias manifestaciones espectaculares en espacios públicos. Recordemos los acontecimientos de 1968 en Occidente, las impresionantes manifestaciones contra el shah en Irán durante 1978 y 1979, las huelgas en Polonia en 1980 y los mítines de 1989 en todo el bloque soviético; incluso, el levantamiento contra el jefe máximo de Egipto en 2011.

Los participantes, críticos y diversos investigadores afines a estos exuberantes acontecimientos se enfocaron sobre todo en el lado contencioso, donde se concentraban la energía y la esperanza. Los análisis contemporáneos desde el lado de los insurgentes solían ignorar o daban por un hecho lo que los acosados gobernantes hacían o dejaban de hacer. En la mayoría de los casos, los sistemas burocráticos no parecían dispuestos a desatar una represión terrorista violenta. Esto parecería sorprendente, ya que los "cerdos capitalistas" y los "hijos del partido comunista" soviéticos ciertamente poseían los medios, la gente y el conocimiento preciso para lanzar una violencia masiva contra los revoltosos civiles del tipo conocido desde las décadas del totalitarismo de entreguerras. Desde luego, se dieron desagradables excepciones durante las tormentosas secuelas de 1968. No debemos olvidar los breves retrocesos al fascismo europeo que continuaron en España, Grecia y Turquía, ni las dictaduras latinoamericanas o el *apartheid* en Sudáfrica, golpes de Estado internos y "emergencias" en los países árabes o la violencia interna en los países del Este asiático —tanto comunistas como no comunistas— tales como la China maoísta y Corea del Sur bajo el gobierno militar. Las razones inmediatas para desatar el terror de Estado como respuesta al activismo encabezado por los estudiantes fueron tal vez locales y peculiares a cada caso. No obstante, la represión ocurrió por lo general en las regiones más apartadas del mundo y en países semiperiféricos, donde los gobiernos eran más débiles y, con frecuencia, recién establecidos.

Este contraste en las reacciones de los gobiernos a las protestas podría señalar una teoría importante. En Occidente y en el bloque soviético —mas no en Latinoamérica, el Medio Oriente y el este de Asia— para finales de los años setenta, los sistemas políticos se habían vuelto absolutamente burocráticos, con instituciones y gobernantes forjados en las enormes movilizaciones de la época de las guerras del siglo XX y disciplinados por el precario equilibrio de la guerra fría. Tal vez, sus integrantes mayores aún recordaban a los paramilitares fascistas durante el periodo de entreguerras en Europa, las purgas estalinistas o la violencia por los conflictos laborales y raciales en Estados Unidos. Quizá fueron las tácticas sorprendentemente pacíficas y civilizadas de

la Nueva Izquierda, en contraste con las milicias revolucionarias de la Vieja Izquierda, lo que le impedía a los órganos de seguridad del Estado convertirlos en objeto de la confrontación violenta. Tal vez los burócratas y políticos resguardados en ambientes altamente institucionalizados adquirieron una disposición cautelosa para evitar conflictos abiertos. En cambio, estos gobernantes posmaquiavélicos confiaban en la táctica burocrática habitual de arreglárselas para salir del paso. Y esto representaba una percepción importante e incluso esperanzadora. Visto a la distancia, podríamos decir que estudiar las condiciones para la acción violenta y cómo la evitaron los estados burocráticos modernos debería ser una prioridad para las ciencias sociales, ya que permiten prever crisis más graves y posibles revoluciones.

Durante los años setenta y ochenta, la política del sistema de evasión y de arreglárselas para salir del paso fue una solución que funcionó hasta hace muy poco. Los movimientos de la Nueva Izquierda se encendieron y apagaron con gran rapidez. Pero el daño fue considerable, especialmente si lo vemos desde una perspectiva de largo plazo. Los desacreditados y momentáneamente desorientados gobernantes comenzaron a olvidar sus anteriores compromisos con la modernización industrial, el empleo pleno y el bienestar social. En Occidente, los sistemas políticos tenían bastante fuerza y recursos para hacerlo de manera controlada, en lo que llamaron la nueva era del posindustrialismo, la flexibilidad y la globalización. En el bloque soviético, el proceso se salió de control, provocando el pánico entre las élites políticas e industriales. El resultado fue la fragmentación del gobierno y un saqueo colosal. La Nueva Izquierda disidente obtuvo una victoria pírrica con la extinción del comunismo. Pero, a diferencia de la Vieja Izquierda que era una fuerza organizada —más precisamente, burocráticamente organizada—, la energía de esta nueva generación no se logró traducir en instituciones y políticas adecuadas a las tareas de arrebatar el poder que quedaba vacío. Aún más, la posterior desindustrialización, los severos recortes presupuestales a la educación superior, a las instituciones culturales y al sistema de protección social rápidamente desintegraron las bases de la confianza popular y, por consiguiente, las bases de apoyo para esta nueva generación

de insurgentes antisistémicos. Ésta también es una lección que debe ser estudiada con objetividad y cuidado.

Mientras tanto, un tipo diferente de movimientos populares comenzó a surgir de la derecha. La Nueva Derecha se apropió de las tácticas e incluso de anteriores activistas de la desilusionada Nueva Izquierda. Este giro a la derecha marcó el final del largo periodo dominado por la política de clases con sus conocidos símbolos, tácticas y bien estudiados rituales de negociación. La reacción política abanderaba la identidad, lo que le imprimió a la política una carga emocional, porque los temas de identidad tienden a carecer de compromiso y capacidad de negociación. La Nueva Derecha se dio en dos variedades que, en la práctica, se confundían: la etnopatriótica o fundamentalismo patriótico-religioso y el fundamentalismo de corte libertario. Ambos clamaban por la defensa militar de los temas fundamentales de fe —o de cualesquiera identidades fundacionales de su sociedad—. Ambos fundamentalismos dirigían su ira contra las burocracias de Estado, culpándolas por ser demasiado seglares, alejadas, tortuosas y molestas. Lo anterior se aplicó a los cristianos, musulmanes, judíos, budistas, hinduistas y otros fundamentalistas contemporáneos, cuyas sospechas y fobias generalmente iban de la mano con la apología de las virtudes de los pequeños empresarios, de la vida pequeñoburguesa y de la familia patriarcal.

La izquierda se desprestigiaba en todas partes con gran rapidez, cediendo su lugar en el imaginario popular a la apatía o a la furia fundamentalista. Este revés en la política de masas abrió una oportunidad a las facciones conservadoras de las élites capitalistas de Occidente, quienes no dejaban de insistir en volver a sus principios favoritos. El neoliberalismo, otro término inapropiado, en realidad surgió de la antigua ideología de las clases capitalistas modernas de que a la larga la sociedad se beneficiaría si se les permitía hacer lo necesario para buscar y disponer de sus ganancias. El progreso del mundo, las supuestas leyes de la naturaleza humana y la racionalidad suprema representan el soporte intelectual decimonónico de esta convicción. El carácter fundamentalista del movimiento neoliberal se revela en su inflexible rechazo de reconocer como capitalismo todo aquello que no sean los mercados puros no regulados —tal como los

fundamentalistas religiosos sólo reconocen su propia marca radical de fe como la verdadera religión—. La historia, empero, muestra claramente que el tipo ideal de libre mercado no existe en situaciones empíricas. Por ende, se trata de una fantasía ideológica. Siguiendo los pasos de Fernand Braudel y Joseph Schumpeter, afirmamos que obtener grandes ingresos siempre exige cierto grado de protección gubernamental y monopolio de mercado. De hecho, el monopolio hegemónico fue lo que impulsó la vertiginosa reactivación del poderío y las finanzas de Estados Unidos al comienzo del siglo XXI. En ese momento, Michael Mann e Immanuel Wallerstein se opusieron públicamente al proyecto de crear un imperio mundial estadunidense y presentaron argumentos analíticos para cuestionar su viabilidad.[1] Abundan los datos que evidencian cómo estas predicciones encajaron con la realidad.

El periodo de cuarenta años que concluye ahora se divide en partes bastante iguales. Durante los decenios de 1970 y 1980 destacaron la crisis y el colapso de los proyectos de izquierda del siglo XX, así como las estructuras políticas y económicas de desarrollismo nacional impulsadas por el Estado. Durante los siguientes veinte años, enmarcados por las fechas simbólicas de 1989 y 2008, el poder estadunidense se liberó de las presiones externas de la guerra fría y las restricciones internas de acuerdos sociales. El cúmulo de comentarios neoconservadores propagaron la creencia optimista en el regreso a la normalidad del capitalismo, presentándolo como la nueva e interminable época de la globalización. El triunfalismo posterior a 1989 recordaba el tipo de normalidad que prevalecía antes de 1914 —no la de los años cincuenta la cual, aunque conservadora, se caracterizó por Estados cada vez más fuertes. Allá en la época de los incipientes movimientos de izquierda y pueblos no occidentales conquistados, los capitalistas podían alcanzar sus metas sin los obstáculos que representaban las exigencias de los gobiernos nacionales y las consideraciones de política social y, por primera vez, contaban con una arena verdaderamente global uuificada por nuevas

[1] Michael Mann, *Incoherent Empire*, Londres, Verso, 2003; Immanuel Wallerstein, *The Decline of American Power*, Nueva York, New Press, 2003.

tecnologías de transporte y con la seguridad de estructuras militares y políticas de dominación colonial.

Los apólogos de la globalización del siglo XXI imaginaban una perspectiva verdaderamente luminosa. La hegemonía estadunidense tenía bajo control las rivalidades imperialistas que habían impedido la globalización previa en 1914. La tercerización de la producción intensiva en mano de obra del centro de la economía mundial a países "emergentes" de la periferia, mucho más baratos, socavó la mano de obra nacional y las regulaciones ambientales, y presionó a los gobiernos y ciudadanos a volverse "globalmente competitivos". El desmantelamiento de las regulaciones gubernamentales les permitió a los principales grupos capitalistas enfocarse en obtener ganancias extraordinarias mediante los diabólicos y complejos juegos de las finanzas globales. Incluso las revoluciones populares, en un retorno paradójico al liberalismo decimonónico, pasaron de ser los enemigos acérrimos del capitalismo a sus promotores democráticos en países anteriormente cerrados. A las democratizaciones dispuestas a cederle todo al capitalismo se sumaron una avalancha de ONG que entusiasmadas adoptaban el papel de misioneras globales del último día. El colonialismo de antaño, incómodo en sentido político y financiero, fue sustituido en esta nueva era de la globalización por controles indirectos de instituciones de deuda poderosas y por la red global de bases militares estadunidenses, así como por el poder menos violento de la asesoría internacional, medios globales de comunicación masiva y normas compartidas inculcadas a las jóvenes élites de la periferia a través de prestigiosos diplomas en administración de empresas de universidades estadunidenses. A esta lista de nuevas instituciones disciplinarias, cabría añadir las tan buscadas y selectivamente monitoreadas oportunidades ilícitas para el lavado de dinero a través del archipiélago global de pequeñas jurisdicciones que funcionaban como paraísos fiscales. Los "villanos" desobedientes y obcecados podrían relegarse al Eje del Mal, donde cumplirían con la útil función ideológica del atroz otro, siempre y cuando no tuvieran en su poder armas nucleares.

Estos planes espléndidos se toparon con las realidades estructurales de un sistema mundial que se había transformado

profundamente durante el siglo XX. Era imposible regresar a la normalidad imperial previa a 1914. Ni siquiera la concentración sin precedentes de la fuerza militar en una sola superpotencia en la época moderna podía cumplir sus metas geopolíticas. Era lógico que las crueles prácticas coercitivas de los antiguos imperios resultaran contraproducentes en la actualidad, como afirmó Michael Mann. Poco les faltó a los carceleros estadunidenses de la prisión iraquí de Abu-Ghraib para utilizar los mismos métodos de la Gestapo o, para el caso, de los propios torturadores de Saddam. Las vergonzosas imágenes ampliamente difundidas provocaron una tormenta de indignación nacionalista en el Medio Oriente y repugnancia en Occidente, incluyendo a los sectores políticos que Washington debía mantener como aliados o, al menos, como simpatizantes de sus guerras "humanitarias". Estos episodios, junto con la aversión de las sociedades occidentales después de 1968 de tener bajas en su mano de obra con uniforme militar, impusieron restricciones políticas al uso de la violencia. Cabría agregar los costos materiales de una logística excesivamente extendida que, lejos de reducirse en esta época de sofisticado armamento, han aumentado. En realidad, las campañas estadunidenses de vigilancia exterior resultaron excesivamente costosas e imposibles de ganar desde un punto de vista político.

Immanuel Wallerstein identificó otra limitante para la hegemonía estadunidense y su globalización neoconservadora. Pese a la persistente retórica de reducción de impuestos y del número de empleados federales, los impuestos han permanecido prácticamente en los elevados niveles históricos. ¿Y qué decir de la crisis presupuestal, el recorte de empleados públicos, pensiones cada vez más reducidas y un presupuesto lamentable para educación y seguridad social? Detrás de esta paradoja descubrimos la realidad de la continua redistribución de excedentes a través de los canales gubernamentales, oficiales y no oficiales. Pero ahora la redistribución va en sentido ascendente, a las personas ubicadas en los estados más poderosos y, de manera desmesurada, a las élites que toman las decisiones políticas y financieras. El resultado fue una enorme acumulación de riqueza en manos de quienes se han convertido de facto en los oligarcas

de nuestro tiempo. Y es muy sencillo ver cómo lo lograron. Los recortes en la redistribución social —en un sentido amplio, incluyendo las políticas de crecimiento industrial y empleo— liberaron los fondos que aún generaban las gigantescas maquinarias de Estado, los cuales se canalizaron a las oligarquías financieras. Esto podría tomar la escandalosa forma de rescates financieros a consorcios demasiado grandes para incurrir en quiebra aunque, en épocas recientes, ha sido principalmente la ilimitada generación de crédito lo que se ha utilizado para cubrir los déficit presupuestarios de los estados y las personas.

Y aquí tenemos el quid del asunto. La razón por la que se otorgaron grandes créditos a los gobiernos y las personas es tanto nefasta —sí, codicia y atadura a un crédito— como vital para el capitalismo. En el pasado remoto, el capitalismo era una operación de élite destinada al fabuloso consumo de las clases altas y a las guerras excesivamente costosas. En el siglo XX, en aras de la demanda de mercado en gran escala, así como por legitimidad política, el capitalismo llegó a depender del consumo masivo. Aún más, el involucramiento popular en la política y en las actividades del Estado impuso un límite al nivel de miseria aceptable sin que éste llegara a provocar una respuesta violenta. Esto comprobó lo que se ha llamado el "efecto de escalada" en la tendencia histórica de que, en la sociedad moderna, los Estados tengan funciones cada vez más amplias.

La democratización ha sido una tendencia real, si no inexorable, durante los pasados doscientos años. Esto significa que muchas personas, incluyendo las más leales al orden existente, comenzaron a esperar tres cosas en el curso de su vida. La primera, varios años de educación, la segunda, empleo estable y con compensación razonable y, por último, una pensión para la vejez. Podría agregarse la vivienda a la lista de expectativas y los esfuerzos por proporcionarla también han sido costosos. La extendida privatización de la vivienda en décadas recientes cambió la carga financiera a los propietarios, transformándolos en pequeños capitalistas y en votantes sumisos. Pero este cambio desembocó inevitablemente en un incremento exorbitante de las hipotecas, a la vez que les negaba a las generaciones jóvenes la posibilidad de tener una casa. En muchos países, la crisis de

2008 en los mercados de la vivienda volvió insostenible esta contradicción.

Los estados, por su parte, necesitaban ciudadanos capacitados y razonablemente saludables que trabajaran en la economía moderna, pagaran impuestos y cumplieran sus patrióticos deberes militares. Mas, con el tiempo, estas tendencias históricas impondrían una presión intolerable a las ganancias privadas. Los capitalistas occidentales respondieron a la presión con su propia rebelión. El renovado conservadurismo del mercado se convirtió en su plataforma ideológica y la globalización de los mercados en su estrategia principal. La ideología político-económica de la Nueva Derecha exigía que los capitalistas, a través de la desregulación y la austeridad de los gobiernos, tuvieran la libertad de manejar, por los medios que prefirieran, los altibajos económicos que se iniciaron en el decenio de 1970 y que realmente nunca disminuyeron. La globalización, en realidad, significaba la fuga de grandes capitales más allá de los confines regulados de los estados nacionales. Ante la fuga de capitales y las presiones para cobrar impuestos, la mayoría de los gobiernos se enfrentaron a tres opciones, a cual más insatisfactorias: emitir moneda, incurrir en deuda o desatar la represión mediante la brutalidad policiaca directa y un lento sofocamiento económico. Cada una de estas opciones traía aparejados sus propios dilemas. Reprimir a los pobres, marginados y rebeldes exigía mucho dinero para mantener la lealtad de quienes consentían moralmente a la represión y, especialmente, de quienes la llevaban a cabo. ¿De dónde obtendrían los gobiernos el dinero cuando gran parte de los flujos financieros ya estaban comprometidos con los intereses oligárquicos?

Tales han sido los principales parámetros políticos y económicos de las décadas recientes y estos dilemas seguramente empeorarán en el corto y mediano plazos. La teoría de Wallerstein respecto de la autolimitación al crecimiento capitalista es paralela al argumento de Mann sobre los límites actuales al crecimiento geopolítico. En ausencia de una oposición organizada y eficiente, la acumulación de recursos financieros en un extremo podría alcanzar proporciones exorbitantes. Pero al igual que el monopolio militar de Estados Unidos no podía explotarse

en todo su potencial para alcanzar sus objetivos imperiales, el monopolio financiero inevitablemente tenía que caer en algún momento como un castillo de naipes. Las sumas acumuladas de dinero nominal no podían utilizarse de manera productiva y, por ende, comprobaron ser ficticias.

El panorama se relaciona sobre todo con Occidente y el antiguo bloque soviético. ¿Cambiaría sustancialmente si incluimos al resto? Desde luego, el milagro chino tiene aquí un papel muy relevante. Algunos de nosotros tenemos la edad para recordar los tiempos cuando los expertos en desarrollo económico menospreciaban las posibilidades económicas de los países del Este asiático. Ponían sus esperanzas en Filipinas, en el Irán del shah, o en Nigeria y Senegal, que contaban con instituciones basadas en el modelo occidental, infraestructura moderna, un mercado interno bastante considerable, tecnócratas educados y clase media. Por el contrario, consideraban que a los "estados militarizados" de Corea del Sur y Taiwán, o a los antiguos puertos francos coloniales de Singapur y Hong Kong les faltaba prácticamente todo: soberanía nacional, clases medias, recursos naturales y educación moderna. De acuerdo con los expertos de ese momento, estos países padecían sobrepoblación, refugiados pobres, amiguismo endémico y corrupción, además de otras tradiciones asiáticas supuestamente inamovibles. La China comunista, con sus locos experimentos maoístas y su guerrilla fanática, ni siquiera se tomaba en cuenta, como ocurre hoy con Corea del Norte. Irónicamente, estos mismos factores se citarían más tarde como una explicación para el éxito del Este asiático: mano de obra barata en abundancia, un mercado interno poco profundo que permitía la apertura a la exportación, la fortuita ausencia de un "recurso maldito" como el petróleo, además de los mismos valores asiáticos de disciplina, trabajo arduo, redes de apoyo y obediencia a la autoridad. Y el autoritarismo de estos gobiernos de pronto se consideró un factor de estabilidad o adaptabilidad, incluso se calificó de visionario, en vez de propenso al amiguismo y corrupto.

En sus investigaciones anteriores, Randall Collins ahondó en el origen medieval autóctono del capitalismo del Este asiático, surgido de las paradojas de organización del monasticismo bu-

dista.[2] Ahora se afirma sin duda alguna que, durante mil años o más, esta región ha tenido un carácter mundial, o un sistema mundial propio, y en ella surgieron algunos de los mercados más amplios y dinámicos de la época. La habilidades heredadas, los activos y redes sociales resurgieron en el siglo XX por diversos caminos eventuales y a menudo violentos. La expansión del imperialismo japonés antes de 1945, y más tarde las guerras de Estados Unidos para contener el comunismo, propiciaron una serie de dictaduras desarrollistas. Georgi Derluguian muestra que la reciente incorporación de la China continental a esta dinámica capitalista orientada a las exportaciones fue ocasionada esencialmente por la conjunción de accidentes políticos internacionales y nacionales, además de otro tipo de accidentes que esperaban el momento estructural para ocurrir.

Los ideólogos del libre mercado mencionan los recientes ejemplos del Este asiático como su prueba máxima de que un mercado sin restricciones genera un maravilloso brote de emprendedurismo. Estas afirmaciones carecen de un análisis histórico y evidencia empírica. El Este asiático ha sido desde tiempo atrás el mejor ejemplo de un Estado corporativista regulado. Y si las políticas de desregulación neoliberal tuvieron algo que ver con el resurgimiento de esta región, fue al sacar las actividades productivas de Occidente para enviarlas a lugares con mano de obra más barata. Esto no significa, empero, que las condiciones laborales no estuvieran reguladas en los nuevos destinos de la inversión. Hay muchos otros países con una enorme población empobrecida dispuestos a aceptar, en un principio, largas horas de trabajo por salarios bajos. Pero antes era necesario organizar y disciplinar a la mano de obra para ponerla a trabajar, al igual que las ambiciones y la codicia de las élites locales, y es en este momento cuando la coherencia de las instituciones formales del Estado y la capacidad de infraestructura menos formal para regular el ámbito social a través de prácticas y redes aceptadas podría hacer una diferencia crucial. Los escándalos de corrupción nos revelan un elemento medular en los pactos del Estado cor-

[2] Randall Collins, *Macro-History: Essays in Sociology of the Long Run*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

porativista. Los sobornos de las empresas son parte esencial de la remuneración de los funcionarios. No obstante, como decía el viejo político neoyorquino George Washington Plunkitt, hay "sobornos honestos y sobornos deshonestos". En este caso, la capacidad del Estado depende en gran medida de su capacidad de elegir a los funcionarios con base en méritos de desempeño como lealtad a la jerarquía y distribución paternalista por medio de un "soborno honesto". Esto sin duda genera un entorno institucional predecible, del agrado de los capitalistas.

La herencia cultural y económica de la historia del Este asiático, por peculiar que resulte, no es precisamente única. En la medida en que los flujos globales de capital continúen moviéndose en busca de nuevos sitios de producción, podemos esperar más renacimientos económicos milagrosos. India y Turquía nos recuerdan que la pasada geografía económica de Asia nunca se limitó a China. Y tal parece que Egipto, aunque volátil desde el punto de vista político a partir de 2011, seguirá a Turquía en la elección de un gobierno religioso-conservador de corte empresarial. Otro sector de posibilidades muy diferentes es el que surge del giro a la izquierda en Latinoamérica, donde Brasil está sentando las bases. Al margen de la retórica y las tácticas ideológicas de los movimientos populares cívicos, socialistas, nacionalistas o indígenas, todos están en última instancia "desestableciendo" la política tradicional latinoamericana de faccionalismo oligárquico y militar sustentado en la dependencia del extranjero. El muy discutido y desigual proceso que abarca a todo el continente está forjando, pese a todas sus contradicciones, estados nacionales genuinos. Cuando los líderes de los movimientos sociales llegan al poder, sólo pueden sostenerse poniendo freno a los poderes locales y a los notables de las provincias, así como a sus fuerzas paramilitares, incluyendo a los cárteles. Una manera de lograrlo es imponer una supervisión democrática del ejército y la policía a cargo de civiles. Otra manera relacionada de consolidar las nuevas democracias es integrar a los ciudadanos a las instituciones auspiciadas centralmente que defienden los derechos humanos, el bienestar social, la tenencia de la tierra y el trabajo. Tal vez esto no sea socialismo, sino una variedad nueva y decididamente mejor de capitalismo. En el siglo XXI, América

Latina podría finalmente alcanzar las transformaciones socialdemócratas y de un Estado corporativista parecidas a los anteriores patrones occidentales, sentando las bases para una nueva ola de desarrollo industrial.

Una larga recesión en Occidente, Japón y el exbloque soviético aún podría impulsar el crecimiento industrial de la antigua zona del tercer mundo, a menos que las cosas tomen un giro verdaderamente desastroso. En el pasado, los países periféricos y semiperiféricos solían beneficiarse de la agitación en el centro, porque las crisis que ayudaban a bajar los costos de importar tecnologías avanzadas relajaban los controles políticos sobre los mercados mundiales y abrían nichos lucrativos a los productores que tenían costos de mano de obra más bajos. No es una coincidencia que la anterior ola de industrialización basada en la sustitución de importaciones en el perímetro del continente europeo y Latinoamérica haya despegado en los decenios de 1930 y 1940; la industrialización orientada a las exportaciones ocurrida en el Este asiático después de los años setenta se debió a la tercerización del trabajo proveniente del centro que cada vez tenía menos industrias. En este sentido, los mercados de exportación y la fuga de recursos de las antiguas repúblicas soviéticas deberían tener un papel en la expansión económica de China, especialmente de Turquía.

Los cinco autores consideramos que una perspectiva realista y deseable sería reducir la brecha de la desigualdad global. En palabras de Wallerstein, esto minimizaría las penurias en el corto plazo y maximizaría el potencial para la transformación hacia un mundo mejor en el mediano y largo plazos. Michael Mann considera que ésta sería una fuente importante de vitalidad del mercado e incluso la base para un orden capitalista mundial más igualitario y próspero, similar a la recuperación socialdemócrata de Europa después de 1945. Parece una buena perspectiva, pero ¿será compatible con la economía política del capitalismo, medida con la lógica de las ganancias privadas? Ni Wallerstein ni Collins consideran que el "surgimiento del resto" contradiga sus hipótesis relativas a la muerte futura del capitalismo. Por el contrario, la proliferación de nuevos participantes capitalistas en los mercados mundiales o de las móviles clases medias educadas,

que compiten en todo el mundo, podrían agravar los dilemas del capitalismo.

Hasta ahora, seguimos extrapolando el pasado cercano al futuro cercano. ¿Cuáles serán los cambios estructurales importantes, ya sea dentro del capitalismo de alta tecnología, en el sistema mundial global o en la ecología del planeta?

LÍMITES SISTÉMICOS FRENTE A UNA INTENSIFICACIÓN SIN FIN

Michael Mann presenta una visión optimista de la sobrevivencia del capitalismo, aunque bastante pesimista con relación a la crisis ambiental. El "surgimiento del resto" abre fronteras nuevas y virtualmente ilimitadas para el capitalismo, al menos en un futuro previsible. La demografía del mundo y, por ende, gran parte de la política y la economía mundiales que hoy se ven profundamente afectadas por el crecimiento masivo en los países más pobres y la consiguiente migración global a las ciudades, se estabilizará en el punto de equilibrio. Mann se muestra escéptico de la existencia de estructuras y ciclos pansistémicos. En vez de ello, sugiere una recombinación caleidoscópica de las cuatro redes no congruentes y diversas del poder social: ideológica, económica, militar y política. Al dejar su pronóstico indefinido, por principio, Mann se abstiene de hacer predicciones específicas, salvo que el capitalismo continuará resistiendo, especialmente si emprende una política laboral de corte pragmático y liberal.

No obstante, Mann elabora su teoría desde un punto de vista estructurado, basado en Max Weber. Esgrimiendo su esquema de poder tetradimensional, Mann nos muestra que los acontecimientos se convierten en puntos de inflexión cuando las principales fuentes de poder se intersecan: a principios del siglo XX, una combinación de guerra mundial con crisis capitalista, exacerbada por la ideología y la política. En el siglo XXI, la combinación de crecimiento capitalista rampante e *impasse* de política pluralista y etnocentrismo nacional apunta hacia la crisis ecológica. Existen grados de contingencia, pero siempre dentro de las tendencias estructurales dispuestas por el desarrollo histórico de las cuatro fuentes de poder. Y debido a que hay múltiples causas, ocurren estas intersecciones impredecibles. Frente a la tendencia en boga de invocar una infinidad de caminos posibles para los actores históricos, Mann, de manera más realista, ubica la eventualidad de los grandes acontecimientos en las relaciones entre diferentes tipos de estructuras. Aquí Mann difiere de Collins y Wallerstein respecto de la importancia de la crisis en las instituciones económicas del capitalismo. En cambio pone énfasis en que el estrés medioambiental se encamina a la catástrofe, a menos que prevalezca una movilización política que tome las medidas pertinentes para hacer algo al respecto. Para Mann, la gran eventualidad radica en la intersección de las esferas ambiental —económica en el sentido más amplio— y política.

Craig Calhoun concuerda con Mann en la centralidad de las amenazas externas al capitalismo, sobre todo las ambientales. Al igual que el resto de nosotros, Calhoun afirma que el futuro no está plenamente determinado y, por consiguiente, está abierto a la acción política. No obstante, afirma que los riesgos sistémicos internos son más peligrosos para el capitalismo de lo que sugiere Mann y que la supervivencia del capitalismo depende de la renovación de las instituciones sociales que por una parte permiten y facilitan el capitalismo y, por otra, compensan los costos y daños que ahora se externalizan como cargas para la sociedad en su totalidad. La pregunta es, pues, conforme a la opinión de Wallerstein y Collins, si el capitalismo podría sostener esta escalada de costos en el nivel global. La pregunta no es retórica. Los científicos sociales deberán observar y medir la capacidad dinámica del capitalismo para determinar si la generación de nueva riqueza logrará hacer frente a los costos, además del crecimiento o deterioro de los mecanismos políticos para extender los beneficios a través de estructuras sociales conectadas a nivel global.

Mann y Calhoun sugieren que se avecina una crisis medioambiental profunda, la cual pondrá en jaque a un capitalismo aún viable desde la perspectiva económica. Collins y Wallerstein consideran este riesgo ambiental de más largo plazo y la crisis del capitalismo inmanente. Collins interpreta el consenso científico respecto de las proyecciones ambientales como indicios de una

gran crisis alrededor de 2100. Mann afirma que el daño ecológico severo amenazará la sobrevivencia de algunos países ya entre 2030 y 2050. Pero Collins y Wallerstein prevén una crisis del capitalismo en gran escala en los decenios cercanos a 2040. Sugieren, por lo tanto, que habremos de enfrentar la crisis del capitalismo antes de que los límites ambientales sean definitivos. Si nos apegamos al punto de vista de Collins/Wallerstein, resulta tentador especular que una solución socialista a la crisis capitalista modificaría las estructuras políticas a tal grado que la crisis ecológica podría manejarse razonablemente, lo cual sería imposible si el capitalismo siguiera el mismo curso que hasta ahora. Mann tiene un enfoque distinto. Cualquier crisis importante del capitalismo reduciría considerablemente los niveles del PIB, aliviando de alguna manera la crisis ambiental —siempre y cuando el calentamiento global no haya ido demasiado lejos. Mann observa tres villanos responsables del cambio climático: no sólo el capitalismo, sino también el Estado-nación y el ciudadano/votante común, consumidor masivo. La solución a la crisis involucraría frenar y reformar a los tres. Ya sea que el capitalismo o el socialismo —o cualquier otra cosa— resulte viable después de la crisis, deberá tener formas radicalmente nuevas.

Segundo, tanto Mann como Calhoun le ponen más énfasis a la dinámica del capitalismo fuera de Occidente. Mann no considera que haya llegado el fin del capitalismo, sino más bien la hora de la crisis ecológica, que es global. Por lo tanto, no puede afirmarse que si el capitalismo y la hegemonía geopolítica se debilitan en Estados Unidos y Europa, el liderazgo mundial pasará a otras regiones triunfantes del mundo, tales como el este de Asia o a una coalición con algún nombre similar a BRICS. Empero, los científicos ambientalistas sostienen que las peores catástrofes ambientales se iniciarán en China, el sur de Asia y África. Estas proyecciones cuestionan la perspectiva de un nuevo liderazgo global que represente una alternativa a Occidente. La crisis ecológica, según Mann, sería el fin de todos. En un touo menos retórico, debemos considerar no dos opciones, sino tres: crisis terminal del capitalismo como sistema mundial; derrumbe de los poderes hegemónicos capitalistas de antaño, que serán sustituidos por nuevos; y una crisis ecológica en gran escala, con

transformaciones derivadas aún no imaginadas. Collins y Wallerstein están en favor de la primera opción; Mann de la tercera.

Immanuel Wallerstein y Randall Collins interpretan el panorama de maneras diferentes, aunque mutuamente compatibles. Consideran el capitalismo como un sistema global o, si se prefiere, como una ecología jerárquica de cadenas alimentarias económicas y nichos de mercado. Como cualquier sistema complejo, debe tener estructuras interrelacionadas, tendencias dinámicas y, por lo tanto, límites. Incluso si los límites sistémicos pudieran extenderse gracias a las nuevas geografías o tecnologías de producción, no pueden eliminarse del todo. Nadie puede especificar hoy cuáles serán las instituciones y los parámetros mundiales que sustituirán al capitalismo. En este sentido, Craig Calhoun nos recuerda que las transiciones mundiales dependen de la elección política. Pero Collins y Wallerstein insisten en que el capitalismo se acerca a sus límites y hacen una gran predicción: habrá una transición mundial. Ambos explican claramente que los procesos estructurales se acercan a la transición predicha, abriendo sus hipótesis al escrutinio crítico y a la posibilidad de la comprobación empírica. Georgi Derluguian presenta el ejemplo soviético como una prueba teórica y empírica de lo que funcionó o no ha funcionado en las anteriores predicciones de Collins y Wallerstein. La trayectoria del bloque soviético muestra cómo una gran unidad sistémica alcanza los límites de su propio éxito y perece debido a la combinación de pesos estructurales y factores puramente eventuales.

La diferencia entre las predicciones —o aproximaciones futuras— de Mann, por una parte, y de Collins y Wallerstein, por otra, corresponden a las dos caras del modelo dinámico de las sociedades humanas desarrollado por los antropólogos evolucionistas. En términos técnicos, es la "capacidad de carga" de la ecología humana frente a sn "intensificación productiva". De acuerdo con este modelo, todas las sociedades humanas que hasta hoy han existido tienden a saturar a la larga su medioambiente, esto es, su capacidad de carga. Estas crisis limitantes no dejaron sino tres posibilidades drásticamente distintas. La primera, la muerte. Una catástrofe recurrente durante un lapso largo de la historia provocó el exterminio total o parcial de los grupos humanos

por hambrunas, epidemias o guerras genocidas. Es el ciclo trágico de los ajustes demográficos maltusianos respecto del número de seres humanos que pueden alimentarse. Las fases de población decreciente crearon condiciones para retomar las actividades productivas sin cambios, hasta que el ambiente vio saturada una vez más su capacidad de carga, provocando así otra fase de tiempos difíciles. La segunda posibilidad es la diversificación, o al menos así fue en el pasado. Esto llevó a nuestros ancestros al descubrimiento y la colonización adaptativa de nuevas fronteras geográficas en las tundras del norte y las islas tropicales, en las estepas, desiertos, montañas y selvas —hasta que la raza humana llenó el planeta—. Por último, la tercera posibilidad es lo que usualmente se ha llamado progreso, esto es, la intensificación cualitativa del instrumental tecnológico que les ha permitido a los humanos obtener cada vez más ganancias de sus recursos. Este último escape ha sido el principal impulso a la innovación evolutiva de las sociedades humanas.

Las complejas sociedades de clases y los primeros estados surgieron en excelentes regiones productivas que nadie deseaba abandonar, tales como los fértiles valles de los ríos rodeados de desiertos y montañas. Michael Mann, en su anterior estudio sobre imperios, mercados y religiones antiguos, acuñó la célebre expresión "efecto de jaula",[3] con el sentido de que les resultaba imposible moverse. Históricamente, estas situaciones obligaron a algunos grupos a adoptar formas de organización social cualitativamente nuevas, más amplias y elaboradas —esto es, nuevas civilizaciones— capaces de aumentar la extracción y el intercambio de excedentes de las regiones ocupadas de tiempo atrás. El verbo "obligaron" subraya que muchas personas habrían preferido no convertirse en esclavos, siervos campesinos o tributarios, pero estaban "enjaulados" por la imposibilidad de escapar y por cierta coerción de las élites guerreras y sacerdotales. La intensificación de técnicas productivas nunca apareció sola, sino acompañada por reorganizaciones políticas e ideológicas importan-

[3] Michael Mann, *The Sources of Social Power,* vol. I: *A History of Power from the Beginning to A.D. 1760,* Cambridge University Press, 1986. Véase también el sintetizador ensayo de Randall Collins "Market Dynamics as the Engine of Historical Change", *Sociological Theory* 8: 111-35 (1990).

tes. Estos procesos transformativos siempre se dieron en medio de grandes conflictos.

En el presente libro, Michael Mann afirma que el capitalismo aún puede resistir. Una vez más, Calhoun está de acuerdo con la mayoría de sus afirmaciones, aunque subrayando que el capitalismo debe cambiar para renovarse. Calhoun también subraya la diferencia entre capitalismo, en general, y el desproporcionado capitalismo financiero que ha exacerbado los riesgos sistémicos en los últimos años. De acuerdo con Mann, el capitalismo tiene una capacidad virtualmente inagotable para vigorizarse mediante innovaciones productivas, globalización y mercados de consumo cada vez más amplios. Si algo acabará alguna vez con el capitalismo, será una destructiva guerra nuclear o bien la crisis planetaria de los entornos naturales. La primera depende de cadenas causales que no tienen relación con la dinámica del capitalismo y es, por ende, eventual, esto es, impredecible desde el punto de vista de un análisis interno del capitalismo. En general, esto es lo que separa las perspectivas de Mann y Calhoun de las proyecciones presentadas por Wallerstein y Collins. No obstante, la crisis ambiental es una consecuencia del desarrollo capitalista, que se vincula con factores políticos y culturales. Indirectamente, el capitalismo podría generar su propia caída incluso si, por virtud de causas interrelacionadas, no tendría que ser de esta manera.

Randall Collins e Immanuel Wallerstein afirman, de diferente manera, que el capitalismo se acerca a sus límites estructurales. Ambos reconocen la extraordinaria capacidad del capitalismo para ampliar y vigorizar su propia economía política. El capitalismo creó el primer sistema verdaderamente mundial que abarca al planeta entero, incluyendo su población y recursos productivos. El desplazamiento de trabajos agrícolas e industriales debido a la introducción de maquinaria durante el siglo XIX no dio como resultado la pauperización y revolución en Occidente, como predijera Karl Marx en su momento, debido a que las ocupaciones profesionales y gerenciales en las burocracias privada y gubernamental significaron un cómodo cojín para las clases medias modernas. No obstante, estas reservas espaciales e internas finalmente se agotarán en el siglo XXI. Si el modelo de los

efectos de la acumulación excesiva de la oligarquía y el desamparo de las clases medias es relevante a través de diferentes épocas históricas, la crisis terminal del capitalismo sería en realidad una sucesión de crisis durante un periodo prolongado de deterioro. Esto será otro frente importante en el que los científicos sociales comprueben nuestras teorías actuales y presenten nuevas.

En última instancia, todos estamos de acnerdo en que Michael Mann nos obliga a reconsiderar seriamente los tres imponderables: cambio climático, pandemias y guerra nuclear. No son imponderables en cuanto a los daños que representan para la humanidad, sino en términos del plazo de cualesquiera de los desastres. Aunque los conocemos bien, hay demasiada incertidumbre y puntos de vista entre quienes han estudiado estos temas como para asegurar lo que ocurrirá. El cambio climático parece una realidad incuestionable, excepto para aquellos que la rechazan por razones políticas o ideológicas. Aún más, todo lo que ha provocado el cambio climático se está acelerando, no reduciendo. La diferencias políticas entre países ricos y menos ricos respecto de lo que debería hacerse para mitigar los riesgos parecen, al menos por ahora, imposibles de reconciliar.

Pese a todo, la complejidad ecológica de la tierra es tal, y estos cambios tan amplios, que no sabemos qué tipo de reajustes ocurrirán. Parece claro que los niveles del agua se elevarán —ya se están elevando— y esto amenaza con inundar grandes extensiones de tierra. También resulta claro que la temperatura promedio en varias partes del mundo cambiará, de hecho ya está cambiando. Esto podría dar como resultado que la producción agrícola y las fuentes de energía se cambien a otras regiones, lo que de alguna manera compensaría los graves daños provocados a las anteriores.

Lo mismo parece aplicarse a las pandemias. Los enormes avances médicos que se han dado en el mundo entero durante los últimos cien años y que han permitido controlar tantas enfermedades también han propiciado que los antiguos enemigos de la humanidad, los gérmenes, encontraran nuevas maneras de hacerse resistentes. Es imposible garantizar que no cunda el pánico. No obstante, también hemos aprendido que los gérmenes pueden ser en ocasiones los mejores amigos del ser humano.

Una vez más, nuestro conocimiento, en apariencia profundo, puede ser muy reducido. En esta carrera contra el tiempo, ¿qué tan rápido aprenderemos? ¿Y cuánto debemos desaprender para poder sobrevivir?

Por otra parte, continúa el espectro del exterminio por medio de armas nucleares. Desde el final de la guerra fría y el arrogante intento de Estados Unidos de imponer la unipolaridad, la proliferación nuclear se ha convertido en algo prácticamente inevitable. Tal vez no hay un peligro inminente en términos de guerra entre países; en realidad, es casi lo contrario. Las armas nucleares son en esencia defensivas y, por consiguiente reducen, no incrementan, la probabilidad de guerras entre Estados. Pero hay varios imponderables. Las motivaciones de actores no estatales no son necesariamente las mismas. No cabe duda de que algunos desean hacer uso de estas armas —al igual que de armas químicas y biológicas—. Y debido a la limitada capacidad de algunos estados para evitar que estas armas sean compradas o robadas, actores no estatales podrían adquirirlas. Por último, el uso real de estas armas se encuentra necesariamente en manos de individuos y, por lo tanto, nunca puede descartarse la posibilidad de que aparezca un agente estatal al margen de la ley, un émulo del doctor Strangelove de ficción.

Es perfectamente posible que el mundo sortee la transición global sin que ocurra ninguna de las catástrofes mencionadas. Pero también es posible que no lo logre. Mucho dependerá de cuáles sean las nuevas estructuras políticas y qué tan pronto surjan. Cabe suponer que estas nuevas estructuras procurarán medidas que reduzcan, o inclnso eliminen, la probabilidad de desastres globales. Obviamente, no podemos sentarnos a esperar lo que ocurra. Seamos claros, no se trata únicamente de desastres naturales. La hambruna, la peste, el terrorismo nuclear son retos políticos claros para la humanidad. Es por ello que los llamamos imponderables. La búsqueda de medidas eficaces que los reviertan involucra de manera ineludible elecciones políticas. Ya resulta evidente que una de las principales reacciones de las personas frente a estos peligros es retraerse con una actitud proteccionista y xenofóbica, una tendencia que ya se aprecia en casi todas partes. Por ello, quienes buscan un sistema relativa-

mente democrático e igualitario deben tener una mayor claridad sobre lo que ocurre y hacer su mayor esfuerzo por desarrollar estrategias políticas que contrarresten esta tendencia.

TRANSICIONES

Un punto importante en el que todos estamos de acuerdo es que, en las próximas décadas, las configuraciones de la economía política global seguramente cambiarán de manera importante aunque no inmediatamente evidente. Es probable que los políticos, los movimientos sociales y los medios seguramente se sientan un tanto perdidos al intentar manejarse sobre las bases convencionales de antaño. El poder de los gobiernos y los otrora dominantes conglomerados se debilitará y las conocidas maniobras del repertorio político e ideológico les resultarán inútiles y cada vez más difíciles de poner en práctica. Posiblemente los manifestantes se muestren tan enfurecidos como siempre, pero no estarán tan seguros de contra quién manifestarse, qué exigir, cómo organizarse y con quién aliarse. Y nuestro conocimiento teórico de las transiciones históricas pasadas resultará apenas un asesor imperfecto. Seguramente, en los años venideros nuestras teorías necesitarán corregirse y aumentarse pero, ¿acaso no es ésta la naturaleza del conocimiento científico? Además, esto se deberá, en parte, a que muchos problemas y perspectivas no tendrán antecedentes en la historia de la humanidad. No obstante, en términos generales, sabemos muy bien qne las grandes transiciones históricas ocurren de manera simultánea en diferentes niveles y resultan bastante impredecibles debido a la acción humana o al fracaso colectivo de la acción humana cuando los determinantes y las restricciones estructurales se desmoronan. Es imposible que las cosas sigan funcionando igual en tiempos de una transición. La hegemonía imperial estadunidense es visiblemente débil, como lo ha predicho de tiempo atrás la teoría geopolítica. Sus mayores reservas: la productividad, las finanzas y la docilidad política de China y la Unión Europea se están agotando. Una cuestión mayor y de importancia seminal es cuán

precipitada o gradual será el deterioro de Occidente. Tenemos la esperanza de que sea nna nivelación rápida y negociada, no destructiva, de la participación del poder y la riqueza entre el Occidente histórico y el resto de los países emergentes.

El punto clave del acuerdo es —queremos subrayarlo de nuevo— que el futuro no puede ordenarse previamente al detalle. Las luchas políticas aún vigentes tendrán un papel crucial para elegir las rutas y los destinos colectivos. Aún más, todos coincidimos en que las ciencias sociales pueden y deberían hacer una diferencia en los años próximos. Las teorías macrohistóricas nos advierten las posibilidades futuras, que nos parecen peores que la situación actual, o francamente desastrosas. Una posibilidad intermedia de peso es la fragmentación y la involución, esto es, que todo continúe esencialmeute igual aunque en peores condiciones. En este sentido, el destino reciente de la Unión Soviética es el ejemplo más cercano. Otra horrenda posibilidad es una dictadura de corte fascista apoyada por movimientos sociales de ciudadanos extremadamente afectados, que se apoye en un Estado militar y policiaco. Desafortunadamente, los antecedentes del fascismo del siglo XX nos indican que éste puede generar, al menos durante algunas décadas, economías políticas viables, con grandes grupos beneficiados que oprimen a otros grandes grupos. El excepcionalmente brutal y megalómano régimen nazi en Alemania sucumbió debido a guerra externa, no por una transformación política interna ni una revolución.

No obstante, las mismas teorías parecen apuntar hacia caminos más esperanzadores en medio de los años caóticos que nos esperan. Nuestra esperanza se sustenta en la observación, basada en la teoría, de que la respuesta del ser humano a las grandes crisis estructurales del pasado generalmente ha sido construir poderes colectivos amplios y cualitativamente nuevos. Esta tendencia se ha desarrollado en medio de los colapsos periódicos y las explosiones de inventiva del ser humano —que no siempre han sido pacíficos— y que, a la larga, abren la vía hacia los nuevos periodos de estabilización y prosperidad.

La raza humana enfrenta ahora otra secuencia similar, aunque esta vez involucra a toda la humanidad que puebla el planeta. Nuestro difunto amigo y colega Giovanni Arrighi afirmaba

que los problemas sistémicos exigen soluciones sistémicas. En su modelo analítico, la trayectoria del capitalismo histórico ha pasado por diversos picos de expansión espacial y reestructura.[4] Los capitalistas europeos originalmente aseguraron su existencia y la de sus empresas adquiriendo sus propios estados nacionales —sobre todo, al ejército, la marina y la maquinaria fiscal para contar con herramientas de poder— en medio el caos formativo del siglo XVI. En términos más analíticos, el capitalismo alcanzó su adelanto histórico con la internalización de los costos de protección. La siguiente ola llevó a la profundización del capitalismo y a su tremenda expansión colonial basada en la internalización de los costos de producción, o lo que se conoce comúnmente como la Revolución industrial encabezada por Gran Bretaña entre 1780 y 1840. Pero en esa época también hubo múltiples crisis que surgieron de los efectos del ciclo empresarial, la institucionalización de los movimientos revolucionarios y de reforma y la geopolítica competitiva del imperialismo industrial que, en 1914, prácticamente aniquiló al capitalismo. La hegemonía estadunidense del siglo XX ayudó a apaciguar estas crisis agregándole otro nivel de complejidad: la internalización de los costos de transaccióu. La aguda necesidad de estabilizar el sistema capitalista frente a los múltiples peligros es lo que después de 1945 ayudó a determinar la elaborada y compleja arquitectura de los gobiernos, los consorcios económicos y las organizaciones internacionales.

Resulta lógico, por ende, que el logro trascendental aún pendiente para el siglo XXI será la internalización de los costos de la reproducción social y ambiental que deben lograrse en un nivel verdaderamente planetario. Consideremos un hecho que al parecer resulta demasiado grande para formar parte de los debates políticos usuales. Durante los pasados diez mil años, prácticamente toda la humanidad vivía en aldeas. La invención —o, mejor dicho, las repetidas invenciones— en una determinada comunidad o aldea propiciaban una reorganización importante de la capacidad humana colectiva, dando origen a lo

[4] Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times* (edición actualizada), Londres, Verso, 2010.

que los arqueólogos llaman la Revolución neolítica y, por consiguiente, a todas las sociedades agrarias. El patrón de vida en las aldeas permitía que los grupos medianos de no parientes organizaran sus asuntos comunes de manera integral y sólida. Tenían a su cargo los aspectos importantes de la reproducción social: división del trabajo, regulación tradicional de recursos, tensiones y conflictos cotidianos, transmisión de la cultura y las habilidades, y rituales ideológicos —e incluso cosmológicos de solidaridad de grupo, desde los místicos hasta el mundano baile del pueblo. En resumen, la comunidad de la aldea organizaba los aspectos funcionales y emocionales del ciclo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Y, desde luego, las aldeas con una organización autónoma representaban campo fértil —o, en términos menos románticos, una base tributaria segura— para las sociedades complejas, desde los señoríos tribales hasta los estados-ciudad e imperios.

Originalmente, el capitalismo surgió en lo que aún era un mundo de aldeas, compatible con un imperio pero no con estados más intensivos. El dinamismo de mercado y geopolítico del capitalismo pronto comenzó a socavar a estas comunidades, ya que era necesario movilizar a sus habitantes para emplearlos como mano de obra, colonos y soldados. Por su parte, a los aldeanos les resultaba imposible permanecer en estos entornos rurales restringidos y pobres. Las causas de la extinción de las aldeas tienen diferentes nombres: modernización, urbanización, industrialización, sobrepoblación agraria, alfabetización, o imperialismo y revolución militar. Finalmente, el efecto neto fue el mismo en todas partes —primero en Occidente, después en Japón, en el bloque soviético y ahora en todo el mundo— el desplazamiento de los antes numerosos habitantes rurales hacia las ciudades, donde generalmente se asientan en cinturones de miseria.

La transición de aldea a ciudad como centro principal de organización parece irreversible para los propósitos y medios actuales. Sus implicaciones son enormes y de largo alcance, e incluso aquí podría encontrarse el trasfondo estructural de la crisis del capitalismo. Algo debe surgir para continuar organizando de manera integral el orden normativo, la regulación

social, la seguridad cotidiana en las nuevas aglomeraciones de la humanidad. Más aún, ahora estas tareas deben realizarse no sólo en mayor escala sino también mejor que en las aldeas. Sin duda, las aldeas brindaban bienestar y protección lo cual significaba, por extensión, la supervisión intrusiva y el confinamiento social de los individuos. La inercia protectora de las tradiciones, las desigualdades de edad y sexo tan arraigadas en los hogares patriarcales, las actitudes denigrantes y violentas con todos los extraños también formaban parte de la vida de una aldea.

La historia moderna de las migraciones masivas, las transiciones demográficas y la creación de nuevas comunidades políticas generó enormes costos y traumas. La migración de los colonos europeos al otro lado del mar seguramente ayudó a mejorar la razón entre demografía y recursos a costa del desplazamiento, la esclavitud y el franco exterminio de los pueblos indígenas en las colonias, que carecían de las armas y de la inmunidad a las enfermedades que trajeron los invasores. El surgimiento de naciones modernas generalmente significó opresión y expulsión de las minorías "no nacionales". Después de 1914, la mutación radical del nacionalismo por los rasgos militaristas y virulentamente populistas del fascismo escaló los mismos vectores históricos hasta llegar al holocausto. En un tipo diferente de escalamiento radical, la colectivización soviética de la agricultura sacrificó millones de vidas en aras de alcanzar la industrialización y una vida moderna para los hijos de los sobrevivientes. No fue sino hasta 1945 que los anteriores campesinos y las clases trabajadoras de Occidente y el bloque soviético fueron incluidos en la prosperidad y la seguridad social de sus respectivos estados nacionales, lo que representaba varios cientos de millones de personas. Pero, ¿acaso hay hoy los recursos, ya no digamos la voluntad política de incluir a los varios miles de millones de personas del Sur global?

Los entusiastas de la globalización aplauden que el mundo sea ahora una aldea global, aunque no debe tomarse a la ligera este entusiasmo. El cosmopolitismo es un proyecto de tiempo atrás que ha tenido sus versiones liberal y socialista,[5] y que significa

[5] Véase Craig Calhoun, *Nations Matter: Culture, History and the Cosmopolitan Dream*, Nueva York, Routledge, 2007.

algo diferente como complemento a un mundo de Estados estables. Seguramente existen otros proyectos más conservadores para dirigir la globalización, cuya energía y recursos provienen del resurgimiento de ambiciones imperialistas, nacionalismos, rechazo a los inmigrantes, fundamentalismos religiosos o cualesquiera de sus combinaciones. La posibilidad de un gobierno global e identidad común de la humanidad bien podría convertirse en un importante foco de conflictos políticos en las próximas décadas. Aún es muy pronto para predecir el resultado. La crisis sistémica a escala mundial desatará destrucción, pánico y reacciones horrendas, aunque también estrategias colectivas encaminadas a lograr un gobierno global más democrático, responsable, con una organización flexible y capaz. La intuición sugiere —o al menos eso esperamos— que aún es posible que la humanidad escape de caer en un retroceso catastrófico de su compleja y amplia organización colectiva. Tal vez sea el "efecto de escalada" de los movimientos revolucionarios y reformistas del siglo XX lo que resistió el devastador neoconservadurismo de décadas recientes, incluso en ausencia de movimientos opuestos fuertes. O podría ser un cambio profundo en la compleja y contradictoria arquitectura institucional de los propios estados modernos. Al menos, ésta es otra vía de investigación relevante y fructífera para los científicos sociales.

No queremos, empero, llamar un "Estado", y mucho menos un "Estado global" a las estructuras políticas de un mejor futuro. Es en este campo en el que manifestamos nuestro mayor desconocimiento. Sólo haremos un par de observaciones respecto del patrón político en un futuro más esperanzador. La mayoría de nosotros dudamos de que las organizaciones internacionales actuales puedan adecuarse al prototipo de tales estructuras. Las Naciones Unidas, la Unión Europea, el FMI, Davos, el G-8, el G-20 y otros grupos similares pertenecen a la época de la integración del capitalismo y la hegemonía estadunidense. Estas instituciones se han debilitado o padecen de manipulación política e indiferencia tecnocrática. Algunos de nosotros vemos la solución a la crisis ambiental en una red de relaciones entre estados mucho más fuerte, unas Súper Naciones Unidas. Otros dudamos de que esta integración política se logre con la suficiente celeridad, y

no sin sus propios problemas. La época posterior a 1945, de impresionante —aunque relativa— paz y prosperidad mundiales, sentó un importante antecedente que podría resultar más duradero que sus instituciones políticas. Esta extrapolación podría generar un animado debate político y teórico.

Las cambiantes estructuras y direcciones de la política futura seguramente nos depararán grandes sorpresas. La mayoría de las personas consideran que lo más plausible es una extensión de experiencias previas. Y aun cuando el inexorable crecimiento de los estados nacionales ha sido una importante realidad durante todo el periodo moderno, cabría preguntarnos qué ocurriría si la nueva recombinación de factores aparentemente familiares a nivel global diera resultados diferentes. En última instancia, esto es lo que asegura Randall Collins cuando habla del desplazamiento tecnológico más reciente. Si bien ninguno de nosotros considera que el anarquismo sea una estrategia muy realista, debemos admitir que el espíritu *anti-establishment* de 1968 resultó uno de sus legados más duraderos, tanto en la derecha como en la izquierda. Quizás esto exige tomar con mayor seriedad los valores y las opciones de organización representadas por los movimientos no estatistas marginales que sobreviven tenazmente. En la época moderna, las principales movilizaciones que han transformado los poderes de Estado y los pueblos se han asociado con guerras y revoluciones violentas, y los llamados anarquistas o libertarios no tendrían viabilidad política en una situación semejante. Mas ¿qué sucedería si el futuro presenta una emergencia mayor no militar, ya sea la aterradora extinción de especies biológicas o de los trabajos de clase media? Debemos considerar seriamente por qué creemos que los estados o las alianzas entre ellos tendrán la capacidad de organizar a miles de millones de personas para que realicen actividades altruistas como plantar árboles, desarrollar nuevas tecnologías o educar niños, cuidar de los ancianos y, principalmente, apoyar cualquier manifestación de vida. Tal vez una autoorganización dinámica podría convertirse en algo cotidiano y cualquiera de estas dos posibilidades podría sentar incluso una base común para superar la hostilidad entre los movimientos populares actuales, tanto de derecha como de izquierda. He aquí otro frente

para que las ciencias sociales indaguen sobre la dinámica de la ideología contemporánea y la política popular.

LAS CIENCIAS SOCIALES EN UN FUTURO EN TRANSFORMACIÓN

¿Acaso nuestras esperanzas políticas nublan nuestra visión teórica? Sin duda es una pregunta molesta y antigua, a la que damos la siguiente respuesta. La aceptación reflexiva de la relación entre nuestras esperanzas e hipótesis es en realidad una prueba necesaria de validez teórica en las ciencias sociales, especialmente al tratar con nuestra propia época y el futuro. La teoría social suele compararse con las lentes de varias facetas que nos permiten discernir patrones y tendencias en el devenir histórico de la acción humana. Cuando pretendemos que las lentes únicamente confirmen nuestros asuntos de fe y denuncien cualquier postura opuesta, la visión resultante es estrictamente ideológica. Estas lentes, comúnmente utilizadas en la política y el debate público, funcionan más como anteojeras. La teoría es diferente porque debe ser establc. Lo que constituye las pruebas en ciencias sociales —incluso la posibilidad misma de hacer pruebas— ha sido un tema de interminables controversias. Queremos afirmar nuestra posición en la versión más sencilla. Somos pluralistas desde el punto de vista metodológico, ya que dudamos de los intentos por legislar una manera única de hacer ciencias sociales. No obstante, tampoco somos absolutamente relativistas. Más bien suscribimos la opinión de que los diferentes tipos de problemas y escalas de análisis le dan al investigador la posibilidad de elegir las técnicas de investigación. Los experimentos y las correlaciones estadísticas ocupan un lugar legítimo entre las herramientas de las ciencias sociales, pero su papel no puede ser tan universal como afirman los apólogos del cientificismo absolutamente riguroso. La observación etnográfica disciplinada suele ser más reveladora en los estudios de entornos sociales definidos a escala micro. A escala macrohistórica, que es nuestro campo de estudio, el método principal podría compararse con unir los puntos en un gran rompecabezas.

Nuestras teorías buscan identificar y unir los puntos principales de una realidad histórica en apariencia caótica para formar una imagen significativa. Una teoría útil, en primera instancia, debe revelar algo que no resulte obvio. ¿Para qué molestarnos con una teoría que arroja hallazgos triviales, al margen de cuán elitista sea la jerga que lo envuelva? La prueba inmediata de la validez de una teoría radica en su capacidad de argumentar de manera razonada cuáles "puntos" empíricos son importantes para construir explicaciones y por qué; cómo pueden relacionarse y qué hay de novedoso y útil en el resultado. Otra prueba indispensable para la teoría macrohistórica son las suposiciones, los caminos alternativos que parecían posibles en una u otra coyuntura histórica pero que no se tomaron por alguna razón. En otras palabras, debemos demostrar cómo pasamos de una situación histórica a otra y cuál fue —o será— el rango real de posibilidades estructurales, así como los factores que desatan los acontecimientos. Tal vez esto es lo más cercano a un experimento en nuestro tipo de investigación.

El siguiente paso es confrontar otras teorías para ver qué fue invalidado o superado, pero también qué percepciones se vinculan y refuerzan, y nos llevan a teorías más amplias y sólidas. La acumulación teórica es una meta necesaria y elevada, aun cuando en las ciencias sociales enfrenta obstáculos particularmente agudos. Además de que los científicos sociales estamos organizados en torno de diferentes escuelas intelectuales y departamentos universitarios, nuestro trabajo tiene dimensiones claramente políticas, tanto en cuestión de política interna de competencia académica como en el ámbito político más amplio de instituciones de poder, movimientos sociales e incesantes luchas por la articulación de la opinión pública. Esto nos regresa a la relación entre la teoría y nuestras preferencias políticas. En el presente libro, los cinco autores presentamos lentes teóricas cortadas de manera nn poco diferente. Y ésta fue, en realidad, la intención principal al reunir nuestro quinteto —enfocarnos de manera diferente en los procesos y las perspectivas interrelacionadas—. Cada lente refleja nuestras elecciones y posiciones fundamentales frente a las realidades del mundo y las posibilidades que ahora enfrentamos. Al igual que todos los seres humanos con con-

ciencia social, albergamos temores y esperanzas que surgen de nuestra posición en la estructura social y la trayectoria individual que nos llevó a ser lo que somos. Esta afirmación teórica en realidad se aplica a todos los científicos sociales y representa un reto para que nuestros lectores y críticos hagan elecciones de manera más explícita y razonada en el debate de los problemas globales y futuros posibles. No menos importante, representa un reto para que nuestros colegas sustenten su debate en el importante corpus de conocimientos sobre los procesos de cambio antagónicos y multidireccionales en las sociedades humanas que han acumulado las ciencias sociales. Ante todo, este libro pretende demostrar las ventajas del razonamiento con relación a nuestro futuro, sustentado en perspectivas macrohistóricas. Los ángulos no convencionales y las vistas panorámicas nos permiten ver con mayor claridad los problemas y las posibilidades que se ciernen y que comúnmente son evitadas o criticadas en las opiniones tradicionales. Aún más, las diferencias de perspectiva deberían abrir nuestras teorías a una revisión cruzada para encontrar sus puntos débiles —que seguramente tienen— así como los posibles puntos de reforzamiento mutuo. Fue exactamente por esta razón por la que decidimos escribir el libro conjuntamente, presentando nuestras teorías en una separación dialógica.

Nada resulta más práctico que una buena teoría, pero ¿qué sustenta la sabiduría proverbial de hoy para definir qué es una buena teoría en ciencias sociales? A pesar de tener un enfoque intelectual diferente, los cinco estamos de acuerdo en que un estudio útil de las relaciones humanas genera una especie de mapeo. Las relaciones humanas, en cualquier nivel, desde grupos pequeños hasta mercados, países y sistemas mundiales, son siempre redes de conexiones mutuas ubicadas en algún lugar del espacio social y geográfico. Esta realidad espacial puede representarse como un mapa y, al igual que los mapas geográficos convencionales, resultar útil para la navegación práctica. Los mapas sociales —más que las clasificaciones abstractas dispuestas en cajas especiales— nos indican dónde se agrupa y ubica la gente, cómo se conecta con otros grupos, y qué tipo de relaciones crearon estos grupos y vínculos sociales. La antigua polémica sobre los méritos del microanálisis frente al macroanálisis en

ciencias sociales ha sido acalorada y poco concluyente porque la oposición misma es falsa. El debate entre micro y macroanálisis surge de la división del trabajo académico en disciplinas y de las ideologías profesionales propuestas por corrientes académicas enfrentadas, más que de la realidad fundamental en el exterior. La perspectiva del mapeo señala el camino para salir de este dilema. Sugiere que las topografías locales son fundamentales para integrar la perspectiva completa, al igual que los mapas con distinto punto de interés y ampliación reunidos en un atlas. Lo mismo se aplica al otro lado del continuo. Ninguna tendencia mundial puede tener realidad a menos que se observe en varias situaciones locales.

El tema en boga de la globalización es un buen ejemplo. La moderna y escurridiza expresión "globalización" se refiere a diversas tendencias reales y supuestamente menos reales. En realidad, se refiere a demasiadas tendencias y, al desenredar las afirmaciones reunidas bajo esta rúbrica, descubrimos convicciones antiguas que datan de la fe decimonónica en la modernidad como progreso inevitable que llevará a la humanidad hasta el final feliz de la historia. No nos oponemos a la modernidad como tal. Quizás esta expresión también es demasiado amplia y teñida de una carga ideológica, pero al menos corresponde burdamente a la principal reorganización de lo que era entonces el sistema mundial occidental durante los siglos XVIII y XIX. Las transformaciones históricas —la consolidación de los estados nacionales y del capitalismo industrial, así como la novedosa resistencia popular que provocó en las sociedades de Occidente— fue el centro de las teorías formuladas por los pioneros del análisis social, Adam Smith, Karl Marx, Émile Durkheim o Max Weber. Hoy las transformaciones y los conflictos analizados inicialmente por estos académicos occidentales están tomando una dimensión verdaderamente planetaria. Es lo que aún hace relevantes a nuestras teorías clásicas.

Desde sus inicios, las ciencias sociales históricas han abordado el conflicto, la turbulencia, las transiciones y mutaciones. De ahí surge la pregunta medular de este libro, ¿qué ocurrirá si el futuro nos depara crisis importantes? Debemos ampliar nuestro mapa modelo de las ciencias sociales agregándole el tiempo a la

dimensión espacio. Los terrenos que mapeamos están lejos de ser inmutables. Aún más, los paisajes sociales son fluidos y a menudo turbulentos, tal vez más parecidos a los mapas del clima. Los acontecimientos locales son inherentemente eventuales, incluso si en retrospectiva podemos explicarlos señalando cuáles estructuras se movieron y por qué razón se movieron o desajustaron, y cuáles acciones humanas, derivadas de posiciones bien identificadas, terminaron absorbiendo las oportunidades que surgieron. En principio, esto impone serias limitaciones a nuestras predicciones. Predecir los acontecimientos a la larga resulta inútil, en tanto que predecir las configuraciones estructurales no. Tomemos la analogía del clima. Sería irresponsable predecir que el año próximo, digamos el 13 de enero, nevará en Chicago. Éste es el "corto" plazo de los acontecimientos eventuales. Pero sería trivial predecir que nevará en Chicago el próximo enero. Esta afirmación corresponde al mayor plazo temporal de las estructuras. Mas, ¿qué ocurrirá dentro de varias décadas cuando el clima de Chicago se asemeje al de Florida, caracterizado por sus huracanes, o bien, a la helada tundra siberiana?

Posiblemente, los lectores que buscaban en este libro escenarios futuros precisos se sentirán frustrados, pero su frustración no tiene sustento. La supuesta falta de precisión en las predicciones sociales significa que, de manera colectiva, tenemos cierta libertad de acción en una serie de opciones estructurales que tenemos a nuestra disposición. En tiempos normales, las opciones podrían ser bastante limitadas, aunque tenemos la elección política entre posibles resultados mejores y peores. Pero aun las situaciones políticas limitadas y limitantes de hoy prefieren la táctica de minimizar el dolor. No obstante, las opciones y las posibilidades se amplían enormemente en periodos de crisis, cuando se desmoronan los mecanismos usuales del *statu quo*. Estos momentos exigen que se adopte la estrategia consciente y rápidamente adaptable de la transformación sistémica y aun cuando existe una tensión inherente entre la táctica y la estrategia política, aunque ambas deben buscarse simultáneamente. Ésta es la naturaleza de una política de transformación exitosa. Los seres humanos hacemos nuestro futuro, en conflicto y en asociación con otros seres humanos, incluso si no son las circunstancias

que hubiéramos elegido. Las ciencias sociales pueden y deben aclarar las circunstancias y posibilidades, especialmente cuando estas últimas podrían abrirse y cerrarse rápidamente. Nuestros mapas de navegación deberán tener escalas diferentes pero interconectadas, y más vale que dejen espacio para lo desconocido o inesperado. Los mapas de espacios sociales no serán particularmente útiles si no son también dinámicos.

En este sentido somos muy críticos de las ciencias sociales contemporáneas por su insistente abstracción de las realidades políticas estructurales y la dimensión dinámica del cambio histórico. Nuestra crítica se dirige igualmente a las dos corrientes principales tan diferentes —el posmodernismo y la economía neoclásica— que han dominado el ámbito académico de las ciencias sociales desde el decenio de 1980. Ambas, a su manera, reflejan el indescriptible periodo que siguió a la década de crisis de 1970, el debilitamiento de los movimientos de izquierda y el intento de Estados Unidos de relanzar sus ambiciones hegemónicas con el proyecto de globalización neoconservadora.

Diversas corrientes intelectuales, más fuertes en las humanidades y agrupadas bajo la rúbrica de posmodernismo, se mostraron extremadamente escépticas de cualquier gran teoría o lo que llamaron "narrativas maestras". En cambio, celebran la duda, la ironía, la experiencia vivida, la deconstrucción de creencias y las interpretaciones precisas de las prácticas culturales. Este movimiento intelectual surgió directamente de las manifestaciones de 1968 y de los enormes cambios demográficos en la composición de la academia, con la llegada de mujeres y minorías. El cambio de atención a las maneras en las que los seres humanos se imaginan a sí mismos y sus universos sociales ciertamente fue útil. Ayudó a inyectar una nueva conciencia crítica en relación con los temas de fe que hasta entonces habían permanecido callados, inadvertidos y sin analizar. El movimiento posmodernista agitó muchas aguas estancadas, pero las dejó turbias.

Los posmodernistas tomaron como bandera un desafiante discurso impenetrable. Mas ésta no era su limitación más crítica. Las nuevas teorías culturalistas que reflejan el derrumbe de los sueños de 1968, de manera tácita o no tan tácita se volvieron presa de la desesperación existencial frente al Poder al que se

oponían políticamente y que buscaban deconstruir. En síntesis, el posmodernismo ciertamente era crítico, pero no transformador. El poder social podría parecer ridículamente absurdo —u omnipresente e infinitamente penetrante, como en la oscura imaginación de Michel Foucault— pero refleja a menudo el punto de vista de los intelectuales que cuentan con poco poder material y se enfrascan en la efímera y sumamente competida carrera por el prestigio artístico. La ironía y el absurdo podrían brindar satisfacción personal a los aguerridos humanistas, aunque son estrategias muy limitadas para tomar el poder.

Esperamos que la próxima generación de humanistas tenga la capacidad de articular en un nuevo nivel teórico las percepciones de deconstrucción y el análisis discursivo con una teoría más clara y amplia del poder social. El enfoque podría cambiar entonces y, en vez de encontrar problemas en los paradigmas de los otros y hacer comentarios elitistas sobre las diversas fallas de las imágenes culturales, ofrecer algo más relevante y esperanzador, como la dinámica inherentemente inestable de la hegemonía ideológica y la apertura hacia la movilización contrahegemónica surgida de las discordancias y las contradicciones presentes en cualquier formación de poder.

Por otra parte, el campo de las ciencias sociales cayó bajo la dominación de la economía neoclásica y sus émulos formalistas en otras disciplinas académicas. Las estructuras que subyacían en esta situación no son muy diferentes de la otrora influencia de la astrología. En este caso, sería muy útil tener una sana dosis de parodia swifteana, aunque también estamos preparados para defender la validez de la analogía. Antes de la época moderna, la astrología, al igual que la economía hoy, era un conocimiento perfectamente establecido, que contaba con la aceptación de gobernantes en prácticamente todas las civilizaciones de Oriente y Occidente. Los vínculos políticos generaban una magnífica remuneración porque, como es bien conocido por los sociólogos de las profesiones, son los expertos quienes obtienen la más alta remuneración en las áreas que provocan la mayor incertidumbre y angustia de la humanidad. Pensemos en los médicos, los abogados y, desde luego, los sacerdotes. En las estructuras políticas imperiales y feudales, basadas en el control familiar

de las fuentes de ingresos, las principales preocupaciones de la élite se asociaban con la sucesión dinástica y el rápido giro de la suerte en la guerra. Las preocupaciones de los capitalistas se derivan principalmente de la incertidumbre en la elección de inversiones, la volatilidad de los mercados y la ira popular que sus operaciones provocan ocasionalmente. La astrología, como la economía neoclásica, correspondía a la imagen del universo de la ideología dominante. Quisiéramos subrayar que ambas funcionaban como disciplinas ideológicas que se adaptaban al sentido común de las clases dominantes contemporáneas. El Vaticano tenía sus razones políticas inmediatas para molestarse con Galileo, cuyas investigaciones no sólo contradecían la imagen ortodoxa recibida sino se difundían en la lengua vernácula que comprendía la gente común.

No obstante, en su apogeo, la astrología era más que una mera reflexión de la ideología de la élite, haciendo a un lado charlatanismo y superstición. En su mejor momento, la astrología fue una disciplina muy relacionada con las matemáticas, con largos y rigurosos procesos de aprendizaje que incluían peregrinaciones a los centros mundiales del conocimiento. Su autoridad se sustentaba en la acumulación centenaria de observaciones empíricas válidas que sentaron las bases de la astronomía moderna, así como en la eminencia de venerados eruditos, entre ellos Tolomeo. La falla principal se encontraba, desde luego, en las bases mismas de la disciplina, en su inmodesta suposición de nuestra centralidad en el universo y la postulación de una relación causal entre los movimientos de los cuerpos celestes y la fortuna del ser humano. Ésta se consideraba la ortodoxia sagrada que se enseñaba a los aprendices. Y como las predicciones se cumplían apenas la mitad de las veces, en la práctica, la predicción se corregía sutilmente con la intuición o la astucia política, con su debida dosis de ofuscación erudita. Un astrólogo exitoso también debía tener el aspecto de un cortesano astuto.

Varias de estas características se aplican a los asesores empresariales y economistas gubernamentales de nuestros días. La disciplina académica de la economía preside un proceso sumamente ortodoxo y extremadamente competitivo para seleccionar a los jóvenes brillantes y ambiciosos que tendrán acceso a

carreras bien pagadas. En la vida real, la práctica profesional de los economistas los obliga a llegar a acuerdos poco éticos y a hacer modificaciones pragmáticas poco ortodoxas. Esto genera una atmósfera de cinismo apenas disfrazado, bien documentado en este campo. No obstante, los departamentos de las universidades defienden con razón su búsqueda de medidas académicas aplicadas a la abstracción ideológica. La imposición de la ortodoxia no proviene tanto de una censura externa —como ocurrió en los regímenes burocráticos comunistas— aunque las asociaciones empresariales y los grandes consorcios tienen influencia para poner a los disidentes en la lista negra; se da, principalmente, en las mismas instituciones competitivas de la disciplina. Los inconformes están en desventaja porque obtienen "críticas negativas" cuando intentan publicar en las principales publicaciones especializadas de la disciplina y, en consecuencia, no encuentran ofertas de empleo. El resultado acumulado de esta selección se pone de manifiesto cuando observamos la composición de los departamentos de economía de las universidades más importantes. A pesar de los criterios rigurosos y de competitividad, los contratados en décadas recientes representan la misma escuela de pensamiento. Aún más, han llevado a la ortodoxia a los extremos más novedosos de sofisticación matemática y adhesión ideológica, porque aquellos con la inteligencia y la posibilidad de ascender, siguen compitiendo entre sí.

Pese a ello, estos obstáculos institucionales distan mucho de ser inmutables. La teoría sociológica de las profesiones indica que la uniformidad altamente competitiva suele tener reveses sorprendentes y cambios de dirección precisamente por la lógica dinámica de la competencia. La disciplina de la economía es uno de los mejores ejemplos, con la conversión en masa a la ortodoxia neoliberal de la anterior ortodoxia keynesiana, durante la crisis de los años setenta. Al menos dos factores entran en juego aquí. Uno es el factor interno de la saturación en el límite del frente creativo. Cualquier escuela que valore la originalidad intelectual —en las artes, la filosofía y las ciencias sociales— a la larga agota todas las posibilidades de emoción y prestigio que tiene la novedad para aquellos que quieren ir más allá. Ante la ausencia de provocaciones externas, la saturación

tiende a desplazarse hacia periodos de estancamiento dominados por epígonos y por las redes de patronazgo de la sucesión de maestros a discípulos. También es posible intentar reciclar viejas ideas envueltas en novedosos y coloridos empaques, algo a lo que son especialmente afectos los gurúes empresariales. Pero las cosas pueden cambiar rápidamente cuando alguna sacudida desestabiliza y desacredita a la ortodoxia vigente y a toda su jerarquía institucional interna. Es entonces cuando los antes marginados rebeldes o la generación más joven, asfixiada dentro de la vieja escuela, súbitamente entran en acción creativa generando un nuevo foco de atención. Si sus ideas iconoclastas están sustentadas o tienen visos de éxito para crear algo importante y prometedor, pueden abrirse las compuertas de la conversión en masa, dejando a la vieja escuela sin prestigio ni adeptos. (La vieja escuela, empero, podría sobrevivir con unos cuantos y, a la larga, revivir cuando la nueva escuela ya no sea tan nueva.)

Actualmente, el factor interno de saturación en el extremo creativo parece estar presente en economías que han tenido cambios —institucionalismo, investigación conductual, más realidad con las matemáticas— aunque no ha generado orientaciones intelectuales radicalmente novedosas ante los fracasos masivos demostrados por la verdadera crisis mundial. Lo mismo ocurre, de manera más general, en los departamentos de ciencias sociales y humanidades de las universidades. Las teorías convencionales y sus áreas de interés temático avaladas desde hace varias décadas se han reducido a su mínima expresión y sólo se aplican para disertación e investigación, así como en publicaciones especializadas. ¿Y qué podría representar una mayor provocación externa que una gran crisis en la política y la economía mundiales? Una crisis destructiva y fuera de control ciertamente podría llevar a todos a la bancarrota y deshacer la estructura de educación superior e investigación donde las disciplinas académicas modernas encuentran su *modus vivendi*. Esta temible perspectiva exige una reacción inmediata, que tal vez no sea eficaz si no se involucra a los economistas y científicos políticos —que hoy fungen como aliados jóvenes y juegan a la economía— en la reestructuración de sus teorías, sobre una línea más realista.

En tiempos de crisis y polarización política, los economistas y politólogos encontrarán muchas oportunidades honorables de hacer algo nuevo que represente un reto intelectual, sea de utilidad pública y a la vez les signifique una gran reputación profesional. Tenemos en mente a las nuevas investigaciones de frontera, por ejemplo, sobre la organización alternativa de mercados. Ignorar las oportunidades de mercado fue un grave error teórico y práctico de los movimientos de izquierda del siglo XX. Sin duda la herencia intelectual de Joseph Schumpeter nos merece gran respeto, pero ¿cuál podría ser el uso futuro de su teoría del dinamismo empresarial? ¿Quién o qué podría tomar en el futuro el papel de los empresarios, tal vez incluso más allá de la crisis del capitalismo? ¿Será posible encauzar las energías empresariales hacia una mayor creatividad de mercado y menor destrucción?

Karl Polanyi, otro eminente economista austrohúngaro del periodo de entre guerras, nos dejó vislumbres incompletos aunque estimulantes de su teoría sobre las tres "mercancías ficticias": tierra, dinero y vida humana. Son artículos que, argumentaba, nunca deben comercializarse en los mercados, ya que representan las condiciones mismas de una sociedad viable. Por lo demás, otras materias primas comunes y corrientes ciertamente deberían comercializarse por todas las razones que los economistas neoclásicos no se cansan de citar en defensa del capitalismo y la eficiencia racional. En el siglo XXI, "tierra" significa en términos amplios el ambiente, "dinero" las finanzas globales y "vida humana" la internacionalización de los costos de reproducción social a través del apoyo público a servicios de salud decentes y costeables, educación, vivienda, pensiones y, no menos importante, seguridad física para nuestras ciudades. Acaso la idea de Polanyi podría darnos una clave sobre cómo podría estructurarse una economía mundial poscapitalista en sectores que operan con distintos principios: la prioridad de la reproducción social en el sector de servicios públicos ampliamente distribuidos y la prioridad de la eficiencia de mercado en el sector de los bienes y servicios de consumo. Aún más, los sistemas económicos poscapitalistas podrían no ser estáticos y, en el futuro, ocurrir un regreso periódico a las economías de mercado con

propiedad privada. El mundo podría ver aún más oscilaciones entre organización económica capitalista y no capitalista.

No menos perjudicial que la aversión a los mercados, desde un punto de vista político, es la aversión al poder directivo de los estados. No fue coincidencia que la restauración neoconservadora, intentada durante los últimos decenios del siglo XX tras los colapsos de la izquierda política, se enfrentara de manera implacable al poder del Estado a través de la desregulación y la globalización. Los capitalistas comenzaron a desconfiar del "Gran Gobierno" por la razón muy real de que los estados modernos podían ser tomados por ciudadanos no de élite —en elecciones democráticas, insurrecciones callejeras o ambas— y utilizados para los propósitos no capitalistas de regulación del mercado y redistribución social. Esto tuvo que tolerarse, hasta cierto grado, inmediatamente después de 1945 en aras de conservar la paz. Mas para el decenio de 1970 muchos capitalistas, especialmente en Estados Unidos, habían perdido la confianza y se sentían envalentonados ante la oportunidad de derrotar a la izquierda y dar marcha atrás a los acuerdos de la posguerra. Hoy, un gran tema para elaborar teorías es si el Estado burocrático moderno desempeñaría un papel bueno, malo o ninguno en la dirección de nuestros asuntos colectivos en tiempos de crisis y de inminente transformación sistémica. La gran interrogante aborda diversos temas subordinados, problemas prácticos y paradojas teóricas que aún deben explorarse. Por consiguiente, habrá mucho trabajo intelectual para los científicos sociales. Que también haya cátedras universitarias para el número necesario y la variedad de científicos sociales dependerá en última instancia del proceso político en el que ellos deban probar su valía.

CODA

Los cinco autores nos reunimos para esbozar el rango de posibles destinos a los que se dirige el mundo. Lo hicimos en un libro compacto y accesible que resume y reenfoca muchos argumentos de nuestros libros anteriores. Intencionalmente, no se

trata de un quinteto en un solo tono. Desde hace tiempo conocemos los temas en los que trabaja cada uno, sus puntos fuertes y diferencias. Nuestra idea era ofrecer un buen contrapunto y una provocación para que cada uno desarrollara de manera lógica las implicaciones y paradojas con relación a su respectivo tema. Incluimos las complejidades, las reservas y los desacuerdos e indicamos los que podrían ser los distintos procesos que empujan al mundo a caminos divergentes. No podíamos, ni queríamos evitar el tono dramático e incluso estrepitoso. La variedad de tonos se derivó de la enormidad y gravedad de los temas. Las próximas décadas serán todo menos comunes, esto es, comunes desde la perspectiva de los pasados 500 o incluso mil años. La trayectoria colectiva de la humanidad está dando un gran giro, aunque no necesariamente para peor.

Surge una nota de optimismo. Una gran crisis y transformación, al margen del escenario, no significa el fin del mundo. No hay razón para creer, con base en los conocimientos acumulados de la sociología, que la historia se acabará algún día, en tanto haya seres humanos vinculados por una organización social. Afortunadamente, los peores escenarios que involucran una guerra nuclear o el colapso ambiental parecen altamente evitables precisamente porque, desde hace varias décadas, la extinción colectiva se considera un peligro atroz y muy real. El fin del capitalismo no es una catástrofe de este tipo. Una crisis en las estructuras que soportan la economía política del mundo moderno está lejos de ser una predicción fatal. En última instancia, el fin del capitalismo es una visión esperanzadora. Ciertamente conlleva sus propios peligros y, en este sentido, debemos recordar con cuánta rapidez los intentos realizados en el siglo XX por promover opciones anticapitalistas como respuesta a la crisis derivaron en tendencias totalitarias que culminaron con la irracionalidad burocrática. Tampoco debemos olvidar que estos proyectos anticapitalistas se relacionaron con máquinas y personas que se forjaron en las guerras mundiales. Los vectores políticos cruciales en las décadas venideras tendrán que ser el freno al militarismo y la institucionalización democrática de los derechos humanos en el mundo entero. Un *impasse* en la economía política del capitalismo nos lleva a las encrucijadas históri-

cas donde las experiencias pasadas, buenas y malas, podrían ser muy pobres predictores. Lo que durante largo tiempo se consideró una utopía —como que el hombre volara o la realización de talentos creativos y la búsqueda de la felicidad— aún podría tener bases técnicamente factibles en un nuevo tipo de economía política y ayudar a manejar mejor las amenazas a la biosfera de nuestro planeta, además de abordar muchas otras tareas que la humanidad deberá realizar en este siglo.

Quienes consideren que el poscapitalismo será el preámbulo de un periodo de estancamiento mortal ciertamente estarán equivocados. Quienes esperen que el poscapitalismo represente un paraíso permanente sin sus propias crisis también estarán equivocados. Después de la crisis —y algunos de nosotros predecimos, de la transición poscapitalista de mediados del siglo XXI— ocurrirán muchas cosas. Esperemos que sean en su mayoría buenas. Pronto lo veremos.

ÍNDICE